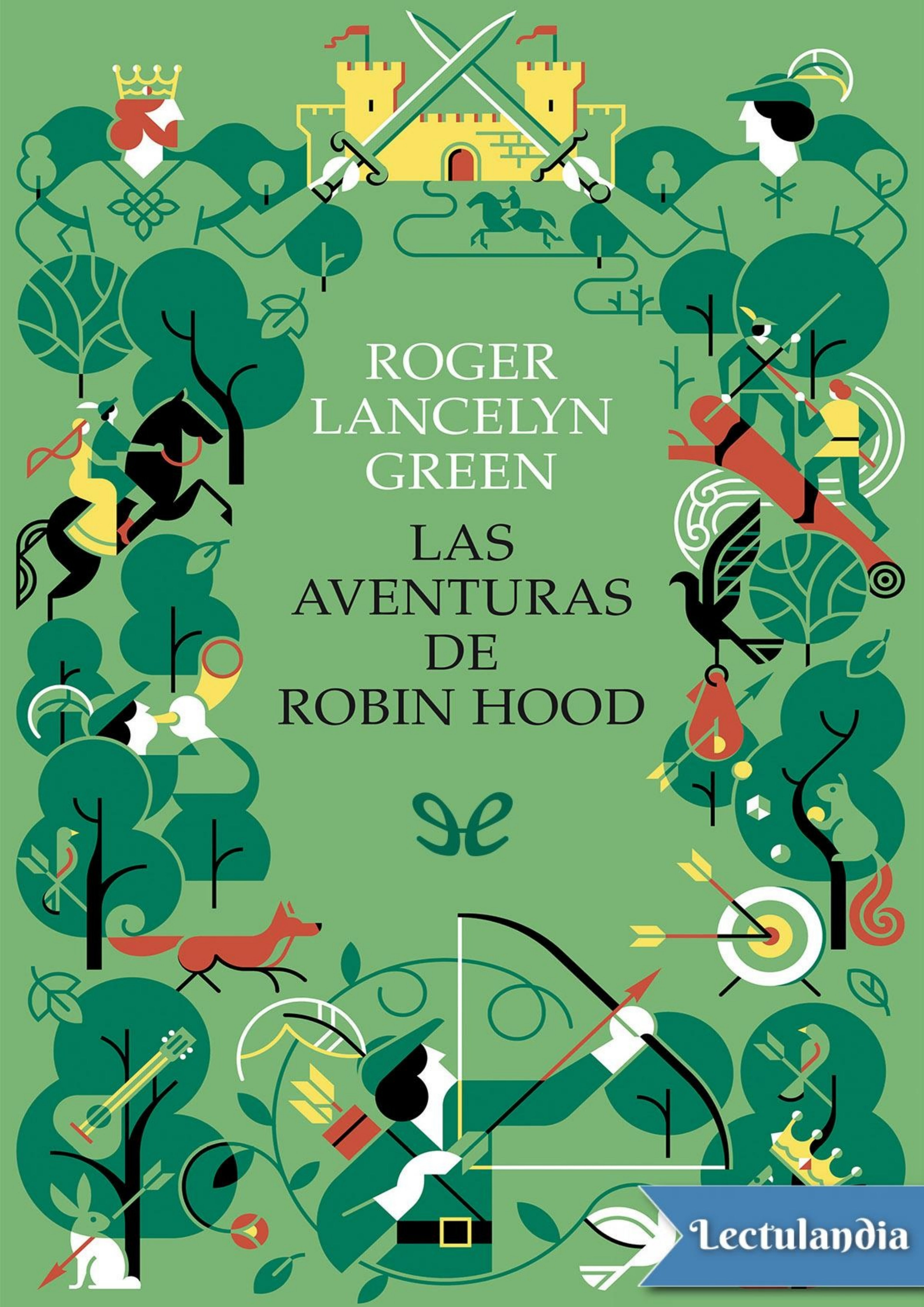

ROGER LANCELYN GREEN
LAS AVENTURAS DE ROBIN HOOD
Lectulandia

Robin Hood, paladín de los pobres y oprimidos, se enfrenta a la crueldad del poderoso príncipe Juan y el corregidor de Nottingham para defenderlos. Acompañado de su banda de forajidos, el escurridizo ladrón se refugia en el intrincado bosque de Sherwood decidido a vencer a sus enemigos. Con ingeniosa astucia, utilizará trucos y disfraces para rescatar a los que tienen problemas, escapando una y otra vez de quienes intentan atraparlo para cobrar la cuantiosa recompensa que ofrecen a cambio de su cabeza.

En este libro, publicado por primera vez en 1956, Lancelyn Green nos traslada a su país natal para recorrer de su mano los caminos de Sherwood y acompañar al arquero justiciero en sus aventuras. El autor vuelve a ejecutar su magia al reunir material de distintas épocas y tradiciones: viejos romances, baladas y obras de teatro, así como relatos de Noyes, Tennyson, Peacock, Scott y Greene. Tenemos entre manos un mosaico literario que se ha convertido en una de las obras fundamentales de la mejor literatura clásica.

Roger Lancelyn Green

Las aventuras de Robin Hood

ePub r1.0
Un_Tal_Lucas 18-12-2023

Título original: *The Adventures of Robin Hood*
Roger Lancelyn Green, 1956
Traducción: Julio Hermoso
Ilustración de cubierta: Carlos Arrojo

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r2.1

Para «Buss» (la señorita A. L. Mansfield) en recuerdo de Robin Hood *y de tantas otras funciones de fin de curso en Knockaloe, Poulton y Lane End*

Nota del autor sobre sus fuentes

Realizar una adaptación de las aventuras de Robin Hood es algo muy distinto que sentarse a escribir sobre el rey Arturo y sus caballeros. Podríamos llenar toda una librería con los poemas y romances artúricos, aunque tomáramos a Malory como el último de ellos, y en esa librería encontraríamos algunas de las grandes obras de la literatura mundial, en varios idiomas.

Robin Hood no tuvo su Malory, y ha contado con escasos poetas. La lista de lo que podemos denominar literatura *robiniana* original está formada en su práctica totalidad por un poema tardomedieval rimado, *A Lytell Geste of Robyn Hode* [Un humilde cantar de Robin Hood], que es una colección de romances que, en la mayoría de los casos, son ripios de lo más simple y en otros podrían llegar a ser hasta del siglo XVIII, además de una versión en prosa de varios de esos romances y dos obras teatrales de Anthony Munday —contemporáneo de Shakespeare— tituladas *The Downfall of Robert Earl of Huntingdon* [La caída de Robert, conde de Huntingdon] y *The Death of Robert Earl of Huntingdon* [La muerte de Robert, conde de Huntingdon]. Para completar nuestras fuentes basta con que añadamos varios extractos breves de algunas obras medievales populares que se limitan a seguir los romances existentes, una breve aparición en la obra de Robert Greene *George-a-Greene the Pinner of Wakefield* [George-a-Greene, el mayoral de Wakefield] y en la novela de caballerías que es su perfecto paralelo, y una aparición algo más sustancial en la obra pastoral inconclusa de Ben Johnson *The Sad Shepherd* [El pastor triste].

Robin Hood hizo acto de presencia en la verdadera literatura después de la recopilación y reimpresión de los romances, novelas de caballerías y obras teatrales que hizo Joseph Ritson a finales del siglo XVIII, y, aun así, tuvo la mejor de sus expresiones como un personaje menor, tal y como reconocerá todo lector de *Ivanhoe*. El grueso de esos romances, sin perder de vista el trasfondo dramático, ofreció a Thomas Love Peacock el esquema para el mejor relato en prosa sobre Robin Hood escrito hasta entonces, su *Maid Marian* [La doncella Marian] (1822), y las mismas fuentes (a las que Peacock

y Scott también aportaron algo) dieron lugar a la obra de Tennyson *The Foresters* [Los hombres del bosque] de 1881, una agradable reordenación de los materiales de antaño, pero sin nada especial que destacar en el aspecto poético ni tampoco en el dramático. Al siglo XX le correspondió el ofrecernos la mejor obra poética escrita hasta entonces con Robin como protagonista, el *Robin Hood* de Alfred Noyes (1926, representada ese mismo año).

Por supuesto que ha habido otras muchas contribuciones menores a la literatura de Robin Hood en forma de obras de teatro, óperas y relatos de aventuras, pero, con diferencia, el mayor número de libros sobre él a lo largo de los últimos cien años consiste en diversas formas de adaptación de las antiguas leyendas, y ninguno de ellos ha logrado hacerse un hueco permanente en la estantería reservada para *El libro azul de los cuentos de hadas* de Andrew Lang, *Los héroes* de Charles Kingsley y los *Cuentos de Tanglewood* de Nathaniel Hawthorne.

Mi libro se basa de principio a fin en fuentes autorizadas, y esa autoridad no se reduce a Munday o a los romances. Estos han sido el elemento básico de mi estructura, pero en ciertos lugares he buscado la ayuda de otras fuentes literarias posteriores: Noyes y Tennyson además de Peacock y Scott o Johnson y Greene. El uso que he dado a todas mis fuentes se ha centrado en el esquema de los relatos, aunque los diálogos son adaptaciones de los romances allá donde era posible: en ocasiones a partir de las primeras obras de teatro, en unos pocos casos a partir de Peacock y en otro muy obvio a partir de Scott.

Mis primeros cuatro capítulos muestran quizá el ejemplo más variado de este método del mosaico literario. Los capítulos del cinco al quince siguen casi por entero el *Lytell Geste* y los romances, si bien con una selección y un cierto grado de refundición y reagrupamiento. El capítulo dieciséis utiliza dos escenas de *George-a-Greene*; el capítulo diecisiete combina un romance con un capítulo de Peacock; el dieciocho está basado en *The Sad Shepherd* (aunque con mi propio final, ya que me parecía inadecuado el que hizo F. G. Waldron en el siglo XVIII: solo es de Waldron el canto final). El capítulo diecinueve combina dos romances y el veinte bebe de *Ivanhoe* con ligeras variaciones para que cuadre con mi esquema general. El veintiuno es fundamentalmente un romance, pero aquí convergen todas las fuentes autorizadas: podemos encontrar frases casi idénticas en las diversas descripciones de este mismo incidente en Scott, Peacock, Tennyson y Noyes. El veintidós utiliza el romance de «Robin Hood y el monje», tal vez el mejor de todos los que obtienen la consideración de poesía, y un incidente que figura en Noyes. Mientras que los dos últimos capítulos son puro romance, la

Muerte de Robin da la única nota de patetismo o de tragedia en toda la literatura más antigua sobe el tema. El prólogo y el epílogo siguen también los romances, aunque el segundo lo hace con cierta distancia y con su cierta licencia. Los cantos son de Peacock, Tennyson y fuentes medievales.

En cuanto a la ambientación, he seguido a la mayoría de los autores y tradiciones al escoger el reinado de Ricardo I de Inglaterra, pero la historia —no debemos olvidar— es «legendaria», y no me ha parecido que la precisión en el detalle del contexto sea de ayuda para el relato. Los romances no prestan atención de ninguna clase al escenario histórico, y algunos sitúan a Robin en el reinado de Ricardo I, otros en el de uno de los Eduardos, y algunos incluso en el de Enrique VIII. La precisión geográfica tampoco tiene lugar ninguno en el romancero: Robin puede huir de Nottingham a pie por la mañana y estar en Lancashire esa misma tarde, mientras que ninguno de los autores de los romances se molesta en preguntarse qué pinta el obispo de Hereford en el bosque de Sherwood. He corregido algunos de los errores más burdos, igual que he reducido algunos de los lanzamientos de récord de Robin con arco y flecha a una distancia a su alcance, al menos por mera probabilidad.

«Muchos hablan de Robin Hood sin haber disparado un arco en su vida», cuenta el viejo dicho: yo he vivido con él al menos en el bosque de Sherwood de las novelas de caballerías y lo he traído de vuelta en lo que confío sea un relato veraz sobre su vida y sus andanzas. La de Robin Hood es una historia que jamás morirá ni dejará de prender la chispa de la imaginación. Como los cuentos de hadas de antaño, se ha de contar una y otra vez, ya que —igual que ellos— está teñido de encanto, y pocos son los que no caerán bajo su hechizo:

Su llamada, la misma de siempre, remota y débil parece,
en Sherwood, en Sherwood, con los albores cuando amanece.

ROGER LANCELYN GREEN

Reinado del rey Ricardo I…

Había en estos tiempos muchos Ladrones y Forajidos, y entre ellos bandidos de renombre como Robert Hood *y* Little John, *que continuaban en los bosques saqueando y robando a los ricos. A ninguno mataban, sino que los asediaban, por ejemplo, o lo conseguían por resistencia a la defensa de aquellos.*

El susodicho Robert *mantenía con sus saqueos y robos a un centenar de hombres, altos y buenos arqueros, a los cuales ni cuatrocientos soldados —jamás igualarían sus fuerzas— se atreverían a desafiar. No soportaba ver a la mujer oprimida, violada o de otro modo importunada; a los pobres repartía bienes y los aliviaba en abundancia con cuanto botín robaba de abadías y casas de ricos hacendados; aquellos acusados por el* Corregidor *de su rapiña y su robo afirmaban que ese hombre era el príncipe de los ladrones, y el más amable de todos ellos…*

JOHN STOW,
Anales de Inglaterra (1580)

Prólogo
De cómo nació Robert Fitzooth

Muchos cantan de la hierba y la broza,
y muchos cantan del alforfón,
tantos otros cantan de Robin Hood,
mas pocos saben dónde nació.

No fue en la humilde choza,
ni en la alcoba señorial,
sino en la fronda y la quietud,
entre las flores del verdegal.

Romance
El nacimiento de Robin Hood

A pesar del siglo transcurrido ya desde la batalla de Hastings, no reinaba en Inglaterra una verdadera paz. Guillermo el Conquistador había repartido el país entre sus partidarios normandos, y tan solo en ciertos casos especiales permitió que los antiguos señores sajones conservaran la propiedad siquiera de una ínfima parte de lo que antaño fueron sus tierras. Con frecuencia, los nuevos condes, barones y caballeros normandos —al igual que sus hijos y sus nietos— trataban a los sajones como meros esclavos, siervos que cultivaran las tierras para ellos y los siguieran a la guerra, siervos que carecían de derechos y de la menor oportunidad de acceder a una verdadera justicia.

Inglaterra era todavía un «país ocupado» en el siglo XII, y, aunque no se produjeran grandes revueltas tras la muerte de Hereward el Despierto, sí había numerosos movimientos «clandestinos», además de proscritos y bandas de ladrones en todos los bosques. Estos bosques eran propiedad de la corona, y las penas por cazar los venados del rey eran crueles y brutales en exceso.

No es de extrañar que en el año de 1160 fuera escasa la amistad entre los sajones y los normandos; ni tampoco ha de extrañarnos que sir George Gamwell, de Gamwell Hall en Nottinghamshire, caballero sajón que

ostentaba la propiedad de los asolados restos de las tierras de sus antepasados, no viese con buenos ojos al joven William Fitzooth, hijo del barón de Kyme, cuando este vino a cortejar a su hija Joanna.

Sir George era un hombre fiero y de mal carácter, un resentido incapaz de olvidar jamás un agravio ni de perdonar a los normandos, cuyos padres y abuelos lo habían agraviado.

Lo cierto es que el joven William Fitzooth era hijo de madre sajona y nieto de abuela sajona, y comenzaba a sentirse más británico que sajón o normando, y a convencerse de que la manera de apaciguar el país y traer la estabilidad no era a base de más crueldades, sino por medio de la justicia.

Sin embargo, sir George no estaba dispuesto a escuchar a William, y le prohibió volver a poner jamás un pie en su casa. Tampoco quiso escuchar a su hija, y con la misma fiereza le ordenó confinarse en sus aposentos y no volver a tener trato con aquel maldito normando.

Joanna se marchó entre lágrimas, pero no obedeció a su padre. Esa noche, William Fitzooth se plantó bajo su ventana, ambos jóvenes se juraron fidelidad eterna y, poco tiempo después —sin que sir George tuviese ni idea de ello—, se encontraron los dos como Romeo y Julieta en una capilla cercana y se casaron en secreto.

A partir de entonces, William visitaba a Joanna noche tras noche, escalaba hasta su ventana en los peligros de la oscuridad y se marchaba con premura antes de rayar el alba.

La primavera dio paso al verano, y William se tuvo que ausentar durante varios meses y acompañar a su padre a Londres por un asunto del rey. Cuando regresó a Gamwell, un mensajero le trajo en secreto una carta de Joanna.

«Me encuentro en un terrible apuro —escribió ella—, puesto que, aunque me quedo en cama y me finjo indispuesta, mi padre no tardará en descubrir lo sucedido entre nosotros, y entonces su furia será terrible. No me cabe duda de que te colgará si te atrapa, y no sé qué me hará a mí o a nuestro hijo cuando nazca. Por eso acude a mí enseguida, querido William, y llévame de aquí, porque estaré viviendo en un temor constante mientras no sienta la fuerza de tu abrazo».

William llamó entonces a tres de sus más fieles partidarios y de inmediato se adentró con ellos en el bosque de Sherwood, donde levantaron un campamento no muy lejos de Gamwell, consciente de que sir George sospecharía de él en cuanto notara la ausencia de su hija e iría a buscarla a Kyme en primera instancia.

Tras la puesta de sol, William y sus hombres se dirigieron silenciosos a Gamwell Hall, llegaron a hurtadillas, accedieron a los jardines y se situaron bajo la ventana de Joanna.

Ella los estaba esperando ya lista para la huida y saltó con bravura desde el alféizar para caer sobre la gran capa roja que sostenían para ella entre los cuatro hombres. Entonces la tomó William en sus brazos y, con primor y sin prisas, se la llevó de Gamwell Hall para adentrarse en el bosque silencioso bajo la luz de la luna sumidos en el verdor de las hojas y una quietud tal que tan solo se oía el ulular de un búho o el aullido de un zorro.

Cuando pasó la noche y lució el sol del amanecer, sir George se despertó de repente y llamó a sus criados a voz en grito.

—¿Dónde está mi hija? —vociferó—. Suele venir a verme a esta hora de la mañana, ¡y no hay rastro de ella! He tenido un terrible sueño sobre ella, ¡quiera Dios que jamás se haga realidad! Pues he creído ver cómo se ahogaba en las saladas aguas del mar… ¡Pero mirad lo que os digo! Como se la hayan llevado, como haya sufrido daño alguno, ¡os colgaré a todos!

El temor y el alboroto se adueñaron entonces de Gamwell Hall, los criados corrían por doquier, los soldados se ceñían el cinto de la espada y los hombres del bosque encordaban sus arcos y se ocupaban de sus flechas.

Llegó furioso sir George hasta el medio entre todos ellos, pidiendo a voces su caballo y amenazando con colgar a todos allí mismo como no encontraran a su hija.

Apareció por fin el montero mayor con dos de sus perros de caza sujetos con una correa, y la partida al completo se adentró en el bosque de Sherwood siguiendo el rastro de William Fitzooth.

Más adelante, aquel mismo día, se toparon de pronto con Joanna, que estaba sentada en su aposento en la fronda y amamantaba a su hijo recién nacido.

En ese instante, sir George desmontó de un salto y aterrizó con la espada desenvainada profiriendo toda clase de horribles juramentos. Aun así, cuando su hija Joanna lo miró sonriente y le puso a su nietecito entre los brazos, el hombre dejó caer la espada, besó al niño con ternura y exclamó:

—Sabe Dios que desearía colgar a tu padre, pero a pesar de todo sigo queriendo a tu madre… Bueno, bueno, eres mi nieto, de eso no cabe duda, y no sería muy amable por mi parte que empezara por matar a tu padre. Joanna, ¿dónde está ese villano?

William Fitzooth salió entonces de detrás de un árbol y se arrodilló ante sir George para rogarle su perdón y prometerle su especial amistad con los sajones por el bien de su dulce esposa y el de su pequeño hijo, más de la mitad de cuya sangre ya era sajona.

—Pues bien —dijo sir George—, todo será perdonado y todo será olvidado, y en cuanto a este jovencito… ¿cómo decís que se llama? ¿Robert? Muy bien, mi joven Robin, que no has nacido en la casa señorial ni en la alcoba engalanada, sino en el verdor de los bosques, ¡que seas fiel a esta tierra inglesa y ofrezcas tu ayuda a los oprimidos hasta el fin de tus días!

1
El espíritu benigno de Sherwood

Sherwood en el ocaso: ¿duerme Robin Hood en esta hora oscura?
Las sombras se deslizan grises y fantasmales por la espesura,
sombras del venado pinto que sueña con la madrugada,
con el hombre que toca el oscuro cuerno en la sombra velada.

ALFRED NOYES,
Sherwood (1903)

El rey Ricardo I de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, ascendió al trono en 1189, y muy poco tiempo después lo dejó vacío al partir para unirse a la Cruzada con el fin de liberar Jerusalén de los sarracenos. La noticia de tumultos y sublevaciones exigía su retorno a casa, pero fue capturado en el camino y lo encerraron en una prisión —nadie sabía dónde—, y eran pocos en Inglaterra los que pensaban que alguna vez regresaría.

Cuando se marchó, Ricardo dejó encargada al obispo de Ely la tarea de gobernar en su nombre, pero el pérfido hermano del rey, el príncipe Juan, no tardó en acusar de traición al obispo, lo forzó a huir para ponerse a salvo y se convirtió él mismo en regente de Inglaterra.

Juan era un hombre cruel y despiadado, y la mayoría de sus partidarios eran tan malvados como él. Aquellos hombres necesitaban dinero, y también lo necesitaba Juan: la manera más sencilla de conseguirlo era acusar de traición o de haber quebrantado la ley a algún hombre acaudalado, convertirlo así en un proscrito y confiscarle su casa o su castillo y todos sus bienes, ya que los hombres declarados fuera de la ley no podían poseer nada, y quien lo matase recibiría una recompensa.

Cuando el príncipe Juan confiscaba las tierras a un hombre, solía poner en su lugar a uno de sus incondicionales… siempre que este le pagase unas grandes cantidades de dinero. Los partidarios del príncipe Juan no tenían muchos reparos en cuanto al método por el que se hacían con ese dinero: para ellos, la manera más sencilla era arrebatárselo a los pequeños granjeros, a los

campesinos y paisanos e incluso a los siervos. Y los caballeros advenedizos y sus escuderos no eran los únicos que obraban de este modo, sino también muchos de los obispos y abades que actuaban en confabulación con el príncipe o movidos por la codicia en su propio bien, igual que los peores de entre los nobles y los barones.

El príncipe Juan nombró también a numerosos corregidores para que mantuviesen el orden y administrasen justicia en las villas y condados… Siempre que cada uno de ellos le pagase bien a cambio de tal honor, y, por supuesto, tenían que arrebatar a la fuerza aquel dinero a alguien que fuese más débil que ellos y, además, obedecer todas las órdenes del príncipe Juan por muy crueles e injustas que pudieran ser.

Uno de ellos era el corregidor de Nottingham, la pequeña villa enclavada junto al lindero del bosque de Sherwood, y, cuando vino el príncipe Juan y estableció allí su corte por un tiempo, como es natural, este corregidor se mostró muy deseoso de dar prueba de su lealtad y su celo.

Una noche, sus hombres y él prendieron a un siervo que había matado a un gamo. Sin el menor asomo de piedad, el corregidor dio la orden de registrar la choza de aquel pobre hombre en busca de dinero y, al no hallar nada, hizo que la redujesen a cenizas.

Acto seguido, llevaron al desdichado siervo ante el corregidor.

—Ya conoces las leyes forestales —le dijo el corregidor con gesto muy severo—. Muy bien, mis hombres: que uno de vosotros ponga enseguida los hierros en el fuego. ¡Dejadlo ciego y soltadlo!

—¡No, no! ¡Eso no! —chilló el hombre—. ¡Cualquier cosa menos eso! ¡Matadme, si acaso! ¡Si me cegáis, Dios os lo pagará con su castigo! ¡Piedad! ¡Piedad!

El príncipe Juan había salido a caballo para ver trabajar al corregidor, y en aquel preciso instante se unía al grupo alrededor de los restos humeantes que quedaban de la cabaña.

—¿Qué pájaro tenemos aquí? —preguntó despreocupado—. No cabe duda, buen corregidor, de que deberíais haberle cortado primero la lengua. Habéis de guardar silencio y de moveros en secreto si esperáis que ese diablo de Robin Hood acuda en su auxilio, tal y como cuentan que hace. ¡Mirad, los gritos de este hombre van a despertar al rey allá en Palestina, o donde sea que esté!

—¡Silencio, perro! —exclamó el corregidor al tiempo que abofeteaba al siervo en la boca—. ¡Mira que montar semejante escándalo indecoroso en presencia de su Alteza Real el príncipe Juan!

—¡Príncipe Juan! ¡Príncipe Juan! —jadeó el hombre—. ¡Oh, sire, salvadme! ¡Por el amor de Dios, salvadme!

—¿Quién es este? —preguntó Juan con toda naturalidad—. ¿Qué ha hecho?

—Lo llaman Much —dijo el corregidor con aire de importancia—. Antes fue molinero, pero le gustaban demasiado los ciervos del rey. ¿Lo veis? Le han cortado el primer y el segundo dedo de la mano, y esto habla por sí solo: un arco que tensó de manera ilícita. Ahora lo hemos cazado otra vez haciendo lo mismo: la ley establece que al reo se le quemen los ojos por una segunda condena por matar a un ciervo. La tercera vez será ahorcado. Pero ya me aseguraré yo de que le cueste disparar una flecha a un solo gamo cuando hayamos terminado con él. ¡Nunca he conocido a nadie que apunte el arco guiándose por el olor! ¡Ja, ja!

El corregidor se reía con ganas de su propio chiste, y el príncipe Juan sonrió con agrado.

—¿Y bien, amigo? —le dijo al pobre Much, que continuaba arrodillado y temblando ante él.

—Por favor, alteza —jadeó Much—. Me quemaron el molino para ampliar los terrenos de caza y abrir paso al río, para que los ciervos pudieran venir aquí a beber. ¿Cómo iba a conseguir algo de comer sino cazando? Es difícil apuntar bien el arco sin los dedos apropiados para tensarlo, y el arquero que quiera cazar una presa lícita como un conejo o una paloma torcaz ha de apuntar muy bien… Tenía dos hijos, uno murió de pura necesidad, y el otro, el pequeño Much, lloraba pidiendo algo de comer… No podemos vivir de hierbas y pastos como los bueyes, ni tampoco de las raíces que comen los puercos.

—Oh —exclamó el príncipe Juan—, así que decidiste probar una dieta más rica, ¿verdad? ¡Los venados del rey! ¿Acaso no había otra manera? Ah, no, no, maese corregidor, dejadme que lo trate con justicia… ¿Qué me dices de este Robin Hood del que cuentan esas historias? Dicen que es un hombre rico, un terrateniente o un noble nacido en el seno de una antigua familia sajona que, por ser necio y loco, ofrece su ayuda a inmundicias como tú y tu ralea de criminales, que mata él mismo a los venados del rey e incluso robó en una ocasión una bolsa de monedas en el camino… Pues bien, ¿dónde está? Mejor aún, ¿quién es ese hombre? Cuéntame todo eso y conservarás los ojos para abrirte paso camino del patíbulo algún día, ¡tendrás mi palabra!

—¡No sé quién es! —jadeó Much—. Robin Hood suele salir del bosque, los hombres dicen que es el Espíritu Benigno de Sherwood, y después de

ofrecer su ayuda se marcha tan sigiloso como vino. Nadie lo ha visto a la luz del día…

—¡Aj! —exclamó con impaciencia el príncipe Juan—. Llevaos a este hombre y haced con él vuestro trabajo fuera de mi vista. Estos bribones son demasiado leales para mi gusto, o para su propio bien.

Así, cuatro de los hombres del corregidor se llevaron a rastras al pobre Much mientras un quinto retiraba los hierros candentes de aquel fuego que había sido el hogar del siervo y después los seguía de cerca con gesto muy serio. Sin embargo, Much consiguió zafarse de repente y liberarse: agarró la espada de uno de aquellos hombres y se abalanzó en dirección al príncipe Juan. No obstante, no llegó nunca a alcanzarlo, porque una flecha salió disparada desde detrás de ellos con un terrible silbido y lo dejó muerto en el suelo.

—Un gran disparo, ciertamente —comentó el príncipe Juan—, aunque hubiera preferido que tan solo lo lisiara. Un muerto no servirá de cebo para ese Robin Hood… ¿Quién ha disparado esa flecha?

Se dio la vuelta conforme hablaba y vio a un hombre bajo y sombrío que avanzaba hacia él desde el borde del claro y vestía un manto verde sobre sus ropas de cuero marrón.

—Mi señor —dijo el hombre, que se postró de forma exagerada ante el príncipe Juan—, me llamo Worman, administrador de Robert Fitzooth, conde de Huntingdon.

Al príncipe Juan se le torció de repente la sonrisa, que se convirtió en un gesto de ira con el ceño fruncido.

—¡El conde de Huntingdon, desde luego que sí! —exclamó—. Ya he oído antes ese disparate: el conde es lord David Carrick, hijo de Northumberland. ¿Qué patraña es esta que decís?

—Perdonadme, mi señor —protestó Worman, que se encogió avergonzado ante el príncipe Juan—. Por estos lares llaman a Fitzooth conde de Huntingdon por derecho heredado de su madre y de la línea sajona de los antiguos condes. Él es mi señor, ¡así que no osaré llamarlo de ninguna otra forma!

El príncipe Juan asintió con la cabeza.

—Me gustaría saber más sobre este supuesto conde —dijo con su tono de voz más cruel y sedoso—. ¿Lo consideráis leal?

—Al rey Ricardo, desde luego —respondió Worman con toda la intención en su voz.

—¡Ricardo, Ricardo, siempre Ricardo! —gruñó Juan—. Ricardo está muerto, o como si lo estuviera, para el caso, ya que se pudre en alguna mazmorra. ¡Ese bardo desquiciado de Blondel jamás dará con él! Yo soy el rey; el rey en todo salvo en el nombre… ¿Y ese tal Fitzooth es rico, decís? ¿Son extensas sus tierras?

—Antes lo eran, bien extensas —dijo Worman—, pero en estos tiempos ya solo conserva la casa y los terrenos de Locksley. Ha vendido el resto de las propiedades.

—¡Ajá, entonces tendrá los cofres llenos de oro! —exclamó el príncipe Juan.

—Soy su administrador, y ni siquiera yo sé nada sobre eso —respondió Worman—. Lo único que sé es que tiene una secreta necesidad de dinero, aunque su motivo se lo guarda para sí, y nadie en toda su casa lo conoce salvo su amigo y ayuda de cámara, William Scathlock.

—¿Cómo podría verlo yo sin ser reconocido? —masculló el príncipe Juan —. Si oyese una sola palabra de traición… Bueno, entonces veríamos qué hay en esos cofres… Y vos, mi buen amigo, obtendréis vuestra ganancia… si demostráis que sois fiel y discreto.

—¿Contra mi señor? —dijo Worman—. ¿Acaso puedo traicionarlo? Aunque mi deber para con vos, sire, está por encima de cualquier otro… Así que os diré cómo podéis hacerlo. El conde Robert se ha de casar mañana en la abadía de Fountains con la doncella Marian, hija de lord Fitzwalter. Esta misma noche dará un gran banquete en los salones de su propia casa, Locksley Hall. Todo el mundo será bien recibido, y nadie vigilará de forma estrecha quién es cada cual. Si acudís con el corregidor, disfrazados tal vez como palmeros, peregrinos de Tierra Santa, y llegáis contando alguna clase de fábula sobre el rey Ricardo, os recibirán con los brazos abiertos.

—Me gusta ese plan —exclamó el príncipe Juan, quien, a pesar de todos sus defectos, jamás anduvo falto de valor—. Vendréis conmigo, buen amigo. Y vos, maese corregidor, congregad a vuestros hombres y venid también: tenemos poco tiempo que perder. Abandonad ahí mismo a ese perro muerto, a modo de advertencia para Robin Hood, por si pasara por aquí.

Después de que aquellos hombres se marcharan a caballo y se perdieran en la gris penumbra del anochecer, cuando el velo de silencio cayó de nuevo sobre el bosque de Sherwood, unas siluetas encorvadas comenzaron a surgir renqueando de entre los matorrales cercanos y se congregaron alrededor del

cuerpo de Much, el viejo molinero, que yacía en el mismo lugar donde había caído muerto, cerca de las brasas humeantes de su propio hogar.

—Está muerto —exclamó una de aquellas siluetas—. Bueno, mejor eso que ciego… Qué crueles los tiempos que vivimos.

—Cierto —exclamó otra silueta—, pero las cosas se pondrán mejor cuando el rey vuelva de las Cruzadas.

—Pero si no regresa nunca —masculló una tercera silueta—, ese diabólico príncipe Juan se convertirá en rey, y, entonces, que Dios se apiade de nosotros.

—Aquí llega ese pobre chico, Much, el hijo del hombre al que han asesinado —interrumpió otra silueta—. ¿Qué podemos hacer por él? Ese hombre salió a cazar un venado porque el hambre le empujó a hacerlo… ¿Quién de nosotros puede alimentar a este pobre muchacho huérfano?

Se produjo un murmullo generalizado de lástima mientras el chico se arrodillaba llorando junto al cuerpo de su padre. Entonces dijo alguien en un susurro:

—Robin Hood no permitirá que muera de hambre. Mirad, aquí llega su ayudante, Will Scarlet, y trae un saco. Que Dios y Nuestra Señora bendigan a Robin Hood, que acude en Nuestra ayuda como un verdadero ángel.

Y mientras esto decía, un hombre llegó con paso ligero entre ellos, un tipo alto de unos cuarenta años cuyo atuendo en granate y escarlata cuadraba con el nombre por el que estos proscritos lo conocían.

—¡Tened valor, mis amigos! —exclamó Will Scarlet, que dejó caer aquella saca tan pesada conforme lo decía—. Mi señor y vuestro verdadero amigo Robin Hood temía que pudierais pasar hambre y me ha enviado con esto, puesto que sabe que el corregidor y sus hombres han venido hoy al bosque, ¡y siempre dejan miseria y hambre a su paso!

—¡Dios bendiga al valiente Robin Hood! —exclamaron a coro todos ellos salvo el muchacho, que continuaba arrodillado y llorando junto al cuerpo inmóvil.

Scarlet se acercó, sobre él, y le puso una mano con delicadeza en el hombro.

—Así que han matado al viejo Much —dijo—. Consuélate, muchacho, porque está en paz y se ha ahorrado muchos males. Ha sido una muerte rápida, mira la flecha que le ha atravesado el corazón… Qué extraño, esa flecha no ha salido de una armería de Nottingham, jamás; es como las que usan mi señor y sus criados.

—¡Buen Will Scarlet! —gritó el chico, que se dio la vuelta de repente—. Deja que vaya contigo y sirva también a tu noble señor. Ya sé que solo tengo doce años, pero el dolor nos hace madurar pronto, y así me vengaré de esos malditos asesinos.

—No hables de venganza —le dijo Will Scarlet con voz amable—. Es la justicia por lo que luchamos. Pero vendrás conmigo. Nos hace falta un joven audaz como tú, y alguien en quien se pueda confiar incluso hasta la muerte, igual que tu padre.

—Sí, sí —dijo al unísono el grupo a su alrededor—. Ten la seguridad de que el viejo murió antes que traicionar a tu señor, igual que haría cualquiera de nosotros. ¡Dios salve a Robin Hood! ¡Al rey Ricardo y a Robin Hood!

2
De cómo Robert de Locksley se convirtió en un proscrito

Este joven que lleva de la mano a la doncella
es nuestro conde Robert, vuestro Robin Hood,
que en estos días era conde de Huntingdon.
El avaro malencarado y vendido a manos llenas
es Worman, antaño administrador de esta casa,
quien, cual Judas, traiciona a su generoso señor.

ANTHONY MUNDAY,
La caída de Robert, conde de Huntingdon (1601)

Parecía reinar la paz y la alegría en Locksley Hall aquella noche en que los amigos y arrendatarios de Robert Fitzooth participaban del banquete para celebrar la boda de este con Marian Fitzwalter, que tendría lugar a la mañana siguiente.

El conde Robert se encontraba recibiendo a sus invitados junto a la gran chimenea: un hombre de unos treinta años con buena constitución física, apuesto, de cabello castaño con una barba corta y unos ojos claros tras los cuales parecía acechar una sombra: la de la compasión y la determinación. Todos sus movimientos eran ágiles, pero ninguno apresurado. Era un hombre de acción, un líder capaz de ver las cosas con claridad y, en un instante, dar una orden y obrar conforme a su dictado con una veloz precisión y una absoluta serenidad.

La doncella Marian Fitzwalter se encontraba a su lado. Era unos cinco años más joven que él, alta y bella, pero también fuerte y audaz, una esposa muy apropiada para tal hombre.

Así pensaba la gran mayoría de los presentes, que se turnaban para acercarse a ofrecer sus parabienes o sus servicios —conforme a su rango—, o se unían de vez en cuando en alguna canción alegre seguida del tradicional

brindis sajón del *waes hael* para desear buena salud a la pareja con la copa o el cuerno de montura de plata en alto, con un trago de hidromiel o cerveza.

Los que no parecían poner tanto entusiasmo en sus brindis, sin embargo, eran dos palmeros que habían llegado tarde acompañados de Worman, el administrador.

—¡Huelo la traición, no me cabe la menor duda! —dijo entre dientes el más siniestro de los dos.

—Esto es un nido de traidores, alteza —coincidió su acompañante—. No tardarán en demostrarlo, ¡podéis contar con ello!

Como si desearan confirmar aquellas mismas palabras, unos cuantos hombres del bosque vestidos de arriba abajo del verde de los paños que tejen en Lincoln se pusieron a cantar cerca de la puerta:

¡Larga vida a Ricardo,
a Robin y a Ricardo!
¡Larga vida a Ricardo!
¡Fuera Juan el felón!
¡Bebamos todos
por el Corazón de León!

—¡Fuera Juan, pues claro que sí! —dijo el sombrío palmero con gesto muy serio—. ¡Ahora sí confío en que llevo un buen disfraz, y en que ese tal Worman, el administrador desleal, no volverá a flaquear en sus lealtades! Vaya, ¿qué tenemos aquí?

Al finalizar la canción se produjo un pequeño revuelo cerca de la puerta y entró un hombre del bosque, alto, vestido de granate y escarlata, que se abría paso entre la multitud con un niño al que llevaba de la mano.

El segundo palmero se puso en tensión al instante, como un perro rastreador que huele a su presa.

—Mi señor —susurró a su compañero—, ese muchacho es el hijo del viejo Much, el molinero al que habéis visto caer esta tarde cuando trataba de escapar de los hombres que iban a castigarlo en justicia y le iban a quemar los ojos por su segundo delito al cazar un venado.

—Con certeza, mi buen corregidor —respondió el supuesto palmero—. Este falso conde Robert da cobijo a hijos de traidores y criminales, ¿verdad?… Pero aquí llega maese Worman.

—¿Y esto, maese Worman? —le preguntó en voz baja el corregidor disfrazado—. ¿Qué significa esto?

—Aquel de allá es el ayudante del conde Robert, William Scathlock —respondió Worman—, y trae consigo al hijo de ese traidor que ha amenazado a su alteza esta tarde, ese cuyo negro corazón he tenido la fortuna de atravesar con una flecha.

—¿Y bien?

—Alteza, cuando me he interesado por el hijo de Much el molinero, da igual ante quién, me han dicho que no había de qué preocuparse, ya que un tal Will Scarlet había llegado para llevárselo y dejarlo bajo el cuidado de Robin Hood.

—¡Will Scarlet! Robin Hood —se dijo el príncipe Juan—. ¡Ese diablo! ¡Maese Worman y vos, mi buen corregidor, hemos sido agraciados con una fortuna mayor de lo que jamás soñamos! ¿No lo veis? Will Scarlet trae a Much al cuidado de Robin Hood… y William Scathlock trae a ese mismo Much al cuidado de Robert Fitzooth, a ese falso conde Robert que vende sus tierras y utiliza los beneficios con tanto misterio… Ya veis, mis buenos amigos, he aquí una auténtica prueba… Y esa canción que entonaban:

¡Larga vida a Ricardo,
a Robin y a Ricardo!

»Así es, no hay duda de ello… Pues bien, vuestro sino está decidido. Este traidor de Robert, o Robin, mañana será declarado proscrito, y vos lo colgaréis de inmediato. Entonces, por supuesto, sus tierras y sus bienes quedarán a mi entera disposición, y me haré con ellos. Y lady Marian, esa joven y atractiva heredera, carecerá de un marido… aunque tendrá uno esperándola, bien lo sé yo, y será uno fiel a mi causa… Sí, será para sir Guy de Gisborne, que la conseguirá con el beneplácito del padre si no me equivoco mucho y conozco bien a este hombre mío… ¡Y sir Guy me pagará una espléndida dote por su desposada!

Nadie había sospechado de aquellos dos supuestos palmeros en el banquete del conde Robert, pero aun así había un cierto aire de inquietud en los preparativos de la boda en la capilla de la abadía de Fountains al día siguiente.

Lord Fitzwalter parecía atribulado e incómodo, pero su hija Marian sí estaba muy tranquila a pesar de que ambos, padre e hija, estuvieron un rato esperando ante el altar hasta que el conde Robert llegó a caballo ante la puerta con su tropa de arqueros. Situó a sus hombres en los pasillos en formación

militar —para gran sorpresa de lord Fitzwalter e indignación del abad—, y solo entonces avanzó para ocupar su lugar junto a Marian.

El abad, un hombre pequeño y regordete, tenía pinta de cualquier cosa menos de estar complacido, y comenzó a recitar los cantos de la ceremonia con unas largas hileras de monjes de su orden que cantaban a coro sus respuestas desde detrás de la cancela, a su espalda.

Sin embargo, antes de que se pronunciaran las palabras que convertían a Robert y a Marian en marido y mujer, se oyó la llegada de los cascos de unos caballos al galope, el golpeo y el tintineo metálico de las armaduras, y un caballero entró con paso firme en la capilla con la espada desenvainada en la mano y seguido por un grupo de soldados.

—¿Qué significa este sacrilegio? —exclamó el abad, dividido entre el temor y la indignación.

—¡Alto! —vociferó el caballero—. ¡Yo, sir Guy de Gisborne, vengo en nombre del rey a prohibir que prosiga esta ceremonia! ¡Pregonero, leed el edicto!

Un hombre vestido con la librea del corregidor de Nottingham dio un paso al frente, desenrolló un pergamino y leyó en voz alta:

—A todos se hace saber, en el nombre del príncipe Juan, regente de toda Inglaterra, que teniendo en cuenta que Robert Fitzooth, conocido como Robert, conde de Huntingdon, y conocido también como Robin Hood, ha prestado ayuda a los enemigos del rey, que ha quebrantado las leyes de la corona y es un traidor al rey y a todos aquellos a los que él concedió autoridad, por la presente se declara proscrito y desterrado a este mismo Robert Fitzooth o Robin Hood, hombre sin ley, y sus tierras y sus bienes confiscados. ¡En el nombre de Ricardo, nuestro rey, y del regente, el príncipe Juan!

—Sir Guy —dijo Robert sin levantar la voz—, es impropia esta empresa hostil con la que venís, completamente indigna de la elevada orden de caballería que vos profesáis. Y, en cuanto a ese edicto, pongo en duda su validez. Mostradme el sello del rey Ricardo en ese documento… No podéis. Mostradme entonces el sello del señor obispo de Ely, el único regente designado de forma legítima… ¡Vaya, tampoco figura en ese edicto!… Decidme cuándo he actuado como un traidor. ¡Y por qué yo, Robert Fitzooth, doncel de Locksley y conde de Huntingdon, debo responder por las supuestas fechorías de ese mítico diablo de los bosques llamado Robin Hood, quien, sin duda ninguna, no es más que un fantasmón inventado por la credulidad y la superstición de unos ignorantes!

Guy de Gisborne se rio con dureza.

—Este no es momento para chanzas ni para cuentos de hadas —replicó—. Todo el mundo sabe que no habéis dejado de desacatar las leyes y de esforzaros por poner a los siervos en contra de sus señores. Fijaos, el simple hecho de que os hagáis llamar conde de Huntingdon por el derecho de los antepasados de vuestra madre os sitúa en la traición: los antiguos condes sajones fueron desposeídos y desterrados por negarse a obedecer a su legítimo rey Guillermo de Normandía, y tan solo el título de conde concedido por el rey cuenta con algún derecho conforme a las leyes. En cuanto a vuestros incumplimientos de las leyes forestales, todo el mundo sabe de vuestra pericia con el arco, y son pocos los viajeros que hayan pasado por esta región y que no hayan catado los ciervos del rey bajo vuestro techo. Por último, es inútil que finjáis ignorar los delitos que habéis cometido bajo el falso nombre de Robin Hood. ¿Cuántos de entre vuestros leales partidarios son a la sazón delincuentes proscritos de los que se dice que forman parte de la banda de Robin Hood? ¿Qué me decís de su lugarteniente, que también forma parte de vuestra casa? ¿Y qué me decís de Much, el hijo del molinero, que se encuentra bajo los cuidados de Robin Hood… en vuestra casa de Locksley Hall?

—Muy bien —fue la tranquila respuesta—. En este lugar y esta hora deja de existir Robert Fitzooth, conde de Huntingdon. Me habéis llamado Robin Hood, y tanto vos como vuestro corregidor, y también el mismísimo príncipe Juan, viviréis para temer ese nombre. Pero no solo vos, sino también todos aquellos que son como vos: los abades y obispos que engordan gracias al sufrimiento de los pobres, los caballeros y barones normandos que quebrantan las leyes del rey y la ley de Dios en sus crueldades y sus opresiones, así de cierto, y los suyos vivirán aterrorizados mientras Robin Hood reine en el bosque de Sherwood: en Sherwood y allá donde sea necesario corregir una injusticia hasta que el rey Ricardo regrese de la Cruzada y se restaure una vez más la justicia en esta bella tierra inglesa.

Acto seguido, se dio la vuelta hacia Marian Fitzwalter, que había permanecido a su lado en todo momento, y dijo Robin con voz afectuosa:

—Mi lady Marian, ¿entregasteis vuestro amor al conde de Huntingdon, cuyas tierras se extienden desde el río Trent hasta el Ouse, o al simple Robin Hood, el proscrito que ahora retorna al hogar de su nacimiento bajo las verdes hojas del bosque de Sherwood?

—Ni al conde ni a su condado —respondió Marian con firmeza—, sino al hombre al que amo, cuya esposa y de nadie más seré.

—En efecto, no pensaba que fuese de otra manera —dijo Robin con gran seriedad—, y aunque la ceremonia no haya llegado más que a la mitad, mantengo que somos no obstante marido y mujer a los ojos de Dios y a los ojos de esta congregación… Lord Fitzwalter, dejo a vuestro cuidado a vuestra propia hija: protegedla bien en el castillo de Arlingford, y vendré a reclamárosla de nuevo cuando el rey Ricardo esté aquí para tomar su mano y unirla a la mía.

—¡Así lo juro yo también! —exclamó Marian—. Tú, Robin, eres mi señor y mi esposo, y ningún otro será nada jamás para mí, ¡aunque viva y muera siendo una doncella!

—Ahora marchaos, enseguida —dijo Robin a lord Fitzwalter—, y márchate tú con él, rápido, dulce Marian. No, no puedes ayudarme: ¡en cuanto haya tumbado a estos bellacos de aquí, cabalgaré hacia los alegres bosques, donde estableceré mi corte!

—¡Venid de una vez, Robin Hood, desleal traidor y proscrito! —exclamó Guy de Gisborne—. Con vuestras propias palabras os habéis condenado de sobra por traición ante esta compañía, a la que invoco para que así dé fe… Venid de una vez, entregad vuestra espada y someteos a la autoridad de quien sin duda es vuestro señor, el príncipe Juan. ¡Si lo hacéis, tal vez quede algo de clemencia para vos!

—¡Ese hombre no conoce la clemencia! —exclamó Robin—. El príncipe Juan tan solo conoce los deseos de su pérfido corazón, y vos hacéis mal en servirle… En cuanto a mi espada… ¡así es como se la entregaré a Juan y a sus enviados!

Con un movimiento repentino y veloz, Robin tomó la espada de su costado y la descargó con tal fuerza sobre el yelmo de hierro de Guy de Gisborne que el caballero se tambaleó y cayó al suelo sin sentido. Robin cargó entonces nave abajo, sus hombres se le unieron desde ambos lados conforme avanzaba, y se produjo un pequeño y súbito combate cerca de la puerta de la capilla.

—¡Socorro! ¡Esto es un crimen! ¡Un sacrilegio! —gritó el abad regordete.

Los monjes y frailes se sumaron a los gritos de su abad mientras se empujaban y apelotonaban en su afán por huir por la estrecha puerta que daba acceso al edificio de la abadía. De vez en cuando apretaban el paso aún más gracias a alguna que otra de las flechas que los arqueros de Robin lanzaban a los hombres de Guy de Gisborne, una detrás de otra, hasta que ellos también retrocedieron hacia la puerta por la que el abad ya se había apretado para ponerse a salvo.

Cuando el sonido de los cascos de los caballos le dijo que lord Fitzwalter —con Marian y sus leales— ya se había alejado lo bastante en dirección al castillo de Arlingford, Robin dio la señal a sus hombres, que salieron de la capilla con una carga decidida y se marcharon a través del bosque de Sherwood camino de Locksley Hall.

Sir Guy, todavía medio aturdido, apenas se estaba levantando del suelo de la capilla, y cuando el caballero terminó de recobrar la lucidez y se puso en pie entre tambaleos, Robin ya había desaparecido con todos sus partidarios en las frondosas profundidades de Sherwood.

—¡De nada servirá perseguirlo ahora, Dios haga caer en desgracia a ese bribón de Fitzooth y a sus amigos! —exclamó—. ¡Pero se encontrará con el corregidor y maese Worman esperándolo en Locksley Hall si es que se atreve a aparecer por allí!

Sir Guy dio una orden a aquellos de sus hombres que aún se mantenían en pie para que atendiesen a los que habían quedado sin sentido en el suelo de la iglesia a manos de los seguidores de Robin, y, acto seguido, se adentró en la abadía, donde el abad se mostró más que dispuesto a invitarlo a comer.

—¡Un infame sinvergüenza! —farfulló el abad, que necesitó llenarse la copa una y otra vez con un vino selecto antes de lograr recuperarse del impacto sufrido por su dignidad y del terror del silbido de esas flechas espantosas—. Bien proscrito está, ¡y bendiga el Señor al hombre que le pare los pies!

—Un tipo peligroso —coincidió sir Guy y se llevó la mano a la cabeza dolorida—. Y lamento que se nos haya escapado, porque ahora se volverá más peligroso.

—El conde Robert es un hombre respetable —intervino un fraile que era con diferencia el más alto, el más ancho y el que tenía la cara más sonrojada de todos los presentes—. Es el que mejor puntería tiene de toda Inglaterra, y podría derrotar en un concurso de tiro con arco a cualquier hombre del bosque o arquero tanto en alcance en la distancia como en precisión en el blanco.

—¡Hermano Michael! ¡Hermano Michael! —resopló el abad—. ¡Es traición eso que decís! ¿Cómo va a ser respetable un proscrito? Y en cuanto a su pericia como arquero…

—Puede medirse con cualquier paisano —lo interrumpió el hermano Michael tan plácidamente—, coger el arco largo y dar justo en el blanco a doscientos pasos.

—Sea como sea —dijo sir Guy al fraile con una mirada fulminante—, ahora es un proscrito, y cuanto antes le atraviese una flecha el corazón, mejor.

—Es peligroso declarar proscrito a semejante hombre —dijo con voz rotunda el hermano Michael—. Os habéis apoderado de su hogar: ¿dónde vivirá? ¡En el bosque, pues claro! Le habéis arrebatado sus reses y sus piaras: ¿qué comerá? ¡Los venados del rey, desde luego! Le habéis robado su dinero y sus bienes, así que, claro está, él os robará a vos y a los vuestros. ¡Ajá, ningún caballero ni corregidor, ni abad ni obispo estará ya a salvo de ese hombre!

—¡Pues con mayor motivo hemos de capturarlo cuanto antes y colgarlo del patíbulo! —le soltó sir Guy—. Ahora bien, padre abad, contadme sobre esta lady Marian: ¿cómo fue que lord Fitzwalter la comprometió en matrimonio con semejante hombre como Fitzooth, pues queda claro que ni padre ni hija podían haber ignorado que él era Robin Hood, verdad?

—Ah, sí que es una encantadora doncella, ¡no cabe duda! —exclamó el hermano Michael antes de que el abad pudiese decir una palabra—. Soy su confesor, y si alguien lo sabe, ¡he de ser yo! ¿No es una mujer que rebosa belleza, elegancia, ingenio, buen sentido y gran bravura? ¿No es capaz de luchar a espada, de manejar la vara larga y de disparar con el arco largo tan bien como… como el mismísimo Robin Hood? Ciertamente, una respetable pareja para un hombre tan respetable: ojalá hubierais retrasado vuestra llegada apenas media hora, mi señor caballero, y se habría cerrado un nudo que jamás habrían podido desatar los edictos de nuestro usurpador el príncipe Juan.

—¡No tardará mi espada en cortar ese nudo! —vociferó sir Guy—. Y no son sino vuestros hábitos, maese fraile, los que impiden que sea vuestra cabeza la que sienta el filo de esa misma espada.

—¡Ay, las penitencias que os voy a imponer por esto! —comenzó a decir el abad mirando al hermano Michael y a punto de reventar de pura ira.

—Adelante, pues, padre santo —exclamó el fraile—, ¡ya que no estaré aquí para sufrirlas! Estarán bien dispuestos a recibirme en el castillo de Arlingford, y hacia allá me apresuraré a marchar para hacer de él mi humilde morada.

—Y yo os acompañaré —dijo Guy de Gisborne con aire muy serio—, que la doncella Marian, ese dechado de belleza, bien merece una visita… ¡y bien puede ser un cebo que atraiga al proscrito Robin Hood, para que caiga en la trampa!

3
Los proscritos del bosque de Sherwood

Cien valientes hombres tenía el bravo Robin Hood,
todos excelentes arqueros, atentos a su llamada,
vestidos del verde Lincoln y gorra en rojo y azul,
y ninguno desconocía su cuerno cuando sonaba […].
Asombrosa la fuerza de sus arcos de buen tejo español,
de un metro de largo eran las flechas que arrojaban.

MICHAEL DRAYTON,
Polyolbion XXVI (1622)

A la mañana siguiente, bien temprano, sir Guy de Gisborne partió hacia el castillo de Arlingford con la guía de aquel fraile gordo al que llamaban hermano Michael y que había caído en desgracia la noche anterior al elogiar al proscrito Robin Hood.

El fraile cabalgaba junto a él y cantaba con grandes ánimos a pesar de que el abad lo había expulsado de forma inequívoca cuando él ya se marchaba de la abadía:

—De aquí te marchas, hombre falso y traicionero, tal cual llegaste hace ya tantos años: como el simple Michael Tuck, pues ya no eres hermano de esta orden. ¡Y como vuelvas a asomar esa cara por mi puerta, te la cerraré en las narices!

—¡Pues mira por dónde! —exclamó alegremente el fraile—. Despidámonos de la abadía de Fountains y saludemos todos a los joviales bosques: ¡y venid a atraparme si podéis!

Y de este modo se marchó, cantando:

¡Escuchad, escuchad, amigos!
Escuchad al perro, oíd sus ladridos
en pos del gamo, vigilando su guarida,
despierta el cazador al amanecer,

mas el gamo no está, nada queda por ver,
¡y nada sabe el cazador sobre su huida!

Cuando apareció ante su vista el castillo de Arlingford, el fraile dejó de cantar, se dio la vuelta hacia sir Guy y dijo:

—Más vale que deis media vuelta, señor caballero… ¡o al menos bajaos esa visera que lleváis!

—¿Cómo decís? —exclamó Guy de Gisborne—. Seguro que lord Fitzwalter no se habrá aliado con Robin Hood, ¿no creéis?

—Ni mucho menos —se echó a reír el fraile gordinflón—. Pero lady Marian desde luego que sí, ¡y esa doncella es tan capaz con el arco y la flecha como cualquier damisela con la aguja de bordar!

Aun así, llegaron al castillo sin contratiempo, y lord Fitzwalter les dio una calurosa bienvenida como buena muestra de su gran interés por situarse del lado del poder.

—¿Que me habéis causado un problema? ¿Cómo decís eso? ¿Hubierais preferido que casara a mi hija con un proscrito, un hombre deshonesto que caza los venados del rey… y mata a los leales al príncipe? Un hombre que tira por la ventana un título de conde, unas extensas tierras y valiosos tesoros para ayudar a un montón de siervos miserables y otras chusmas perseguidas por las leyes de esta tierra con la mayor de las justicias. No, señor, no: me habéis prestado un servicio, un gran servicio. He terminado con Fitzooth, o con Robin Hood, o como sea que ese pícaro se haga llamar ahora. Y mi hija también ha terminado con él.

—Y, aun así, la doncella está medio casada con él conforme a los dictados de la Iglesia —intervino el fraile—, y completamente casada conforme a los dictados de su corazón.

—¡Ese matrimonio no se ha completado! —gritó lord Fitzwalter—. Por tanto, no me importa nada. En cuanto al amor, dado que su confesor sois vos, ¡a vos os corresponde hacerle ver que sus sentimientos por este traidor son pecaminosos y que hay que sofocarlos!

—Los matrimonios se atan en las alturas —afirmó el fraile—. El amor es obra de Dios, y no me corresponde a mí entorpecerlo.

—¡La ceremonia se interrumpió, prueba evidente de que el cielo no le otorgaba su bendición! —rugió lord Fitzwalter—. Además, yo comprometí a mi hija con el conde de Huntingdon, no con ese traidor proscrito de Robin Hood.

—Que podría recibir el perdón —respondió el fraile—. Corazón de León es un rey digno, y Fitzooth es un digno súbdito.

—No puede haber ningún perdón —se apresuró a decir sir Guy—. Ha matado a los súbditos del rey y ha desafiado a su corregidor.

El rostro de lord Fitzwalter se estaba enrojeciendo cada vez más de pura ira, pero en ese instante llegó lady Marian, que entró de pronto en la sala vestida del verde de Lincoln, con una aljaba llena de flechas en un costado y un arco en la mano.

—¿Qué es esto? —rugió su padre—. ¿Adónde te marchas ahora, jovencita?

—A los bosques —dijo Marian muy tranquila.

—¡No harás semejante cosa! —vociferó lord Fitzwalter.

—Pues me marcho —dijo Marian.

—Entonces ordenaré que icen el puente levadizo.

—Entonces cruzaré a nado el foso.

—Entonces cerraré las puertas a cal y canto.

—Entonces saltaré desde las almenas.

—Entonces te encerraré en tu alcoba.

—Entonces rajaré los tapices y descenderé por la ventana.

—Entonces te encerraré en lo alto de una torre donde tan solo veas la luz del día por un agujerito.

—Entonces hallaré otra manera de escapar. Y siempre que me vaya de aquí en libertad, padre mío, regresaré de buen grado; ahora bien, si me encerráis y soy yo quien se escapa, no regresaré jamás… Robin me espera en los bosques, y bien fácil es terminar de cerrar ese nudo que ayer quedó a medio apretar.

—Bien dicho, mi señora —exclamó el fraile.

—¡Mal dicho, fraile! —atronó lord Fitzwalter—. ¡Marchaos de mi castillo de inmediato! ¡Os habéis confabulado con el traidor Robin Hood, bien lo sé! ¡Y si regresáis os haré azotar, seáis monje o no!

—¡Me marcho, me marcho! —dijo el fraile con toda calma—. Conozco una ermita junto al río donde podré establecer mi buena morada e imponer un pago a todo aquel que pase por allí: ¡un pago que, por supuesto, será a cambio de mis oraciones! Me han expulsado de la abadía y del castillo, ¡pero no será tan fácil lograr que este fraile Tuck caiga abatido!

Y allá que se marchó con paso decidido y cantando alegremente:

Buscaré la ermita donde morar,
donde rezar el rosario en soledad,
y a todo el que asome por esos lares,
¡le cobraré peaje por mis rezares!

—¡Se acabó ese fraile deslenguado! —resopló lord Fitzwalter—. ¡Ahora, a por la niña díscola!

—Un marido —dijo sir Guy con toda la intención— es el mejor freno para domar a alguien como ella.

—Sí, un marido, ¡pero uno que yo escoja! —coincidió lord Fitzwalter—. Nada de condes de dudoso título, sino más bien, digamos, un caballero con unas tierras y riquezas bien definidas, ¡y que cuente con el favor del príncipe Juan, sin duda! En realidad, un hombre como… ¡bueno, qué más da!

Lord Fitzwalter miró de arriba abajo a Guy de Gisborne con cara de aprobación, pero intervino Marian:

—Ningún hombre que vos elijáis, padre… a menos que sea también de mi elección. ¡Y yo elijo y siempre elegiré al valiente Robin Hood!

—¡Te meteré en una mazmorra y te dejaré a pan y agua! —atronó la voz de lord Fitzwalter.

—Robin saqueará vuestro castillo con tal de rescatarme —dijo Marian con alegría. Y exclamó entonces, muy seria de repente—: Padre, ¿me dejaréis ir a los bosques? Tenéis mi promesa de que regresaré. Y os prometo también que Robin no será para mí nada más que lo que ya es mientras no tenga vuestro permiso, o bien hasta que regrese el rey Ricardo y me entregue a él en matrimonio con su propia mano.

Acto seguido, lanzó un beso a su padre y, sin prestar la menor atención a Guy de Gisborne, Marian salió tan contenta de aquella sala y se marchó al bosque de Sherwood.

—Y ahora —dijo lord Fitzwalter con expresión grave—, os corresponde a vos capturar a este proscrito y colgarlo del patíbulo más alto de Nottinghamshire. Mientras eso no haya sucedido, me temo que de nada servirá que vengáis aquí a pedirme la mano de mi hija en matrimonio.

Sir Guy se puso en pie e hizo una reverencia a su anfitrión.

—Mi señor —dijo—, me marcho ya de camino a Locksley Hall. Los hombres del corregidor iban a rodear el lugar anoche y a hacer prisionero a todo aquel que entrara o saliese, y los míos me esperan en la abadía. Cuando llegue allí, es muy posible que me encuentre con que Robin Hood ya está en sus manos.

Sin embargo, Robert Fitzooth no había sido tan inconsciente de los peligros que para él suponía aquella doble vida como Robin Hood, no tanto como habían supuesto el corregidor y el príncipe Juan. Al escapar de la capilla tras interrumpirse la boda, Robin se marchó a caballo con unos veinte hombres armados, se adentró en el bosque de Sherwood y llegó hasta un lugar a una milla de Locksley Hall, aproximadamente. Allí se detuvo, se dio la vuelta y habló a sus seguidores:

—Amigos míos, me ha sucedido lo que yo temía. Todos habéis oído el edicto que se ha leído en mi contra por el que se me declara proscrito, y algunos de vosotros habéis corrido el mismo riesgo al resistiros a esos hombres que han enviado contra mí a las órdenes de sir Guy de Gisborne. Pues bien, ahora podéis elegir por vosotros mismos: os libero a todos de mi servicio, aunque bien cierto es que ya sois libres lo quiera yo o no, porque ahora soy un proscrito. Por si no lo sabíais todos ya, sabed ahora que yo soy ese Robin Hood que ya durante varios años ha trabado amistad con todos los que sufren la crueldad y las iniquidades de los señores, barones, obispos, abades y corregidores. Ya dispongo de un grupo de hombres que han jurado seguirme y que me esperan en las profundidades del bosque: todos somos compañeros y hermanos, aunque me han elegido a mí como su líder y su rey, no porque yo sea un conde por derecho de nacimiento, ni por el simple hecho de que haya recibido el don de una mano firme y una visión clara y por ello sea capaz de disparar el arco más lejos y con más precisión que la mayoría de los hombres, sino porque ha de haber alguien al mando, y yo procedo de un linaje de gobernantes por mucho que ahora no seamos sino esclavos de nuestros señores normandos. No soy ya Robert Fitzooth, conde de Huntingdon, sino el simple paisano de Locksley al que los hombres llaman Robin Hood; sin embargo, mis amigos de Sherwood me han elegido rey, y rey de Sherwood seré. Mi primera preocupación serán mis incondicionales, pero la de todos serán la justicia, el auxilio y el amor de Dios, y mantengo que no hay traición alguna en esto y que ninguna cometemos: cuando Ricardo regrese de la Cruzada, llegará a su fin este reino del terror y del mal contra el que lucho. Ya no nos oprimirá Juan, ese hombre cruel que no conoce límites, y sus amigos y partidarios dejarán de valerse de nosotros sin derecho ni justicia, como esclavos en lugar de hombres libres.

»Elegid ahora: ¿me seguiréis a Sherwood todos los que no tenéis esposa ni hijos, o, como bien podéis hacer sin que nadie os culpe, regresaréis a servir al nuevo señor de Locksley? Lo único que os ordeno, por el amor y el servicio

que ha habido entre nosotros, es que no me traicionéis a mí ni a ninguno de los que antes eran vuestros compañeros y ahora lo son para mí.

En ese momento, la mayoría de los hombres armados vociferaron que seguirían a Robin Hood contra viento y marea, y todos ellos juraron que morirían antes que traicionarlo. Algunos se dieron la vuelta y se marcharon cabizbajos camino de Locksley —movidos hacia allí por sus esposas e hijos — y juraron a regañadientes que servirían a sir Guy de Gisborne mientras él fuera el señor de Locksley.

—Y ahora —dijo Robin a los que permanecían con él—, marchémonos a nuestro nuevo hogar en el bosque y veamos cuántos somos los que allí nos mantenemos unidos en la lealtad a Dios, a su siervo Ricardo, ungido rey por derecho divino, y a la justicia y la reparación de las iniquidades.

En lo más profundo del corazón de Sherwood, con el sol del ocaso a su espalda, Robin y sus hombres llegaron a un gran claro donde se alzaba el mayor de todos los robles del bosque, en una pradera abierta y protegida por unos empinados taludes a un lado y a otro en los que había cuevas profundas y a salvo de la humedad. En cada extremo de aquel valle poco profundo, y más allá de los taludes de ambos lados, el bosque los amurallaba con sus poderosos árboles, con robles y fresnos, con hayas, olmos y castaños y también con los matorrales infranqueables de densos espinos, con lúgubres pantanales donde un paso con descuido podría atrapar a un hombre o un caballo y arrastrarlo a la oscura ciénaga, con zarzas que se alzaban como si fueran unos terraplenes y montículos por los que apenas podría abrirse paso a la fuerza siquiera un hombre con armadura.

Durante la última milla, Robin los había conducido por veredas estrechas y tortuosas, indicando a sus compañeros las señales secretas y ocultas por las que podrían orientarse.

Una vez en el claro, Robin cogió el cuerno que llevaba en el cinto y lo hizo sonar con un bramido cuyo eco resonó y se fue alejando en la distancia. Ya salían de las cuevas para darle la bienvenida unos hombres bien vestidos con jubón y calzas del verde de Lincoln, con capuchones verdes o granates y unas botas de suave cuero por la rodilla.

Bastaron unas pocas palabras y los hombres se pusieron a encender dos grandes hogueras cerca del roble en el claro, y comenzaron a asar en ellas unos venados. También trajeron unas gruesas hogazas de pan negro, sacaron rodando un par de barriles de cerveza y montaron unas bastas mesas sobre caballetes con troncos por asientos.

Iba cayendo la oscuridad, y los hombres seguían llegando silenciosos al claro y ocupaban su lugar junto a las hogueras hasta que se llegó a reunir una compañía de unos cincuenta o sesenta.

Entonces se puso en pie Robin Hood y se dirigió a ellos. Comenzó hablándoles de su destierro, igual que había hecho con los hombres con los que había llegado, y les recordó que serían unos proscritos, pero no unos salteadores.

—Hemos de hacernos con los venados del rey —finalizó—, porque hay que comer para vivir, pero cuando retorne el rey yo mismo me postraré a sus pies y le suplicaré su perdón por esta falta. Y, ahora, jurad todos conmigo, pues yo hago con vosotros este juramento que habrá de prestar todo aquel que pretenda unirse a nosotros. Declaramos la guerra a todos aquellos ladrones, saqueadores, extorsionadores y malos hombres que podamos hallar entre los nobles, el clero y los ciudadanos del burgo, en particular los que sigan o acompañen al príncipe Juan; a los falsos abades, monjes, obispos o arzobispos, a los que azotaremos y ataremos como a las gavillas del buen cereal con tal de que nos entreguen el dorado grano de sus robos y asaltos, y hemos de buscar, en particular, al abad de Santa María de Doncaster y al de la abadía de Fountains. Además, creo que mantendríamos nuestro juramento si en especial nos ocupáramos de incordiar y perseguir a ese desleal corregidor de Nottingham que tan pérfido abusa de su poder con tal de satisfacer y agradar a su señor, el príncipe Juan.

»Ahora bien, amigos míos, no les quitaremos a estos y a los de su calaña con el fin de enriquecernos. Lo haremos por el bien general, y será igualmente nuestra obligación buscar al pobre, al necesitado, a la viuda, al huérfano y a todos aquellos que hayan sufrido o estén sufriendo injusticias y satisfacer sus necesidades hasta donde podamos.

»Juraremos, además, que no haremos daño a mujer alguna, ya sea normanda o sajona, sino que auxiliaremos y socorreremos a toda aquella que nos implore nuestra ayuda o necesite de nuestra protección, a todas las trataremos con absoluta honestidad y pureza, y en todas y cada una de las mujeres veremos la imagen de Nuestra Señora la Virgen María, Santa Madre de Dios, por cuyo nombre hacemos este juramento, en cuyo nombre nos dedicamos al servicio de la verdadera Iglesia y a quien rogamos que interceda por nosotros ante el trono del Señor para que dispongamos de la fuerza necesaria para mantener este juramento frente a toda tentación.

Acto seguido, en aquel claro silvestre y solitario, mientras ululaban los búhos sobre las oscuras copas del bosque y de vez en cuando aullaba algún

lobo en la distancia, todos ellos se arrodillaron juntos y prestaron su juramento, un voto que, aun tratándose de una banda de proscritos y de delincuentes huidos, era tan sacro y elevado como el del caballero más noble que se hubiera sentado en la Tabla Redonda del rey Arturo, en unos tiempos en los que eran los propios sajones los que conquistaban y oprimían.

4
El rescate de Will Scarlet

Y estos se alzarán por Inglaterra,
serán libres mujeres y hombres
para frustrar y arruinar al tirano
a la sombra de los bosques.

TENNYSON,
Los hombres del bosque (1881)

A primera hora de la mañana del día después de haber reunido a sus hombres en Sherwood y haber prestado con ellos su grandioso juramento, Robin Hood envió a Will Scarlet y a Much —el hijo del molinero— a ver qué había sucedido en Locksley Hall.

Caminaron con brío por el bosque y recorrieron muchos senderos tortuosos, todos ellos conocidos para Will Scarlet, y llegaron al borde del calvero en cuyo centro se alzaba la casa de piedra gris con aquella torre cuadrada que tenía en una esquina con fines defensivos.

El sol de la mañana destellaba en las armaduras y el acero de los hombres del corregidor que montaban la guardia en lo alto de la torre y ante la gran puerta de la propia casa, mientras que en el exterior se arremolinaba una multitud de gente más pobre entre los cuales Scarlet reconoció a la mayoría de aquellos que habían sido arrendatarios o siervos de la familia Fitzooth, o criados en la propia casa de Locksley Hall.

—Veamos —dijo Scarlet después de un rato en que habían estado observando—. Creo que, sin correr un excesivo peligro, podría mezclarme entre los que fueron mis compañeros y, tal vez, incluso hacer un buen servicio a mi antiguo señor. Tú me esperarás aquí, ya que correrías peligro si te ve alguno de los hombres del corregidor.

Dicho aquello, Will Scarlet dejó su arco y sus flechas junto a Much, se ciñó bien el cinto, se puso la capucha de tal forma que le ocultara el rostro y salió caminando de entre los árboles sin hacer ruido.

Uno o dos de los paisanos que se encontraban cerca de la puerta lo saludaron en voz baja, y Scarlet no tardó en saber por ellos que el corregidor y sus hombres se encontraban dentro, tomando posesión del lugar en nombre del príncipe Juan y decidiendo cuáles de los arrendatarios de Robin podrían continuar trabajando las tierras.

—Es probable que los que puedan pagar una buena suma de dinero a modo de presente para el príncipe Juan —le contó a Scarlet un viejo paisano — se conviertan en arrendatarios de nuestro nuevo señor, y mejor aún si son capaces de hacer un regalo también al corregidor, sin olvidarnos del administrador Worman, que goza de su confianza en estas cuestiones.

—Muy bien —dijo Scarlet—, pues yo no tengo deseo de servir a nadie más que a nuestro verdadero amo y señor, el rey Ricardo, y por debajo de él a Fitzooth de Locksley, ¡y a ningún otro! Pero ahora que lo pienso, yo tengo ahí los esforzados ahorros de veinte años de servicio. Digo yo que estos nuevos señores no nos robarán a nosotros nuestros ahorros, ¿no?

—Podemos sacarlo todo de ahí salvo un diezmo, buen Scathlock —le dijo un anciano que había sido caballerizo de William Fitzooth—. Y esa décima parte se la quedan a modo de multa por haber sido fieles en nuestros servicios a nuestros legítimos señores: ¡que todos los santos bendigan al buen conde Robert y lo traigan de vuelta a su legítima heredad!

—¡Así sea! —dijo Will Scarlet, que se adentró silencioso en la casa, recorrió un lateral del gran salón y llegó hasta la pequeña buhardilla que había sido su alcoba. Sacó una llave grande de su morral, abrió un cofre de madera que allí se encontraba, buscó debajo de un montón de ropa y sacó dos talegas de cuero, una grande y otra pequeña. Llenó la grande con algunas prendas de ropa en un primoroso fardo. La talega pequeña la metió en el morral del que había sacado la llave.

Entonces salió caminando silencioso, bajó por la pequeña escalera de piedra de la casa e intentó escabullirse tan desapercibido como había entrado. Y pudo haberlo conseguido, ya que no parecía que hubiese nadie guardando las puertas, de no haber tenido la mala fortuna de salir a la luz del sol en el preciso instante en que sir Guy de Gisborne y su pequeña tropa de soldados llegaban procedentes de la abadía de Fountains.

—¡Ajá! —exclamó sir Guy—. ¿Qué tenemos aquí?

—Os lo ruego, mi señor —respondió Scarlet con humildad—. Fui un criado aquí durante veinte años, y ahora que mi antiguo señor ha sido proscrito, me marcho a buscar fortuna a otra parte.

—Bueno, si no deseas quedarte para servirme a mí, el nuevo señor de Locksley —dijo sir Guy—, desde luego que no malgastaré mis fuerzas tratando de retenerte en contra de tu voluntad. Pero ¿qué tienes ahí?

—Nada más que mis humildes posesiones —respondió Scarlet—. Este fardo de ropa con un casquete de hierro y una caperuza de cota de malla, y aquí en el morral llevo diez nobles de oro, que son todo lo que he ahorrado para la vejez a lo largo de estos años.

—¡Ah, pasa, pasa! —exclamó sir Guy con impaciencia—. Nuestra disputa es con Robin Hood el proscrito, no con quienes lo sirvieron cuando era Robert Fitzooth… aunque me atrevo a decir que la mayoría de ellos conocían su traición.

—Gracias, mi señor —dijo Scarlet, que se cargó el fardo al hombro y se alejó con grandes zancadas hacia los arbustos detrás de los cuales se ocultaba Much.

Sin embargo, en aquel instante, al oír el ruido que hacían sir Guy y sus hombres, el administrador desleal Worman salió de la casa y vio que Scarlet se marchaba con el fardo a la espalda.

—¡Detened a ese hombre! —gritó—. No hemos registrado sus posesiones ni ha pagado el diezmo de multa.

—Sois injusto con ese hombre —le dijo sir Guy con aire altanero—. Lo que lleva es suyo: solo se confiscan las pertenencias del conde Robert.

—¡Las del traidor Robin Hood! —gritó Worman alterado—. ¡Sí! Pues bien, ¿cómo sabemos nosotros que este hombre no se marcha con alguna de las posesiones de su señor? Tendría que haber una bolsa con el oro obtenido de la venta de tierras y otras joyas más valiosas que el oro, y no hemos hallado ninguna de las dos cosas.

—Eso lo cambia todo, ciertamente —dijo sir Guy, que se dio la vuelta y ordenó a dos de sus jinetes que fueran en busca de Scarlet y lo trajesen de nuevo.

Scarlet ya estaba muy cerca de los arbustos a esas alturas, pero había oído cuanto pasaba, ya que Worman se había expresado a gritos en su furia y sus ansias. Se puso a cubierto de un salto, se descolgó el fardo, lo rasgó para abrirlo y sacó la bolsa con el oro y las joyas.

—¡Much! —dijo en un siseo—. Protege esto con tu vida y llévaselo a Robin Hood. Cuéntale que este ha sido mi último servicio, salvar su bolsa de sus enemigos. ¡Rápido! Yo no tengo forma de escapar, Worman me reconocerá de inmediato. Ni respondas, sal corriendo, ¡y escóndete!

Mientras hablaba, Will Scarlet volvía a atar el fardo, y echó un vistazo a su espalda, entre los arbustos.

—¡Demasiado tarde para que huyas! —dijo a Much entre dientes—. ¡Aquí! ¡Métete en el hueco de este tronco! Y ahora, guarda silencio pase lo que pase.

Much trepó con prisas por los restos del tronco de un olmo, cogió la bolsa del tesoro y se metió de cabeza por el agujero, donde se encontró con unos polluelos de búho en su nido.

Lo hizo justo a tiempo, y Will Scarlet apenas se había adentrado una docena de pasos en el bosque cuando los jinetes aparecieron dando voces:

—¡Alto ahí! ¡Alto!

Scarlet se dio la vuelta y se quedó mirando a los hombres con cara de sorpresa.

—¿Qué queréis de mí, señores? —les preguntó.

—Sir Guy desea volver a hablar contigo —le dijeron, y un instante después vio cómo se lo llevaban de regreso hacia la casa entre los dos caballos.

—¿Qué queréis de mí, mi señor? —preguntó a sir Guy con humildad y el rostro tan oculto como pudo ante la mirada de Worman mientras hablaba.

—¡Registrad ese fardo! —ordenó sir Guy con brevedad—. Y las ropas de este hombre.

—No hay más que prendas de vestir, un casquete de hierro y una caperuza de cota de malla —protestó Scarlet—. Y lo único que llevo encima es la bolsa con mis ahorros, esos diez nobles míos que he ganado con tanto esfuerzo en los últimos veinte años o más.

—Si dices la verdad, no te sucederá nada malo —dijo sir Guy.

—Es tal y como dice —afirmó uno de los hombres, que extendió las posesiones de Scarlet en el suelo—. Prendas viejas de vestir y su protección para la cabeza.

—Sí, pero ¿qué lleva ese truhán debajo de la capa? —comenzó a decir Worman, que hizo un movimiento repentino y le quitó tanto la capa como la capucha.

—Solo mis diez nobles de oro —dijo Scarlet, que le mostraba la pequeña talega de cuero a sir Guy.

Sin embargo, Worman le había visto la cara.

—¡Es Will Scathlock! —exclamó—. ¡Prendedlo! ¡Es un traidor, y además podrá llevarnos hasta su cabecilla, el architraidor Robin Hood!

Scarlet llevó rauda la mano hacia la daga larga que llevaba en el cinto, pero se vio rodeado por los hombres de sir Guy, y dos de ellos lo tenían sujeto por los brazos antes siquiera de que la hoja de la daga abandonara la vaina.

—Colgadlo de lo más alto de la torre… —comenzó a decir sir Guy, pero Worman se apresuró a interrumpirlo.

—No lo hagáis, mi señor, presentadlo ante el corregidor, y lleváoslo después a Nottingham. Colgadlo allí mañana, en la plaza del mercado, como advertencia para todos los traidores y, en especial, a todos aquellos dispuestos a seguir o a proteger a Robin Hood. Pero antes de eso, veamos si hay algún método de persuasión que logre que nos conduzca hasta el escondite de su señor. En Nottingham hay mazmorras, y en ellas hay hierros que se pueden poner al rojo en el fuego además del potro de tortura, que ya ha sacado numerosas verdades a tantos testarudos.

—Yo no soy un traidor —dijo Will Scarlet con una voz clara y rotunda—, pero vos, Worman, sois el administrador desleal que ha engordado gracias a la bondad de su señor y después lo ha traicionado: preparaos para el castigo que los justos y honorables están esperando para imponeros en represalia. Y sabed que os podéis ahorrar vuestros hierros y vuestros potros de tortura: Robin Hood campa en el bosque de Sherwood, y no puedo deciros más, ni tampoco lo haría si pudiese.

Dicho aquello, se llevaron a Will Scarlet al interior de la casa, para guardar la apariencia de someterlo a un juicio ante el corregidor. Acto seguido, y bajo una fuerte vigilancia, se lo llevaron a Nottingham y lo encadenaron allí en una mazmorra.

Much, el hijo del molinero, se perdió varias veces en su camino de regreso por los tortuosos y estrechos senderos de las profundidades del bosque, aunque no fue mucho más tarde de la hora del mediodía cuando por fin se halló en el claro junto a aquel árbol enorme y le contó del tirón las noticias a Robin Hood después de haberle entregado la bolsa de oro y joyas por la que Will Scarlet había corrido tanto riesgo.

Robin sintió un profundo abatimiento al enterarse de todo lo sucedido.

—¡Hay que rescatarlo! —exclamó—. ¡O yo mismo moriré con él!

—¡Rescate! ¡Rescate! —gritaron los proscritos que se habían acercado a escuchar la historia de Much—. ¡Marchemos a Nottingham, tomemos la plaza al asalto y colguemos al corregidor en su propio patíbulo, y a Worman a su lado!

—Me encantaría colgar a Worman —dijo Robin con una voz despiadada—, pero el corregidor no hace sino cumplir su cometido en este asunto, y obedece a su señor el príncipe Juan. Además, al primer asomo de un ataque se retirarán al interior del castillo, colgarán a Will Scarlet ante nuestros ojos y se reirán para burlarse de nuestros intentos de asalto. No, no… la fuerza no podrá salvarlo, pero la astucia quizá sí pueda… Acércate, William de Goldsbrough: tú serviste antes al corregidor, y sin duda conocerás aún a todos los que siguen allí: carceleros, ordenanzas y hasta al mismísimo verdugo, ¿no es así?

Más adelante aquella misma tarde, William de Goldsbrough partió solo camino de Nottingham vestido con el jubón de cuero basto y la capucha y las calzas desteñidas de un hombre que regresa de la guerra y busca un trabajo.

A primerísima hora del amanecer del día siguiente, Robin partió con un grupo escogido de entre los más jóvenes y fuertes de sus leales, cada hombre armado con un espadón y un arco largo de madera de tejo. Todos ellos, sin embargo, llevaban capas u otros mantos con los que ocultar su verde de Lincoln.

Al llegar al lindero del bosque, Robin les dio la orden de esperar y envió a un hombre en avanzadilla para que trajese noticias. No tardó mucho en regresar en compañía de un anciano, un palmero o peregrino procedente de Tierra Santa, bien abrigado con la capa larga con capucha que vestían estos caminantes.

—Contadme, buen palmero —dijo Robin Hood con gentileza—, ¿sabéis cuándo y dónde ha de morir Will Scathlock o Scarlet?

—Sí, lo sé, una verdadera lástima —respondió el anciano—. Lo encerraron anoche: dijo ser uno de los hombres de Robin Hood, ese mismo que, como bien sabréis, era el conde de Huntingdon y ayudaba a todos los pobres. Pues bien, van a colgar a Scathlock a mediodía en la pradera ante el castillo, en el lugar donde deberían celebrarse las fiestas de mayo, salvo que hoy no levantan el poste para los bailes, sino un patíbulo.

Los rumores sobre el ahorcamiento habían corrido por Nottingham, y se había congregado una gran multitud en aquella pradera cuando, puntuales a la hora del mediodía, las puertas se abrieron y por ellas salió desfilando el corregidor a la cabeza de varias docenas de soldados.

Entre los primeros presentes en la multitud se encontraba un anciano palmero bien abrigado con su capa larga y su capucha, y se apoyaba en un

arco en lugar de usar un báculo de peregrino.

—¡Eh! —exclamó el anciano con una voz aguda y estridente—. ¡Impresionante la guardia para un solo hombre! ¿Acaso el corregidor espera alguna escaramuza? ¿Un rescate, eh?

—Muchos aquí empuñarían un garrote o la vara larga —le dijo el hombre que tenía a su lado, un paisano que trabajaba el campo a decir de su aspecto— si Robin Hood estuviera aquí para comandarlos. Señor, todos conocemos a Will Scathlock, el hombre del conde, y muchos lo conocían como Will Scarlet, el que venía en secreto con dinero y alimentos para los pobres y los oprimidos. ¿Por qué…?

—¡Silencio! ¡Silencio! —chistaron uno o dos de entre la muchedumbre—. ¡Está hablando! ¡Will está hablando!

El corregidor había dicho algo a Scarlet en voz baja, pero la respuesta se oyó absolutamente clara.

—¡Mi nombre es Scathlock, no Worman! Yo no soy un villano codicioso que traicionaría a su buen y generoso señor a cambio de ningún soborno que me puedan ofrecer: no, por mi vida os digo que no. Robin Hood está en el bosque de Sherwood: allí debéis buscarlo si queréis hablar con él.

—¡Tened por seguro que lo encontraremos! —gruñó el corregidor, rojo de ira—. ¡Y, cuando demos con él, le quemaremos los ojos para que tenga que ir a ciegas todo el camino desde Locksley hasta Nottingham para que lo ahorquemos junto a tus huesos putrefactos!

Se produjo un murmullo entre la multitud al oír aquellas palabras, y el corregidor apresuró la tarea que tenían entre manos:

—William Scathlock, o Scarlet, proscrito y traidor, la ley decreta que seas colgado por el cuello aquí y ahora, y así permanecerás después como advertencia a todos los hombres.

Scarlet miró hacia el gentío, y al ver que no había señal alguna de que se fuera a producir un rescate, se volvió hacia el corregidor.

—Mi señor corregidor —dijo en voz baja—, como veo que he de morir y que no hay forma de evitarlo, os ruego un último favor.

—Habla —dijo el corregidor—. Estás en tu derecho.

—Mi noble señor el conde de Huntingdon, al que los hombres llaman Robin Hood —dijo Scarlet—, jamás ha permitido que uno de sus sirvientes tenga la deshonrosa muerte del ahorcamiento, así que ahora os ruego que me desatéis, me pongáis una espada en la mano, y lucharé con todos vuestros hombres hasta que me deis muerte.

—Eso no —respondió el corregidor—, eso no te lo puedo conceder.

—Al menos —dijo Scarlet—, desatadme las manos y ordenad a vuestros hombres que me maten con las espadas, aunque yo esté desarmado.

—No puede ser —declaró el corregidor—. He jurado que te colgaría igual que colgaré a tu señor y a todo aquel que lo siga.

—¡Eso jamás sucederá! —exclamó Scarlet—. ¡Maldito cobarde! ¡Sois un siervo esclavo y timorato! ¡Y, si alguna vez os encontráis de verdad con mi señor, él se encargará de pagároslo como corresponde! Él se burla de los tipos despreciables como vos y como todos los cobardes de vuestros partidarios: ¡ni vos ni vuestros asesinos a sueldo podréis vencer jamás a Robin Hood el audaz!

—¡Basta ya! —gritó el corregidor impaciente—. ¿Dónde está el verdugo? ¡Que cumpla con su deber sin más demora!

No obstante, sí se produjo una demora, ya que nadie era capaz de encontrar al verdugo por ninguna parte, y por fin informaron al corregidor de que el hombre se hallaba en su alcoba, dormido como un tronco después de haberse encontrado la noche anterior con un viejo amigo y haber estado de juerga hasta el amanecer.

El corregidor se puso muy furioso, en particular cuando ordenó primero a uno y después a otro de sus hombres que hicieran las veces de verdugo, y ambos se negaron con cortesía, pero también con firmeza.

Finalmente, el corregidor se dio la vuelta hacia la muchedumbre.

—¿Hay alguien aquí que esté dispuesto a llevar a cabo este acto de justicia? —preguntó—. El que lo haga, cobrará hoy el doble de la tarifa.

A pesar de ello, entre el gentío solo se oían voces entre dientes y gruñidos de ira, y el corregidor ya estaba a punto de dar a sus hombres la orden de desenvainar las espadas y atravesar con ellas a Will Scarlet hasta matarlo, ya que no parecía haber posibilidad de colgarlo, cuando el anciano palmero de pronto dio un paso al frente.

—¡Mi buen maese corregidor! —exclamó con aquella voz estridente y quebrada—. ¡Yo le guardo rencor a ese Will Scarlet! ¡Dejad que me encargue yo de la tarea de enviarlo al otro mundo!

—¡Ah, ese viejo demonio! —murmuraron algunos entre el gentío, y otros intentaron retener al palmero.

—Adelante, entonces —ordenó el corregidor—. ¡Dejad paso, todo el mundo! ¡Acercaos, anciano!

El palmero avanzó arrastrando los pies mientras la multitud mascullaba, maldecía, se agitaba y se mecía a empujones de un lado a otro a su espalda, y estaba cada vez más cerca del patíbulo.

Habían sacado a Scarlet en una carreta baja y lo habían situado justo debajo de la horca: todo cuanto tenía que hacer el verdugo era ajustarle el nudo en el cuello al ahorcado, bajarse de la carreta y tirar de ella para quitársela a Scarlet de debajo de los pies.

Lenta y dolorosamente, el palmero se subió a la carreta entre las maldiciones y las amenazas, que sonaban cada vez más fuertes a su alrededor, e incluso algún puñado de barro que le arrojaron.

Sin mirarla, toqueteó la cuerda que le sujetaba las manos a Scarlet bien atadas en la espalda y, acto seguido, hizo como si le fuese a poner el nudo de la horca sobre la cabeza… y al mismo tiempo le susurró algo al prisionero.

De repente, el palmero sacó algo de debajo de la capa y se lo entregó a Will Scarlet, que tiró al suelo la cuerda que le sujetaba las manos y dio un paso al frente con una espada desenvainada y en ristre.

—¡Traición! ¡Auxilio! —gritó el corregidor—. ¡Acabad con ese villano!

Sin embargo, antes de que ningún otro pudiese mover un solo dedo, Robin Hood se había desprendido de la capa de palmero, colocó una flecha en el arco y gritó:

—¡Hombres de Sherwood! ¡Hombres libres de Inglaterra! ¡Salvad de la muerte a este inocente!

—¡Robin Hood! —gritó la gente.

—¡Es el conde proscrito de Huntingdon! —exclamó el corregidor—. ¡Hay una gran recompensa para quien lo abata! ¡Acabad con él!

Esto decía el corregidor en el instante en que zumbó la cuerda del arco de Robin, y fue el corregidor el que cayó al suelo entre un alboroto de risas cuando apareció la flecha, que le había perforado el sombrero.

—¡La próxima flecha que os dispare, maese corregidor —dijo Robin con aire muy serio—, apuntará cinco centímetros más abajo!

—¡Prendedlo! —dijo el corregidor entre jadeos, y sus hombres saltaron para abalanzarse sobre él.

Ahora bien, en el instante en que lo hicieron, el verde de Lincoln apareció como por arte de magia entre el gentío cuando los hombres, uno detrás de otro, se desprendieron de sus disfraces, se descolgaron el arco del hombro o desenvainaron la espada, y rodearon a Robin y Scarlet.

Los soldados vacilaron y, con un solo gesto de Robin, les cayó una descarga de flechas que hirió a no pocos. Entonces dieron media vuelta y huyeron, y el corregidor dio un buen ejemplo de cuán rápido hay que salir corriendo para escapar.

—¡Pero, mi buen maese corregidor, quedaos un rato más! —se burló Scarlet—. Permitidme al menos que os dé las gracias por mi alojamiento de anoche. ¡Quedaos, porque ahora sí que os voy a contar dónde podéis encontrar a Robin Hood, al que jamás atraparéis si os dedicáis a correr en la dirección equivocada!

—¡Dejad que se vayan! —se rio Robin—. Ya me aseguraré yo de que nos volvemos a encontrar. Muy bien, amigos míos, marchémonos en paz de regreso al bosque. No queremos hacer daño a ninguno de los aquí presentes, salvo a quienes traten de hacérnoslo a nosotros. ¡Y si alguno hay que sufra de manera injusta, que venga sin temor, se adentre en Sherwood y pregunte allí por Robin Hood!

—¡Dios bendiga a Robin Hood! ¡Viva Robin Hood! —gritaba la muchedumbre que se apartaba para dejar paso a la compañía de proscritos.

—Te doy las gracias, mi querido señor y amigo —dijo Scarlet mientras cabalgaban—. No creía que te fuese a ver por aquí, ni tampoco que volvería a poner el pie en los alegres bosques contigo y con nuestros compañeros, ni que volvería a oír la dulce música de la cuerda del arco y el cuerno del leñador.

5
De cómo Little John llegó a los bosques

Caballeros y paisanos de buena virtud,
venid y brindad con Robin Hood;
y si Robin Hood no está hoy,
venid y brindad con Little John.

Canción tradicional

Después de rescatar a Will Scarlet de los grilletes del corregidor de Nottingham, Robin Hood permaneció en el bosque de Sherwood sin hacer mucho ruido durante una temporada, construyendo chozas en los claros más ocultos y recónditos, adiestrando a sus leales compañeros y enseñando los secretos del conocimiento del bosque a todos aquellos para los que fuese una novedad.

Fueron muchos los que llegaron a engrosar sus filas, proscritos, hombres pobres que sufrían bajo el yugo de sus crueles señores e incluso más de un paisano al que habían obligado a prestar servicio al corregidor o a varios de los caballeros y barones normandos de aquella región.

El Gran Camino del Norte atravesaba el bosque en aquellos tiempos, y los asaltos por sorpresa les suministraban todas las flechas y el paño verde de Lincoln que necesitaban, o el dinero con el que comprarlos.

Una vez traídos el orden y el bienestar a esta su nueva mancomunidad de los bosques y una vez adoptadas las precauciones ante posibles sorpresas por parte del corregidor o de cualquiera de los caballeros de las proximidades como Guy de Gisborne y sus hombres, Robin comenzó a aventurarse lejos del bosque. Sabía lo bueno que sería contar con varios lugares donde refugiarse en caso de que el príncipe Juan enviara una tropa numerosa para obligarlo a salir de Sherwood, y poco tiempo después, Robin y sus hombres tuvieron la posibilidad de desaparecer de los condados de Nottingham. Con frecuencia los veían por Barnsdale, Yorkshire o Plompton, en Cumberland: se sabe que

en una ocasión llegaron incluso a visitar el bosque de Pendle, en Lancashire, y el bosque de Delamere en Cheshire.

Dedicaban gran parte de su tiempo a practicar con el arco, del que todos lograron un magnífico dominio, aunque ninguno pudiera jamás disparar tan lejos ni con tanta precisión como el propio Robin, y a los duelos a espada o a los combates con la vara larga. Eso sí, nunca faltaba tiempo para cazar, ya que el venado era el alimento más habitual, del que variaban con la carne de los jabalíes y diversas aves silvestres.

En muchas ocasiones, Robin se hastiaba del transcurso cotidiano habitual y se marchaba solo después de dejar a Will Scarlet al mando. Con frecuencia retornaba de aquellas expediciones con la noticia de algún grupo de viajeros acaudalados a los que podrían asaltar y robar, o de alguna nueva crueldad o injusticia que se hubiera llevado a cabo contra algún paisano sajón o unos siervos sajones. A veces regresaba con un nuevo miembro para su grupo de proscritos, y los más notables de aquellos encuentros fortuitos le granjeaban los más fieles y los más sinceros de todos sus amigos.

Un día hacia el final de su primer verano en el bosque de Sherwood, Robin se sintió inquieto de repente.

—Quedaos todos aquí, mis alegres amigos —dijo Robin aquella mañana muy temprano—. Eso sí, acudid, y hacedlo rápido, si oís ese toque de mi cuerno que todos conocéis como mi llamada especial. No hemos tenido entretenimiento en estos últimos catorce días o más: no nos ha sucedido ninguna aventura, así que voy a salir a buscarla yo, pero si me veo en dificultades y sin posibilidad de escapar, haré sonar el cuerno.

Se despidió entonces de Will Scarlet y de los demás y partió alegre y despreocupado por los bosques, con el arco listo en la mano y los ojos y los oídos atentos a cualquier señal de peligro o de interés.

Hacia el mediodía, llegó por un amplio sendero hasta un río ancho de aguas rápidas atravesado por un estrecho puente formado por un solo tronco de un árbol allanado en la parte superior. Al acercarse al puente, vio a un paisano de alta estatura que aceleraba el paso hacia él en la otra orilla del río.

«No podemos cruzar los dos al mismo tiempo, el puente es demasiado estrecho», pensó Robin, que aceleró también la zancada con la intención de cruzar primero.

No obstante, aquel paisano alto aceleró también la suya, y el resultado fue que ambos hombres pusieron el pie en los extremos opuestos del puente en el mismo momento.

—¡Apartad de mi camino, hombrecillo! —gritó el desconocido, que era no menos de treinta centímetros más alto que Robin—. ¡Esto es, a menos que queráis daros un chapuzón en el río!

—No tan rápido, hombretón, no tan rápido —respondió Robin—. Retroceded hasta que haya cruzado yo… ¡O tal vez os dé yo ese chapuzón!

—Muy bien —vociferó el desconocido, que blandió la vara que llevaba—. ¡Primero os romperé la crisma, y después os arrojaré al agua!

—Eso ya lo veremos —dijo Robin, que cogió una flecha bien emplumada con plumón del ala de un ganso y la encajó en la cuerda del arco.

—¡Atreveos a tensar esa cuerda lo más mínimo —gritó el desconocido—, y lo primero que haré será curtiros el pellejo con mi buena vara, y después os daré un buen baño en el río!

—¡Habláis como un vulgar asno! —exclamó Robin en tono burlón—. Porque si tensara yo el arco, podría atravesaros con una flecha ese corazón tan altivo antes de que pudierais tocarme siquiera con vuestra vara.

—Si yo hablo como un asno, vos habláis como un cobarde. Os quedáis ahí, bien armado con vuestro arco largo, mientras que yo solo tengo una vara y ni de lejos os tengo a mi alcance.

—Me niego a que me llamen cobarde —exclamó Robin, que retiró la flecha de la cuerda y la devolvió a la aljaba—. Así que voy a dejar a un lado mis armas y voy a poner a prueba vuestra hombría con una vara larga como la vuestra, si estáis dispuesto a esperar a que corte una de esos árboles.

—Aquí os espero con un pie en el puente… —dijo aquel extraño con aire jovial—. ¡Hasta que estéis en condiciones para vuestro baño de agua fría en el río!

Robin Hood se desvió hacia una espesura de árboles y escogió para sí una rama robusta de roble blanco de metro ochenta de largo, recta, sólida y equilibrada. Regresó enseguida al puente, descortezando y podando su arma por el camino. Arrojó el arco y la aljaba en la orilla del río, y con ellos la capucha y el cuerno, y volvió a poner el pie en el puente voceando alegre:

—Mirad qué magnífica vara que tengo, y bien recia, por cierto: ¡perfecta para tirar al agua a los granujas insolentes! Luchemos sobre este puente mismo, de tal forma que, si uno de nosotros cayese al agua, no habrá duda ninguna de quién ha vencido, y el vencedor podrá continuar su camino sin mojarse.

—Con todo mi corazón —dijo el desconocido—, me niego a ceder. ¡Protegeos la cabeza!

Y conforme decía aquello, agarró la vara con una mano a un cuarto de distancia de un extremo, mantuvo la otra lista para sostenerla por la mitad cuando fuera a utilizarla a modo de escudo y avanzó por el estrecho puente.

Robin fue a su encuentro blandiendo su arma en giros sobre la cabeza y, con una finta veloz, consiguió meter el extremo bajo la guardia de su adversario y le asestó un golpe que le hizo retumbar las costillas.

—¡Esta habrá que devolvérosla! —exclamó el extraño—. Tened por seguro que os voy a dar lo vuestro a base de bien mientras sea capaz de sostener la vara, ¡y me niego a morir en deuda con vos sabiendo que un buen porrazo servirá para pagaros la que os debo!

Los dos se entregaron entonces al combate, a golpe limpio, casi como si estuvieran atizando el grano con unos mayales. El agudo traqueteo y el tañido limpio de madera contra madera se vio interrumpido enseguida por un golpe más seco cuando el desconocido le asestó aquel porrazo a Robin en la cabeza e hizo aparecer la sangre, y, acto seguido, ambos se lanzaron al ataque con más fiereza si cabe: Robin logró vencer la guardia de su oponente y conectó un golpe tras otro en los hombros y en los costados hasta que el polvo comenzó a salir del jubón del extraño como si fuera una nube de humo.

Sin embargo, de repente, el desconocido soltó un gran alarido de cólera, levantó su vara, la hizo girar y la descargó con tal poderío y semejante furia que ni siquiera Robin pudo resistir el golpe, cayó de cabeza al río y desapareció de su vista.

—¡Eh, buen hombre! Buen hombre, ¿dónde os habéis metido? —gritó el desconocido, que se había arrodillado sobre el puente y buscaba por el agua con una mirada inquieta.

—¡Aquí estoy! —exclamó Robin como si nada al salir a la superficie junto a un espino que colgaba sobre el agua—. ¡Nadando río abajo y, ya puestos, lavándome la cabeza maltrecha! Debo reconocer mi derrota: sois un hombre magnífico, ¡y menuda pegada tenéis! Y como vuestro es el día de hoy, que no haya más combates entre nosotros.

Dicho aquello, Robin recogió su cuerno e hizo sonar un toque estridente. Entonces, se dio la vuelta hacia el desconocido y le dijo:

—¿Adónde ibais con tantas prisas por el bosque? Confío en que podáis robarle un rato a vuestros asuntos para sentaros a comer conmigo, ¿podrá ser? Insisto en ello, ¡y haré uso de la fuerza si debo, en caso de que no vengáis por pura persuasión!

—Si os soy sincero —respondió el desconocido—, iba buscando a un hombre al que llaman Robin Hood…

Antes de que Robin pudiese responder, se oyó un fuerte ruido en la espesura, y de un salto salió de allí Will Scarlet seguido por muchos otros de sus hombres en un atrevido despliegue de capucha y jubón en verde de Lincoln.

—¡Mi buen amigo! —exclamó Scarlet—. ¿Qué te ha sucedido que has tocado el cuerno para llamarnos? Estás sangrando, ¡y vas calado hasta los huesos!

—No me ha sucedido nada —respondió Robin—, ¡salvo que este buen señor de aquí me ha tirado al río con esa vara larga que lleva!

—¡Vive Dios que no puede irse de rositas después de insultar así al valeroso Robin Hood! —exclamó Will Scarlet—. Vamos, mis alegres compañeros, démosle su ración de agua fría.

—¡No, no! —se echó a reír Robin—. Es un buen hombre, y me ha tirado al agua en buena lid, así que dejadlo en paz. Acercaos, amigo mío —añadió mirando al desconocido—, que estos arqueros no os darán motivo para sentir temor: todos ellos son mis amigos, y también lo serán vuestros si unís vuestra mano con la mía y juráis lealtad a Robin Hood y a sus compañeros. Pronunciaos, alegre joven, y no temáis nada, ¡y no tardaremos en lograr que seáis tan bueno con el arco largo como lo sois en el manejo de esa vara tan recia!

—Pues aquí tenéis mi mano —exclamó el desconocido—, y con ella mi corazón, mi honesto Robin. Me llamo John Little, y jamás habréis de temer que os avergüence ni a vos ni a vuestros alegres hombres: estoy bien instruido en las artes de la guerra y de la caza, y os seguiré con lealtad allá donde me llevéis.

—¡Sigo pensando que os hace falta un chapuzón! —dijo Scarlet más tarde aquel día, cuando todos se sentaron alrededor de un fuego en el que se asaban dos gamos bien hermosos—. Pero un buen rociado con cerveza negra no hará daño, al menos. Aquí, en los bosques, tenemos la costumbre de dar un nuevo nombre a todo aquel que se une a nosotros. ¿Qué me decís, amigos míos? ¿Por qué no convertimos este en un banquete de bautismo para nuestro nuevo amigo y le otorgamos un nombre de los bosques?

—¡Bien dicho, buen Scarlet! —lo celebraron los proscritos, reunidos en un corro de rostros sonrientes—. ¡Y Robin será su padrino!

—¡Acepto! —sonrió Robin—. ¡Y ahora haced vuestro trabajo, mi buen párroco Scarlet!

—Vamos allá —exclamó Scarlet, que llenó una jarra enorme de cerveza espumosa—, ¡atended todos! Este niño, este recién nacido llegado para su

bautizo, se llamaba John Little, pero al ver que es tan pequeño, un bebé canijo que no supera los dos metros y diez centímetros de estatura y que apenas tiene seis tristes palmos de contorno en la barriga (¿no os parece pequeño con un metro y cuarto de contorno? ¡Pues bien, un año de venado y cerveza fuerte os hará alcanzar los dos metros en la barriga!), pues como decía, viendo lo mucho que le queda por crecer…

—¡Y lo que le queda por comer! —lo interrumpió John Little, que olisqueaba hambriento en dirección del venado humeante.

—Pues a la vista de todo ello —prosiguió Scarlet con aire de serenidad—, a este hombre lo vamos a poner del revés y lo llamaremos Little John, nuestro «pequeño Juan». ¡Larga vida a Little John!

Y dicho aquello, hizo como si fuera a derramar la cerveza sobre la cabeza de su ahijado, pero Little John le arrebató la jarra de la mano y, después de gritar con fuerza «¡Así se compromete Little John con Robin Hood y con todos los que lo siguen en los alegres bosques!», se llevó la enorme jarra a los labios y la vació de un solo trago.

Después de aquello, lo celebraron y se divirtieron hasta bien entrada la noche, y partir de entonces Little John se convirtió en uno de los más fieles seguidores y amigos sinceros de Robin, y con el tiempo, cuando Will Scarlet se hizo muy mayor para tan activo servicio, el grandullón ocupó el puesto de su segundo al mando.

Eso sí, a pesar de que no menguó lo más mínimo en estatura, y ciertamente tampoco redujo su contorno en la barriga, se quedó para siempre con el nombre de Little John, y jamás sería conocido por cualquier otro que no fuera ese.

6
De cómo sir Richard de Legh pagó al abad

Robin, mis tierras tienen su vencimiento
con la llegada de un cierto mediodía
como pago a un clérigo opulento,
aquí, el rico abad de Santa María.

ANÓNIMO,
Un humilde cantar de Robin Hood (1489)

Un día, poco después de unirse a los proscritos de Sherwood, Little John iba paseando con Robin por las profundidades de los bosques de Barnsdale. Con ellos iban Scarlet y Much, además de una pequeña partida de selectos arqueros, e iban en busca de algún lugar oculto donde establecer un campamento al que pudiera retirarse todo el grupo al completo en caso de que en algún momento Sherwood llegara a convertirse en un lugar demasiado peligroso.

Una vez hallado el lugar y levantado el campamento, Little John le dijo a Robin:

—Mi buen amigo, vamos a cazar un suculento venado para comer: ¡un festín nos vendría de maravilla!

—No tengo muchas ganas de comer todavía —dijo Robin—, y aún disponemos de tiempo para buscar algún invitado para nuestra mesa. Márchate con Scarlet y Much, coged el arco y atravesad el bosque hasta el Gran Camino del Norte, que pasa no muy lejos de aquí. Esperad allí escondidos hasta que se acerque algún comensal al que no hayamos invitado y traedlo a cenar lo quiera él o no.

—¿Y qué tipo de invitado prefieres? —preguntó Little John, que no estaba familiarizado con las costumbres de Robin Hood.

—Pues verás —se echó a reír Robin—, algún barón atrevido, un obispo o abad serán quienes mejor paguen por su cena, o algún caballero orgulloso, o su escudero. Eso sí, cuidaos de molestar a ningún paisano honesto ni a ningún

hombre que viva del sudor de su frente, ni tampoco caigáis sobre un grupo si alguno de sus miembros es una mujer de aspecto virtuoso y buen semblante.

Y así se marchó Little John con sus dos compañeros, y no tardaron en hallarse escondidos junto al camino. Al principio no hubo señal de ningún hombre apropiado, pero transcurrido un rato apareció un caballero que venía cabalgando muy despacio procedente de York, con la capucha sobre los ojos y la barbilla clavada en el pecho en un gesto de pesadumbre.

Entonces salió Little John al camino y se inclinó ante el caballero al tiempo que asía con una mano las bridas de su montura.

—Sed bienvenido, gentil caballero —le dijo—, porque para mí lo sois, y mucho. Vengo con una invitación para vos que os extiende mi señor, que aguarda en ayunas, igual que esperamos aquí mis dos compañeros y yo, hasta que os sentéis a comer con nosotros.

—¿Y quién es este señor vuestro? —preguntó el caballero.

—¡Robin Hood! —respondió Little John.

—Un gentil y noble señor —dijo el caballero—. He oído lo que se cuenta de él, y estaré encantado de aceptar la invitación.

Y así se marcharon y se adentraron en el bosque, y Robin recibió al caballero con toda la cortesía cuando llegaron al campamento de Barnsdale.

—Bienvenido, caballero —exclamó—, sois muy bienvenido, ¡porque llevo tres horas en ayunas con la esperanza de contar con vuestra compañía!

—Dios os guarde, buen Robin Hood —murmuró el caballero—, a vos y también a todos vuestros alegres compañeros. Desde luego que cenaré con vos, por poco que sea el apetito que tengo hoy.

Luego, después de asearse con agua bien limpia y de descubrirse la cabeza mientras Robin bendecía los alimentos, se sentaron ante un magnífico menú de venado con cisne y faisán como acompañamiento además de otras muchas exquisiteces que su hábil puntería les había proporcionado.

—Os lo agradezco —dijo el caballero una vez finalizada la comida—. No había cenado así de bien en las últimas tres semanas, y si vuelvo a venir por estos lares, quizá os pueda pedir yo a vos que comáis conmigo, pero ahora mismo son pocas las probabilidades de que suceda.

Y el caballero suspiró entristecido al decir aquello.

—Muchas gracias, mi amable señor —respondió Robin—, pero ahora, antes de que os marchéis, debo pediros que os paguéis algo por cuanto os habéis comido: el peaje del bosque, así lo llamamos. Ahora no soy más que un paisano pobre, y nunca se ha considerado de buenos modales permitir que sea un paisano el que pague la comida de un caballero.

—¡Ay! —dijo su invitado con otro suspiro aún más profundo—. Tengo los cofres vacíos, y no hay nada que os pueda ofrecer sin sentir vergüenza.

—Little John, registra sus alforjas —ordenó Robin—. No debéis culparnos, señor —añadió dirigiéndose al caballero—, porque es nuestra costumbre, pero decidme con sinceridad cuánto tenéis.

—No más de diez chelines —fue la respuesta.

—De ser cierto que no tenéis más que eso —dijo Robin—, no tocaré ni un solo penique de vuestro caudal, y si necesitáis más de lo que tenéis, será más lo que yo os prestaré a vos.

—Mira, Robin —dijo Little John, que había extendido un manto en el suelo y había vaciado en él las alforjas del caballero—. Aquí no encuentro yo más de media libra.

—Entonces, este caballero es un hombre honesto que dice la verdad —dijo Robin—. Servidle ahora mismo una copa de buen vino, y podrá marcharse si así lo desea, o quedarse y contarnos su historia, puesto que me intriga, viendo lo viejas y escasas que son sus ropas y lo triste y cansado que parece el hombre. Caballero, contadme cómo ha sido esto: ¿os lo habéis gastado todo, o lo habéis perdido en el juego de azar? ¿Habéis perdido vuestro dinero por la usura, lo habéis gastado en mujeres, o acaso os lo han robado?

—Por Dios, mi creador —dijo el caballero—, que mis riquezas no se han perdido porque yo haya obrado mal, de ninguna manera. Mis antepasados han sido caballeros desde hace un siglo y más; poseíamos unas magníficas tierras en Cheshire, contaba con cuatrocientas libras al año para gastar, y no había nombre que se tuviera en más altos honores que el de sir Richard de Legh. Ahora, sin embargo, no me queda nada salvo mi mujer y mis hijos pequeños… y es probable que se me mueran de hambre.

—¿Y de qué modo, noble sir Richard, habéis perdido todo esto? —le preguntó Robin.

—Por las crueles artes y usuras del abad de Santa María, muy cerca de aquí —respondió sir Richard—. Mi hijo partió a Tierra Santa con el rey Ricardo, y no hace mucho que recibí la noticia de que lo retenían prisionero, que había de reunir un rescate de un millar de libras y que más me valía hacerlo de inmediato. Seiscientas libras fueron todo cuanto pude reunir, esto es, hasta que el abad me prestó las otras cuatrocientas con mi casa y mis tierras como garantía del préstamo. Mañana es el día en que vence mi obligación de pago: si no le he devuelto las cuatrocientas libras a mediodía, tanto la casa como las tierras serán de su propiedad, y yo no tengo más que

diez chelines, ya que no puedo pedir ni mendigar más. Hace tres semanas vinieron los recaudadores de impuestos del príncipe Juan y me quitaron todo cuanto había reunido. Es posible que lo hiciesen a instancias del abad, que, como bien tengo por sabido, ansía quedarse con todas mis tierras.

—¿Qué suma es la que debéis? —le preguntó Robin—. Decídmelo con la mayor exactitud que podáis.

—Cuatrocientas libras justas —respondió sir Richard.

—¿Y si no las pagáis mañana?

—Pues perderé mis tierras, y no me quedará más opción que marcharme al extranjero y servir al rey en Palestina. Qué grande hubiera sido haber contemplado antes de morir el lugar donde Nuestro Señor vivió y murió hecho hombre, y haber empuñado la espada para tratar de liberar su Santo Sepulcro de los infieles sarracenos. Pero, ay de mí, por mi mujer y mis pequeños hijos, y también por la tierra que era de mi padre antes de mí y que yo esperaba que fuera de mi hijo y de sus herederos para siempre.

—¿No contáis con ningún amigo que pueda prestaros el dinero? —le preguntó Robin.

—Ni uno solo me reconoce ahora, aunque sí eran sobradamente amables cuando yo era un hombre rico y próspero —suspiró sir Richard—. Ahora, la única garantía que puedo ofrecer como pago de un préstamo es mi palabra de caballero y mi fe en Nuestra Señora la Santa Madre de Cristo.

—Y no hay mejor fe que pudiera profesar un hombre —exclamó Robin, que se persignó como buen devoto.

—Little John, ve a nuestros cofres a ver si puedes encontrar allí cuatrocientas libras. Y mira también qué podemos hacer con su ropaje, a ver si podemos darle lo que debería vestir un caballero. En este mismo día dentro de doce meses, el caballero nos buscará por los bosques sin la menor duda, y entonces nos contará cómo le va la vida y qué puede darnos a cambio.

—Que Dios os bendiga, bondadoso Robin Hood —dijo sir Richard—, y tened por seguro que llegará este día dentro de doce meses y que me encontrará una vez más en vuestra compañía.

Al día siguiente, se aproximaba ya la hora del mediodía, y el abad de Santa María se encontraba magníficamente sentado en su abadía y rodeado de sus monjes, recibiendo el pago de las rentas de los numerosos arrendatarios a los que cedía sus tierras y casas.

La mayor parte de aquellas rentas o deudas se cobraban a primera hora de la mañana, pero, en algunos pocos casos, el arrendatario o el deudor eran incapaces de pagar, y entonces el abad se frotaba las manos y lucía una esplendorosa sonrisa de satisfacción mientras su prior inscribía una nueva posesión entre las propiedades de la abadía.

—Mi señor, aún nos falta la deuda de sir Richard de Legh —dijo el padre prior cuando todos los demás pagos quedaron satisfechos o saldados—. Cuatrocientas libras le prestamos, y prometió que las pagaría, hasta el último penique, a mediodía de hoy. O si no, perdería sus buenas tierras de Legh, en Cheshire.

El abad se frotó las manos.

—¡Cuántos acres de terreno fértil! —se carcajeó—. ¡Y la magnífica casa de Legh Hall! ¡Todo nuestro, todo nuestro!

—Mi señor, aún falta media hora para el mediodía —le recordó el prior.

—¡Calla, calla! —dijo el abad en un gorjeo—. ¡Sir Richard no puede pagar! El príncipe Juan le envió a los recaudadores de impuestos el mes pasado… Oh, y sé de buena tinta que sir Richard no puede pagar, mi buen amigo sir Guy de Gisborne ya se ha encargado de eso, ¡ja, ja, ja!

—Aun así, debemos esperar hasta el mediodía —dijo el prior.

—Ah, bueno —murmuró el abad—, no será más que un ratito, y entonces todo será nuestro.

En ese instante, un monje acudió corriendo a ellos.

—¡Sir Richard está aquí! —susurró al abad—. Pero viene pobre y desastrado: ¡no tenéis por qué temer que pueda pagar su deuda!

En efecto, sir Richard recorrió muy despacio el salón hasta el lugar donde se encontraba sentado el abad, y traía un aspecto bastante triste y bastante pobre también con aquella vieja capa raída en la que venía envuelto. Llegó ante la mesa a la que estaban sentados el abad, su prior y su magistrado y se arrodilló en un gesto de humildad.

—Gracias a Dios, mi señor abad —dijo el caballero—, he llegado a mi hora.

—¿Habéis traído el dinero que me debéis? —fue todo cuanto el abad fue capaz de soltar.

—Ni un solo penique —suspiró sir Richard, que se quedó cabizbajo.

—¡Desde luego, sois un miserable deudor! —dijo a voces el abad con un gran suspiro de alivio; miró al magistrado y exclamó—: ¡Brindad por mí, amigo mío! ¡Deseadme suerte, mis buenos señores!

Acto seguido, se volvió de nuevo rápidamente hacia sir Richard y añadió:

—¿Y qué os trae aquí? Si no es para devolverme mi dinero, ¿por qué os habéis molestado en venir siquiera?

—Para suplicaros una prórroga —respondió sir Richard con humildad—. Recordad, mi señor abad, que los sarracenos retienen prisionero a mi hijo: lo capturaron cuando luchaba al lado del buen rey Ricardo y en beneficio de la Santa Madre Iglesia. Estoy seguro de que la Iglesia me concederá seis meses más para saldar mi deuda, cosa que sí podré hacer en ese plazo.

—No, no —intervino el magistrado—. Vuestro plazo se ha cumplido. ¡Debéis pagar o perderéis las tierras!

—¡Escuchad, mi buen padre prior —suplicó sir Richard—, poneos de mi parte y suplicad clemencia al abad!

—¡No, de eso nada! —exclamó el prior.

—Entonces, mi señor abad —rogó sir Richard—, retened mis tierras en custodia hasta que encuentre el dinero, seré vuestro cumplido siervo, y como tal os serviré fielmente.

—¡No, por Dios! —gritó el abad—. No obtendréis más ayuda de mi parte, caballero perjuro y falso dispuesto a estafar cuatrocientas libras a la Santa Madre Iglesia. ¡Marchaos de mi abadía antes de que ordene a mis servidores que os echen por esa puerta a latigazos como a un perro sarnoso!

—¡Mentís, abad! —exclamó sir Richard, que se puso en pie de repente—. ¡Yo no soy un falso caballero! Pero vos, siervo de Nuestro Señor, que dejáis que un caballero se arrodille ante vos y os suplique vuestra caridad, ¡habéis caído para siempre en desgracia!

—¡Fuera de aquí! —gritó el abad, rojo de ira—. ¡Vuestras tierras y vuestras casas son mías ahora! ¡Escuchad: el reloj da las doce!

—El reloj da las doce —dijo sir Richard en voz baja—, ¡y yo he pagado mi deuda!

Y conforme lo decía, se abrió de golpe la capa y mostró que iba bien vestido, con ropas lujosas debajo de aquella. Acto seguido plantó cuatro bolsas de cuero sobre la mesa delante del abad y guardó silencio.

El abad se quedó boquiabierto y con el rostro lívido.

—Contad el dinero —dijo con voz temblorosa.

Lo hizo el padre prior, y encontró la cantidad exacta.

—Ya veis —dijo sir Richard— que la tierra vuelve a ser mía, ¡y ni todos los crueles abades de Inglaterra podrán demostrar lo contrario!

Dicho aquello, salió con paso firme de la abadía mientras el abad se ponía en pie, lo maldecía y lo amenazaba con su venganza cuando llegara el momento.

A pesar de ello, sir Richard salió al galope hacia Legh Hall, donde su esposa lo esperaba llena de ansiedad.

—¡Alégrate, mi buena señora! —exclamó el caballero—. Todo está a salvo, y yo me he liberado del abad. Lo único que tenemos que hacer es vivir tranquilos en nuestra casa durante un año, y así podré ahorrar lo suficiente para pagar al bondadoso Robin Hood, que me ha prestado el dinero.

—Y yo rezaré por Robin Hood —dijo la señora de Legh.

7
La doncella Marian del bosque de Sherwood

La llaman doncella Marian, mi buen señorito,
por la vida que lleva de soltera inmaculada
hasta que Robin deje la vida de proscrito,
cuando podrá tomarla por legítima desposada,
y al regreso del rey Ricardo lo hará expedito.

ANTHONY MUNDAY,
La caída de Robert, conde de Huntingdon (1601)

Gamwell Hall, casa solariega de sir William Gamwell —tío de Robin Hood—, no estaba muy lejos de Nottingham, y sir Guy de Gisborne cabalgó hasta allí un día con la única asistencia de su escudero.

Sir William dio la bienvenida a sir Guy y, después de ofrecerle un magnífico banquete, le sugirió que lo acompañase al día siguiente al gran festival de Gamwell, que se celebraba no muy lejos de allí, en el bosque.

Con la esperanza de descubrir dónde estaba Robin Hood, sir Guy aceptó encantado la invitación, pero sin decir una sola palabra sobre sus verdaderos motivos ni a sir William ni al joven Will Gamwell, que cabalgaba a su lado.

Qué alegre era la escena en aquella verde pradera en el bosque: muchachos y muchachas jóvenes bailaban alrededor del poste de la fiesta de mayo, los barriles de cerveza que espitaban para los arrendatarios de sir William, y muchos juegos y concursos tanto para los más pequeños como para los más mayores.

Sir Guy se sentó en silencio bajo un árbol a contemplarlo todo con el viejo sir William, y en un momento dado se incorporó de repente con un brillo de furia en la mirada: fue cuando el joven Will Gamwell sacó a bailar a una de las doncellas, a la que sir Guy reconoció de pronto como la doncella lady Marian Fitzwalter disfrazada de campesina.

—¿Quién es esa doncella que baila con vuestro hijo? —preguntó sir Guy.

—¿Esa? —respondió sir William de forma vaga—. Ah, la conocen como la pastora Clorinda: suele acudir a estas festividades, ¡pero es poco lo que puedo contaros sobre ella, la verdad!

«¡Queréis decir que no estáis dispuesto a contármelo! —pensó sir Guy al ver que su anfitrión se apresuraba a cambiar de tema—. ¡Ahora sí que voy bien encaminado, seguro!».

Más tarde aquel mismo día llegó un grupo de hombres del bosque vestidos de verde de Lincoln, y se celebró un gran concurso de tiro con arco en el que también participó «Clorinda», que parecía tan buena con el arco como cualquiera de ellos.

Sir Guy montó a lomos de su caballo y se acercó tranquilamente a la zona de las dianas para ver el evento. Cuando llegaba, Clorinda disparó su flecha, y surgió un clamor de celebración entre los asistentes al concurso, porque acertó en el mismo centro del color dorado, que era el punto central de la diana.

—Voy a tener que apuntar verdaderamente bien para igualar eso, bella Clorinda —dijo el cabecilla de los hombres del bosque, que dio un paso al frente y engarzó una flecha en la cuerda de su arco.

La flecha salió disparada, y se produjo otro clamor, ya que todos pudieron ver que también se había clavado en el círculo amarillo, tan cerca de la de Clorinda que las puntas estaban en contacto y las plumas se entremezclaban.

—Reclamo vuestra mano, bella Reina de Mayo —dijo el hombre del bosque con una marcada reverencia ante Clorinda, que se sonrojó, sonrió y extendió la mano hacia él para que la llevara hacia el baile.

No obstante, sir Guy había reconocido al hombre del bosque, y se volvió entonces hacia Will Gamwell, al que ahora tenía a su lado.

—¿Cómo se llama ese arquero? —le preguntó.

—Robin, según creo —dijo con descuido el joven Gamwell—. ¡Creo que lo llaman Robin!

—¿Y eso es todo cuanto sabéis de él?

—¿Qué más hay que saber?

—Pues permitid que os cuente —dijo muy serio sir Guy— que ese es ni más ni menos que el proscrito Robert Fitzooth, el llamado conde de Huntingdon, y hay una gran recompensa que se ofrece a cualquier hombre que lo traiga prisionero ante el corregidor de Nottingham.

—¿En serio lo decís? —replicó William Gamwell como si no tuviera el más mínimo interés.

—Es una presa que bien merecería la pena atrapar.

—Eso imagino.

—¿Y no vamos a atraparlo, entonces?

—Podéis hacerlo vos, si así lo deseáis.

—¿Acaso no son leales vuestros arrendatarios y seguidores?

—¡Muy leales, os lo aseguro!

—Entonces —exclamó sir Guy, que se empezaba a enfadar cada vez más—, si apelara a ellos y los convocara en nombre del rey, ¿no acudirían en apoyo y auxilio?

—Con certeza lo harían —respondió Gamwell—, ¡en un bando o el otro!

—Pero si yo tengo la orden del príncipe Juan para el arresto de Fitzooth —dijo sir Guy—, ¿qué me aconsejaríais vos que hiciese?

—Veréis —respondió Gamwell con calma—, yo os aconsejaría que os dieseis media vuelta y que os marchaseis al galope camino de Nottingham ¡a menos que queráis recibir una descarga de flechas, una lluvia de piedras y una somanta de palos que os ayuden a poneros en marcha!

Al oír aquello, el escudero de sir Guy clavó las espuelas a su montura y se alejó a pleno galope, lo cual le dio a sir Guy una excusa para salir detrás de él y alejarse gritando:

—¡Alto ahí, granuja! —vociferó, y se perdieron ambos de la vista de los reunidos en torno a los Gamwell.

Sin embargo, aquellos dos no tiraron de las riendas en aquel momento, sino que cabalgaron al galope hasta Nottingham, donde sir Guy despertó al corregidor con la noticia de que Robin Hood se encontraba tan solo a unas millas y rodeado de apenas una docena de hombres.

En cuestión de media hora, el caballero volvía a hacerse al camino en compañía del corregidor y de un grupo de soldados, y se apresuraron en dirección a Gamwell.

El sol ya se ponía cuando llegaron ante un puente sobre el río, y en la otra orilla vieron a un pequeño grupo de hombres del bosque y otros armados. Los encabezaba la pastora Clorinda —que aún llevaba su arco—, y junto a ella caminaba ahora la gigantesca silueta del hermano Michael Tuck, el fraile expulsado de la abadía de Fountains.

—¿Quiénes son esos que vienen al galope hacia nosotros? —vociferó el fraile—. ¡Traidores desleales, bien lo sé yo! Sí, porque allí me parece atisbar a sir Guy de Gisborne, un hombre que desconoce por completo el sagrado deber de la hospitalidad, y con él viene el corregidor de Nottingham, ¡leal servidor de quien le pague el estipendio más generoso!

—¡Dejad paso, fraile rebelde! —gritó enfadado sir Guy, porque el monje y su grupo habían ocupado primero el puente—. Y vos, lady Marian, marchaos de inmediato camino de Arlingford, ya que os encontráis en la muy dudosa compañía de una banda de traidores.

—¡Erráis, desleal caballero, erráis! —afirmó el fraile con mucha calma—. La doncella aquí presente es la bella Clorinda, bien conocida en todo el bosque de Sherwood como la reina de las pastoras. En cuanto a esa dudosa compañía de una banda de traidores, ¡os diré que no veo a ninguno a este lado del puente!

—¡Apartaos del camino! —insistió airado el corregidor—. ¡Buscamos a Robert Fitzooth, conocido como Robin Hood, que no hace ni apenas una hora estaba confraternizando con vos y los vuestros no muy lejos de este lugar!

—¡Por Cristo bendito que no habéis de pasar por aquí hasta que os hayáis disculpado con la bella Clorinda y conmigo mismo por la calumnia de esos términos, provocaciones y otras palabras que habéis pronunciado ante toda esta buena gente! —vociferó el fraile.

—¡Apartadlos a la fuerza! —gritó impaciente sir Guy—. ¡Robin Hood se nos está escapando ahora mismo! ¡Y atrapadme a esa muchacha descarada: lord Fitzwalter me recompensará bien cuando se la lleve de vuelta!

Mientras hablaba, sir Guy hizo un gesto de desprecio con la mano en alto, y, veloz como el rayo, Clorinda alzó su arco, la cuerda zumbó, y la mano de sir Guy apareció atravesada por una flecha.

—¡Traición! ¡Acabad con ellos! —gritó el corregidor.

La cuerda del arco volvió a zumbar, y el caballo del corregidor se encabritó cuando una flecha se clavó en el suelo justo entre sus patas delanteras. El corregidor se cayó de la silla, de espaldas, y aterrizó sentado de golpe en un gran charco de barro.

Acto seguido, las flechas volaron disparadas entre los hombres del corregidor, que intentaban subir corriendo por el puente y terminaban rechazados por la poderosa vara que el enorme fraile tenía en sus manos. Allí se había plantado él solo y daba unos tremendos rugidos conforme barría con la vara de un lado al otro entre los hombres del corregidor y tumbaba a uno, le rompía las costillas a otro, le dislocaba un hombro a un tercero, le aplastaba la nariz a un cuarto, le rompía la crisma a un quinto y arrojaba al río a un sexto, hasta que los pocos que tuvieron la fortuna de escapar sin ningún hueso roto clavaron las espuelas a sus monturas y salieron huyendo para salvar su vida: el ultrajado corregidor iba huyendo el primero, y el herido sir Guy de

Gisborne cerraba la marcha entre las risas de la bella «Clorinda» con los suyos y las chanzas y provocaciones del fraile.

A la mañana siguiente, lord Fitzwalter vio interrumpido su desayuno por el sonoro toque de una trompeta y los ruidos de una alarma generalizada. Se apresuró en llegar a las puertas del castillo y vio una gran tropa de soldados en formación al otro lado del foso. Con ellos venía un heraldo que tocaba una corneta y un oficial que les ordenaba:

—¡Bajad el puente, en nombre del rey!

—¿Para qué, en nombre del diablo? —rugió furioso lord Fitzwalter.

—¡Se hace saber a todos los hombres justos —proclamó el heraldo— que el corregidor de Nottingham yace postrado en su lecho con graves magulladuras, que muchos de sus hombres probablemente morirán por causa de diversas lisiaduras, y que el buen caballero sir Guy de Gisborne sufre la dolorosa herida de una flecha! Acusamos a sir William Gamwell, a la doncella lady Marian Fitzwalter y a un tal fraile Michael antaño de la abadía de Fountains de ser cómplices y provocadores de tales altercados y de ser traidores, ya que han ayudado y confraternizado con el proscrito Robin Hood, antes conocido como Robert Fitzooth de Locksley Hall.

—¡Cómplices y provocadores! —farfulló lord Fitzwalter—. ¡Qué pretendéis al venir aquí con esa historia disparatada de que mi hija la doncella lady Marian ha magullado al corregidor, ha lisiado a sus hombres y ha disparado una flecha a sir Guy de Gisborne! ¡Fuera de aquí, u ordenaré a mis hombres que os disparen con sus ballestas!

—¡Tendréis más noticias al respecto de esto! —gritó el oficial al mando de aquella tropa—. ¡No os resultará tan sencillo desobedecer la voluntad de nuestro soberano señor el príncipe Juan!

—¡Pues que venga él en persona! —gritó lord Fitzwalter—. O que envíe a alguien en quien yo pueda confiar. ¿Cómo sé yo que no sois algunos de esos mismos proscritos de Sherwood que se han disfrazado y que intentan acceder a mi castillo bajo la tapadera del nombre del rey y un cuento disparatado sobre mi hija, diciendo que se dedica a magullar a tal o cual corregidor y a disparar flechas a los soldados?

La tropa de soldados, al ver que había un arquero preparado con su ballesta en todas y cada una de las troneras, que el puente seguía levantado y que el foso era bien largo y bien ancho, se retiró hacia Nottingham entre numerosas amenazas.

De inmediato, lord Fitzwalter mandó llamar a su hija, y al exigirle la verdad, Marian confesó que en el bosque era conocida como la pastora Clorinda y le contó la historia de la derrota de sir Guy en el puente de Gamwell.

—¡No volverás a salir del castillo! —declaró lord Fitzwalter.

—Lo haré en cuanto pueda —respondió Marian con firmeza—, y no tengo ninguna obligación de regresar.

—¡Lleváosla a la cámara más alta de la torre! —ordenó su padre—. ¡Nadie te va a sacar de allí!

—El príncipe Juan lo hará —dijo Marian, que se estremeció—. He oído que ahora se encuentra en Nottingham: eran sus hombres los que estaban a las puertas del castillo hace unos momentos. Me vio en la víspera de mi boda con Robin de Locksley, y se dice que ha jurado tomarme y que quizá no esté tan dispuesto a entregarme a sir Guy como había prometido.

—¡Puedes tener la seguridad de que desafiaré a un príncipe malvado tanto como a un caballero malvado! —gritó lord Fitzwalter.

—Padre, no podéis resistiros ante el príncipe Juan —dijo Marian—. Pensad en el poder que tiene a su disposición. Saqueará el castillo, os colgará del primer árbol que encuentre y me llevará lo queráis vos o no… Ahora bien, si vos me encerráis y yo me escapo del castillo, nadie os podrá echar culpa ninguna, y podréis recibir aquí al príncipe con plenitud de muestras de lamento por mi ausencia y de furia por mi huida.

—¡Mmm! ¡Ja! —Lord Fitzwalter abrió la boca para juramentar, pero la cerró en cuanto se percató de la verdad que había en las palabras de Marian.

—Entonces, si tú… mmm… te escapas, ¿te marcharás al bosque de Sherwood como medio esposa de ese proscrito de Robin Hood?

—Acudiré a Robin Hood —respondió Marian en voz baja—, pero viviré en el bosque de Sherwood como la doncella Marian, prometida pero aún no casada con Robin, hasta que el rey Ricardo retorne de Palestina, le conceda su perdón y le devuelva la condición social que por derecho le corresponde. Esto ya lo ha jurado él por Dios y por Nuestra Señora, y yo reafirmo ese voto aquí y ahora.

Lord Fitzwalter se quedó pensativo durante unos minutos.

—Robin, o Robert, es un hombre de honor y palabra —dijo por fin el caballero—, y tú eres mi hija, y no traerás el deshonor a nuestro linaje. Que Dios te bendiga, Marian. Ahora márchate a tu alcoba, ¡y no permitas que nadie te vea abandonar el castillo de Arlingford, o será terrible para todos nosotros!

Unas horas más tarde, cuando el príncipe Juan llegó a caballo a la cabeza de un centenar de hombres, lord Fitzwalter lo recibió en la puerta del castillo y se deshizo en expresiones de lealtad, le suplicó su perdón por su conducta con el heraldo aquella mañana y puso el castillo entero a su disposición.

—Es un honor para mí, alteza real, un profundo honor —dijo, aún de rodillas—. No hay invitado que sea más bienvenido que vos… y que vuestros leales seguidores. Si hubierais enviado alguna prueba segura con vuestro heraldo esta mañana, lo habría recibido de inmediato, pero con ese proscrito endemoniado de Robin Hood tan cerca, uno ha de ser precavido. ¡Si entró disfrazado en la mismísima Nottingham y rescató a uno de sus rufianes que estaba ya al pie del patíbulo!

En un gesto de deferencia, el príncipe Juan aceptó complacido las disculpas de lord Fitzwalter y su hospitalidad al mismo tiempo, pero cuando solicitó la presencia de lady Marian, descubrieron que la joven no se encontraba ya en su alcoba.

Al oírlo, lord Fitzwalter recorrió el castillo hecho una furia, maldiciendo la falta de atención de los suyos y lanzando unas terribles amenazas a los guardias que la habían dejado pasar, pero nada se pudo averiguar sobre su paradero. Eso sí, un guardia ofreció la información de que habían visto a un joven arquero en la torreta de entrada más o menos una hora antes de la llegada del príncipe Juan, y que aquel joven también había desaparecido.

El príncipe Juan tuvo la amabilidad de ofrecer la mitad de sus hombres a lord Fitzwalter, que dieron una buena batida por las proximidades durante varios días, pero lady Marian había desaparecido.

Al enterarse de que el príncipe Juan estaba en Nottingham con toda una tropa de sus adeptos, Robin Hood se acercó a recorrer el lindero de Sherwood disfrazado de guardabosques. Tenía la esperanza de toparse con algún viajero procedente de Nottingham, entablar conversación con él y enterarse de los movimientos e intenciones del hermano del rey.

Poco después, mientras se paseaba por el camino, se encontró con un joven vestido con el atuendo de los bosques que llevaba un arco en la mano, una buena aljaba de flechas cargada a la espalda y un recio espadón en el costado.

—¡Aguardad, buen hombre! —exclamó Robin con una voz ronca—. ¿Adónde os marcháis tan rápido? ¿Qué novedades tenemos hoy en la buena villa de Nottingham?

—Me dedico a mis quehaceres —respondió el joven—, y las novedades son que el príncipe Juan ha llegado a Nottingham a acabar con los proscritos

del bosque.

—Ya era hora, por cierto —dijo Robin recordando que se hacía pasar por un guardabosques, cuya tarea era la de proteger a los ciervos de la corona—. ¿Y qué hacéis vos, mi buen joven, con ese arco y esas magníficas flechas?

—Me meto en mis propios asuntos —respondió el joven—, ¡y ojalá hicieran lo mismo los demás que andan por este bosque de Sherwood!

—La gente como vos es asunto mío —dijo Robin muy serio—. Decidme vuestro nombre y oficio, o será mi espada la que os obligue a hacerlo.

—No sois vos el único capaz de jugar a eso —exclamó el joven, que arrojó al suelo el arco y la aljaba, desenfundó la espada y se puso en guardia.

Robin hizo lo mismo, y, un minuto después, se encontraron acero contra acero.

No tardó Robin en percatarse de que su oponente era al menos su igual en la habilidad y la práctica del manejo de la espada, aunque de muñeca más débil que la suya, y de menor fuerza en la pura descarga de sus golpes.

Combatieron durante un rato sin obtener excesiva ventaja, aunque a Robin le corría algo de sangre por el rostro y su contrincante estaba herido en el brazo.

—Contened la mano, buen hombre, y no luchemos más —dijo finalmente Robin, que dio un paso atrás y se apoyó en su espada tras haber olvidado ya su disfraz de guardabosques de la corona—. Sois demasiado bueno en el combate como para desperdiciaros de este modo: venid, unid vuestra fortuna a la de Robin Hood y sed uno de sus alegres compañeros.

—¿Sois Robin Hood? —preguntó el joven en un jadeo entrecortado.

—Ese soy yo, ¡el mismo que viste y calza! —fue su respuesta.

—¡Oh, Robin, Robin! ¿Es que no me reconoces? —exclamó con la voz cambiada el mismo que antes era su oponente.

—¡Marian! —dijo Robin atónito—. ¡Te he herido sin llegar a reconocerte!

Un instante después la acogía entre sus brazos.

—Bienvenida a Sherwood —dijo Robin por fin, cuando ella le hubo contado de un tirón toda su historia—. Ven ahora conmigo a nuestra cañada secreta y permite que Scarlet y Much, Little John y los demás le den la bienvenida a su reina igual que yo lo hago y que juren conmigo que de ahora en adelante seremos tus fieles y honestos servidores, doncella Marian del bosque de Sherwood.

Aquella noche hubo grandes celebraciones con regocijo en la pradera secreta, donde Robin y sus alegres compañeros hicieron los honores a su encantadora reina. No escaseó el buen asado de ciervo, corrieron las grandes jarras de vino, los cuencos de cerveza tostada y muchas otras delicias.

Una vez finalizado el banquete, Robin se puso en pie con una gran jarra en la mano.

—¡Amigos míos! —vociferó—. Ahora y siempre, brindemos primero por el rey Ricardo… ¡Por Ricardo y por su pronto regreso de la Cruzada!

Una vez sellado aquel voto con un buen trago, Robin se volvió a poner en pie.

—¡Y ahora —exclamó—, brindemos por nuestra reina! ¡Por la doncella Marian! ¡Comprometámonos una vez más al fiel servicio de Dios y de su Santa Madre, como corresponde a un buen cristiano! ¡Pero hagámoslo también como lo hacen los fieles caballeros a sus damas y prometamos que nuestros actos serán tan puros y alejados de la maldad que no haremos nada que consideremos vergonzoso de haberlo hecho en presencia de nuestra reina, nuestra doncella Marian!

—¡Por la doncella Marian del bosque de Sherwood! —gritaron todos y cada uno de los hombres allí presentes, que se pusieron en pie de un salto—. ¡Por nuestro rey y nuestra reina del bosque, por Robin Hood y la doncella Marian!

8
La llegada del fraile Tuck

He aquí un franciscano bondadoso a más no poder
que nos absolverá de nuestros pecados si es menester;
empuña el valeroso pastor su recia vara de roble,
hace huir en desbandada a los enemigos de su rebaño,
y somos nosotros su grey, alegres hombres del bosque,
los que arropamos a nuestro pastor bravo y compaño.

THOMAS LOVE PEACOCK,
La doncella Marian (1822)

Llegó el verano y pasó, y las hojas amarilleaban ya en el bosque de Sherwood cuando, en un día en que Little John, Scarlet y un grupo de hombres elegidos por Robin practicaban con el arco y la vara larga en la pradera secreta, dijo Marian de repente:

—Robin, me sorprende y me entristece que no hayamos sabido nada del buen hermano Michael.

Robin asintió pensativo.

—Sin duda sabe que tú ahora vives en el bosque —dijo—, ya que te prestó una gran ayuda en el día de la fiesta de Gamwell, cuando Guy de Gisborne y el corregidor intentaron prenderme.

—Qué encuentro tan extraño fue aquel, te lo aseguro —le dijo Marian—. Llegó de pronto por la orilla del río blandiendo su magnífica vara… y desapareció de la misma forma repentina tras la refriega, sin decirme una sola palabra.

—¿Tu padre le prohibió visitarte en Arlingford? —le preguntó Robin.

Marian asintió.

—Y el abad de Fountains también lo ha expulsado —añadió ella—. El monje dijo que llevaría una vida de ermitaño en alguna celda junto al río, como un simple fraile, el fraile Tuck.

Robin se quedó pensativo unos instantes y llamó a voces a Will Scarlet para que acudiese.

—Scarlet, ¿qué era eso que dijiste no hace muchos días sobre un ermitaño que vivía en la celda de Copmanhurst?

—Es un hombre tremendo —dijo Scarlet— que parece demasiado bien nutrido y bien bebido, también, para ser un eremita, pero sí, allí vive él solo junto al río, y hace penitencia llevando a cualquier viajero a la otra orilla del vado del río, aunque no me cabe la menor duda de que pide una buen precio a cambio de su transporte. También se dice que está más que dispuesto a batirse con la vara larga si lo desafían y que descalabrará a todo aquel que se atreva a plantarle cara.

—¡Muy bien! —exclamó Robin—. Juro por la Virgen que mañana saldré e iré en busca de este ermitaño. Si resulta ser Michael Tuck, miel sobre hojuelas, y si no lo es, al menos nos habremos batido en una buena ronda de garrotazos. Si es un buen hombre y, además, un clérigo virtuoso, seremos nosotros los beneficiados por su presencia aquí en el bosque entre nosotros.

Y así fue que, a la mañana siguiente, Robin se disfrazó de bardo errante, aunque sin renunciar a su arco ni a su espada, y partió a través del bosque camino de Gamwell.

Se desvió del camino cuando llegó al río, siguió su curso hasta que llegó al vado de Copmanhurst y, en efecto, allí mismo había una barca amarrada, en la otra orilla, y una voluta de humo que se elevaba entre las rocas daba fe de que la ermita construida entre las rocas estaba habitada.

—¡Eh, buen barquero! ¡Eh, oídme! —gritó Robin.

—¿Quién me llama? —respondió una voz grave, y salió un fraile gigantesco por la orilla del río.

Iba vestido con un hábito marrón como suelen llevar los frailes, pero bien sujeto en la cintura con un trozo de cordón del que colgaba un espadón enorme. En la cabeza, en lugar de una capucha, el fraile lucía un casquete redondo de acero, y los brazos remangados mostraban una musculatura más propia de un guerrero que de un clérigo.

—¡Escuchadme, buen hombre! —gritó Robin—. ¡Venid y llevadme a la otra orilla del río!

—¡Todo a su debido tiempo, hijo mío, todo a su debido tiempo! —resonó el vozarrón del fraile, que agarró una vara bien grande, se subió a la barca y utilizó la vara como una pértiga para impulsarse y cruzar el río hasta donde se encontraba Robin.

—¡Un simple bardo! —gruñó mientras Robin subía a bordo—. Podría haber cruzado nadando, y el baño le habría venido realmente bien. ¡Ay, qué pena de voto el mío!

Cuando llegaron al otro lado, el fraile saltó enseguida a la orilla y se volvió hacia su pasajero.

—¡Muy bien! —exclamó—. ¡Dejadme ver si tenéis la bolsa llena!

—Seguro, mi buen ermitaño —dijo Robin con voz suave—, que no os descubriréis ahora como un ladrón, ¿verdad?

—Ni mucho menos —respondió el fraile—, lo que hago es pedir limosnas, ¡tal y como corresponde al deber de la Iglesia!

—Ningún hombre tiene la obligación de dar limosna —le recordó Robin— salvo la que le impone su propia conciencia.

—Buena doctrina, sin duda —reconoció el fraile—, pero el oficio del clérigo consiste en despertar la conciencia, a lo cual procederé en este instante a base de zurraros el lomo con mi buena vara… ¡a no ser que vuestra conciencia ya esté bien despierta!

—Venid, entonces, y registrad mi bolsa —dijo Robin, que fingió encogerse atemorizado.

El fraile dejó caer la vara y avanzó desprevenido, y Robin desenvainó su espada de repente, como quien suelta un latigazo, y la detuvo junto al cuello del monje.

—Y para ello, deshonroso eremita —exclamó—, tendréis que llevarme una vez más al otro lado del río, ¡pero esta vez cargaréis conmigo en vuestras espaldas! Y no recibiréis pago por ello, salvo un garrotazo, en caso de que exijáis alguno.

—Trato hecho —dijo el fraile con toda la calma—, ya que las aguas son poco profundas, la carga es ligera… ¡y el pago que ofrecéis lo estoy deseando!

El fraile se inclinó, y Robin —que aún tenía la espada en la mano— se subió a sus espaldas. El fraile echó a caminar como si no sintiera el peso de ninguna carga, se adentró en el agua con grandes zancadas y cruzó el vado hasta que llegó con Robin a salvo y seco en la otra orilla.

Sin embargo, una vez allí, lo lanzó al suelo tan de repente que el hombre del bosque se vio en la necesidad de soltar la espada con tal de amortiguar la caída.

—Veréis, buen hombre —dijo el fraile, que plantó el pie sobre la hoja de la espada de Robin y desenvainó la suya mientras hablaba—, habéis de

llevarme de vuelta al otro lado del río, y, en pago, os descalabraré de un garrotazo en cuanto lleguemos a la otra orilla.

—¡Media vuelta! —exclamó Robin con voz alegre y se inclinó para acoger el enorme peso del fraile.

Era un trabajo bien duro, sin duda, incluso para un hombre tan fuerte como Robin, ya que el fraile debía de pesar cerca de los ciento treinta kilos, pero aun así cargó con él por el río con paso lento y medido hasta la mitad del cauce.

—¡Muy buena montura, sí señor! —alardeó el fraile, que se carcajeaba ante los esfuerzos de Robin—. ¡Esto me trae a la mente una fábula que escribió el sabio Esopo acerca de dos tontainas que volvían a casa desde el pueblo con su asno.

—Sí —jadeó Robin—, pero a mí me recuerda más a otra fábula distinta, la del asno con los sacos de sal. Sería un mejor ejemplo, y más acertado, o eso me parece a mí.

Y dicho aquello, se agitó de repente con una diestra sacudida que lanzó al fraile por encima de su cabeza hacia la parte más profunda del río. Acto seguido se apresuró hacia la orilla y se dio la vuelta para reírse a carcajadas de la gruesa figura del fraile que luchaba por mantenerse a flote y resoplaba en el agua como una ballena con la calva cubierta de cieno verde y vegetación del río.

—¡Buen hombre, buen hombre! —farfulló el fraile al llegar por fin a cuatro patas hasta la orilla—. ¡Preparaos, porque ahora mismo os voy a pagar ese garrotazo que os debo!

—¡Ah, no! —se rio Robin—. No he sido yo quien se lo ha ganado, sino vos, y seréis vos por tanto quien se lo lleve.

Dicho aquello, se enfrentaron el uno y el otro con unas grandes duelas a base de golpes y fintas en una lluvia de garrotazos como dos campesinos bien lozanos que trillaran el cereal.

Por fin hicieron una pausa de puro cansancio, y —aunque ninguno de los dos hubiera caído derrotado— ambos habían pagado el precio de su garrotazo en la crisma.

—¡El honor, creo yo, ha quedado satisfecho! —resopló el fraile—. Estrechémonos la mano y despidámonos como amigos. ¡Sois un hombre recio para ser un bardo, por los clavos de Cristo!

—He utilizado la espada tanto como el arpa —respondió Robin—, pero jamás me había topado con alguien que manejara un garrote como lo hacéis vos, así que hagamos una tregua en nuestra disputa y descansemos un rato en

vuestra celda, donde, sin duda, podréis poner algo de comer y de beber ante este pobre caminante.

—Lástima —dijo el fraile con un repentino aspecto manso y pío—. No hay aquí alimentos apropiados para un hombre como vos. Os invito a compartir la frugal dieta de un pobre ermitaño que ha jurado voto de ayuno y oración.

Dicho aquello, condujo a Robin a la ermita, que no consistía en más que las cuatro paredes de una choza de madera y piedra techadas con paja y construidas delante de la boca de una cueva en la pared del pequeño cortado que encajonaba ese tramo del río.

Dentro no había más que una mesa, un par de taburetes, un crucifijo colgado de la pared y un camastro de paja y hojas secas al fondo de la covacha poco profunda. El fraile alargó el brazo, bajó un plato de guisantes de una repisa en la roca, lo dejó sobre la mesa y sirvió el agua de una jarra en un par de cuernos para beber.

—Mi reverendo hermano —dijo Robin al sentarse en un taburete y probar un bocado de guisantes sin demasiado disfrute—, parece que os va de maravilla con solo unos pocos guisantes y una jarra de agua. Es ciertamente un milagro que un hombre que vive de un puñado de guisantes luzca esa barriga y ese buen color en la cara, ¡y que sea un luchador tan brioso como habéis demostrado ser!

—Ay, mi buen bardo —respondió el fraile con un profundo suspiro—, así lo han querido Nuestra Señora y mi santo patrón san Dunstán, que han bendecido de sobra la triste miseria a la que me limito.

—Claro, pero veréis que no se ha concedido tal bendición a los pobres caminantes como yo —dijo Robin—. Seguro que algún amable guardabosques os visita de vez en cuando y os deja víveres para el consumo de los viajeros, ¡que estarán sin duda tan encantados como yo de pagaros con otra moneda distinta del precio del traslado en barca!

Al decir aquello, Robin puso una pieza de oro sobre la mesa y observó al fraile con un guiño de alegría en la mirada. El fraile se quedó mirando la moneda con ansia, vaciló durante unos momentos y, por fin, se dirigió hacia un lateral de la cueva, donde abrió un armario que estaba ingeniosamente oculto en la roca y sacó una enorme empanada de venado. La dejó sobre la mesa, y Robin comenzó a satisfacer el hambre a tal velocidad que la empanada comenzó a menguar de manera ostensible.

El fraile se sentó a mirarlo con una cara cada vez más larga conforme la empanada se hacía cada vez más pequeña, hasta que finalmente Robin se

apiadó de él y exclamó:

—Buen fraile, nada más lejos de mis intenciones que tentaros a romper vuestro voto de abstinencia, pero tengo la seguridad de que los buenos modales dictan que el anfitrión participe del mismo plato que su invitado, ¡aunque solo fuese para demostrar que el plato es bueno y saludable!

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó el fraile, al que se le iluminaron los ojos—. ¡Tan largo ha sido mi periodo de soledad en la celda de la ermita que me ha hecho olvidar tan excelente norma! Mil disculpas, mi distinguido huésped.

Dicho aquello, se puso manos a la obra con el otro extremo de la empanada —dos bocados enteros se metía por cada uno que Robin era capaz de tragar—, y así fue que no tardó en quedar limpio el plato.

—¡Mi reverendo amigo —dijo Robin muy serio—, apostaría otra pieza de oro a que ese mismo guardabosques que os dejó la empanada para buen regocijo de los viajeros también os dejó un odre de vino para su mayor refrigerio! Diría yo que si buscáis de nuevo en ese armario, descubriríais que estoy en lo cierto.

El fraile se puso en pie con una sonrisa de oreja a oreja —que de inmediato y en vano trató de convertir en una expresión de piadoso reproche— y colocó ante su invitado una bota de cuero que contenía no menos de cinco litros. Sirvió con ella los dos cuernos y dijo:

—Mi señor desconocido, uníos a mí en esto y, por el deber de la cortesía, decidme vuestro nombre.

—Por supuesto y encantado de hacerlo —respondió Robin—, pero volvéis a olvidar que sois mi anfitrión, y el viajero ha de conocer el nombre de su munificente hospedador.

—No soy más que el simple eremita de Copmanhurst —fue su respuesta—, ¡y mi nombre es el del fraile Tuck!

—Entonces, mi buen fraile Tuck —exclamó Robin—, el mismo que era el buen hermano Michael, por vos brindo yo, Robin Hood, el mismo que antes también tenía otro nombre. ¡Salud, fraile Tuck, *waes hael*!

—¡Brindo por Robin Hood, *hael*! —respondió el fraile Tuck, que vació el cuerno de un solo trago—. Cuánto me alegro de que el bardo ocultara a tan buen hombre.

—Volved conmigo a Sherwood, buen fraile —le rogó Robin—. He venido hasta aquí a buscaros con un emplazamiento de la doncella lady Marian, de quien fuisteis confesor. La verdad es que cuando me habéis abierto la cabeza con vuestra vara me he imaginado que erais el hombre que

yo buscaba… ¡pero he sabido que estaba en lo cierto al instante de ver cómo dabais rápida cuenta de la empanada de venado!

—¡Con todo mi corazón! —vociferó el fraile Tuck, que sirvió el vino hasta llenar otro cuerno entero—. ¡Adiós a los guisantes y al agua del manantial! Vivís bien en el bosque, jovial Robin, o eso se dice, y no hay sombra de duda de que necesitáis de un clérigo y de que yo soy el clérigo que necesitáis, ¡que nadie se atreva a negarlo!

Mientras tanto, Robin había salido a la puerta de la ermita y hacía sonar la llamada a sus hombres.

—¡Tomad otro trago antes de que nos marchemos! —gritó el fraile Tuck —. Sería una verdadera lástima que nos dejáramos aquí un vino tan bueno. ¡Brindo por vos, Robin Hood, y por nuestra vida en el alegre bosque de Sherwood!

Y, dicho aquello, vació otro cuerno y se puso a cantar tan contento:

Oh, mi buen Robin, atrevido y certero,
de este alegre bosque sin par arquero;
resuena su cuerno con ecos eternos
y brincan los gamos en la rota quietud;
acudimos discretos por vados y setos
¡al triple recado del audaz Robin Hood!

9
De cómo sir Richard pagó a Robin Hood

Dijo Robin: saludaréis al abad,
os lo ruego, y a vuestro prior,
que cada día nos envíe a yantar
un monje así, no lo hay mejor.

ANÓNIMO,
Un humilde cantar de Robin Hood (1489)

Llegó de nuevo la primavera, y con ella el día en que sir Richard de Legh había de devolver a Robin Hood las cuatrocientas libras que de manera tan apurada habían salvado sus tierras de caer en manos del abad de Santa María.

A base de vivir sin alardes en su hogar y de ahorrar la mayoría de sus rentas, sir Richard fue capaz de partir en el momento señalado, pero no solo con las cuatrocientas libras en su bolsa, sino acompañado por una tropa de sus propios hombres que cargaban con un centenar de buenos arcos de tejo a modo de obsequio para Robin además de otros tantos fardos de flechas con la punta de metal reluciente y unas plumas de pavo real bajo la profunda ranura para la cuerda.

Sir Richard y sus incondicionales se apresuraban por el camino hacia Barnsdale cuando llegaron a un puente sobre el río donde muchos de los que vivían en la zona se habían reunido ese día para un torneo de lucha cuerpo a cuerpo. El premio era un caballo blanco de lujosos arreos, un par de guantes, un anillo de oro y un tonel de vino, y justo en el momento en que llegaba sir Richard se produjo un tremendo alboroto alrededor del palenque donde estaba teniendo lugar el combate.

Se abrió paso entre la multitud, preguntó qué estaba pasando y descubrió que el campeón favorito de toda la vecindad acababa de caer derrotado por un paisano desconocido que había aparecido de repente aquel día y se había apuntado al torneo.

—¿Acaso no está abierta la participación a todo el que llegue? —preguntó sir Richard.

—Así, ciertamente —respondió el espectador al que le preguntaba—, pero los hombres de Barnsdale tienen envidia de este tal Arthur-a-Bland, y me temo que le van a dar una paliza y lo van a arrojar al río antes que dejar que se lleve el premio.

—¡No ha de ser semejante deshonra! —exclamó sir Richard, que se abrió paso hasta el centro de la multitud seguido de sus hombres y detuvo los garrotes que se habían levantado para derribar a Arthur-a-Bland.

Sir Richard se dirigió a los allí reunidos durante un rato, y, la verdad que contenían sus palabras, respaldada por la presencia de sus hombres armados, los hizo recobrar el sentido, de tal forma que el premio cayó en las manos de Arthur-a-Bland como el verdadero vencedor. Acto seguido, sir Richard le compró el vino por cinco marcos y se lo dio a la multitud, que lo vitoreó efusivamente y se lo bebió a la salud del caballero y de Arthur-a-Bland, como si jamás hubiera tenido la intención de romperle la crisma o de arrojarlo al río.

No obstante, todo aquello llevó su tiempo y, por mucho que sir Richard se apresurara después, la hora ya era bien pasado el mediodía cuando el caballero llegó al lugar donde habían de encontrarse.

Mientras tanto, Robin y sus hombres esperaban en vano la llegada de sir Richard.

—Vámonos a comer —dijo por fin Little John.

—Aún no —respondió Robin—. Me temo que Nuestra Señora está enfadada conmigo, ya que no me ha enviado mi pago.

—¡No dudes ahora, Robin! —exclamó Little John—. Apenas es mediodía. Ten la seguridad de que todo se habrá arreglado antes de que caiga el sol, y me atrevo a jurar que sir Richard de Legh es un hombre de palabra y digno de confianza.

—Entonces —dijo Robin—, coged el arco Much, Scarlet y tú y marchaos enseguida al Gran Camino del Norte, y si no conseguís dar con el caballero, quizá os topéis con algún otro comensal que ocupe hoy su asiento.

Allá se marcharon los tres alegres compañeros vestidos del verde de Lincoln con la espada en el costado y el arco en la mano, pero no llegaron a encontrar rastro ninguno de sir Richard.

Poco después, sin embargo, mientras aguardaban apostados detrás de los arbustos, sí vieron a dos monjes vestidos con un hábito negro y largo, a lomos de unos palafrenes blancos y seguidos de un numeroso grupo de siervos y ayudantes.

En aquel instante, Little John lució una sonrisa de oreja a oreja y le dijo a Much:

—¡Me juego la vida a que estos monjes nos han traído nuestro pago! Así que animaos los dos, aflojad la espada en la vaina, colocad una flecha en el arco y seguidme. Ya sé que esos monjes traen más de veinte hombres consigo, ¡pero ni se me ocurre volver con Robin sin sus esperados comensales!

Dicho aquello, Little John salió de un salto al camino seguido de Much y Scarlet, apuntó una flecha hacia el rostro del monje que venía delante y exclamó:

—¡Alto ahí, monje malencarado, y no avancéis un paso! ¡Porque si dais un paso más, moriréis! ¡Esta flecha apunta un par de centímetros por debajo de la banda de vuestro sombrero, así que venid conmigo, porque mi señor está furioso por esta larga espera para sentarse a la mesa!

—¿Quién es vuestro señor? —preguntó el monje, asombrado ante aquella convocatoria tan repentina.

—¡Pues quién sino el audaz Robin Hood! —respondió Little John.

—¡Ese hombre es un poderoso ladrón! —dijo con voz trémula el monje, pálido de pavor—. ¡Nada bueno he oído sobre él!

—¡Mentís! —vociferó Little John—. ¡Y lo vais a lamentar! Es un buen paisano de los bosques, y os insta a sentaros a comer con él.

—¿Y si nos negamos? —preguntó el monje.

—Entonces, dispararé esta flecha mía —respondió Little John con toda la calma.

—Pero mis hombres acabarán con vos, ¡con los tres! —dijo el monje entre vacilaciones.

—Tengo a un centenar de arqueros ocultos entre los matorrales a ambos lados del camino —afirmó Little John sin ruborizarse—. ¡Me basta con levantar una mano, o vocear una orden, y todos los presentes caerán muertos con una flecha en el corazón!

Al oír aquello, cundió el pánico entre los siervos y ayudantes de los monjes, y en el instante en que Little John hizo ademán de ir a levantar la mano, todos a una se dieron la vuelta, huyeron para salvar su vida y dejaron allí a los dos monjes, a caballo, demasiado petrificados para moverse siquiera.

—Bien nos hemos librado de ellos —se echó a reír Little John—, ya que no somos más que tres. Muy bien: tú, Much, y tú, Scarlet, tomad las riendas de los caballos de nuestros invitados y guiadlos mientras yo camino detrás con una flecha en el arco por si acaso se produce algún accidente.

Y así condujeron a los dos monjes hasta Barnsdale, donde Robin los esperaba y los recibió con gran cortesía.

—¡Estos comensales son unos maleducados —protestó Little John—, y sus sirvientes eran unos cobardes! Eran no menos de cuarenta, y todos ellos han huido en cuanto me vieron tensar el arco.

—Llamad a nuestros hombres a comer —dijo Robin entre risas—, y hagamos que nuestros invitados se sientan tan cómodos como esté en nuestra mano.

—¡Esto es un ultraje! —protestó el primero de los monjes—. Soy el cillerero mayor del abad de Santa María, y este monje reverendo es mi escribiente.

—¡El cillerero mayor, ja, ja! —dijo Robin—. Entonces, vuestro deber es el de suplir a la abadía de víveres y de vino, además de recaudar diezmos, tanto en moneda como en especie. Quizá Nuestra Señora sí me haya enviado mi pago, al fin y a la postre, en las manos de este siervo suyo… Pero sentémonos primero a la mesa. Little John, sírvele un cuerno del mejor vino a nuestro maestre cillerero, que sin duda será un experto en cosechas, ¡y que brinde por mí!

Muy a regañadientes, el cillerero y su escribiente probaron el vino e hicieron ver que comían algo.

—Pues bien —dijo Robin unos instantes después—, si de verdad me habéis traído mi dinero, mi buen maestre, os ruego que me dejéis verlo. Y si alguna vez os encontráis en situación de necesidad, tal vez pueda yo hacer lo mismo por vos.

—¡Yo no sé nada de que se os deba ningún dinero! —exclamó el monje con ansiedad—. Ni tampoco llevo dinero encima.

—¿Nada en absoluto? —le preguntó Robin.

—Apenas veinte chelines —afirmó el cillerero—. Os lo juro ante Dios. Veinte chelines para mi viaje, y nada más.

—Ay, pobre hombre —dijo Robin de manera comprensiva—. Si de verdad esto es todo cuanto tenéis, yo os daré a vos otro tanto para ayudaros en vuestro camino. Little John, registra las alforjas de estos reverendos caballeros, y regístralos también a ambos, por si acaso se les hubiera olvidado algún chelín que otro.

El cillerero palideció de pavor, y su escribiente comenzó a lloriquear y mascullar oraciones mientras Little John extendía un manto en el suelo y, tras una pequeña búsqueda, comenzó a amontonar encima unas pilas relucientes de oro y plata.

—¡Ochocientas libras! —afirmó un rato después—. Eso es solo el oro, y aquella montaña de plata ascenderá a unas cuantas libras por encima de esa suma.

—Entonces, Nuestra Señora sí me ha enviado el dinero que presté para pagar al abad —dijo Robin—. ¡Y por todos los santos os digo que me paga con buen interés! Llenad la copa del maestre cillerero, y también la de su escribiente. Pero contadme, señores, ¿adónde os dirigís?

—En busca de su alteza real, el príncipe Juan —respondió el cillerero—. El oro y la plata eran para él, ¡y muy cruel será el interés que él os cobrará a la fuerza si os atrevéis a tocar un solo penique! También llevo conmigo un mensaje de mi señor abad sobre las medidas que hay que tomar para darle una lección de humildad a cierto caballero de orgullo traidor, un tal sir Richard de Legh que quebranta las leyes y desafía a la Santa Madre Iglesia en la persona del mencionado abad.

—El mencionado caballero —dijo Robin, que imitaba los aires pomposos del cillerero atemorizado— es un buen amigo mío, y el mencionado príncipe Juan es un traidor a su hermano, nuestro buen rey Ricardo. Ese oro iría dirigido al tesoro real, ¿verdad, maestre cillerero?

—¡Sí, desde luego que sí!

—Entonces se lo guardaremos nosotros al rey Ricardo. Y, en cuanto a la plata, nos la quedaremos en pago de los buenos alimentos y el vino del que han participado con nosotros nuestros invitados.

—¡Ay, cuánto lamento haber venido jamás por estos lares! —lloró el cillerero—. ¡Con lo barata que nos habría salido la comida en Blythe o en Doncaster!

—Regresad a York ahora —le dijo Robin muy serio—. Saludad a vuestro abad de mi parte: decidle que se cuide mucho de seguir acosando a sir Richard de Legh, ¡y pedidle que me envíe a un invitado como vos a comer todos los días!

El cillerero y su escribiente apenas se habían marchado a caballo entre lamentos por la pérdida de sus dineros y amenazas de terribles venganzas contra Robin Hood y sus hombres cuando sir Richard de Legh llegó al galope al lugar de encuentro seguido de su pequeña tropa.

—¡Saludos, mi buen caballero! —exclamó Robin con alegría—. Pero contadme, ¿qué os trae hasta aquí, a Barnsdale? Ningún mal, espero. Desde

luego no será que el abad de Santa María se ha apropiado de vuestra casa y vuestras tierras a pesar de todo, ¿verdad?

—Por la buena gracia de Dios y por vuestra generosidad —respondió sir Richard con aire muy solemne—, mi casa y mis tierras son mías una vez más y están libres de toda deuda, hipoteca u otras cargas, pero os ruego me perdonéis que llegue tarde a nuestra cita: de camino me encontré con un torneo de lucha, donde había un buen paisano llamado Arthur-a-Bland al que muy probablemente habrían maltratado de forma cruel de no haberme detenido yo a asistirlo.

—¡Perdonado! —exclamó Robin—. Más bien os agradezco de corazón lo que habéis hecho: cualquier hombre que se detenga a ayudar a un buen paisano tiene ganada mi amistad eterna.

—Os lo agradezco —dijo sir Richard—, pero ahora tomad este dinero que os debo, las cuatrocientas libras que salvaron mis bienes, y con ellas, estas veinte libras más a modo de intereses.

—Pero, mi buen amigo —dijo Robin muy en serio—, si no me debéis ningún dinero. El pago ya se ha satisfecho: Nuestra Señora, por medio del cillerero de Santa María, ha pagado las cuatrocientas libras hace apenas una hora, y otras cuatrocientas más, como mínimo, a modo de intereses. Y si lo cobrara dos veces, caería sobre mí la vergüenza para siempre. Eso sí, amable caballero, vos seréis mejor recibido que cualquier dinero.

Sir Richard se quedó sin saber qué decir ni qué pensar al oír esto, pero Robin Hood enseguida le contó lo sucedido, y juntos se rieron con ganas de todo aquello.

—Pero, por mi honor —dijo finalmente sir Richard—, aquí está el dinero que os debo.

—Dadle un buen uso —respondió Robin—, comprad un buen caballo y una buena armadura por si acaso os veis en la necesidad de luchar por nuestro noble rey Ricardo, o para defender a cualquier otro buen paisano… o para defenderos vos mismo. Mucho me temo que el abad o el príncipe Juan podrían acusaros de haberos confabulado conmigo en este asunto de aligerarle la bolsa al maestro cillerero y haceros alguna fechoría.

—Vos sí os encontráis en un serio peligro, ciertamente —le respondió sir Richard—, y tanto el abad como el corregidor irán a por vos a causa de esto. Aceptad por tanto estos pequeños obsequios que he traído conmigo para vos: un centenar de arcos de madera de buen tejo cortada y curada en mis tierras de Legh y un centenar de haces de flechas bien calibradas, rectas y emplumadas.

—Los acepto encantado —dijo Robin—. Como decís, podríamos necesitarlos muy pronto. Y, ahora, acompañadme, que no hace tanto que ha pasado el mediodía, y un buen tonel de vino no nos vendrá nada mal. Y esta noche os daremos un banquete digno de la realeza…

10
La flecha de plata

Haré volar esta flecha con mi arco,
y por mi honor volará bien recta
para alcanzar el centro del blanco
aun por miles de libras de apuesta.
Y haré bueno mi envite con pulcritud
o jamás creeréis al audaz Robin Hood.

ANÓNIMO,
La guirnalda de Robin Hood (*ca.* 1723)

Sir Richard de Legh estaba en lo cierto cuando advirtió a Robin de que el abad de Santa María no era un hombre que perdonase ni que olvidara unas afrentas y unas decepciones como las que había sufrido, pero no hubo señales de que se produjera ninguna expedición belicosa que se adentrara en Sherwood en contra de Robin ni que se dirigiera al hogar de sir Richard en Cheshire.

No mucho después, sin embargo, llegó a oídos de Robin la noticia de que el príncipe Juan —que en esos días se encontraba recorriendo el país con una numerosa corte de sus partidarios más especiales— iba a celebrar un gran concurso de tiro con arco en Cheshire. Según se rumoreaba, esto se debía a una disputa que había surgido entre los hombres de los bosques de Delamere y los de Wirral sobre quiénes eran los mejores arqueros, y el príncipe Juan —con la esperanza de incrementar su popularidad— había proclamado la celebración de aquel gran encuentro de arqueros y lo había abierto a la participación de los hombre de otros bosques del norte como Barnsdale, Plompton y Sherwood. Además, se decía que el premio que se iba a entregar al mejor arquero sería una flecha realizada en plata y con la punta y el emplumado de oro rosa.

—Yo creo —dijo Robin cuando se enteró de aquello— que deberíamos demostrar al príncipe Juan que un arquero de Sherwood es capaz de disparar

tan bien o mejor que cualquier hombre de Delamere. En cuanto a esa flecha de plata, ¡qué ganas tengo de meterla en mi aljaba!

—Correremos un gran riesgo —dijo Scarlet, precavido—. El príncipe Juan recordará con seguridad al proscrito conde de Huntingdon, aunque su sirviente se le hubiese borrado de la memoria.

Little John asintió.

—Y es posible —dijo— que nuestros enemigos de Nottingham y York estén esperando que Robin compita por obtener esa flecha y que estén preparados por si acaso se atreve a aparecer por ese concurso de arqueros.

Robin Hood comenzó a sonreír poco a poco.

—Exacto —dijo—, en caso de que aparezca yo, pero ¿acaso no puedo ir disfrazado? Iría yo solo, ya que todo esto es algo más bien gratuito y no estaría bien que arriesgara más vida que la mía.

—¡Jamás lo consentiré! —exclamó indignado Little John.

—¡Ni yo! —repitió Scarlet—. Si tú vas, nosotros vamos también, y un grupo escogido de nuestros buenos compañeros aguardará apostado cerca de las dianas por si acaso se produce algún accidente…

El concurso se celebró en un luminoso día de octubre, bajo un sol que no calentaba y con el leve deje de una helada en el ambiente que revitalizaba y espabilaba a todo aquel que diese un paso al frente para dar muestra de sus avances con el arco largo y una flecha de un metro de longitud.

El alegre encuentro se congregó en el parque de Kingslea, junto al lindero del bosque de Delamere y cerca del lugar donde vivía sir Richard de Kingsley, que era el guardabosques mayor hereditario de Wirral y Delamere. El príncipe Juan, rodeado por los caballeros y señores de Cheshire y de un buen número de sus cortesanos, se sentaba en una tribuna elevada cerca de las dianas, mientras que un nutrido grupo de paisanos, hombres del bosque y muchos otros flanqueaban la extensa franja de pradera que separaba a los arqueros de sus dianas.

Durante toda la jornada, los competidores dispararon flechas y más flechas con numerosas pausas para reponerse. El príncipe Juan, para aumentar su popularidad entre los más pobres, estaba repartiendo carne de ternera y cerveza entre todos los asistentes aquel día, y cada vez le costaba más y más sonreír al ver que eran cada vez más los que llegaban en tropel procedentes de todas las direcciones para disfrutar del concurso y de la hospitalidad del regente.

Muy avanzada la tarde, todas las rondas eliminatorias se habían celebrado ya y solo quedaban seis arqueros en la competición, uno de cada bosque. Las emociones se intensificaban cuando, uno por uno, los arqueros fueron ocupando su lugar ante la línea y se fueron turnando para lanzar sus flechas de setenta centímetros silbando por la pradera hasta la gran diana situada a unos cuatrocientos metros de distancia.

Allá en la zona donde estaban los blancos, las emociones se convertían en un entusiasmo desaforado conforme las flechas pasaban zumbando y se clavaban en la diana con el nítido sonido de la lona al rasgarse. Cada arquero profería su prolongado grito de «¡Eh! ¡Eh!», que resonaba por todo el recorrido, y, en el silencio que se producía a continuación, su flecha silbaba al cortar el aire como si fuese un rayo de luz marrón.

Tres flechas impactaron en el color dorado, dos en el rojo que venía a continuación, y una en el anillo negro, que se encontraba más allá del azul, pero aun así era mejor que el blanco del exterior. Se oyeron gritos triunfales y de alegría cuando se anunció que tanto Delamere como Wirral habían alcanzado el oro, y que la tercera era la que representaba a Sherwood.

—Y ahora —dijo sir Richard de Kingsley—, dado que tenemos a estos tres participantes en igualdad, les pediremos que disparen al centro, y esa será la prueba definitiva.

Y dicho aquello, descendió él mismo a la diana y marcó un puntito blanco en el centro del gran disco dorado que brillaba bajo la luz del sol del atardecer. En cuanto terminó, regresó para ocupar su lugar junto al príncipe Juan y tocó el cornetín para indicar a los arqueros que comenzaran.

Fue el hombre de Delamere el primero en dar un paso al frente, soltó su grito largo y grave de «¡Eh! ¡Eh!», enganchó la flecha en la cuerda, tiró de ella hacia la mejilla, hasta que la punta de la flecha quedó apenas a un par de centímetros de la mano con la que sujetaba el arco… y disparó. La flecha zumbó por el aire, y con ella se oyó un largo suspiro del gentío. Sir Richard descendió a la diana.

—¡En el oro! —exclamó—. ¡Pero se encuentra separada del punto blanco por un pelo!

En aquel silencio de respiraciones contenidas, el hombre de Wirral enganchó la flecha en la cuerda, tensó el arco, apuntó inmóvil durante un instante y disparó: aquella flecha voló acompañada de un tenso murmullo que se elevó y se convirtió en emoción cuando se clavó en la lona.

—¡Se impone Wirral! —declaró sir Richard—. A menos que Sherwood tenga mejor puntería. La flecha está sobre la misma línea y ha hendido el

blanco del centro.

Volvió a resonar su cornetín, una vez más, y sus ecos acallaron todos los demás sonidos. En silencio, el hombre de Sherwood ocupó su puesto, engarzó la flecha en la cuerda, tensó el arco, observó la diana distante siguiendo la dirección de la punta de la flecha, la disparó con el tranquilo ademán de la certeza y arrancó a caminar con grandes zancadas por la franja del lanzamiento antes incluso de que la flecha hubiese alcanzado la diana.

Al pasar la flecha, todas las cabezas se giraron para seguir su recorrido como si estuviese levantando un fuerte viento a su paso, y el sonido de su vuelo quedó ahogado por un largo quejido en su estela, el quejido de la gente al coger aire y contener la respiración, que terminó en el estallido de una mezcolanza de cumplidos y decepciones cuando sir Richard de Kingsley anunció con una voz grandiosa:

—¡En el mismo centro de la diana! Así proclamo que será Sherwood quien arrebate la flecha de plata a Wirral y Delamere. ¡Que se acerque hasta aquí el campeón, el hombre de Sherwood, y reciba su premio!

Con la capucha todavía sobre la cabeza, el arquero de alta estatura ascendió por los escalones y se arrodilló ante el príncipe Juan.

—¡Descubríos la cabeza, hombre, descubríos! —se escandalizó el corregidor de Chester, que se inclinó hacia delante y le retiró la capucha al arquero con sus propias manos.

—Así concedo esta flecha de plata al mejor arquero de entre los presentes —proclamó el príncipe Juan— y declaro que, atendiendo a lo que hoy han demostrado, los arqueros de Sherwood superan en pericia a todos los demás, y que los arqueros de Wirral son los segundos apenas a un pelo de distancia de los arqueros de Delamere.

—Os lo agradezco, Alteza Real —respondió el arquero de Sherwood, que hizo una reverencia con la cabeza al recibir la flecha.

—¿Cómo os llamáis, buen paisano? —le preguntó el príncipe Juan.

—Robert Fitzwilliam —fue su respuesta.

Un caballero vestido de cota de malla que estaba sentado detrás del príncipe Juan se inclinó de pronto hacia delante. Estudió el rostro de aquel hombre y dijo en voz baja:

—¿El antes conocido como Fitzooth y llamado de forma falsa conde de Huntingdon?

—Sí, sir Guy de Gisborne —fue su respuesta—. Antes conocido como Fitzooth y el verdadero conde de Huntingdon.

—Y ahora un traidor y un proscrito —añadió el príncipe Juan, cuyos labios se curvaron con una mueca similar al gruñido de un lobo—. Bueno, pues me alegro de haber visto al afamado Robin Hood… antes de verlo colgado como un adorno en el patíbulo.

—¡Debería daros vergüenza, príncipe desleal! —exclamó Robin, que se puso en pie y bien erguido—. Esta no es forma de tratar a un invitado y legítimo ganador de vuestro premio.

El príncipe Juan estaba a punto de responder cuando sir Guy se inclinó sobre el hombro del regente y le susurró algo.

—Marchaos en paz por esta vez, traidor desleal —dijo el príncipe—. ¡Pero nos volveremos a encontrar!

Tras oír aquello, Robin se inclinó en una reverencia, lanzó una breve y fría mirada a sir Guy y descendió de la tribuna. En cuanto Robin se marchó, sir Guy desapareció por la parte de atrás de la tribuna mientras el príncipe Juan le decía al corregidor de Chester:

—Prenderlo aquí y ahora podría haber causado una revuelta y haber enviado al traste todo el buen trabajo de la jornada de hoy, pero sir Guy tiene hombres apostados en todos los caminos, y no podrá escapar. ¡Una ingeniosa trampa, desde luego, y sir Guy sabía bien lo que decía al asegurar que se trataba de un cebo al que este hombre jamás se podría resistir!

—Corremos un serio peligro —dijo Robin en voz baja a Little John y a Scarlet, que lo estaban esperando entre el gentío—. Reunid al resto de los nuestros y desapareced discretamente hacia el norte, donde el bosque de Delamere tiene una mayor espesura. Si ellos llegaran antes que nosotros, lanzad una descarga y huid al interior del bosque: oscurecerá dentro de un par de horas. Si no consiguiéramos vernos, que cada uno se dirija por separado al punto de encuentro en Sherwood.

El peligro se les echó encima antes de lo que Robin esperaba. No habían abandonado aún el parque de Kingslea cuando empezaron a salir soldados de detrás de cada arbusto y, en respuesta al estridente toque de un cornetín, arrancó sir Guy al galope por la pradera acompañado de varios jinetes de entre sus hombres, camino del lugar donde ellos se encontraban.

—Manteneos ahora todos juntos —indicó Robin a sus hombres— y disparad el arco como nunca lo hayáis hecho. No una descarga, sino muchas, y reservaos tres o cuatro flechas cada uno. Nosotros no somos más de una docena, y ellos serán unas cuatro veces más, pero ¿acaso no ha demostrado el

día de hoy que los arqueros de Sherwood están por encima de todos los demás?

—¡Entregaos, Robin Hood! —gritó sir Guy en cuanto se halló lo bastante cerca—. ¡Mis hombres os rodean, y no tenéis escapatoria!

—Será Dios quien decida eso —contestó Robin—, ¡y aquí tenéis vos mi respuesta, sir Guy!

Según hablaba, Robin tensó su arco, disparó, y la flecha salió despedida de la cuerda con un zumbido e impactó en la parte frontal del yelmo de Guy de Gisborne. No consiguió perforar la plancha de hierro, pero sí lo descabalgó, lo tiró de espaldas, y el caballero aterrizó en el suelo con estruendo.

Acto seguido, el cielo se oscureció cubierto por las flechas: los hombres de Sherwood apuntaban y disparaban a una velocidad y con una puntería que resultaba prácticamente increíble y derribaban a los hombres de la partida de sir Guy, muertos o heridos, uno detrás de otro. Dos de los hombres de Robin cayeron muertos bajo las flechas en respuesta, pero muy poco después no quedaba ya nadie que se atreviera a plantar cara a los arqueros de Sherwood, porque huyeron en todas las direcciones perseguidos por aquellas flechas nefastas de color pardo.

—No disparéis más —ordenó Robin—. Daos la vuelta y corred hacia los árboles antes de que regresen con refuerzos.

Sin embargo, no se iban a escabullir así como así. Sir Guy había vuelto en sí y se encontraba otra vez a lomos de su caballo, espoleando a sus hombres mientras otros grupos llegaban corriendo procedentes de las praderas y los senderos del bosque, que en aquella zona estaba despejado prácticamente por todas partes.

Saltaron sobre ellos un par de grupos pequeños que estaban emboscados, pero los rechazaron con rápidas descargas de flechas. Cuando comenzó a oscurecer habían caído tres hombres más de Robin.

Ahora corrían por un amplio claro del bosque, y fue allí donde les sucedió el peor de los desastres. Un pequeño grupo de los hombres de sir Guy apareció de manera repentina por un sendero menor por delante de ellos y descargó sus flechas contra ellos. El contraataque de los arcos de Sherwood les hizo regresar corriendo entre los árboles, pero el daño ya estaba hecho: una flecha había herido de lleno a Little John en una rodilla, de manera que ya no podía correr, ni siquiera tenerse en pie sobre aquella pierna.

—Mi buen amigo —le dijo Little John entonces a Robin—, por el amor de Dios, por el que yo te profeso a ti y por todo el servicio que te he prestado,

jamás permitas que sir Guy me encuentre vivo y me ahorque. Ya no puedo correr, y, si os quedáis a defenderme, eso supondría la muerte para todos nosotros. Por eso te ruego que desenvaines tu buena espada y me cortes la cabeza o que me atravieses con ella el corazón para que no quede hálito de vida en mí cuando llegue sir Guy.

—Querido John, ni por todo el oro de nuestra querida Inglaterra te daría muerte con tal de seguir viviendo yo —respondió Robin—. No, prefiero morir a tu lado aunque deje viuda a Marian antes de desposarla.

—No querría Dios que te dejáramos atrás, nunca —insistió Scarlet.

—Ayudadle y cargádmelo en la espalda —ordenó Robin cortante—. El resto vendréis detrás de mí y dispararéis, pero solo cuando tengáis la certeza de alcanzar vuestro objetivo. Casi nos hemos quedado ya sin flechas. Much, tú que eres el más joven y ágil: adelántate corriendo a ver si das con algún lugar que nos ofrezca una seguridad razonable. Estaremos a salvo en cuanto oscurezca, pero solo si llegamos a nuestro escondite sin que nadie nos vea.

Apenas habían avanzado una corta distancia cuando Much regresó corriendo hacia ellos.

—Hay una espléndida casa de piedra un poco más allá —les dijo—, ¡con sus torres y un buen foso lleno de agua!

—¡Ojalá fuese la morada de algún amigo! —exclamó Robin—. Much, ¿has visto algún emblema o escudo de armas, o algún otro blasonado por el que podamos distinguir quién vive allí?

—Pues sí, lo he visto —respondió Much—, en una gran placa de piedra sobre la puerta hay un escudo con pintura dorada y un león rampante muy grande.

—¡Un león rampante en gules sobre un escudo en oro! —dijo Robin—. ¡Entonces, nuestras plegarias han sido atendidas! Es el escudo de armas de nuestro buen amigo sir Richard de Legh. Vuelve allí corriendo, Much, toca con el cuerno nuestra llamada y ruega a sir Richard que nos dé refugio.

Much siguió aquellas indicaciones, y, cuando Robin y sus hombres llegaron junto al foso, ya habían bajado el puente levadizo, y el mismo sir Richard en persona se encontraba allí para recibirlos.

—¡Bienvenido, valiente Robin Hood, aquí sois muy bienvenido! —exclamó el caballero—. Cuánto me alegra que me concedáis tan rápido la oportunidad de corresponder a la inmensa bondad que me brindasteis cuando estuve con vos en Barnsdale.

—¡Os traigo un gran peligro! —jadeó Robin, que dejó a Little John en la entrada—. Sir Guy de Gisborne nos viene siguiendo con muchos hombres, y

el príncipe Juan, que ahora se encuentra en Kingslea, no permitirá que me protejáis sin tratar de castigaros por todos los medios.

—Entrad todos en mi casa —dijo sir Richard, y, una vez se hallaron todos dentro, ordenó a sus hombres que levaran el puente y defendiesen las murallas y la gran torre—. No debo ninguna lealtad al príncipe Juan —prosiguió con expresión muy grave—. Por debajo del rey Ricardo, Ranulph el conde de Chester es la única autoridad ante la que respondo, ¡y ese advenedizo caballero de Gisborne pagará bien caro el enterarse de ello! En cuanto a vos, amigo Robin, y vuestros hombres, os retendré aquí durante no menos de doce días ¡y os trataré como a reyes si está en mi mano!

A primera hora de la mañana siguiente llegó sir Guy de Gisborne con una gran compañía de hombres y exigió a sir Richard de Legh que le entregara a Robin Hood y a los demás proscritos de Sherwood.

Sir Richard respondió con cortesía, pero también con firmeza.

—Yo soy el más alto señor de Legh —afirmó—, y ese derecho que vos reclamáis tan solo lo tiene la autoridad ante la que respondo, el conde de Chester, además del propio rey, por supuesto. Robert de Locksley es mi huésped: no tengo noticia ninguna de esa proscripción, que tal vez tenga vigencia en Nottingham, pero no cuenta con sanción real alguna en Cheshire. Vos mismo, sir Guy, señor y caballero de armas, bien sabéis que ni las leyes de las caballerías ni las de la hospitalidad me permiten entregar a ninguno de los huéspedes que se encuentren de mis puertas para dentro, ni a vos ni a nadie que no sea la autoridad de la corona.

Tras oír aquello, sir Guy se marchó, y cuando terminaron aquellos doce días, Robin y sus hombres se despidieron del amable sir Richard y partieron hacia Sherwood con Little John a caballo, puesto que su rodilla no estaba aún recuperada por completo.

No obstante, Robin acertó al advertir a sir Richard de que el príncipe Juan no iba a dejarlo en paz después de haber frustrado sus deseos. Sir Guy no se había atrevido a lanzar un ataque contra la casa de Legh sin contar con una mayor autoridad, y, cuando consiguió alcanzar al príncipe Juan (que ya se encontraba en su camino de regreso a Londres) y pudo retornar con el mandato del regente, Robin y sus hombres ya estaban de vuelta en Sherwood. En ese momento, sir Guy no consideró que mereciese la pena asaltar aquella casa tan fortificada; lo que hizo, en cambio, fue escoger a unos cuantos hombres y aguardar con ellos por esos lares hasta que, un día, sir Richard

creyó que no había ya peligro y salió a cazar con sus halcones y la única compañía de dos siervos. Cayeron sobre él tras tenderle una emboscada, lo tomaron prisionero y se lo llevaron a Nottingham, donde lo arrojaron a una mazmorra.

Entonces, la esposa de sir Richard montó a lomos de su caballo y, solo con dos acompañantes, cabalgó día y noche hasta que llegó a Sherwood.

—¡Dios os guarde, Robin Hood! —exclamó la mujer cuando la encontraron varios de los hombres del bosque y la llevaron hasta la pradera secreta—. ¡Por el amor de Nuestra Señora, utilizad toda la fuerza que tengáis en vuestras manos! Sir Guy de Gisborne se ha llevado a mi esposo de manera contraria a toda ley, y se dice que está encarcelado en el castillo de Nottingham.

—A duras penas se podría llevar a cabo un rescate en aquel lugar —dijo Robin con cara de seriedad—, pero me marcharé con vos de inmediato, e iremos juntos a Chester para rogarle su ayuda al conde Ranulph, que no permitirá sin más que su vasallo sufra cautividad en ningún condado que no sea el suyo.

Robin cumplió con su promesa, y los anales de la historia nos cuentan cómo Ranulph, conde de Chester —tan soberano en su propio palatinado como cualquier rey que hubiese habido en Inglaterra en aquellos días—, desafió al príncipe Juan y marchó contra Nottingham con un pequeño ejército de hombres de Cheshire.

El resultado fue que sir Richard de Legh fue liberado de las mazmorras y escoltado con todos los honores de regreso a sus tierras, donde ni sir Guy de Gisborne ni el mismísimo Juan —aun después de convertirse en rey— se atrevieron a volver a importunarlo jamás por mucha que fuese la frecuencia con la que recibiese allí a Robin Hood o a cualquiera de sus alegres compañeros.

11
Robin Hood y el carnicero

Y vos, buen hombre, que habéis catado bien
las piezas de caza que guarda este bosque,
no os apresuraréis ya en perder el tiempo
en busca de repetir esos mismos placeres;
y viendo bien como veo vuestras intenciones,
preferiría uno ser el mismo diablo en el averno
que el corregidor de Nottingham con sus honores.

THOMAS LOVE PEACOCK,
La doncella Marian (1822)

Siempre había mucho que hacer en el bosque de Sherwood, donde prácticamente todo alimento se debía cazar, atrapar o abatir, y donde siempre se corría el peligro de verse sorprendidos por el corregidor de Nottingham, sir Guy de Gisborne y el resto; pero, aun así, había ocasiones en que el tiempo pasaba lento y tedioso para Robin Hood.

En una de dichas ocasiones, iba Robin caminando con Little John por el camino de Nottingham, allá donde este atraviesa el bosque, cuando vieron a un carnicero que venía con el zarandeo de su carreta de carnes camino del mercado.

—Por allá viene un tipo muy orgulloso —dijo Little John— que se jacta de ser un maestro con la vara larga. Atraviesa el bosque un par de veces a la semana, y no hay para él mayor placer que la oportunidad de darle una buena tunda a alguien con ese palo que lleva.

—Un par de veces a la semana —dijo Robin—, ¡y nunca nos ha pagado un tributo de paso! Hace mucho que no me bato con la vara, salvo de manera amistosa contigo o con el fraile Tuck. Iré y tendré unas palabras con este carnicero… ¡y ya veremos si acabamos a palos!

—¡Apuesto una pieza de oro a que te vence! —dijo Little John.

—¡Hecho! —sonrió Robin, que dejó a un lado sus armas, cortó una buena vara de un roble y descendió por el camino con paso firme al encuentro con el carnicero.

—¡Está bien! —exclamó cortante el carnicero cuando Robin llevó una mano a los arreos de su caballo—. ¿Qué queréis, descarado?

—Ya habéis transitado estos caminos desde hace mucho —dijo Robin muy serio— sin pagar el debido tributo que me corresponde. ¡Vamos, señorito, pagadme de una vez!

—¿Y quién os creéis que sois? —gritó el carnicero—. ¿Un guardabosques o qué? Yo sirvo al buen corregidor de Nottingham, que os castigará el lomo con dureza por esto después de que os lo haya curtido yo y os haya partido la crisma por el mismo precio.

—Soy uno de los hombres de Robin Hood —fue su respuesta—, y si no pagáis el tributo en oro, bajaos de esa carreta y pagadlo a palos.

—¡Ahora mismo, encantado! —respondió el carnicero, que se bajó de la carreta de un salto y se abalanzó contra Robin girando la vara por encima de la cabeza.

Se produjo entonces un buen combate, una espléndida muestra de pericia con la vara como jamás podría uno llegar a ver, y podríamos resumirlo diciendo que, si bien Robin se llevó un serio golpe sobre uno de los ojos, acabó derribando al suelo al carnicero con un último golpe que lo dejó aturdido.

—La pieza de oro es tuya —dijo Little John al acercarse.

—Aquí tenemos a un buen hombre —dijo Robin mientras el carnicero se incorporaba y miraba a su alrededor—. ¡Ofrécele un vino, Little John, que yo te garantizo que los oídos le zumban aún más fuerte que a mí los míos!

—¡Así es! —se quejó el carnicero—. Por todos los santos, sois un magnífico luchador. ¡Diría que tenéis que ser el mismísimo Robin Hood en persona!

—¡Ese soy yo, en efecto! —dijo Robin.

—Entonces no me avergonzaré por haber caído derrotado —dijo el carnicero con un suspiro de alivio—, y pagaré encantado cualquier tributo que me pidáis.

—No, no —respondió Robin—, ya habéis pagado suficiente tributo con la tunda que os habéis llevado. Venid a nuestro campamento y veremos cuál es la mejor manera de reconfortaros.

Cuando terminaron de comer, Robin le dijo de repente al carnicero:

—Mi buen amigo, tenía pensado hacerme carnicero yo también. ¿Me vendéis por diez libras vuestro caballo, vuestra carreta y la carne que ahora lleváis en ella, y os quedáis aquí en el bosque con nosotros?

—¡Ahora mismo, encantado! —respondió el carnicero, y el trato quedó sellado.

—Vas a correr un peligro sin un buen motivo —dijo Will Scarlet con serias dudas mientras Robin se ponía el atuendo del carnicero.

—Y aun así voy a ir —respondió Robin—. Me cansa la monotonía de la vida en el bosque y, además, así tendré noticia de cuanto sucede en el mundo exterior. Se dice que el rey Ricardo se encuentra prisionero en algún lugar de Europa y que el príncipe Juan no está haciendo ningún esfuerzo por encontrarlo y pagar su rescate: sabré más sobre esto. ¡No temas, que no me reconocerá ni el corregidor!

Dicho aquello, Robin se tapó un ojo con un parche negro, se subió a la carreta y se marchó con su traqueteo por el bosque, de nuevo hasta el camino de Nottingham. Llegó a la villa de Nottingham por la tarde, detuvo la carreta en el mercado y comenzó a vocear:

—¡Carnes a la venta! ¡Carnes frescas a la venta! ¡Carne fresca a dos peniques el kilo!

Todos los que lo veían y oían ejercer el oficio se decían que no era un carnicero muy experto, pues no cabía esperar que se ganase la vida con esos precios. Aun así, las amas de casa muy miradas lo rodearon con gran interés, ya que nunca habían comprado una carne tan barata.

Entre ellas llegó la esposa del corregidor, que, al ver que se trataba de una carne buena, fresca y tierna —e inusualmente barata—, invitó al carnicero a llevar la carreta hasta la casa del corregidor, venderle a ella lo que le quedaba y después sentarse a cenar con ella y con su esposo el corregidor.

Robin aceptó encantado y, al caer la noche, metió su caballo y la carreta vacía en los establos del corregidor y se sentó a cenar como invitado de honor en su mesa.

Durante la cena aquella noche, Robin se enteró de muchas cosas que deseaba saber. Supo que era cierto que el rey Ricardo estaba cautivo, pero el príncipe Juan contaba que estaba muerto para tener la posibilidad de convertirse él en rey.

—Pero hay un tipo muy molesto llamado Blondel —añadió el corregidor — que ha ido en busca de Ricardo. Es un bardo, así que puede atravesar los territorios más hostiles sin que nadie lo importune. ¡Que la peste se lo lleve cuanto antes!

—¿Y aceptarán al príncipe Juan como rey los grandes barones, los señores y caballeros? —preguntó Robin.

—Ahí reside el problema —dijo el corregidor entristecido y con un gesto negativo con la cabeza—. Muchos se oponen, como el conde de Chester, aunque hay muchos otros a los que ganaremos para nuestra causa…

Más adelante aquella misma tarde, el corregidor preguntó a Robin si tenía cabezas de astado que le pudiese vender, y se refería a ganado vivo más que las piezas de carne.

—Sí tengo, mi buen maese corregidor —respondió Robin—, unas doscientas o trescientas cabezas astadas además de muchos acres de buenas tierras libres, si desearais verlas. Os las puedo arrendar, y tendréis sobre ellas un derecho tan válido como el que mi padre me dejó a mí.

—Lo que más me interesa son las cabezas de astado —dijo el corregidor—. Maese carnicero, iré con vos por la mañana y os haré una oferta justa por todo el rebaño, si me complacen.

Robin Hood durmió cómodo y bien en la casa del corregidor y disfrutó de un espléndido desayuno por la mañana, antes de partir los dos juntos —con la sola compañía de dos hombres— a ver las cabezas de ganado.

El corregidor parecía de buen ánimo cuando salieron, entre chanzas y risas con Robin, pero, conforme se iban adentrando cada vez más en el bosque de Sherwood, al hombre se le veía más y más callado.

—¿Nos queda mucho para llegar, amigo carnicero? —preguntó por fin—. ¡El Señor nos proteja hoy de ese hombre al que llaman Robin Hood!

—¿Os referís al proscrito? —preguntó Robin—. Lo conozco bien, y he tirado a las dianas muchas veces con él. Sabed que no se me da mal el arco, si se presentara la necesidad: me atrevo a jurar que el mismísimo Robin Hood no es capaz de tirar mejor que yo con el arco.

—¿Sabéis en qué lugar de Sherwood para ese hombre? —preguntó el corregidor con mucho interés.

—Perfectamente —respondió Robin—, incluso el lugar de su escondite más secreto.

—Os pagaría bien si me llevarais hasta allí —dijo el corregidor.

—Pues lo haré —respondió Robin—. Pero callad ahora, nos acercamos al lugar donde se encuentran las bestias astadas. Aguardad un momento mientras toco el cuerno para que los pastores las puedan traer hacia acá.

Dicho aquello, Robin se llevó el cuerno a los labios e hizo sonar tres toques. Acto seguido se retiró un poco detrás del corregidor y aguardó.

Se oyó entonces un crujido en los matorrales, y apareció ante ellos un grupo grande de ciervos rojos que agitaban con brusquedad y orgullo la cornamenta.

—¿Qué os parecen mis bestias astadas, maese corregidor? —preguntó Robin—. ¡Están hermosas y alegran la vista!

—Buen hombre, ojalá me encontrara lejos de aquí —dijo el corregidor, incómodo—. No me gusta vuestra compañía…

—Sin tardanza disfrutaremos de una mejor compañía —le dijo Robin con una sonrisa.

Y no había terminado de decir aquello cuando salió Little John de entre la espesura seguido de Will Scarlet, Much, Reynolde, William de Goldsbrough y muchos otros de los proscritos de Sherwood.

—¿Qué se te ofrece, buen amigo? —dijo Little John—. Ven y cuéntanos qué tal te ha ido por Nottingham y si has hecho buenos negocios en tu oficio de carnicero.

—Un magnífico negocio, sin duda —respondió Robin, que se quitó el parche del ojo y el resto del disfraz—. Y mira esto, he traído conmigo al corregidor de Nottingham para que se siente hoy a nuestra mesa.

—Será muy bien recibido —dijo Little John—, y estoy seguro de que pagará bien por su comida.

—Desde luego que sí —se echó a reír Robin—, porque ha traído consigo mucho dinero para comprarme trescientos ciervos a mí. Y ahora mismo me acaba de ofrecer una buena suma a cambio de llevarlo a nuestra pradera secreta.

—Por Dios bendito —dijo el corregidor, que temblaba de terror—, de haberme imaginado quién erais, no habría venido a Sherwood ni por un millar de libras.

—Ojalá tuvierais vos un millar de libras que os sacara de Sherwood, más bien —respondió Robin—. Muy bien, atadlo a él y a sus hombres, vendadles los ojos y llevadlos a nuestra mesa. Cuando lleguemos a nuestro claro del bosque podremos ver qué nos han traído, ¡y para entonces ya me habré ganado yo hasta el último penique, ja, ja!

Y así, vendaron los ojos al corregidor y a sus dos temblorosos acompañantes y los condujeron por senderos secretos hasta aquella cañada oculta del bosque, donde Robin les ofreció un festín sin reservas. Acto seguido, no obstante, ordenó a Little John que extendiera su manto en el suelo

y echara allí todo el dinero que el corregidor había traído consigo, una suma que llegó prácticamente hasta las quinientas libras.

—Nos quedaremos también con esos tres magníficos caballos —dijo Robin—, y que el maese corregidor y sus dos hombres regresen a pie a Nottingham, todo por el bien de su salud. Eso sí, que la doncella Marian envíe el obsequio de un bordado a la esposa del corregidor, que fue muy hospitalaria conmigo y me sirvió unos buenos platos en su mesa.

A continuación, volvieron a vendar los ojos del corregidor y sus dos hombres y se los llevaron de regreso al camino de Nottingham, donde Robin se despidió de ellos.

—¡No seguiréis desafiándome por mucho tiempo, Robin Hood! —exclamó el corregidor, que agitó el puño hacia Robin en señal de despedida—. Colgaré a todos vuestros hombres de los árboles que flanquean este camino, y vuestra cabeza se pudrirá sobre las puertas de la villa de Nottingham.

—La próxima vez que vengáis a Sherwood a visitarme —le dijo Robin en voz baja— no saldréis airoso con tanta facilidad. Venid cuando queráis, ¡y cuantos más seáis, mejor, porque os mandaré de vuelta a Nottingham con viento fresco y pelados hasta la camisa!

Allí los dejó Robin y regresó al claro secreto del bosque donde le esperaba el carnicero, que respondía al nombre de Gilbert el de la Mano Blanca.

—Aquí tenéis de vuelta vuestra carreta con sus caballos, buen maese carnicero —dijo Robin—. Qué buen rato he pasado vendiendo carne en vuestro lugar, pero tampoco podemos abusar de este tipo de travesuras.

—Por la Santa Cruz —juró Gilbert el carnicero— que no volveré a vender carne si me aceptáis como uno de vuestros alegres compañeros aquí en el bosque. No tengo la menor pericia con el arco, pues, como veis, me dejaron blanca esta mano cuando me la quemaron, una vez que cacé un venado con el arco para alimentar a mi familia hambrienta. Eso sí, ya os he dado una ligera muestra de los golpes que soy capaz de asestar con la vara larga.

—Muestra más que suficiente, buen Gilbert —exclamó Robin—. Estoy encantado de darte la bienvenida como uno más de nosotros. Ven, fraile Tuck, y tómale nuestro juramento. ¡Y después a cenar, todos beberemos a la salud de nuestro nuevo compañero, Gilbert el de la Mano Blanca, el jovial carnicero de Nottingham!

12
La aventura de los mendigos

Recio el corazón, nuestros arcos buenos son,
y sus señores lo saben;
del bosque alegre de Sherwood proceden,
y no dejan vivo ni a un enemigo ni a dos.

MOSES MENDEZ,
Robin Hood: una ópera (1751)

Tras la aventura de Robin con el carnicero Gilbert el de la Mano Blanca y la jugarreta que le hizo al corregidor de Nottingham, Little John confesó la envidia que sentía.

—Tengo que intercambiar mi ropa con otro —dijo—, entrar en Nottingham ¡y desafiar al maese corregidor! ¡Robin Hood no ha de ser el único que se haya atrevido a hacerlo!

Robin se echó a reír.

—Difícilmente me volvería a arriesgar yo sin una buena causa: no mete uno la cabeza en la boca del león dos veces seguidas. Yo salí indemne… pero tú quizá no.

No obstante, Little John estaba ya decidido, y la ocasión se le presentó un día en que Robin y él iban caminando juntos por el bosque.

En aquellos días había una gran cantidad de mendigos que deambulaban sin rumbo fijo por todo el país, y no siempre se trataba de personas demasiado viejas o demasiado tullidas para trabajar: lo cierto era que con frecuencia se trataba de rufianes perezosos que estaban más que dispuestos a recurrir a la fuerza o incluso al asesinato cuando no podían conseguir lo que deseaban a base de mendigar.

A uno de estos mendigos se encontraron Robin y John, que lo vieron venir tan campante por el camino, blandiendo una vara grande en la mano y cantando alegremente. Llevaba puesto un extraño atuendo a base de harapos, pero en tantas capas y pliegues que lo protegerían de cualquiera que fuese la

inclemencia del tiempo. Se cubría la cabeza de la misma manera —con tres sombreros viejos embutidos uno dentro de otro y unidos entre sí— y llevaba colgado del cuello un bolsón de cuero.

—¡Ahí tienes a tu hombre! —dijo Robin—. Vamos, Little John, ve e intercambia tus ropas con él, y yo te garantizo que el corregidor jamás te reconocerá.

—Esa misma idea se me ha pasado a mí por la cabeza —dijo Little John—. Tú quédate aquí, buen amigo, y disfruta del espectáculo.

Así, Little John bajó corriendo hasta el camino y se plantó delante del mendigo.

—¡Deteneos, deteneos! —exclamó John—. ¡Debéis deteneros, en serio lo digo!

—De eso nada —respondió el mendigo—. Se hace tarde, me encuentro muy lejos de mi posada, y quedaré como un necio si llego allí y me encuentro con que ya se ha terminado lo que haya de cena.

—Ah —dijo Little John—, ya veo que solo pensáis en vuestra propia cena, pero ¿y la mía? Llevo toda la jornada sin probar bocado: ¿acaso no me vais a ayudar a conseguir la mía antes de apresuraros en busca de la vuestra?

—Pues es probable que no lo haga, sí señor —se burló el mendigo—. No tengo más que el solitario penique con el que pagaré la mía.

—¡Entregádmelo, entonces! —vociferó Little John.

—¡Vive Dios que os daré más que eso! —respondió el mendigo—. ¡Porque os voy a dar la mayor paliza que hayáis recibido en toda vuestra vida!

Dicho aquello, se despojó de su manto y su bolsón y se abalanzó sobre Little John con la vara en alto, de manera que lucharon el uno contra el otro y se atacaron con espléndidos golpes mientras Robin aguardaba sentado y oculto en la ladera y observaba.

Vio entonces que el mendigo derribaba a Little John al suelo, así que se apresuró a colocar una flecha en el arco y esperó a ver qué pasaba.

—¡Ja, ja, mi buen señor! —se mofó el mendigo—. De manera que le arrebataríais su último penique a un hombre pobre, ¿no es eso? ¡Yo os enseñaré lo que es ser un mendigo!

Dicho aquello, despojó a Little John de su buen jubón, las calzas, la capucha y el manto y se puso todas aquellas prendas en lugar de su túnica hecha de harapos y su sombrero de tres piezas. Recogió su bolsón, guardó en él la bolsa de Little John y se marchó por el camino riéndose para sí mientras Little John se incorporaba y lo miraba atribulado.

—¡Muy buenas, John el Mendigo! —se echó a reír Robin al descender por la ladera—. ¡Ahí tienes tu disfraz, sal corriendo hacia Nottingham y hazle una visita al corregidor!

—¡Por Dios santo! —dijo Little John, que se frotaba la cabeza—. Parece que he perdido el primer asalto, pero, mi buen amigo, te apuesto que traeré de vuelta mejores ganancias de las que tú jamás conseguirías.

—¡Hecho! —se rio Robin—. Ahora, yo me apresuraré a alcanzar a tu amigo el que va por allí y ver qué lleva en ese bolsón.

Allá se fue Robin con su mayor brío, y no tardó en alcanzar al mendigo.

—¡Eh, no tan rápido! —gritó Robin—. ¡Deteneos ahí un momento mientras os rompo la crisma igual que vos se la habéis roto a mi compañero!

—Siempre estoy encantado de repartir esa clase de limosna —respondió el mendigo con tono alegre—, y cuando os haya dado una buena tunda, tendré una muda de ropa elegante, ¡como cualquier escudero de estas tierras!

Se pusieron manos a la obra con sus palos, pero esta vez fue el mendigo el que cayó y Robin Hood el que salió victorioso, que desenvainó el cuchillo de caza al conseguirlo.

—¡Ah, perdonadme la vida! —exclamó el mendigo—. ¡Sed bondadoso conmigo! ¿Qué ganaréis al rebanarle el cuello a un pobre desdichado como yo? He peleado en mi propia defensa, y solo he castigado a vuestro amigo por su osadía, como he creído apropiado. Mirad, mi buen señor, llevo un centenar de libras ocultas en mi bolsón, y os las pagaré todas a cambio de mi vida.

—De manera que este mendigo tiene algo más que un penique del que disfrutar —dijo Robin mientras envainaba el cuchillo—. Muy bien, buen hombre, sacad ese oro que yo lo vea.

—Ahora mismo —respondió el mendigo.

De inmediato, abrió el bolsón y sacó de él un manto que extendió sobre el suelo. El mendigo volvió a meter la mano en la bolsa, y Robin se inclinó para ver bien qué sacaba; una ráfaga de viento le agitó el pelo al cambiar de postura. El mendigo se movió entonces, solo un poco, para que el viento le soplara en la espalda, y, de repente, sacó un puñado enorme de harina de avena molida muy fina y se lo arrojó a Robin a la cara.

Robin quedó cegado por un instante y no pudo hacer nada más que toser y frotarse los ojos, y mientras lo hacía, el mendigo agarró su vara y le asestó un buen golpe en la parte de atrás de la cabeza que lo dejó sin conocimiento. Acto seguido, lo despojó de su manto, la capucha y el jubón, cogió también la bolsa del dinero de Robin, lo guardó todo en el bolsón y se marchó de nuevo riéndose con ganas ante su propio ingenio.

Little John, ahora vestido de mendigo, llegó por el camino en el preciso instante en que Robin se incorporaba mirando a su alrededor.

—Ahora estamos igual, mi buen amigo —dijo con una sonrisa en la cara—. Ese mendigo te ha dejado ahí su segundo manto, y conservas las calzas… Yo me marcho a ver qué puedo rescatar de este individuo.

—El día no ha terminado aún —jadeó Robin—. Estoy a tiempo de ser quien lleve el mayor botín al árbol donde nos reunimos.

Se levantó muy despacio después de que Little John se hubiese marchado y se puso encima el segundo manto del mendigo, que casualmente resultó ser mejor que aquella extraña prenda harapienta que ahora lucía Little John. Regresó entonces a la ladera donde había dejado su arco, su aljaba de flechas y su cuerno.

Robin escondió las flechas bajo el manto, retiró la cuerda del arco —que ahora podría usar como si fuera un cayado— y partió por el camino más corto hacia Nottingham, atravesando el bosque.

Iba bastante bien disfrazado, porque ahora tenía el pelo y la barba sucios y apelmazados de sangre y pegotes de harina y, además, tenía un ojo morado.

Cruzó el bosque y por fin llegó al lindero donde se abría una gran pradera que descendía hasta las murallas de Nottingham. Allí se encontró con una muchedumbre: estaba claro que la gente había salido de la villa en masa a presenciar un ahorcamiento, ya que se habían congregado alrededor de un montículo bajo sobre el que se alzaba el patíbulo.

Robin se abrió paso entre la multitud y no tardó en situarse en primera fila, donde se detuvo a preguntar qué estaba pasando. Le contaron que habían capturado a tres jóvenes que estaban cazando ciervos en Sherwood y que, en su última visita a Nottingham, el príncipe Juan había indicado de manera específica que había de imponerse un estricto cumplimiento de las leyes forestales, de manera que iban a cegar a aquellos tres jóvenes con un hierro candente.

—Esto no es un espectáculo público, sino una perversidad cruel e ilícita —dijo Robin.

—Cierto, buen mendigo, desde luego que lo es —coincidió un paisano corpulento que se encontraba a su lado—, pero el corregidor ha proclamado que este horror se ha de celebrar en público, a modo de advertencia para el resto.

—¿Sois ingleses, hombres libres, y no vais a levantar la mano para salvar a estos pobres muchachos? —preguntó Robin.

—El corregidor tiene veinte guardias armados con espadas —respondió el paisano entristecido—. Además, la mayoría de nosotros somos personas bien conocidas aquí, y no sufriríamos solo nosotros las consecuencias, sino también nuestras esposas e hijos… Y esos muchachos sí han quebrantado la ley.

Robin se abrió paso a empujones hasta colocarse el primero. La gente vociferaba sus abucheos al corregidor, al príncipe Juan y a todos los normandos y daba voces de ánimo y compasión a los prisioneros. Robin era el que gritaba más alto, pero lo hacía con palabras de odio hacia los tres delincuentes.

En aquel momento, un hombre con un delantal de cuero —el verdugo, lógicamente— pasó con aire decidido hasta un brasero del que retiró un hierro de aspecto terrible con la misma forma de U que tiene la horca para la mies, y, una vez decidido que ya estaba bien caliente, arrancó de vuelta hacia los prisioneros.

Sin embargo, en ese momento la muchedumbre ya se había estrechado y acercado mucho, y el verdugo casi tuvo que abrirse paso entre la gente. Cuando pasó junto a Robin, se tropezó de pronto, y Robin dio una voz, se abalanzó hacia delante como si alguien lo hubiera empujado por detrás y cayó sobre la espalda del verdugo.

Se oyó un grito espantoso, y la multitud se retiró apresurada al acercarse el capitán de la guardia con varios de sus hombres. Levantaron a Robin con rudeza para ponerlo en pie y después hicieron lo mismo con el verdugo, pero este se volvió a caer y se retorció en el suelo, ya que el hierro candente que llevaba en la mano le había producido una gran quemadura roja con forma de U en la cara y, además, Robin le había roto varias costillas al caer sobre él.

—¡Mis nobles señorías! —lloriqueó Robin—. Ha sido la gente, que me ha empujado y me he caído, no lo he podido evitar. ¡Ay, no castiguéis a un pobre mendigo! ¡Clemencia, os lo ruego!

—¡Sujetadlo y dadle cuarenta azotes con un cinto! —ordenó el capitán—. O esperad. Podéis quedar libre si ejercéis el oficio del verdugo en lugar de este hombre al que habéis herido.

—¡Estoy dispuesto, mi noble señor, más que dispuesto! —exclamó Robin entre las quejas del gentío, que empezó a maldecirlo.

—Date prisa, entonces —dijo el capitán—. Tendremos problemas si nos retrasamos más.

—Permitidme primero que compruebe que esos villanos están bien atados —dijo Robin, que cogió el arco que había estado usando como si fuera una

vara y se acercó renqueando al patíbulo, en cuya base aguardaban los tres jóvenes, muy bien atados con cuerdas gruesas.

Robin los examinó uno a uno, se inclinó mucho sobre los nudos y los toqueteó. A continuación, dejó la vara y se acercó renqueando encorvado hasta el brasero tras recoger el hierro del suelo por el camino.

—¡En cuanto el hierro esté al rojo —dijo a voces—, yo me encargaré de plantárselo en la cara a quien corresponde!

El capitán dio un paso al frente y leyó una vez más la acusación en contra de los tres jóvenes, la ley que habían quebrantado, el castigo impuesto y la orden especial del príncipe Juan sobre el obligado cumplimiento. No había terminado aún cuando Robin sacó el hierro del fuego y lo llevó candente camino del patíbulo entre los murmullos soterrados de odio y rechazo que recorrían la multitud.

Robin llegó al pie de la horca, levantó el hierro como si fuera a presionar con las dos puntas en los ojos del primer joven… y de repente se dio la vuelta, se enderezó y arrojó el hierro a la cara del capitán de la guardia con una mortal precisión.

Por un instante se hizo un silencio de asombro tan solo roto por el berrido de dolor del capitán, y Robin aprovechó el momento y se despojó del manto del mendigo, cogió su arco y ya tenía una flecha lista en la cuerda cuando gritó con una voz imponente:

—¡Hombres libres de Inglaterra! ¡Abrid paso a Robin Hood y a sus tres nuevos seguidores!

—¡Acabad con él! —vociferó el capitán, que se puso en pie tambaleante.

Sonó el zumbido de la cuerda del arco de Robin, y el capitán cayó al suelo por última vez con una flecha en el corazón. Cualquiera diría que la cuerda no había dejado aún de vibrar cuando ya tenía otra flecha colocada y a la espera.

Mientras tanto, los tres prisioneros se habían deshecho de sus ligaduras, que Robin había desatado cuando fingía estar asegurándolas, y uno de ellos se adelantó de un salto y se hizo con la espada y el escudo del capitán muerto.

En aquel momento, los guardias hicieron ademán de ir a atacar a Robin, pero la cuerda de su arco zumbó otras dos veces, y otros dos hombres cayeron muertos, ya que, a esa distancia tan corta, ni siquiera la cota de malla resistía la velocidad que imprimía a las flechas aquella mano, la más firme que jamás hubiera tensado un arco. Los guardias vacilaron, y en su momento de duda los tres jóvenes cargaron contra ellos en el punto en que su línea era más débil, la rompieron y, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron entre el gentío. Robin Hood descargó una flecha más, y de inmediato la multitud lo rodeó

también a él, y, aunque el gentío no hiciera uso de la fuerza ni se resistiera de ningún modo, los guardias no pudieron avanzar sino muy despacio entre aquella muchedumbre, mientras que Robin y los jóvenes a los que había rescatado pasaron tan veloces y desaparecieron en el bosque de Sherwood como si aquella pradera hubiese estado desierta.

Y mientras sucedía todo esto a las puertas de Nottingham, Little John caminaba a paso ligero por los caminos del bosque vestido de mendigo y con ansias de venganza, en busca de aquel último adversario que había tenido.

Lo alcanzó a última hora de la tarde, en un pequeño claro del bosque justo a un lado del camino principal. Además de aquel hombre al que buscaba, Little John vio que habían encendido una hoguera y que allí había otros tres mendigos sentados alrededor del fuego: uno de ellos era sordo y mudo, otro era ciego y al otro le faltaba una pierna.

—Buenas tardes, mis queridos hermanos —dijo Little John a los otros tres —. Cuánto me alegra tropezarme con tantos de los míos. Espero que hoy hayáis tenido mejor fortuna que yo en nuestro oficio de limosneros.

—Saludos, hermano —le dijo el tullido—. Nos ha ido tan bien como cabría esperar, pero seguimos sin salir de pobres, igual que vos, que apenas reunimos una moneda de un penique entre todos.

—Tenéis entre vosotros a un villano y traidor —dijo Little John y señaló al mendigo que vestía sus ropas—. ¡Ese no es un mendigo, sino un ladrón!

—Soy tan mendigo como los demás —gritó el señalado, que se puso en pie de un salto—. Y bien conocido soy como tal desde Berwick hasta Dover. Este tipo es el traidor y el proscrito. Ayudadme, buenos amigos, y lo ataremos al árbol más próximo.

Sin embargo, Little John estaba tan furioso que su primer golpe acabó con el mendigo en el suelo ante él, y procedió a propinarle la mayor paliza que el mendigo hubiera recibido en toda su vida.

Acto seguido se volvió hacia los otros tres mendigos y se encontró con que había desenvainado sus espadas y cuchillos y con que estaban a punto de atacarle por la espalda.

—¡Ajá! —exclamó Little John—. ¡Más bellacos por abatir, mira tú por dónde!

Y dicho aquello, derribó al mendigo sordo y mudo, y le zurró hasta que se puso a gritar pidiendo clemencia.

—¡Un milagro! —se rió Little John—. ¡El mudo habla! ¡Vamos a probar si el ciego puede ver!

Lanzó un golpe hacia el mendigo ciego, que de nuevo se había acercado por la espalda con un cuchillo largo en la mano. El hombre esquivó la punta de la vara, pero solo consiguió caer al suelo de cabeza derribado por un golpe del otro extremo.

Al ver esto, el mendigo de una sola pierna se apresuró a bajar la que le faltaba, la izquierda, que la llevaba recogida hacia atrás y atada, y echó a correr para huir con sus dos extremidades completamente ilesas.

—¡Más milagros! —gritó Little John, que con unas pocas de sus grandes zancadas logró alcanzar a este mendigo y también lo derribó al suelo.

A continuación, una vez desarmados los cuatro y bien maniatados en la espalda, Little John recuperó sus ropas y se quitó aquellos mantos y sombreros viejos y andrajosos.

—No seré un mendigo por más tiempo —anunció con expresión grave—, hoy he tenido una magnífica fortuna. ¡Ajá, porque he oído el tañido del oro cuando os zurraba a todos y cada uno de vosotros!

Y dicho aquello registró los bolsillos, bolsas y bolsones de cada uno de los mendigos, uno por uno, y acabó con más de trescientas libras en oro, la mayoría escondidas entre la harina del bolsón del primer mendigo con el que se habían topado Robin y él.

—Una buena cosecha —dijo Little John—. Trillar la mies sí ha servido para algo: ¡mira el trigo dorado que me habéis ofrecido! Os quedaréis aquí los cuatro y enmendaréis vuestro rumbo en el futuro, y yo me marcho a dar cuenta al audaz Robin Hood, ¡que sin duda es el rey de Sherwood!

En el árbol del claro secreto donde se reunían, Little John se encontró a Robin sentado con un gran grupo de los proscritos, listos para cenar alrededor de las grandes hogueras.

—¡Saludos, buen amigo! —exclamó con alegría—. ¿Qué tal te ha ido como mendigo? No será mejor de lo que me ha ido a mí, me atrevo a jurar: mira las limosnas que he conseguido, ¡trescientas libras en oro!

De inmediato, entre risas y celebraciones, les contó la historia de los cuatro mendigos.

—Cuánto me alegro de que ese granuja insolente se llevara una buena tunda —dijo Robin—, porque no era más que un vil ladrón, y no un mendigo honesto. Eso sí, mis ganancias son mayores que las tuyas: mira, como mendigo he conseguido salvar la vida de tres hombres, y aquí los tenemos,

tres jóvenes como Dios manda que tensarán el arco y alzarán la vara para golpear por la libertad, por lo justo ¡y por el rey Ricardo!

Todos aplaudieron aquel discurso, y Little John fue el primero en reconocer que Robin había resultado ser mejor mendigo aquel día y que había obtenido un botín más valioso que una montaña de oro.

13
Robin Hood y el curtidor

En Nottingham vive un jovial curtidor,
Arthur-a-Bland dicen que se llama,
y no hay en la comarca ningún señor
que se atreva a plantarle cara.

Cantar
Robin Hood y el curtidor

Robin conseguía muchos nuevos partidarios al rescatarlos de la crueldad de las leyes forestales o de la tiranía de hombres como Guy de Gisborne o el corregidor de Nottingham, pero eran muchos más los que acudían en su busca y le ofrecían sus servicios conforme iba aumentando su fama.

Sin embargo, había otras ocasiones, como en los casos de Little John y de Gilbert el de la Mano Blanca, en que era Robin el que salía y ganaba otro seguidor después de haber puesto a prueba su destreza en el combate singular, muy al estilo de lo que habían hecho los caballeros del rey Arturo.

Después de Little John y de Gilbert, el más destacado de estos fue el caso de Arthur-a-Bland, el paisano libre al que sir Richard de Legh había rescatado en el torneo de Barnsdale. Arthur tenía por oficio el de curtidor, y recorría la comarca comerciando con sus pieles: las compraba frescas a los campesinos o a los hombres del bosque y las volvía a vender —maravillosamente curadas y curtidas— a ricos mercaderes o incluso a los caballeros y sus damas.

En una de aquellas expediciones, iba a caballo por el camino de Nottingham cuando se encontró con Robin Hood.

Robin vestía de verde y pardo y no llevaba su arco, sino tan solo su vara larga, y se hacía pasar él también por otro paisano libre en busca de trabajo como labriego.

Era un espléndido día de mayo, y Arthur venía cantando por el camino:

En verano resplandecen los bosques
con grandes y largas hojas,
qué alegría en este vergel
oír a los pájaros trinar…

Entonces se le unió Robin, que cantó la segunda estrofa:

ver al gamo bajar al arroyo
desde las altas praderas
a la sombra de las verdes ramas
bajo el árbol de la foresta.

Y juntos cantaron la tercera estrofa:

Sucedió en Pentecostés
al rayar un alba de mayo,
el brillo de un sol naciente
y el trino de los pájaros alegres.

—¡Bienvenido, mi feliz amigo, sed bienvenido! —exclamó Robin.

—¡Y bien hallado en este día de cantares! —respondió Arthur-a-Bland.

—Sois curtidor, por lo que veo —dijo Robin, que se dio la vuelta para caminar junto al caballo de aquel hombre—. Ay, qué tristes las noticias que han llegado a mis oídos sobre esa nueva ley contra todos los curtidores.

—¿Nueva ley? ¿Noticias tristes? —A Arthur se le puso la cara larga y una expresión de inquietud repentina.

—Les pondrán los grilletes a todos los curtidores que beban demasiada cerveza —afirmó Robin, y le costó mucho conservar la seriedad.

—¡Beber cerveza! —rugió Arthur, que casi se cae del caballo de la risa—. Por todos los santos, que no pierde uno la libertad por semejante cosa.

—Oh, ya lo creo que sí —dijo Robin—. Serán vuestras piernas las que pierdan la libertad. ¡Es la ley… de la naturaleza!

—Tratándose de esa libertad, ¡apostaría que vos la perderíais antes que yo! —se rio Arthur.

—Acepto la apuesta —dijo Robin—. Vayamos a Nottingham… Pero decidme, ¿qué os trae por los caminos de este bosque?

—Un magnífico plan —dijo Arthur—, ¡un negocio nuevo para mí, ja, ja! Ofrecen una gran recompensa por la captura de un proscrito terrible y osado

al que llaman Robin Hood. En el bolsillo tengo una orden de arresto firmada por el corregidor de Nottingham. ¿Por qué habría yo de pasar hambre yendo de aquí para allá por la comarca comprando y vendiendo pieles apestosas cuando por la captura de un solo proscrito sarnoso me podría ganar quinientas libras?

—¡Desde luego! —coincidió Robin.

—Y si vos pudierais ayudarme a lograr esta captura —prosiguió Arthur—, os pagaría bien con una parte de mi recompensa. Cien libras, ¿qué os parece eso?

—Permitidme ver esa orden que lleváis —dijo Robin con cautela—. Si es correcta y veraz, haré cuanto pueda con tal de ofreceros esa oportunidad que buscáis.

—No, no —respondió Arthur—. No he de confiarla a ninguna mano que no sea la mía. No estoy dispuesto a que nadie se interponga entre mi recompensa y yo.

—Como queráis —dijo Robin—, pero hagamos nosotros nuestro pacto. Si os llevo al lugar donde podréis encontrar a ese Robin Hood a solas, desarmado y a vuestra merced, ¿prometéis pagarme cien libras?

—Eso haré —respondió Arthur con entusiasmo y se comprometió a hacerlo por medio de un gran juramento.

—Vayamos entonces a Nottingham —dijo Robin—, porque sé de una posada en el lindero del bosque en la que suele parar Robin Hood. Es más, puedo garantizaros que hoy se encontrará allí.

Y así se marcharon y llegaron poco después a la posada, donde Robin se las arregló para hablar en secreto con el posadero mientras pedía cerveza y vino.

—Bebamos algo mientras esperamos a nuestro hombre, ¿no os parece? —preguntó Robin, y Arthur accedió entusiasmado.

Y no tardó mucho en demostrar que aquella broma de Robin sobre los curtidores no era más que la verdad: cuanto más vino y cerveza pedían, más bebía Arthur, y poco después sus piernas se vieron privadas de su libertad, y se encontró con que le costaba sentarse derecho aun en el mismo suelo.

—Pues bien, buen hombre —dijo Robin—, aquí me veis, que no llevo más arma que una vara, que además está ahí, apoyada en la pared. Vos, por vuestra parte, lleváis una espada en el costado y la orden del corregidor en el bolsillo… Así pues, ¿qué hay de esas cien libras?

Arthur-a-Bland tan solo acertó a quedarse mirándolo con cara de aturdimiento por unos instantes, y acto seguido cayó lentamente sobre su

costado y allí se quedó, roncando con estruendo.

Robin desató la bolsa del hombre y la registró. Allí tan solo encontró la orden y diez monedas de plata, así que le dejó todo allí salvo la orden, cogió su vara y salió silencioso de la posada después de cruzar unas cuantas palabras más con su amigo el posadero.

Arthur se despertó entonces de su sueño ebrio, se incorporó con un quejido y, tras observar su bolsa, llamó al posadero.

—Me han robado en vuestra posada —se lamentó—. Aquí tenía una orden de arresto del corregidor de Nottingham que me habría hecho rico: era para capturar a un proscrito atrevido llamado Robin Hood, pero ahora he perdido ambas cosas, la orden y la recompensa, y ese al que creía mi amigo es el que me las ha robado.

—¡Vaya! —exclamó el posadero con un gesto de sorpresa bien fingido—. ¿Acaso no sabíais que ese amigo vuestro que estaba aquí hace un rato no era otro que el mismísimo Robin Hood?

—¡Robin Hood! —dijo Arthur en un grito ahogado—. ¡Pues sí que me ha tendido un hábil engaño! ¡Si lo hubiera sabido! Muy bien, no me quedaré aquí mientras él se escapa. ¿Por dónde se ha ido?

—Por el camino que se adentra en el bosque —respondió el posadero—. Y, antes de marcharos, tenemos pendiente ese pequeño asunto del vino y la cerveza que os habéis bebido entre vos y vuestro amigo. Diez chelines me debéis, y si no me pagáis, os encerraré en la bodega hasta que pueda llevaros ante los jueces.

Con un profundo suspiro, Arthur pagó al posadero todas las monedas que llevaba en la bolsa y, con el juramento de una terrible venganza sobre Robin Hood, se subió de un salto a su caballo y se marchó al trote hacia el interior del bosque.

A última hora de aquella misma tarde encontró a Robin, que iba caminando por el sendero balanceando su vara y cantando alegremente.

—¡Alto ahí, villano! —gritó Arthur—. ¡Entregaos si no queréis que os abra la cabeza de un tajo con la espada!

—¿Quién es este bellaco que tenemos aquí? —preguntó Robin al darse la vuelta y levantar la vara.

—Bellaco ninguno —respondió Arthur con fiereza—, ¡y pronto lo comprobaréis!

—¡Pero, bueno, si es mi amigo el curtidor! —exclamó Robin—. ¡Bienvenido, amigo mío, bienvenido! Venís a pagarme las cien libras que me debéis, seguramente.

—¡Cien libras! —dijo Arthur indignado y rojo de ira.

—Esa fue la suma que me prometisteis si os presentaba a Robin Hood solo y desarmado —respondió Robin muy serio—. Pues bien, eso fue lo que hice en la posada, puesto que yo soy Robin… aunque tengo la sensación de que estabais sufriendo las consecuencias de esa ley de los curtidores de la que os hablé, ¡ya que no disteis ninguna muestra de ir a poneros en pie para prenderme!

—Os prenderé ahora mismo, ¡y bien rápido! —gritó Arthur, que brincó de su caballo, desenvainó la espada y corrió hacia Robin, que con un rápido golpe de su vara le arrebató la espada de la mano y la envió volando por los aires.

—Que sea un combate justo —dijo Robin—. Id y cortad una vara como la mía, ¡y ya veremos quién prende a quién en este día!

Temblando de furia, Arthur-a-Bland fue corriendo a la espesura más cercana, cortó una buena vara de roble y atacó a Robin con tal vigor que los restallidos y crujidos de madera contra madera resonaban arriba y abajo por todos los claros del bosque.

Hicieron una pausa para recobrar el resuello, y dijo Robin:

—Creo, amigo mío, que mi vara es más larga que la vuestra. ¿Queréis que las mida y que corte la mía a la longitud de la vuestra?

—Dará lo mismo —dijo Arthur—, porque la mía son dos metros y medio de buen roble como el que uso para tumbar a un ternero, ¡y bien seguro estoy de que será larga de sobra para tumbaros también a vos!

Volvieron entonces a la carga, y, no mucho después, a ambos les asomaba ya un goteo de sangre por la cara. Robin daba vueltas furioso como un jabalí que ha olido la sangre, mientras que Arthur permanecía en el sitio y daba golpes con la vara como si fuera un leñador que partiese un tronco.

Siguieron entregados durante casi dos horas, intercambiando numerosos golpes con el tañido de la madera en cada impacto de una vara contra la otra.

—Vamos, contened la mano —jadeó Robin finalmente—. Terminemos con esta riña, porque ninguno de los dos obtendrá mucho beneficio a base de moler a palos al otro.

—No he dejado de querer mis quinientas libras —dijo Arthur con voz entrecortada—, así que me las debo ganar, ¡o no podré pagaros a vos las cien que os debo!

—Venid y uníos a mi alegre compañía en el bosque de Sherwood —dijo Robin—. Os prometo que allí ganaréis mucho más que quinientas libras… ¡aunque ya me encargaré yo de que me paguéis vuestra deuda!

Arthur-a-Bland todavía tenía sus dudas.

—Soy un hombre libre —dijo—, y un curtidor de renombre, así que me aseguraré yo de curtiros bien el lomo ¡y de vender al corregidor vuestro pellejo!

—Bueno, pues venid al menos a compartir nuestra mesa —dijo Robin—. Os debo una buena comida a cambio de la magnífica bebida que disfruté a vuestras expensas, aunque espero que os quedéis con nosotros, pues tengo entendido que sois un buen arquero, ¡y en mis costados llevo la prueba de que blandís bien la vara!

Robin hizo sonar entonces su cuerno, y no tardaron en aparecer Little John y otro tantos de entre los árboles.

—¡Santo cielo! —exclamó Arthur—. ¿No es John Little ese al que veo llegar por allí?

—Ese era su nombre —respondió Robin— antes de que el bosque lo transformara y se convirtiese en mi queridísimo amigo y más fiel seguidor como «Little John».

—Entonces sí me quedaré con vosotros —exclamó Arthur—. Ese John es mi primo carnal al ser hermanas nuestras madres, y siempre lo he querido como a un hermano. Además, he estado buscándolo todos estos años.

—¿Qué ha pasado, buen amigo? —preguntó Little John al acercarse y ver la sangre en la cara de Robin.

—¡Que este buen curtidor me ha curtido a mí a base de bien! —respondió Robin con una amplia sonrisa.

—Pues habrá que felicitarlo —dijo muy serio Little John—, porque muy pocos son capaces de hacerlo. Pero si tan recio es este hombre, déjame que pruebe yo con él, ¡a ver si me curte a mí también!

—Contén esa mano, mi buen John —dijo Robin—, que ya hemos tenido suficiente pelea. Este nuevo compañero nuestro se llama Arthur-a-Bland, ¡y creo que tú ya lo conoces!

En ese instante, Arthur y Little John arrojaron las varas y se abrazaron, casi hasta el punto de llorar de alegría. Y después de que Arthur hubiese jurado lealtad y fidelidad a Robin Hood y al resto de los proscritos de Sherwood en todas sus andanzas, Robin agarró del brazo a ambos y se los llevó hacia la pradera secreta a comer, beber y divertirse con aquella nueva alianza suya. Y, al atravesar el bosque lleno de sonidos alegres, los tres cantaban joviales:

En adelante mientras vivamos,
los tres uno solo seremos,
trinará el bosque y cantará el trovador
sobre Robin Hood, Arthur y John.

14
El casamiento de Allin-a-Dale

«¿Quién entrega a esta dama?», dijo Little John,
y respondió Robin Hood: «¡La entrego yo,
y el que de Allin-a-Dale la separe,
caro será el precio que pague!».

Cantar
Robin Hood y Allin-a-Dale

Aunque Robin Hood y sus hombres vivían fundamentalmente en las cuevas y chozas de aquel claro secreto de las profundidades más silvestres del bosque de Sherwood, disponían de muchos otros lugares donde vivir, y no se limitaban tan solo a los otros bosques que cubrían la mayor parte del norte de Inglaterra en aquellos tiempos.

Había uno o dos caballeros como sir Richard de Legh, ardientes partidarios del rey Ricardo y enemigos del príncipe Juan, que siempre se mostraban dispuestos a recibir o a dar refugio a Robin o a cualquiera de sus partidarios. Había también tantos y tantos otros hogares de una condición más humilde donde cualquiera de los miembros de la compañía de Sherwood tenía asegurada la bienvenida y la protección… y la certeza de no sufrir traición de ninguna clase, porque, a pesar del precio que habían puesto a todas y cada una de sus cabezas, aun el más pobre de los siervos hubiese preferido la muerte antes que traicionarlos.

Muchos de estos amigos secretos se había salvado de la muerte o de la necesidad gracias a Robin y sus hombres, pero uno de ellos, el bardo Allin-a-Dale, tenía con Robin una deuda de otro tipo.

Robin Hood lo vio por primera vez en un día de primavera, cuando aguardaba en el verde claro de la sombra de un castaño a la espera de lanzar una flecha a un ciervo moteado.

Se oyó de repente el sonido de un canto alegre, y llegó un valiente joven con paso airoso por un sendero del bosque, agradable la imagen donde las

haya. Iba vestido de rojo escarlata, tan elegante como vivaz, y en su caminar brincaba una pizca en cada paso y cantaba con la dulzura de un pajarillo:

Llega la Cuaresma con amor,
flores y trinos en derredor
que de alegría nos hartan,
crecen las prímulas en el verdor,
dulces las notas del ruiseñor,
y todos los pajarillos cantan.

Y cada dos por tres se detenía a tocar el trino de una melodía con una pequeña arpa que llevaba colgada del hombro.

Al día siguiente, Robin lo vio de nuevo, pero ahora estaba muy distinto. Venía alicaído por el bosque, cabizbajo y arrastrando los pies. Había desaparecido aquel magnífico atuendo de rojo escarlata y, en lugar de la canción alegre, tocaba un aire fúnebre y lastimero con el arpa y cantaba sobre la pérdida del amor y la esperanza.

A una señal de Robin, Little John y Much salieron de entre los árboles y cortaron el paso al joven, pero este desenvainó rápidamente la espada y adoptó una postura defensiva.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! —vociferó—. ¿Qué queréis de mí?

—Debes venir a ver a nuestro señor ahora mismo —le dijo Much—. Allí te espera, en el bosque.

—¿Y quién es vuestro señor? —preguntó Allin-a-Dale.

—Robin Hood.

—En ese caso, iré, porque es un buen hombre y no pretenderá hacer daño alguno a un pobre bardo.

Cuando lo llevaron ante él, Robin le preguntó con cortesía:

—Buen señor, ¿tenéis algún dinero de sobra para mis alegres compañeros y para mí?

—No tengo ningún dinero, en absoluto —le respondió—, salvo cinco chelines y un anillo que he atesorado durante siete largos años para tenerlos en mi boda. Ayer me tenía que haber casado con la doncella más hermosa del mundo entero, pero me la arrebataron, y la obligan a casarse con un viejo y rico caballero. Por eso tengo roto el corazón.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó Robin.

—Allin-a-Dale —respondió el joven—. Soy un pobre bardo, aunque sé cantar y tocar… y disparar el arco en caso de necesidad, y blandir una espada

tan bien como el que más.

—¿Y qué me daréis a mí —le preguntó Robin—, si libero a vuestro amor de ese caballero viejo y os la devuelvo sana y salva?

—Ay —exclamó Allin—, no tengo dinero, pero juro sobre la Biblia que seré vuestro fiel y leal servidor.

—¿A qué distancia se halla el lugar donde está vuestro amor verdadero? —le preguntó Robin—. Aseguraos de decírmelo con exactitud.

—Por mi fe que no han de ser más de cinco millas —dijo Allin con impaciencia.

Así, después de cruzar unas palabras con Little John, Robin tomó prestada el arpa de Allin, se envolvió en su manto y partió tan rápido como era capaz de caminar hasta que llegó a la iglesia donde se iban a celebrar las nupcias.

Al llegar allí se encontró con que todo el mundo estaba esperando a los novios. El obispo de Peterborough, que iba a celebrar la ceremonia, le preguntó quién era él y por qué se abría paso hacia el interior de la iglesia.

—Soy el mejor arpista de las comarcas del norte —respondió Robin con descaro—. Y tengo la seguridad de que sin música no hay una boda completa.

—De ser así, sois bien recibido —le dijo el obispo—. Venid y tocad para nosotros hasta que lleguen los novios.

Así, Robin tocó unas simples y alegres tonadas de la campiña, y todos allí quedaron satisfechos… hasta que llegó la novia.

Era joven y encantadora, pero se la veía pálida como un cadáver y tenía los ojos enrojecidos de lágrimas.

Después de ella vino el viejo caballero que iba a ser su esposo: un anciano de aspecto malvado que venía arrastrando los pies, con el balanceo de una parálisis en el mentón y una mirada lasciva en los ojos al ver a la bella joven que estaba adquiriendo, puesto que aquel matrimonio no era otra cosa.

Robin tenía que haber dejado de tocar el arpa con la llegada del novio, pero, en lugar de eso, se puso a tocar cada vez más fuerte.

—¡Silencio, maese arpista, ahora silencio! —exclamó con enfado el obispo.

—Nada de eso —respondió Robin con toda calma—, ya que no veo aún a ningún novio para esta encantadora muchacha que brilla con los destellos del oro con su juventud y belleza. Digo yo que este anciano será su abuelo, que habrá venido a entregarla en matrimonio al hombre que ella haya elegido, ¿verdad?

—¡Qué tipo tan insolente! —farfulló el obispo—. ¡Este es mi hermano, y es él quien se casará con la muchacha!

—¿Es él a quien habéis elegido? —preguntó Robin al darse la vuelta hacia la novia.

—No —respondió ella entristecida.

—¡No le corresponde a ella elegir! —gritó el obispo—. Sus padres están muertos, y yo, como su tutor legal, digo que se casará con mi hermano. A la muchacha le había dado el capricho estúpido e infantil de cegarse por un bardo pobretón llamado Allin-a-Dale, pero ya me encargué ayer de enviarlo de vuelta por donde había venido, y no regresará. ¡La hija de un caballero con su casa y sus tierras por derecho no es para semejante hombre!

—¡Ajá! —exclamó Robin—. ¡Así que se trata de eso! ¡Que hay dinero detrás de este asunto… y un Judas enmascarado como si fuera un obispo!

Dicho aquello, se llevó el cuerno a los labios y tocó una llamada larga y aguda cuyos ecos no se habían apagado aún cuando un grupo de más de dos docenas de arqueros accedió en tropel al interior de la iglesia. Al frente de aquellos hombres venía Allin-a-Dale, que fue el primero en llegar ante Robin y le puso un arco en las manos.

—Y ahora —dijo Robin con tono muy serio—, que prosigan las nupcias, pero con el novio legítimo, ¡porque es legítimo conforme a la ley de Dios!

—Aquí estoy —dijo Allin-a-Dale.

—Bien —respondió Robin—. Aquí llegáis siendo soltero, ¡pero saldréis de esta iglesia como un hombre casado!

—¡No será así! —atronó el obispo—. No puede ser un matrimonio legítimo: las amonestaciones se han de pregonar tres veces, eso dice la ley de Inglaterra.

—¡Little John, búscate una túnica y una sobrepelliz, súbete al púlpito y haz públicas las amonestaciones! —ordenó Robin.

Little John se hizo con la túnica de un clérigo menor y la sobrepelliz del propio obispo y ascendió por los escalones con un gesto solemne mientras Robin murmuraba:

—¡Por mi fe que ese hábito hace de él un hombre distinto!

Sin embargo, Little John no se había convertido en monje de manera repentina e hizo reír a todos los presentes en la iglesia al pregonar las amonestaciones siete veces, «¡no vaya a ser que con tres no baste!».

Ni el obispo ni el viejo caballero se atrevieron a impedir las amonestaciones, ya que Robin tenía una flecha lista en el arco y les lanzaba una mirada amenazadora.

—¿Quién entrega a esta doncella para casarla? —preguntó Little John.

—¡Yo mismo! —exclamó Robin—. ¡Y ay de aquel que intente apartarla de Allin-a-Dale, porque habrá de cuidarse de Robin Hood! ¡Y quien trate de arrebatarle sus tierras o su dinero también se las verá conmigo!

Después de aquello, Little John se bajó del púlpito y devolvió su hábito al obispo.

—Y ahora, mi señor obispo —dijo Robin con expresión de gran seriedad—, estamos esperando a que oficiéis la ceremonia conforme a los ritos de la Santa Madre Iglesia.

—¡No lo haré! —rugió el obispo.

—Ah, ¿no? —dijo Robin muy despacio—. Entonces traeremos del bosque a nuestro propio clérigo, el fraile Tuck. Y vos, mi señor obispo, podréis esperar la visita de varios cientos de mis hombres, que os cobrarán una tasa consistente en todas vuestras posesiones.

Al oír aquello, el obispo casó a Allin-a-Dale con la novia, que más bien parecía una reina con aquel brillo de felicidad en los ojos.

Y, con el paso del tiempo, ella y su esposo Allin-a-Dale pudieron asegurarse la casa de su padre y las tierras junto al lindero del bosque de Sherwood y vivir allí en paz y felicidad y sin perturbaciones.

Además, Robin fue el huésped mejor recibido en aquella casa durante todos los días de su vida, y fueron muchos los romances y cantares que Allin compuso acerca de las andanzas de Robin Hood y sus alegres compañeros.

15
Robin Hood y el obispo

Vengan todos y escuchen, caballeros,
que les voy a contar una historia:
la de cómo Robin Hood sirvió al obispo
cuando le robó el oro de sus dineros.

Cantar
Robin Hood y el obispo

El obispo de Peterborough no era un hombre dispuesto a perdonar fácilmente a Robin Hood por haberle superado en ingenio en aquel asunto de Allin-a-Dale, de manera que hizo un denodado esfuerzo con tal de vengarse.

Acudió en primera instancia al corregidor de Nottingham.

—¡Maese corregidor, exijo una compañía de soldados y arqueros para castigar a ese villano de Robin Hood! —le dijo.

—Mi señor obispo —respondió el corregidor—, estaría encantado de hacer cuanto estuviese en mi mano para desbandar a esos proscritos descarados y colgar a Robin Hood. Yo mismo tengo numerosas razones para desear vengarme de él, pero no puedo reunir una compañía lo bastante grande: todos los hombres de los alrededores parecen estar confabulados con el proscrito.

—Entonces acudiré a los barones de esta comarca —dijo furioso el obispo —. ¡Ellos no estarán confabulados con este traidor!

—Poca ayuda recibiréis de ellos —respondió el corregidor con tristeza—. Dudo mucho que los caballeros de menor rango se atrevan a atacarlo, no sea que él les queme sus haciendas y se lleve sus rebaños y su ganado.

—Pero ¿y los barones? —insistió el obispo—. ¡Unos cuantos rufianes asilvestrados en el bosque no serán capaces de quemar un castillo bien fortificado!

—Cuentan que la banda de Robin Hood supera ya los trescientos hombres —dijo el corregidor—. En cuanto a los barones, con toda seguridad os

ayudarán y llamarán a todos sus siervos, vasallos y arrendatarios, pero, por muy numeroso que sea el ejército que consigan reunir, jamás encontraréis a Robin Hood gracias a su ayuda. Ah, y jamás podréis acusar de traición a uno solo de ellos, pero Robin Hood recibirá cumplido aviso y se habrá trasladado discretamente con toda su compañía a Barnsdale, Plompton, Delamere o Pendle antes incluso de que vuestra expedición haya partido siquiera.

—¿Qué puedo hacer, entonces? —resopló airado el obispo.

—Podéis pillarlo por sorpresa —respondió el corregidor—. Id con un pequeño grupo de mis hombres. Sir Guy de Gisborne os ayudaría, pero está fuera combatiendo en nombre del príncipe Juan, así que os cederé a mi senescal Worman, que era el administrador de Robin Hood y odia a su antiguo señor. Lleváoslo a él y a veinte o treinta de mis hombres. Seguro que ese astuto de Worman es capaz de tramar algún plan para vos…

Robin se paseaba por el bosque para cazar un venado cuando se encontró con un palmero, un anciano de aspecto estrafalario, vestido con harapos y cargado de bolsas como un mendigo.

—Ah, mi señor —exclamó el palmero con una voz rota y aguda—. Parecéis un hombre del bosque: ¿sabríais decirme dónde puedo encontrar a Robin Hood? ¡Oh, qué hombre tan bondadoso es, y tan noble, el audaz Robin Hood!

—¿Qué me decís, hombrecillo extraño? —preguntó Robin—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué tenéis que contarle a Robin Hood con tanto apremio?

—¡Algo terrible! ¡Menudo jaleo! —cacareó el palmero—. Maese Worman, el senescal del corregidor, está imponiendo las leyes forestales con cuatro hombres que le asisten. ¡Oh, qué vergüenza, una verdadera vergüenza! Tres jóvenes como Dios manda: a dos de ellos los colgarán, y el tercero caminará a tientas, ciego, hasta que el Señor se lo lleve de este mundo.

—¿Dónde es eso? —preguntó Robin enseguida.

—Ni a doscientos metros de aquí —respondió el palmero—. ¿Conocéis la cabaña junto al arroyo? Al otro lado de esta pendiente…

—¿Cuánto falta hasta los ahorcamientos? —preguntó Robin.

—Ah, ya esperan hace tiempo, puesto que el verdugo no ha llegado.

—Bien —dijo Robin—. Ahora, apresuraos y prestadme vuestro sayo. Aquí tenéis cuarenta chelines en pago por él.

—Ay, no tengo más que harapos —dijo en un trino el viejo palmero—. ¡Me tomáis el pelo! Mi señor, ¿no pretenderéis robar a un anciano?

—Conformaos —exclamó Robin en tono cortante—. Aquí tenéis el dinero. Quitaos el sayo, rápido. Y sabed que yo mismo soy Robin Hood.

—Oh, entonces, por supuesto, noble señor, sé que me trataréis de forma justa —exclamó el palmero y se quitó aquel sayo con suma presteza.

Robin se lo puso —una extraña prenda parcheada de negro, azul y rojo de la cual colgaban diversas bolsas como si fueran bolsillos del revés donde el palmero guardaba la comida que le daban—, se caló el sombrero viejo y raído del palmero y se marchó por el bosque tan rápido como pudo.

Dejó atrás la cabaña de la anciana, cruzó el río pisando de piedra en piedra y superó la cresta de la pendiente que había en la otra orilla. Allí, en efecto, había varios guardabosques u oficiales forestales alrededor de una hoguera que acababan de encender. Con ellos se encontraba Worman, que sujetaba las riendas de su caballo, y de un árbol cercano colgaba del cuello un hombre cuyos miembros aún se agitaban, aunque ya estaba muerto.

—Una muerte demasiado rápida —estaba diciendo Worman con una risa cruel—. Cuando le he quitado el caballo de debajo, la sacudida le ha roto el cuello y ha muerto en un instante. Ahora bien, si contáramos con un verdugo en condiciones para elevar al otro granuja con suavidad e ir arrebatándole la vida poco a poco mientras él sufre ahí colgado…

—¡Dios os guarde, maese forestal! —saludó Robin en un cacareo al acercarse cojeando y vestido como el viejo palmero—. ¿Os he oído decir a vuestra señoría que hoy mismo necesitáis un verdugo para un ahorcamiento?

—Eso es, anciano —dijo Worman sin más.

—¿Qué me daréis como pago por el servicio de un verdugo si os hago yo el trabajo?

—Una vestimenta nueva, que buena falta os hace —dijo Worman—. Y una moneda de oro si cegáis a ese otro pobre delincuente que tenemos ahí.

—¡Dadme el hierro y la soga —exclamó Robin—, que vais a ver lo diestro que soy en la tarea!

—Dádselos —ordenó Worman.

En cuanto Robin tuvo el dogal y el hierro candente en la mano, se subió de un brinco a un tocón caído allí cerca y trepó por un roble frondoso.

—¡Por mis barbas que sois un anciano de lo más ágil! —exclamó Worman con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Daos prisa y anudad la soga, que yo sé de un traidor que ya ha vivido mucho más de la cuenta!

—Jamás en mi vida he sido verdugo de nadie —dijo Robin, todavía con la voz del palmero—, ni tengo la intención de serlo ahora. ¡Malditos sean todos los que aceptan participar en semejante oficio!

—Pero ¿qué decís? ¿Qué significa eso? —preguntó Worman con aire de inquietud.

—Ja, ja —exclamó Robin, que cantó así:

Tengo una bolsa para la harina y la malta,
y otra para la cebada y el maíz,
una para el pan y otra para la ternera,
¡y otra bolsa más para mi cornetín!

Y, al decir aquello, sacó su cuerno y tocó una llamada aguda y estridente.

—Soplad, soplad, viejo palmero estúpido, que os conozco bien —se echó a reír Worman—. Podéis soplar hasta que se os salten los ojos, ¡que solo os servirá para evitarme el placer de quemároslos!

En ese instante, Robin se percató de la presencia de unos hombres armados y vestidos con la enseña del corregidor que se acercaban y rodeaban el árbol, y con ellos llegaba también el obispo de Peterborough con sus acólitos, que venían a caballo por el bosque hacia donde él se encontraba.

«¡Una trampa!», pensó Robin, y en un abrir y cerrar de ojos se había dejado caer del árbol y descendía por la pendiente a todo correr mientras Worman gritaba:

—¡Tras él, mis hombres! ¡Es Robin Hood! ¡Esta vez no puede escapar!

Robin cruzó el río saltando de piedra en piedra y se abalanzó contra la puerta de la cabaña, que se abrió de golpe con solo tocarla.

—¡Por Dios misericordioso! —chilló la mujer anciana—. ¿Quién sois?

—La paz sea con vos, buena mujer —jadeó Robin—. Me conocéis bien: soy Robin Hood. Y por allá viene el obispo de Peterborough con los hombres del corregidor. No tengo escapatoria, y si me prenden, ¡me colgarán ante vuestra puerta!

—¡Eso jamás! —exclamó la anciana—. Recuerdo bien que una vez salvasteis a mi hijo de perder los dedos para usar el arco, y tantas ocasiones en que me habéis traído alimento cuando me moría de hambre… pero no os he reconocido con ese atuendo tan extraño…

—No tengo tiempo para contaros la historia —comenzó a decir Robin.

—Rápido —interrumpió la mujer—. Cambiad esas ropas por las mías: vuestro verde de Lincoln además de ese sayo. Por la gracia de Dios que ese hombre no querrá colgaros aquí mismo, sino llevaros a Nottingham.

Se hizo aquel cambio con suma rapidez, y cuando el primer soldado llegó ante la puerta y la abrió de golpe, Robin se encontraba ocupado cocinando en

el hogar: una perfecta anciana en la penumbra de la cabaña.

—¿Dónde está ese traidor de Robin Hood? —gritó el cabecilla de aquellos hombres, que no era otro sino Worman.

—¿Robin Hood? —dijo con estridencia aquella vieja que en realidad era Robin—. ¿Qué sabré yo de él?

—Registrad este lugar —ordenó Worman sin más, y no tardaron mucho en encontrar a la anciana vestida de Robin Hood y sacarla de allí a rastras.

—¡Ajá, traidor desleal! —exclamó Worman exultante—. Por fin os echamos el guante. Mucho tiempo he vivido atemorizado por vos, y hoy se acaba ese temor. Eso sí, vos aún dispondréis de una o dos horas para temerme a mí, mientras caliento los hierros para quemaros los ojos, cosa que haré yo mismo. Pero eso, por supuesto, será después de que os hayamos cortado los dedos con los que tensáis el arco y quebrantáis las leyes forestales… Y puede, incluso, que sea de justicia utilizar la cuerda de un arco para anudar el dogal con el que os ahorcaremos…

—¿Es ese el altivo traidor Robin Hood? —preguntó el obispo, que llegaba a caballo en ese momento.

—Aquí está, a buen recaudo, mi señor —respondió Worman—. Nuestra trampa ha funcionado de maravilla, como veis. Ah, sabía yo cómo atrapar a este granuja.

—Será vuestra una cuantiosa recompensa, maese Worman —dijo el obispo—. Subid al villano a lomos de un caballo, mirando hacia los cuartos traseros, y apresurémonos camino de Nottingham.

Hecho aquello, volvieron a ascender a caballo por la pendiente a un trote suave entre las risas y bromas del obispo, que se deleitaba en su captura de Robin Hood, hasta que llegaron al árbol del que colgaba la primera víctima de Worman.

—¡Puaj! —dijo el obispo—. ¡Qué extraña la fruta que da este árbol! Pero decidme, maese senescal, ¿ha sido todo esto un subterfugio para capturar a Robin Hood?

—No del todo —respondió Worman—. Esa carroña había matado a tres ciervos del rey Juan…

—¿El «rey» Juan? —preguntó el obispo con una sonrisa ladina.

—¡El rey Juan! —afirmó Worman—. Puesto que Ricardo está muerto, con seguridad. Y esto me recuerda que tenemos a otros dos criminales: uno al que hay que colgar y otro que va a perder los ojos. Será mejor que los colguemos a los dos, y rápido, porque no será bueno que nos demoremos aquí con un prisionero tan peligroso como Robin Hood. Vos, maese oficial

forestal, enviad a uno de vuestros hombres a lo alto del árbol para que ate un par de sogas. Maniatad a los villanos y subidlos por turnos a la silla de mi caballo. Cuando yo dé un silbido, mi caballo vendrá hacia mí, y así tendremos un verdugo donde no lo había.

Y así fue: fijaron las sogas y obligaron al primero de los hombres a subirse de pie sobre el lomo del caballo de Worman con la soga al cuello y las manos atadas.

—Y ahora —anunció Worman, que de manera intencionada estaba disfrutando del miedo que sentía su víctima—, estoy a punto de silbar a mi caballo, y él me obedecerá… antes o después.

Sin embargo, en cuanto terminó de decir aquello, se oyó un silbido de otra clase cuando una flecha pasó disparada sobre su cabezas y seccionó limpiamente la soga. El joven que por tan poco se había salvado del ahorcamiento cayó entonces a horcajadas en la silla de montar, clavó los talones con todas sus fuerzas para espolear al caballo y se alejó al galope con las manos aún atadas a la espalda.

—¿Quién ha disparado esa flecha? —comenzó a decir el obispo, pero se dio la vuelta, y entonces palideció y se quedó boquiabierto.

De todos los rincones del bosque habían surgido arqueros vestidos del verde de Lincoln, un grupo detrás de otro, corriendo y con las flechas preparadas en el arco.

—¡Caramba! —exclamó la anciana con una risotada estridente—. ¡Tiene que ser ese hombre al que llaman Robin Hood! Sí, ahí viene, al frente de sus alegres compañeros.

—¡Robin Hood! —dijo el obispo en un grito ahogado mientras a Worman se le ponía la cara de un verdoso enfermizo y se echaba a temblar de tal manera que casi se cae—. Entonces, por todos los demonios, ¿quién y qué sois vos?

—Mirad, obispo perverso, no soy más que una pobre anciana, ¡y podréis verlo con toda claridad si me despojáis de estas ropas que Robin Hood tuvo la caridad de donarme!

—Pobre de mí, entonces —dijo el obispo—, por haber llegado a ver este día.

Aun así, Worman se dio la vuelta hacia sus hombres.

—¡Lanzad una descarga de flechas! —gritó—. ¡Y después desenvainad la espada y luchad como hombres! ¡Luchad, malditos seáis!

Sin embargo, los hombres del corregidor arrojaron sus arcos y salieron huyendo para ponerse a salvo. Los proscritos abrieron sus filas para dejarlos

pasar y volvieron a cerrarlas cuando se hubieron marchado.

Llegó entonces Robin con paso firme hasta donde se encontraban Worman y el obispo, pálidos y temblorosos a lomos de sus caballos y sin más compañía que dos de los acólitos del obispo que, al ser clérigos, esperaban no tener que huir para salvarse.

—Vamos —se apresuró a decir el obispo—. Marchémonos de aquí. Ese hombre no se atreverá a recibir la maldición de la Santa Iglesia.

—¡Esperad, obispo! —le gritó Robin con severidad—. No pretendo haceros daño, y debéis sentaros a la mesa conmigo antes de marcharos… pero antes he de administrar justicia. John, Scarlet, Arthur, prended a Worman y atadle las manos.

En ese instante, Worman se arrojó al suelo llorando y suplicando clemencia.

—Perdonadme, noble Huntingdon —gimió—. Os he servido mucho tiempo y he sido fiel…

—Hasta que os vino mejor traicionarme —lo interrumpió Robin con frialdad—. Así es, no lo neguéis: yo os perdoné y no busqué vengarme, pero vos no habéis mostrado clemencia a pesar de la clemencia que habéis recibido, y eso que me ofrecisteis una vez vuestro juramento, igual que lo hizo Scarlet, de que haríais todo cuanto estuviese en vuestra mano para salvar a quien pudieseis de estas crueles leyes forestales que han traído la maldición de Dios sobre estas pobres tierras. No, no hay más que hablar… Escuchadme, que uno de vosotros cuelgue una soga de esa rama… Bien, ahora ponedle la soga al cuello… Fraile Tuck, administradle los últimos ritos de la Iglesia y, después, que seis de vosotros se alejen corriendo con el extremo de la soga. Y que todo sea rápido…

Cuando Worman tuvo el destino que tanto se había merecido, Robin Hood se dio la vuelta hacia el obispo.

—Ahora, mi señor, vendréis a comer conmigo —le dijo con cortesía.

—Antes preferiría estar muerto —exclamó el obispo.

—Bueno —dijo Robin—, entonces podéis marcharos… después de haber pagado un peaje.

Conforme decía aquello, extendió su manto en el suelo y, poco después, se vio adornado con una reluciente montaña de oro y plata gracias a un registro de los bolsillos y las alforjas del obispo, que, mientras tanto, estaba

atado a un árbol y maldecía a Robin tanto en latín como en la lengua vernácula.

—Ya podéis soltarlo —ordenó Robin, que guardaba el dinero en varias bolsas.

—Aún no —dijo Little John—. Rara vez tenemos como invitado a tan alto dignatario de la Iglesia. Que nos cante la misa antes de marcharse.

—Antes preferiría estar muerto —repitió el obispo enfurruñado.

—Pues tal vez lo consigáis —dijo Robin—, porque os vais a quedar ahí, atado a ese árbol, hasta que cumpláis con vuestro deber de clérigo.

Y el obispo cantó entonces la misa ayudado por sus dos acólitos temblorosos mientras todos los proscritos se quitaban la capucha y se arrodillaban en un gesto reverente a su alrededor.

—Os lo agradezco, mi señor obispo —dijo Robin en tono solemne cuando terminó la ceremonia—. Ya podéis ir en paz.

Así, cortó las ligaduras del obispo, lo subió a su caballo y lo condujo con cuidado de regreso al camino principal que llegaba hasta Nottingham.

16
George-a-Greene, el mayoral de Wakefield

Pretendo ilustraros en primer lugar
sobre la alegre Wakefield y su encerrador
que tanta fama y renombre hicieron brillar
acerca de dicha villa en una u otra canción,
este hombre, su bravura al resistir sin vacilar
en su defensa frente al rebelde Robin Hood.

RICHARD BRATHWAYTE,
Una garrucha para el diablo (1615)

Transcurrían veloces los años mientras Robin Hood vivía en Sherwood con su alegre banda de proscritos. Fuera de allí, en el mundo exterior, el príncipe Juan tramaba y conspiraba con tal de hacerse con el poder, y el rey Ricardo, tras el fracaso de su Cruzada, fue capturado por el archiduque de Austria y languidecía en una mazmorra. Los rumores sobre el destino de Ricardo terminaron llegando hasta Inglaterra, y el príncipe Juan los aprovechó en su propio beneficio. No obstante, el bardo Blondel —fiel amigo de Ricardo— buscó al rey por toda Europa, lo encontró en las mazmorras de aquel castillo donde se encontraba y trajo la noticia de vuelta a Inglaterra.

A partir de entonces, y a pesar de que el príncipe Juan se esforzó con tal de desacreditarlo, la verdad se fue dando a conocer por toda Inglaterra, y tanto los ricos como los pobres aportaban el dinero que podían para reunir el gran rescate que exigía el archiduque para liberar a su rey.

Robin Hood fue muy activo en la recaudación para el rescate, y no había abad ni obispo, barón, caballero ni aun escudero del que se supiese que apoyaba al príncipe Juan y que pudiera pasar por el bosque de Sherwood sin que lo interceptasen para pedirle un tributo.

Aun así, mientras se reunía el rescate, el príncipe Juan volvió a intentar apoderarse del trono, y se produjo una enorme agitación especialmente en las comarcas del norte de Inglaterra, donde había muchos barones a su favor;

pero Ranulph, el conde de Chester, era un acérrimo partidario del rey Ricardo y se esforzaba con denuedo por atrapar y ajusticiar por traidor a todo aquel que fuese partidario del príncipe Juan.

Otro de los campeones del rey Ricardo, más humilde, pero, aun así, uno que obtuvo una fama aún mayor, fue un tal George-a-Greene, que era el mayoral de Wakefield, en Yorkshire. Su oficio consistía en capturar las ovejas o cualquier otro ganado que anduviese suelto por los caminos o en los campos de maíz o de heno y llevarlos a su corral, o lo que es lo mismo, meterlos en el redil de la villa —una especie de corral pequeño con las paredes altas de piedra y una puerta muy sólida— y dejarlos allí encerrados hasta que alguien los reclamase (y pagase su debida multa).

George-a-Greene, sin embargo, se dedicaba a encerrar a traidores además del ganado, desafiaba incluso a los caballeros militares que venían con sus tropas de soldados y arqueros a atacar la pequeña villa de Wakefield y obtenía una victoria tras otra con la ayuda de los hombres de la ciudad hasta el punto de que su nombre se llegó a mencionar por todo el país más que el del propio Robin Hood.

George era un hombre de una gran fuerza y habilidad en el manejo de todas las armas. Como es natural, todas las doncellas de Wakefield suspiraban por su amor, y la más bella de todas ellas, Bettris —la hija de un acaudalado juez llamado Grimes—, fue la que ganó su corazón. No obstante, durante un largo tiempo, Grimes no dio su permiso para que se casaran: el juez sentía una mayor inclinación hacia el bando del príncipe Juan, y había un gran señor entre los rebeldes que pretendía la mano de Bettris en matrimonio.

George obtuvo por fin el permiso de Grimes, pero únicamente después de que fueran muchas las venturas y desventuras suyas de las que se hablaba fuera de allí e incluso se cantaba en los romanceros, hasta tal punto que Bettris no tardó en hacerse tan famosa por toda aquella tierra como el propio George.

Los rumores sobre todo esto llegaron hasta Robin y sus hombres en el bosque de Sherwood, pero la mayoría de las historias se las contaba un bardo ambulante que se cobijó en la cañada secreta durante unos días de intensas lluvias. Se esforzaba por saldar su hospedaje y manutención a base de contar historias y entonar cantares, y dio la casualidad de que la mayoría de estos trataban de la valentía y la fuerza de un tal George-a-Greene y la sin par belleza de la encantadora Bettris.

Cuando se marchó aquel bardo, Robin se percató de que Marian estaba extrañamente callada y entristecida, y aquella melancolía y facilidad para

irritarse se hicieron tan extremas que prácticamente se sintió inclinado a temer que tuviese motivos para sentir celos.

—Mi encantadora Marian —le dijo Robin en un día de abril en que se sentaron el uno cerca del otro junto al gran árbol donde se reunían en su prado secreto—. ¿Por qué no estás tan alegre como sueles estar? ¿Qué te aqueja, mi querida, y te entristece tanto? ¿Es esta espera tan larga a que Ricardo regrese con los suyos y te entregue a mí en matrimonio conforme a nuestro juramento?

Marian sonrió y apoyó la cabeza en el brazo de Robin.

—No, no —dijo en voz baja—, aunque sí ansío cada vez más la llegada de ese feliz día —y soltó un pequeño suspiro.

—¿De qué se trata, entonces, querida mía?

—No debes reírte de mí, Robin —dijo ella con un cierto aire avergonzado al hablar—. Creo que estos largos días de lluvias primaverales tras las nieves del invierno en los que hay poco que yo pueda hacer son los que tienen la culpa, porque de lo contrario estoy segura de que no me preocuparía por algo tan trivial.

Marian hizo una pausa, y dijo Robin con ternura:

—Mi corazón, ya sabes bien que no hay preocupación tuya que me pueda resultar trivial. Cuéntamelo, te lo ruego.

—Verás —respondió Marian con aire vacilante—, en estos días una oye hablar cada vez más y más sobre las hazañas y el valor de ese tal George-a-Greene y sobre la belleza de su amada, la hermosa Bettris, de la que se dice que supera a todas las mujeres en sus encantos. Hasta hace bien poco, mi Robin, era tu nombre el que estaba en boca de todo el mundo y en todos los cantos de los bardos y los mercaderes ambulantes, y hablaban de la destreza en tus acciones, tu habilidad con el arco o la vara larga… y también de la doncella Marian, la reina de Sherwood.

—¡Y lo volverán a hacer! —afirmó Robin—. Ese hombre es un advenedizo que ha obtenido la fama gracias a la burbuja de una reputación que reventará antes o después… aunque es un hombre, y es leal, según cuanto llega a mis oídos. En cuanto a esa Bettris suya, me jugaría la cabeza a que si pudieran veros a las dos juntas una sola vez, ¡nadie volvería a mirarla a ella!

—Entonces, ¿no tendríamos que ir a Wakefield? —vaciló Marian—. No soporto pensar que los hombres digan que George-a-Greene podría derrotar a Robin Hood en un combate con la vara larga.

—Está bien, está bien —se rio Robin Hood—. Nos marcharemos a Wakefield de inmediato. Ya tenemos aquí la primavera, y me siento

preparado para cualquier aventura arriesgada. Igual que tú, yo también me he visto encerrado demasiado tiempo en nuestras cuevas… Sí, te vestiremos como a un hombre del bosque, con el mismo atuendo con el que me engañaste cuando viniste hasta aquí a buscarme, y nos llevaremos con nosotros a Scarlet y a John. Les hablaremos de nuestra empresa y les pediremos que se aseguren de tener bien tenso el arco y las flechas bien rectas, y que sus varas sean del roble más recio. ¡Te garantizo que habrá alguna crisma rota cuando nos topemos con George-a-Greene!

No muchas tardes más adelante, y con el permiso de sus quehaceres, George-a-Greene salió de paseo con Bettris del brazo por los campos a las puertas de Wakefield a contemplar los sembrados donde ya asomaban los brotes tiernos y verdes del maíz sobre el pardo de la tierra.

—Dime, cariño mío —estaba diciendo George—, ¿de verdad te conformas con casarte con un hombre tan sencillo como yo cuando hay tantos caballeros y señores que pretenden tu mano en matrimonio?

—Oh, George, ¿cómo puedes dudar así de mi amor…? —comenzó a responder Bettris, pero se detuvo de golpe, porque George estaba agarrando su vara en un gesto de furia y miraba hacia el otro extremo del sembrado más cercano.

—¡Mira! —exclamó—. Allí hay cuatro hombres que salen de entre los matorrales. Sí, y vienen directos hacia nosotros por el sembrado de maíz. ¡Esto no se puede consentir!

Entonces alzó la voz y rugió:

—¡Volved atrás, viajeros necios! ¡Os equivocáis de camino, no debéis pisar por ahí!

—Dios santo —respondió el primero, que venía vestido del verde de Lincoln como todos ellos y traía una vara en la mano—. Dios santo, mi altivo señor, que nosotros somos cuatro hombres del bosque, y vos no sois más que un paisano enclenque. ¿Quién sois vos para decirnos por dónde hemos de ir?

—Volved atrás, rápido —gritó George—, u os obligaré yo a correr y saltar setos y zanjas, os lo garantizo. ¿Qué, acaso el camino no es lo bastante bueno para vos que tenéis que venir pisando el maíz nuevo?

—¿Habéis perdido la cabeza? —exclamó Robin, que, por supuesto, era el cabecilla de los cuatro—. ¿Os atrevéis a salir al encuentro de cuatro hombres como nosotros? Que no somos unos críos, ¡mirad qué brazos!

—Señorito —respondió George—, los brazos más grandes no siempre tienen el corazón más recio. Ni aunque fueseis tan fuerte como Robin Hood de Sherwood y todos sus proscritos, tampoco tendríais derecho a pisar el maíz, y yo, George-a-Greene, el mayoral de Wakefield, os sacaré de los campos como al resto del ganado. Y si sois hombres valientes y no unos cobardes, venid a mí de uno en uno y os daré una paliza a todos, y ojalá fuerais una veintena de tipos insolentes para haceros sentir el peso de mi vara.

—Si vuestras hazañas estuvieran a la altura de vuestras palabras —dijo Scarlet, que dio un paso al frente y adoptó una posición defensiva—, bien podrían otorgaros el título de campeón del rey, pero me temo que hacéis mucho ruido para tan pocas nueces, porque los cobardes cotorrean más que los verdaderos valientes.

—¿Os atrevéis a desafiarme, señorito? —gritó George.

—¡Sí, señorito, me atrevo! —respondió Scarlet.

Se enzarzaron entonces con potentes golpes, pero el resultado fue que George atizó a Scarlet bien duro en la cabeza y lo tumbó en el suelo.

—Guardaos vuestros golpes para un hombre más joven —exclamó Little John, y un momento después ya estaban los dos intercambiando también unos golpes que resonaban por los tranquilos campos al atardecer como si fueran unos truenos lejanos.

Aun así, el resultado de aquella ronda fue que Little John también sintió en la cabeza la vara del mayoral con más fuerza de la que podía resistir su conocimiento, de tal modo que terminó acompañando a Scarlet en el suelo.

—¡Vamos! —exclamó Robin, que ocupó el lugar de Little John—. ¡No me perdonéis vos a mí, y no os perdonaré yo a vos!

—¡No tengáis la menor duda de eso —se rio George-a-Greene—, porque voy a ser tan generoso con vos como lo he sido con vuestros amigos!

Y así se pusieron manos a la obra con sus grandes varas de roble, a la par uno y otro en un combate tan equilibrado que, por mucho que lucharan durante una hora, ninguno consiguió dar un golpe decisivo al otro.

Por fin se separaron para descansar, y Robin, que jadeaba para recobrar el aliento, exclamó:

—¡Aguardad, aguardad, buen George! No sigamos aporreándonos el uno al otro por más tiempo. A fe mía que sois el campeón más recio al que jamás le haya puesto la mano encima.

—Despacio, despacio, mi buen señor —jadeó George—. Permitidme que os diga que faltáis a la verdad: ¡no me habéis puesto aún la mano encima!

—Así es, lo reconozco —rio Robin—. Me he encontrado con mi igual. Escuchadme, buen George, ¿no dejaríais Wakefield y vendríais conmigo? Os prometo para los dos buenas ganancias y peleas con que vistáis mis colores, el verde de Lincoln.

—En el nombre de Dios, ¿y quién sois vos? —preguntó George, que se secaba la frente.

—Pues veréis —respondió Robin—, yo soy ese Robin Hood que habéis mencionado, y habéis dejado fuera de combate a mis dos buenos amigos Will Scarlet y Little John.

—¡Robin Hood! —exclamó George—. ¡Cuánto me alegro de veros! Junto a nuestro común señor el rey Ricardo, sois el hombre al que más respeto y al que más deseos tenía de conocer. Estaré encantado de ser uno de vuestros hombres. Termina ya mi tiempo como mayoral aquí, en Wakefield, y, aunque no abandonaré mi hogar, bien podría pasar una temporada en Sherwood. Y no dudo de que hallaréis acomodo también para mi querida Bettris, que tan pronto será mi esposa, ¿verdad? Y si no, seguro que lo hará la famosa doncella Marian.

—Que responda ella por sí misma —sonrió Robin, que hizo un gesto al último miembro de su grupo—. ¡Os presento a la doncella Marian!

George y Bettris exclamaron sorprendidos ante la perfección del disfraz de Marian, pero cuando la doncella se retiró la capucha y dejó que sus encantadores cabellos le cayesen por la cara, a nadie le cupo duda ninguna de que ella era la dama más hermosa de las comarcas del norte, y Bettris, por bella y encantadora que fuese, jamás podría compararse con Marian.

Aun así, Bettris no guardó ningún rencor, y mientras Robin y George se estrechaban la mano y se daban palmaditas en la espalda el uno al otro, ella se acercó a Marian, se arrodilló ante ella y le besó la mano.

—Nada de eso —dijo Marian con gentileza—, porque no hay ninguna lady Marian en Sherwood, sino tan solo la doncella Marian. —Y puso en pie a Bettris, la abrazó y la besó.

Quedaron felices todos juntos, y ni Scarlet ni John le guardaron rencor a George por haberles partido la crisma.

—Venid —dijo George—, que sois muy bien recibidos. Venid, buen Robin Hood y la encantadora doncella Marian, y vosotros dos, recios luchadores Will Scarlet y Little John, cuya pericia con el arco es mucho mayor de lo que jamás podrá ser la mía, os lo garantizo. Vivo en una humilde cabaña con el tejado de hierbas, pero puedo ofreceros un festín que tal vez no encontrarais ni en las casas señoriales. Tengo un costal de vacuno colgado

ahumándose desde las Navidades; tengo carne fresca de cordero y ternera, tortas de oblea más que de sobra… y tanta cerveza como cualquiera de vosotros fuera capaz de beber en un año entero.

—Y será un banquete inmejorable para unos invitados como nosotros, que se han presentado sin avisar —dijo Robin—. Pero permitidnos pasar y participar de él, y mañana vendréis con nosotros a Sherwood y cataréis nuestra mejor celebración.

—Será un placer —respondió George.

—Lo mismo digo yo —dijo Bettris—. Esto es, si puedo acompañaros vestida con el mismo atuendo que Marian, con la espada en el costado y el arco a la espalda.

—Será como tú desees —dijo George, y Robin asintió y estuvo de acuerdo—. Pero vámonos ya, que nos espera la cena… ¡Ansío brindar a la salud del noble Robin Hood!

17
Una alarma en la noche y un botín de oro

¿Cómo es la vida del audaz Robin Hood?
Pues bien placentera, como veréis:
que pasa los días en el deleite de Sherwood,
qué grato así vivir a cuerpo de rey.

ANTHONY MUNDAY,
Metropolis Coronata (1615)

Después de pasar varios días en Wakefield con el jovial mayoral George y su bella prometida Bettris, partieron todos de nuevo hacia Sherwood: Robin Hood, Will Scarlet y Little John, con Marian vestida también como uno de los hombres del bosque. George y Bettris se marcharon con ellos, ambos vestidos del verde de Lincoln, y Bettris no dejaba de hablar encantada sobre lo divertido y lo emocionante que era lucir el atuendo de un hombre.

Su primer día de viaje transcurrió en el camino, principalmente, y su único momento de peligro fue hacia el atardecer, cuando de repente apareció un caballero con su armadura completa y una docena de soldados que doblaron al trote un recodo del camino justo delante de ellos, y aquel caballero pasó de largo antes de que Robin y los suyos tuvieran oportunidad de esconderse.

El caballero no se detuvo, pero llevaba levantada la visera del yelmo, de forma que sí pudo verlos con claridad. Pasó sin dar señal de haber reparado en ellos, pero Robin echó la vista atrás y vio que el caballero había tirado de las riendas de su caballo y ahora miraba con mucha atención hacia ellos.

—Seguid caminando como si no hubiésemos visto nada —dijo Robin en voz baja—, pero seguidme rápido y en silencio al interior del bosque en cuanto queden fuera del alcance de nuestra vista. Creo que ese era sir Guy de Gisborne, que es mi enemigo acérrimo.

—Y mi acérrimo enamorado —añadió Marian—, y por eso lo temo todavía más.

En cuanto doblaron el recodo del camino, Robin los guio veloz por entre la espesura del bosque, primero sobre un terreno llano, y después por un estrecho sendero que discurría entre laderas rocosas y cubiertas de árboles. Mientras tanto, el cielo se fue encapotando con una amenaza de lluvia cada vez mayor conforme iba cayendo la tarde.

—¿Adónde nos estáis llevando? —preguntó George finalmente.

—En busca de un refugio para pasar la noche —respondió Robin—, porque buena falta nos va a hacer. Contamos con algunos amigos que viven por aquí cerca, siempre están dispuestos a recibirnos y a ayudarnos en caso de que nos amenace algún peligro, tal y como me temo que podría ser.

En su tortuoso recorrido por senderos estrechos y agrestes se encontraron con un labriego que traía una pala al hombro.

—¿Adónde os dirigís, mis señores? —les preguntó—. Hay criminales en esa dirección.

—¿Acaso podéis mostrarnos alguna dirección en la que no los haya? —le dijo Robin en respuesta.

El labriego sonrió y se quedó mirando cómo descendían haciendo eses por la pronunciada ladera de un valle. En el fondo, sobre un lecho de roca, discurrían veloces y espumosas las aguas de un pequeño río y destellaban en blanco y gris con los últimos y frágiles rayos del crepúsculo.

Muy pronto se cerró la oscuridad, y las rachas de viento con el azote de algunas gotas de lluvia anunciaban la inminente tormenta.

Sin embargo, en aquel momento vieron una luz más abajo y, cuando Robin hizo sonar el cuerno, un toque de respuesta ascendió hasta ellos. Llegaron entonces a una casita de piedra, poco más que una cabaña, construida al borde de un cortado sobre el río, que allí serpenteaba por un estrecho canal y se precipitaba por una serie de pequeñas cascadas.

La puerta estaba abierta para invitarlos a entrar, y en el umbral se encontraba Allin-a-Dale.

—¡Bienvenido, mi buen Robin Hood, sed bienvenido! —exclamó—. ¡Y bienvenidos sean también vuestros valientes amigos! Mi esposa y yo nos sentimos profundamente honrados por vuestra compañía. Entrad rápido, protegeos de la tormenta.

—Me temo que traemos el peligro a vuestra puerta —dijo Robin al entrar en la habitación con el suelo de piedra que servía de cocina, de salón y era prácticamente toda la planta baja de la casita, todo en uno.

Después de haber presentado a George y a Bettris y de haberle pedido a la esposa de Allin que adivinara quién era la disfrazada Marian, todos ellos se

sentaron en unos bastos bancos alrededor del fuego a disfrutar de un buen plato de guiso de carne y un buen vino para acompañarlo.

Robin habló entonces con Allin sobre sus aventuras y escuchó todo cuanto Allin tenía que contarle sobre las dificultades que estaba teniendo para recuperar las tierras y la casa de su esposa de las garras del obispo de Peterborough.

—Estas batallas legales —finalizó Allin— parecen tan interminables como esa disputa civil entre el príncipe Juan y el conde de Chester. ¡Ojalá estuviera de vuelta el rey Ricardo! Entonces tendríamos nuestras tierras sin mayores problemas, y una casa mucho mejor que esta en la que hospedaros.

Robin suspiró.

—Si Ricardo estuviera de vuelta —dijo él—, Marian y yo seríamos marido y mujer, y si el rey me perdonara tantas cosas, estaríamos viviendo de nuevo en la casa de mi padre en Locksley, donde ahora vive sir Guy… Pero la vida en los bosques ya es lo bastante placentera, ¡y cómo la echaría de menos!

—Muy cierto —dijo Allin—, pero por muy felices que seamos en esta casa solitaria, me gustaría sentir que estamos a salvo.

No había terminado de decir aquello cuando su esposa lo sujetó de repente por el brazo y señaló hacia la única ventana que no habían cerrado aún. El grupo miró en la dirección que indicaba su mano y vio el yelmo de un caballero, con el movimiento de su penacho de plumas en la tormenta, en el que se había reflejado la luz de la habitación durante un solo segundo antes de desaparecer.

En un abrir y cerrar de ojos, Allin estaba ya ante la ventana, cerró las contraventanas y las atrancó con su correspondiente barra. Llamaron entonces a la puerta, y sonó tan fuerte que tuvieron que ser los nudillos de un guante de hierro.

—¡Refugio para un pobre viajero que se ha extraviado en la tormenta! —dijo una voz en el exterior.

—¿Quién y qué sois? —preguntó Robin.

—Un soldado —respondió la voz—. Un desventurado partidario del conde Ranulph que huye de la venganza del príncipe Juan.

—¿Estáis solo? —preguntó Robin.

—Sí, así es —dijo la voz—. Os ruego me dejéis entrar, amables habitantes de la cabaña: hace una noche de perros. No os habría importunado de no haber sido por la tormenta. Habría dormido al raso en el bosque.

—Os creo en esto que decís —dijo Robin—. No esperabais una tormenta cuando os desviasteis al interior de este valle. ¿Sabéis que hay criminales por

aquí?

—¡Lo sé! —respondió la voz.

—¡Yo también! —dijo Robin.

Se hizo una pausa en la que Robin, que escuchaba con mucha atención con la oreja pegada al agujero de la cerradura, captó el leve sonido de un susurro.

—No estáis solo —afirmó Robin de repente—. ¿A quién tenéis por compañía?

—¿Compañía? —exclamó la voz, sorprendida—. Ninguna aparte de la lluvia y el viento, y estaría mucho mejor sin ellos.

—El viento y la lluvia tienen muchas voces distintas —dijo Robin—, pero jamás les había oído decir: «¿Qué hacemos ahora?».

Se produjo otra pausa y, entonces, la voz del exterior gritó con un tono completamente distinto:

—¡Mirad lo que os digo, hombre de la cabaña, si no nos dejáis entrar voluntariamente, nosotros tiraremos la puerta abajo!

—¡Ajá! —exclamó George, que había estado escuchando en silencio todo aquello—. Ahora hablamos de «nosotros», en plural, ¿no, granujas? Muy bien, porque aquí estamos listos para recibiros. Pensabais robar y matar a un pobre paisano y a su esposa, ¿no es así? ¡Pero en cambio os habéis topado con una casa bien guarnecida!

No hubo respuesta ante aquello, sino unos furiosos golpes en la puerta que amenazaban con derribarla en un santiamén.

Ante aquello, Robin, Scarlet, John y George retrocedieron hasta el otro extremo de la habitación, aflojaron las espadas dentro de sus vainas, encordaron sus arcos y colocaron una flecha en su cuerda cada uno. Sin vacilar un solo instante, Marian ocupó su lugar junto a Robin y preparó también su arco. Por su parte, Bettris y la esposa de Allin se armaron con unos espetones tan afilados y largos como jabalinas o lanzas cortas arrojadizas y se apostaron a ambos lados de la puerta. El propio Allin se situó cerca de su esposa con la espada en ristre por si acaso alguno de los atacantes llegaba a entrar en la casa.

La puerta terminó cediendo con un estruendo, y vieron en la entrada a una docena de soldados o más, todos con la espada en la mano. En el instante en que cayó la puerta, los cinco arcos zumbaron, y otras tantas flechas salieron disparadas con perfecta precisión hacia sus objetivos, derribaron a tres de los invasores, que cayeron muertos o gravemente heridos, e incapacitaron a otros dos.

Otro hombre que se abalanzó a través de la puerta cayó bajo la espada de Allin: Bettris lo atacó con su espetón, pero erró el golpe y hundió la barra unos cuantos centímetros en el marco opuesto de la puerta, donde quedó clavada a modo de barrera nueva por debajo de la cual había que agacharse para poder entrar en la casa.

Sin embargo, el resto de los hombres cargó con ferocidad, y uno de ellos arrancó el espetón y se lo arrojó con tal fuerza a Scarlet y a John que, a pesar de que se giró en el aire y solo impactó de lado, los alcanzó a los dos a la vez en la espalda.

Ahora, Robin, Marian y Allin se estaban batiendo con la espada mientras George, que no había conseguido desenvainar la suya, se había hecho con una clava de gran tamaño y se sentía con ella mucho más cómodo que con cualquier otra arma.

La pelea se desenvolvía con enorme celeridad; Bettris y la esposa de Allin se unieron de la mejor manera que estaba a su alcance, arrojando cacerolas, taburetes e incluso piezas de porcelana a la cabeza de los enemigos que más a tiro se ponían. George dejó sin sentido en el suelo a dos hombres con dos golpes de clava y se dio la vuelta justo a tiempo de ver cómo se hacía añicos la espada de Robin bajo la maza de hierro del caballero que comandaba a los atacantes. Marian se defendía corajuda de las espadas de dos hombres y, cuando George cruzó la habitación rugiendo a la carga en ayuda de Robin, aquellos dos soldados desviaron su atención hacia él, y Marian aprovechó para abalanzarse de un salto hacia el caballero e interceptar su golpe con tal destreza que la espada del hombre salió despedida de su mano. Un instante después, una tetera bien dirigida que había lanzado Bettris dio con el caballero en el suelo.

De inmediato, Marian se situó a horcajadas sobre él, le puso la punta de la espada en la cara y le ordenó que se rindiera y dijese a sus hombres que cesaran el combate, o de lo contrario lo mataría allí mismo, en aquel momento.

—¡Clemencia, buen señor! —jadeó el caballero con una voz que de inmediato reveló su identidad—. A todos mis hombres: deponed las armas, nos han vencido justamente.

—Guy de Gisborne —dijo Marian, que se retiró la capucha para que el hombre pudiera ver quién lo había derrotado—. Os tengo a mi merced.

—¡Siempre me habéis tenido! —jadeó el caballero—. Y solo por amor hacia vos e intentado apartaros de Robin Hood con tanto esfuerzo y en tantas ocasiones.

—¿Cómo nos habéis encontrado aquí? —le preguntó Marian.

—Nos hemos cruzado en el camino —respondió sir Guy— y he reconocido a mi rival Robin Hood. Cuando me he dado la vuelta y he ido detrás de vos, ya os habíais perdido en el bosque. Pero un feliz encuentro con un labriego en la entrada del valle me ha mostrado dónde podía encontraros.

—Señor caballero —dijo Marian—, muchas veces habéis venido en busca de la vida de mi señor, y de la mía también, ya que yo no podría vivir si ya no hubiera un Robin Hood. ¿Y de verdad me consideráis tan falta de espíritu como para poder ser vuestra por coacción? Bien sabéis que preferiría morir antes que eso, y que la muerte es fácil de hallar.

—¡Déjame que le corte la cabeza! —exclamó Robin con gran severidad —. Este caballero desleal ya nos ha causado molestias durante demasiado tiempo. Y ahora, si vive, aquí nuestros amigos se encontrarán en peligro.

—No —dijo Marian—. Sir Guy, juraréis por el voto que consideréis más sagrado, primero, que no buscaréis venganza de esta buena gente que nos ha refugiado y nos ha ayudado en vuestra contra, y segundo, que jamás volveréis a perseguir a mi señor Robin Hood ni a mí, y bajo estas condiciones viviréis.

—Y si rompéis ese juramento —añadió Robin—, no habrá más clemencia para vos.

Entonces, sir Guy de Gisborne juró cuanto era necesario, y lo hizo por el honor de la condición de caballero y por su esperanza de salvación, y se marchó y desapareció en la oscuridad de la noche con todos sus hombres, los vivos, los muertos y los moribundos.

—¡Sí que nos hemos librado de una visita inoportuna! —dijo Robin una vez arreglada la puerta lo mejor que pudieron y reparado el resto de los daños —. Eso sí, mi buen amigo Allin y su encantadora esposa, lamento que se haya producido este altercado brutal e indecoroso que ha alterado vuestro hogar.

—No os preocupéis por nosotros, en absoluto —dijo Allin-a-Dale—. Lo que hayamos hecho no ha compensado ni una décima parte de nuestra deuda con vos. Y, alabado sea Dios, ninguno de nosotros ha salido mucho peor parado con esta refriega excepto Scarlet y John, ¡y si beben lo suficiente de mi buen vino, podrán echarle a eso la culpa de su dolor de cabeza!

—¡Por todos los santos! —exclamó George-a-Greene—. Me encanta esta vida que lleváis, buen Robin, es mejor disfrutar hasta la última hora de ella viviendo con vos y vuestros alegres compañeros. ¿Qué me dices, dulce Bettris?

—Que ojalá pudiese blandir una espada igual de bien que la doncella Marian —respondió Bettris—. ¡George, no has cumplido con tu deber para

conmigo!

—¿Por no haber enseñado a mi esposa a combatir? —se echó a reír George—. ¡Por Nuestra Señora, no hay tribunal en toda la cristiandad que fuese a aceptar eso como causa para un pleito!

Y así pasó la noche, entre risas y canciones, y después de haber dormido y descansado bien, los seis viajeros se despidieron agradecidos de Allin-a-Dale y su esposa y partieron una vez más de camino hacia Sherwood.

—Espero que no nos sucedan más aventuras antes de llegar a salvo a nuestros prados —dijo Robin.

Sin embargo, George lo veía de otro modo, y se fue decepcionando más conforme avanzaban por el camino sin cruzarse con nadie salvo algún que otro labriego o paisano solitario.

De nuevo caía la tarde cuando se acercaron al lugar donde habían de salir del camino y tomar el sendero que conducía al claro secreto del bosque, y de repente oyeron unas voces un poco más adelante.

—¡Chsss! —les advirtió Robin, y se le puso una enorme sonrisa en el rostro—. Reconozco esa voz, la de nuestro cura gordinflón, el fraile Tuck. Ven aquí detrás de estos setos, buen George, y creo que podrás ver cómo recaudamos nuestros diezmos en el bosque de Sherwood. ¡En efecto, el buen fraile está recaudando subscripciones para el rescate del rey Ricardo!

Justo en aquel lugar, el camino discurría por una hondonada en sombra, y los viajeros se asomaron sobre los arbustos y vieron al fraile Tuck con su recia vara de madera en la mano, charlando con dos curas temblorosos.

—¡La bendición del Señor! —retumbó la voz del fraile Tuck—. ¡No tan rápido, hermanos míos! ¡Si no tenéis ninguna moneda de plata que os sobre para las necesidades de un hermano, al menos dispondréis de una moneda de oro para el rescate del rey Ricardo!

—Ay, ay —respondieron aquellos curas—. No disponemos de una sola moneda de un penique entre los dos, porque esta misma mañana nos hemos topado con unos ladrones que nos han quitado todo lo que teníamos.

—De ser así —dijo el fraile Tuck—, venid entonces conmigo y veremos si el buen Robin Hood, amigo de todos los pobres y los necesitados, puede prestaros algo de oro de lo que tiene guardado.

No obstante, los dos curas no mostraron el menor deseo de seguir aquella sugerencia; es más, estaban llenos de miedo, y habrían salido corriendo de allí en aquel preciso instante de no haberlos agarrado el fraile Tuck a los dos por el pescuezo y haberlos obligado a arrodillarse.

—Mucho me temo —dijo el fraile con gran ceremonia— que carecéis de la virtud de la sinceridad, y estoy decidido a oíros en confesión antes de que os marchéis de aquí.

—¡Oh, perdonadnos, buen fraile! —lloriquearon los curas—. ¡Apiadaos de nosotros!

—Eso haré —dijo el fraile Tuck—. Cuanto hago no es sino por el bien de vuestra alma. Acabáis de decirme que no tenéis dinero. Por tanto, arrodillémonos los tres aquí y ahora ¡y roguemos por que venga el dinero a nosotros!

No había manera de evitarlo, de modo que los curas comenzaron a rezar con voz temblorosa para pedir dinero al Señor, y mientras rezaban, gemían y apretaban las manos. El fraile Tuck, por su parte, cantaba sus oficios con una magnífica y rotunda voz, y más fuerte cantaba cuando los dos curas lloraban y se lamentaban.

—¡Muy bien! —dijo el fraile finalmente—. ¡Vamos a ver qué dineros nos han enviado los cielos en respuesta a nuestras plegarias!

—¡Ningún dinero, ninguno! —dijeron los curas con un tembleque y las manos en los bolsillos.

—Será mejor que nos registremos los bolsillos los unos a los otros —dijo el fraile Tuck, y los registró con tal fortuna que no tardó en formarse en el suelo una reluciente pila de más de seiscientas monedas de oro, de las cuales apenas una docena procedía de los bolsillos del propio fraile Tuck.

—¡Mirad qué soberbio despliegue tenemos aquí! —exclamó el fraile Tuck cuando todos los bolsillos quedaron vacíos—. El cielo os ha enseñado hoy la generosidad, aunque se os continúa negando la sinceridad… Pero sed sinceros ahora, o será mi garrote el que la busque a porrazos en esas cabezotas: ¿de quién es este dinero y adónde os dirigíais con él?

—¡Ay! —se lamentó uno de los curas—. Ese dinero lo recaudó el abad de Santa María, y por sus órdenes lo llevamos al buen príncipe Juan, que ahora se encuentra en Ashby-de-la-Zouche, no muy lejos al sur desde aquí.

—Entonces, desde luego que no se le podría dar mejor uso —exclamó el fraile Tuck alegremente— que el de completar el rescate que habrá de liberar a nuestro querido rey Ricardo para que venga a casa, a este entristecido país, y castigue la maldad y la crueldad del príncipe Juan y sus perversos adeptos. Aquí tenéis una moneda de oro que os doy a cada uno: con eso llegaréis a Ashby y, si el príncipe Juan no os recompensa con generosidad por haber utilizado ese dinero en una causa tan noble, ¡pues tendréis que vender vuestros caballos o pedir limosna para vuestro recorrido de regreso a York!

Ahora marchaos, enseguida, y decid que Robin Hood está haciendo una colecta para enviar el dinero del rescate para el regreso de su rey.

Los dos curas atemorizados, que aún lloraban y se lamentaban, se subieron a sus caballos, que aguardaban a escasa distancia, y se alejaron al galope en una nube de polvo mientras el fraile Tuck permanecía junto a su montaña de oro y se reía escandaloso.

—¡Alto ahí, fraile abyecto! —gritó Robin de repente con una voz impostada—. ¡De rodillas, u os atravieso el corazón con una flecha! Somos seis de este lado, y no tendremos piedad a menos que nos entreguéis vuestro oro!

Al fraile Tuck se le cortaron las risas de golpe y clavó las rodillas en la tierra, pero, al oír a los seis que llegaban por su espalda, se puso en pie de un brinco, levantó la vara y echó a correr contra ellos gritando:

—¡Por Robin Hood!

—¡Mucho cuidado con esa ramita que llevas! —se rio Robin—. Porque si me la dejas caer sobre la cabeza, a partir de ahora tendrás que gritar: «¡Por el difunto Robin Hood!».

—¡Robin! ¡Mi buen Robin! ¡Y John y Scarlet! —exclamó el fraile—. ¡Y también viene la gentil doncella Marian! ¡Cuánto me alegro de veros a todos! ¡Ven a ver el botín de oro que he reunido para ti!

—Y mira lo que traigo yo conmigo —contestó Robin—, al valiente George-a-Greene, el mayoral de Wakefield, que ahora es uno de los nuestros, y con él viene su encantadora prometida Bettris. ¡Dales la bienvenida, buen fraile!

—¡Bienvenidos son, por los clavos de Cristo! —dijo el fraile Tuck con voz atronadora—. Y bienvenido eres tú también de regreso a Sherwood. ¡Ah, cuánto beberemos y comeremos esta noche! Pero, rápido, vámonos ya, ¡que es probable que me desmaye de hambre y sed tan solo de pensarlo!

Y así se marcharon por el bosque, juntos codo con codo, el fraile Tuck cargado con su botín de oro y cantando lleno de ánimo:

Robin y Marian, Scarlet y Little John,
brindemos por ellos, bebed y cantad;
Robin y Marian, Scarlet y Little John,
el bosque con vuestras voces se llenará;
Robin y Marian, Scarlet y Little John,
¡en Sherwood su gloria siempre resonará!

18
La bruja de Paplewick

En Sherwood discurre esta historia
en que Robin Hood celebra un banquete
para los pastores del valle de Belvoir,
y la ausencia de un comensal invitado
perturba la alegría del evento…

BEN JOHNSON,
El pastor triste (1640)

Una de las aventuras más extrañas que jamás vivieron Robin Hood y sus compañeros sucedió en una ocasión en que habían abandonado los claros más recónditos del bosque para salir a los jardines abiertos y las verdes colinas donde los pastores —hombres y mujeres— de Paplewick disfrutaban de su vida sencilla y despreocupada lejos de todas las contiendas y las disputas.

En un magnífico día de verano, Robin Hood decidió celebrar un banquete al que invitaría a todos los pastores y pastoras además de a sus alegres compañeros. Marian salió con Scarlet y otros a cazar un venado mientras Robin saludaba personalmente a todos y cada uno de sus invitados… aunque faltaba uno de ellos: el pastor Eglamour.

—¿Dónde está ese hombre, el que acostumbraba a entonar aquellas canciones tan dulces? —preguntó Robin.

—Ay, buen Robin —respondió el pastor Lionel—, Eglamour ha perdido a su amada, la bella Earine, que se ahogó hace apenas unos días en el paso del río Trent. No se recuperó su cuerpo, y Eglamour no está dispuesto a creerla muerta y la sigue buscando por bosques y colinas, llamándola a voces de tal manera que yo diría que hasta los pájaros lloran por él.

—Esa tristeza tiene difícil consuelo —dijo Robin—, pero ve tú a buscarlo, amigo Lionel, y permite que vaya Much también contigo. A ver si podéis encontrarlo y traerlo al banquete.

Apenas acababan de partir en busca de Eglamour cuando sonó un cuerno cercano, y regresó Marian caminando con la cabeza bien alta por delante de Scarlet y los demás, que la seguían con el venado ya en piezas y listo para la cocina.

—¡Mi Marian! —exclamó Robin.

—¡Robin, mi amor! —respondió ella—. ¡Oh, ahora veo completa mi felicidad en este día! Me he levantado temprano, antes del amanecer, y qué magnífica caza que hemos tenido persiguiendo al venado. Después, ha caído con una sola flecha, un disparo lejano que ha acertado en el corazón. ¡Y ahora te encuentro aquí esperándome con todos nuestros amigos!

—Claro que te hemos esperado —dijo Robin—. Es un día de gran regocijo, desde luego.

—Tan solo una sombra se ha cernido sobre nosotros —dijo Marian—. Después de matar y despiezar al ciervo, un cuervo se ha posado en lo alto de un árbol, sobre nosotros, y ha graznado en un tono sombrío.

—¡No estaría sino esperando su parte! —se echó a reír Robin—. Esos pájaros son muy listos y bien saben que el cazador tiene la costumbre de partir el hueso del pecho para apartarlo con todo el cartílago que crece ahí, como que lo suelen llamar «el hueso del cuervo».

—Lo sé —dijo Marian—, pero el pastor Karolin, que estaba con nosotros, juraba que no era un cuervo común, sino la bruja Madre Maudlin de Paplewick, que, según cuentan, puede adoptar la forma que ella desee. Karolin se encontró con Maudlin al amanecer, cuando el pastor estaba espantando al venado hacia nosotros, ¡y dice que la bruja lo maldijo y prometió que hoy le sucederían desventuras a todo aquel que comiese del venado del banquete de Robin Hood!

Marian contó aquello a medio reírse y, aun así, medio atemorizada, porque en aquellos tiempos todos los hombres creían en la brujería, desde luego, y por eso podían encontrarse aún en aquel entonces algunas brujas que sin duda estaban en contacto con los oscuros poderes del mal.

Mientras Marian iba al río cercano a lavarse, Robin acudió al pastor Karolin y le preguntó por aquella Madre Maudlin.

—Desde luego que es una bruja —respondió Karolin—. Algunos dicen que solo es una mujer sabia, pero la mayoría de la gente sabe lo que hay, y yo sé con toda seguridad que es una bruja redomada y que cambia de forma, por cierto.

—¿Y cómo estás tan seguro? —le preguntó Robin.

—Porque la he visto apenas hace un momento —respondió Karolin—. Había encendido una pequeña hoguera allá abajo, junto al río, y allí mismo estaba preparando un caldo justo con el hueso que le hemos echado al cuervo después de cazar al venado.

Durante la pausa que siguió a esta afirmación, Marian llegó de regreso y con prisas hacia ellos, pero toda la alegría y el buen ánimo habían desaparecido de su rostro, y en los ojos traía una mirada dura y fría.

—¿Qué me dices, dulce Marian? —comenzó a decir Robin—. ¿Vamos ya al banquete?

—¿Banquete? —exclamó Marian con una voz de ira cada vez más estridente—. ¿Qué banquete?

—Marian, qué aspecto tan extraño veo en ti —le dijo Robin—. Cuéntame, ¿ha sucedido algo que te cause temor o dolor?

—¡Ah, me encuentro bien! —le dijo Marian de sopetón—. Estoy mejor que nunca.

—Entonces, vayamos al festín con nuestros amigos —insistió Robin, que aún la observaba con cara de preocupación.

—¡Amigos! —exclamó Marian—. ¡Esos no se darán un banquete con este venado! Es demasiado bueno para unos labios tan bastos y rústicos, y son incapaces de abrirlos para dar las gracias por recibirlo. Los huesos de una oveja famélica son más apropiados para ellos. Scarlet, coge el venado, ¡rápido, vamos! Llévaselo a la Madre Maudlin, esa mujer sabia a la que tú llamas bruja, y dile que yo se lo envío: al menos, ella sí lo apreciará y me corresponderá con sus amables palabras de agradecimiento.

—¡Marian! ¿Es cierto esto? —exclamó Robin lleno de asombro—. Amigos, decidme que estoy soñando, que no soy Robin Hood ni esta es mi Marian.

—Desde luego que eres Robin Hood —le soltó Marian—. Eres tú, el que me espía en todo lo que hago y me sigue a todas partes con sus celos y sus agobios… Le daré ese venado a quien me plazca. Yo cacé el ciervo, y voy a disponer de él porque es mío. Y no llamarás bruja a mi buena amiga Maudlin. Vete a tragar cerveza con esos pastores vulgares y con sus mozas, ¡que hoy no soporto más tu compañía!

Y, dicho aquello, se marchó hacia el bosque con paso decidido y los dejó a todos sin palabras.

—Me temo que ha contraído alguna enfermedad —dijo Robin por fin—. Jamás se había comportado así. Voy a ir a buscarla… pero haz lo que ha pedido, Scarlet, y lleva el venado a la Madre Maudlin. Disculpadme, amigos

míos: esto nos ha arruinado la alegría de nuestra diversión, pero confío en que aún podremos enderezar las cosas.

Robin se marchó entonces al bosque y enseguida encontró a Marian sentada junto al río con una pastora llamada Amie que le estaba contando la triste historia de Eglamour y la desaparecida Earine.

—¡Oh, amor mío! —exclamó Marian en cuanto vio a Robin—. Discúlpame por haber estado tanto tiempo separada de ti —dijo y echó a correr hacia él con los brazos extendidos.

Sin embargo, Robin le dijo muy serio:

—¿Y ahora soy tu amor en vez de un espía que te sigue a todas partes con sus celos y sus agobios?

—¿Un espía? ¿Tus celos? —dijo Marian asombrada—. Oh, Robin, ¿a qué te refieres?

—¿No has dejado tú a nuestros invitados después de afirmar que los huesos de una oveja famélica sería lo único apropiado para ellos, y has enviado a Will Scarlet a llevarle el venado a la Madre Maudlin?

—¿Yo? ¿A la Madre Maudlin? —se extrañó Marian—. ¿Eso dice Scarlet?

—No puedes negarlo —dijo Robin—, porque aquí está Lionel, que lo ha oído todo… ¡Y aquí llega el mismo Scarlet!

—¡Ay! —exclamó Marian con lágrimas en los ojos—. Qué broma tan cruel me estáis gastando. Jamás he dicho yo ninguna de esas cosas ni le he enviado el ciervo a la Madre Maudlin. He venido al río a lavarme, y habría regresado de inmediato de no haberme encontrado con Amie y haberme quedado a escuchar la triste historia de la desaparición de Earine.

A esas alturas, Scarlet ya se había unido al grupo.

—He hecho lo que me has pedido —dijo a Marian— y le he llevado el ciervo a la Madre Maudlin.

—¡Ay! —volvió a exclamar Marian—. ¡Todos estáis confabulados contra mí! Yo jamás te he dado esa orden. He estado aquí todo el rato con Amie, desde que os dejé, justo después de que Lionel os hablara sobre el cuervo y la Madre Maudlin.

—¡El cuervo y la bruja! —exclamó Scarlet—. ¡Por Nuestra Señora, sí que hay algo extraño en todo esto! Mi buena señora Marian, ¿deseas que traiga de vuelta el venado?

—Buen Robin Hood —dijo la pastora Amie—, juro ante Dios que la doncella Marian ha estado aquí conmigo durante al menos la última media hora, y, cuando llegó, venía con las manos manchadas de sangre del ciervo y no pretendía sino lavarse en el río.

—Qué extraño es esto —dijo Robin—, pero ¿cómo nos pueden haber traicionado de ese modo nuestros sentidos?

—¡Mirad! —intervino Lionel de repente—. Aquí viene la Madre Maudlin en persona, y Little John viene con ella.

En efecto, allí estaba la anciana, la supuesta bruja: una silueta encorvada con largos cabellos grises y una mirada fiera en aquellos ojos crueles que venía cojeando con brío junto a la gigantesca presencia de su guía.

—Mi buen amigo —dijo Little John en cuanto se hallaron lo bastante cerca—. Aquí está la Madre Maudlin, que quiere hablar contigo. Dice que viene agradecida por cierto obsequio que le ha enviado la doncella Marian.

—¡Así es, gente de buen corazón! —exclamó Maudlin con voz estridente —. Me ha enviado un ciervo, todo un ciervo entero para la pobre vieja de Maudlin, el venado más hermoso que hayan visto mis ojos, cobrado en caza tan justa y en semejante momento, cuando todos vuestros amigos se han quedado con hambre por habérmelo regalado.

—Entonces es cierto —dijo Robin en voz baja.

—¡Qué munificencia para una pobre anciana! —prosiguió Maudlin—. ¡Oh, esto me va a volver loca de alegría!

—Buena madre —dijo Marian—, seguro que ha habido algún error. La carne de este ciervo iba destinada a dar de comer a nuestros buenos amigos los pastores y pastoras de Paplewick, para quienes el mejor venado de todo el bosque de Sherwood jamás será un exceso. Considerad que mis buenos hombres del bosque se han equivocado al llevároslo, o bien, si es que yo les he dado semejante orden, será bajo la influencia de alguna clase de locura. Por eso me atrevo a asegurar, querida Madre Maudlin, que no os lo llevaréis si os lo rogamos, ahora que ya sabéis quiénes son nuestros invitados. Recordad que el ciervo rojo es el plato más selecto de cualquier banquete en los bosques.

—Pero sé bien de vuestra caridad, mi querida señora —gimoteó Maudlin —, y vos os podéis permitir prescindir de este venado que ya no os puedo devolver, porque lo he repartido entre todos mis pobres vecinos de los alrededores de Paplewick.

—¡No os lo he regalado! —exclamó Marian, que se apretaba las manos—. ¡O bien lo han robado, o bien ha mediado algún acto de brujería!

En aquel preciso instante llegó corriendo Will Scarlet y saludó a Robin Hood.

—Mi buen Robin —dijo—, el venado se encuentra de vuelta en tu cocina. Lo he hallado entero en el lugar donde lo tenía guardado la Madre Maudlin, y

nuestro compañero Reynolde lo está preparando para asarlo.

—¿Me hacéis un obsequio y después me lo quitáis? —exclamó Maudlin.

—No, Maudlin —respondió Marian con la mirada encendida—, no os lo hemos quitado, ya que no lo teníais ya en vuestro poder, sino que los habíais repartido entre vuestros vecinos. ¡No he cometido ninguna injusticia!

En ese momento, Maudlin agitó las manos en el aire y se puso a echar maldiciones a gritos sobre aquel banquete y, en especial, sobre el cocinero Reynolde.

El asador detendrá su giro,
abrasará el fuego la carne en un suspiro;
los costillares, las patas y todo el asado,
¡en carbón se convertirá vuestro venado!
Que una hidropesía espantosa y cruel
al cocinero apestoso le hinche la piel,
que sufra el dolor que llamamos la gota
desde el talón hasta la punta de la bota,
¡un calambre le agarrote el cuerpo entero
antes de la cena, a vuestro cocinero!

Así se marchó renqueando, soltando maldiciones a discreción y entonando sus pérfidas estrofas con voz estridente.

—Por la Santa Cruz —exclamó Robin, que se santiguó—, no cabe duda de que es una bruja. La creo capaz de adoptar cualquier forma, como insinuaba Lionel. Y si pudiera verla tan solo una vez más en la forma de Marian, que estoy prácticamente convencido de que la adoptó hace apenas un rato, sabría con seguridad cómo se han aprovechado de nosotros y nos han engañado. Mi dulce Marian, perdóname por haber dudado de ti, y con este beso os conmino a todos a ser testigos de mi penitencia.

En aquel momento subió resoplando el fraile Tuck seguido de otros hombres de Robin.

—¡Tenemos un buen jaleo! —jadeó el fraile—. ¡El pobre cocinero Reynolde acaba de sufrir un ataque de gota o un agarrotamiento repentino! Tiene todo tipo de dolores y molestias, no se tiene en pie, no puede mover las manos ni los pies, ¡y lo que es peor, no puede cocinar!

—¡Entonces sí que está embrujado! —exclamó el pastor Lionel—. Y la Madre Maudlin lo acaba de hacer ahora mismo con sus conjuros y sus maldiciones.

—¿Y qué se ha de hacer? —preguntó Robin.

—¡Hay que encadenarla! —dijo Lionel—. De lo contrario, cometerá alguna fechoría peor. Seguro que lleva encima algún amuleto, o algún cinto mágico, un guardapelo o un talismán.

—Muy bien —dijo Robin—. Little John, George, Scarlet, marchaos algunos con Lionel en busca de esa mujer. Vosotros dos, mi buen fraile y Much, regresaréis y nos haréis la cena, ¡que sería una pena desperdiciarla!

—¡Por los clavos de Cristo, esa sería la peor de todas las penas! —exclamó el fraile Tuck—. ¡Ven aquí, Much: vamos corriendo a salvar nuestra cena!

Y así se marcharon en todas las direcciones. Lionel contó a John y a los demás con numerosos y horrendos detalles que las brujas siempre vivían en cuevas oscuras y profundas junto los camposantos en ruinas y entre las tumbas abiertas, donde hacían unas pociones asquerosas con la triste mandrágora, la mortal belladona, la cicuta estupefaciente y las lenguas de unas víboras venenosas.

Robin y Marian se quedaron allí con la pastora Amie, que les había asegurado que el triste pastor Eglamour pasaría por allí con toda seguridad lamentándose todavía por su difunta amada, y en ese momento podrían detenerlo y consolarlo.

Y, en efecto, Eglamour apareció poco después, caminando como una sombra entre las hierbas altas y los helechos y cantando por su desaparecida Earine:

¡Por aquí solía venir ella! ¡Por aquí! ¡Por allá!
Donde crecen las margaritas, clavelinas y violetas.
Bastaba seguir su rastro para hallar la primavera,
pues no había otra huella que dejara de su pasar,
tan leve que no quebraba una brizna de pasto
ni perturbaba el diente de león aterciopelado,
suave volaba como un soplo de brisa de poniente,
y allá donde iba crecían las flores más persistentes,
las que ella con su paso fragante dejó como simiente.

Al llegar junto a ellos, Eglamour se detuvo, y su voz se fue apagando entre sollozos. Entonces le dijo Robin:

—Mi buen pastor, consuélate. Sé bien que no hay forma de hallar cura para semejante dolor, pero has de luchar contra él, y nosotros te

ayudaremos…

—¡Se ha ahogado! —exclamó Eglamour fuera de control—. ¡Se ha ahogado en el Trent! Tal vez huía de algún vil malhechor, pero ella, tan casta como su nombre, Earine, ha muerto en las frías aguas del río, mi encantadora dama. Y ahora su dulce alma está con nosotros, suspendida en el aire… ¡Oh, querida Earine! ¡Ya voy!

De repente, Eglamour echó a correr por el bosque, pero no lo hizo de forma tan súbita que no les diera tiempo a Robin y a Marian de distinguir claramente la figura de una muchacha que corría ligera por delante de él.

—Por Nuestra Señora —dijo Robin—, es cierto que allí está Earine… o su fantasma.

—O bien, Robin, ¿no crees que Maudlin podría estar tramando alguna otra de sus tretas? —dijo Marian en un grito ahogado.

—¡Iré tras él! —gritó Robin—. ¡Tú quédate aquí con Amie!

Y se marchó corriendo por la verde hierba y entre los árboles.

Poco después perdió de vista a Eglamour, pero de vez en cuando atisbaba la escueta forma que parecía ser Earine, a toda velocidad delante de él.

Finalmente se encontró rodeado de rocas oscuras y árboles abrasados por los rayos de una tormenta, y allí se sintió perdido durante un rato, hasta que por fin oyó unos gritos y el toque de un cuerno que reconoció como el de Little John. Siguió aquellos sonidos y se topó de repente con una casa o casucha oscura construida contra la pared de un cortado y sobre una profunda poza en las rocas donde caía una cascada atronadora y donde el agua se arremolinaba como en un caldero gigante.

Delante de la casa se encontraban Little John y Eglamour, y en la puerta estaba Marian. Robin se detuvo desconcertado y observó la escena sin que lo viesen.

—Estás equivocado, mi buen John, muy equivocado —estaba diciendo Marian—. La gente dice que Maudlin es una bruja, pero eso es falso. Lo único que sucede es que ella es mucho más sabia que otras mujeres, y conoce la cura de muchas enfermedades y heridas. Por lo tanto, déjala en paz, buen John. Regresa con Robin y cuéntale lo que yo digo. Ruégale que deje de perseguirla, que lo haga por el amor que él me profesa, ya que ella es mi amiga querida.

—Tal vez sea cierto eso, lady Marian —dijo Little John entre vacilaciones —, pero es Robin quien debe decidirlo por sí mismo. ¡Aquí me quedo hasta que él regrese!

Y, dicho aquello, hizo sonar de nuevo su cuerno.

Robin salió entonces a la vista de todos.

—Se te da bien correr, Marian —dijo—. Eres más rápida que yo, y aun así…

Pero no tuvo tiempo de decir más, porque Marian, en cuanto lo vio, dio un grito de terror, se dio la vuelta e intentó abrir la puerta de la casucha.

Robin se abalanzó hacia ella y, en ese momento, vio que llevaba puesta una extraña banda en la cintura con una serie de símbolos mágicos bordados… Ya la había visto antes… Pero no en la cintura de Marian… Seguro que era la Madre Maudlin quien lucía aquella especie de faja, ¿verdad?

En el instante en que se abría la puerta, Robin agarró la banda, que se rompió en su mano, y allí la retuvo mientras Marian desaparecía en la oscuridad del interior.

Unos segundos después, Maudlin salió corriendo.

—¡Socorro! ¡Asesino! ¡Auxilio! —chillaba—. No iréis a robarme, ¿verdad, proscrito? ¡Pérfido bandido, devolvedme esa faja que habéis roto!

—¿Era esto alguna clase de círculo hechizado? —le preguntó Robin con aire severo mientras miraba la faja rota que tenía en la mano—. ¿Era esto la causa de nuestros engaños? Veréis, Madre Maudlin, que no hay lugar para alguien como vos en el bosque de Sherwood, ni en Paplewick, ni en ningún otro sitio de los que frecuentan los hombres buenos y las mujeres honestas, así que marchaos de aquí. ¡Ahí va vuestro amuleto! —dijo y arrojó la faja rota bien lejos, al borboteo del agua en la poza bajo la cascada—. ¡Marchaos ya! —le ordenó—. Y si estáis al alcance de la vista dentro de cinco minutos, mis hombres os darán caza como al lobo, y si vuelven a veros alguna vez, tienen mi orden de dispararos con el arco como si fuerais un lobo, lo mismo que haré yo si alguna vez os volvéis a cruzar en mi camino.

La Madre Maudlin se dio la vuelta, y entonces, huyó veloz sin mediar palabra y jamás volvió a ser vista por Paplewick ni por ninguna parte del bosque de Sherwood.

Por su parte, Robin, Little John y Eglamour entraron en la casucha y allí encontraron a Earine sana y salva, aunque atada y amordazada para que no pudiera moverse ni gritar.

Después de haberla liberado y de que Eglamour —recobrado su pleno juicio al ver a su amada— se la hubiese llevado de allí al interior del bosque, Robin y John prendieron fuego a aquella casucha maléfica y no se movieron de allí hasta que quedó reducida únicamente a unos rescoldos y cenizas que dieran fe de dónde había vivido la bruja de Paplewick.

Entonces regresaron felices y contentos al banquete, donde Marian y Amie los esperaban, y el fraile Tuck estaba empezando a servir las sabrosas piezas de venado.

El regreso de Earine produjo un regocijo desbordado, y el fraile Tuck juró que —después de cenar— celebraría dos solemnes matrimonios, no solo el de Lionel y Amie, sino también el de Eglamour y Earine.

—Pero ahora, ¡a cenar se ha dicho! —exclamó—. ¡Eso tiene prioridad sobre todo lo demás!

Y, dicho aquello, se puso a cantar:

¡Al convite del bosque, venid al banquete,
gentes del campo y de corazón alegre!
Tocad el cornetín, tocad, ninfas y mozos,
que aúnen sus cantos llenos de alborozo
y acudan veloces, con gran prontitud
al famoso festín del buen Robin Hood!

19
El final de Guy de Gisborne

¡Recibid vuestro pago en oro,
Sir Guy, tomadlo y disponed!
No deseo en pago más tesoro
que este proscrito a mi merced.

ANÓNIMO,
Función popular de Robin Hood (anterior a 1476)

Era una esplendorosa mañana de primavera con las hojas nuevas ya abiertas de par en par, la hierba lucía fresca y engalanada de margaritas, y los pajarillos trinaban alegres por todos los árboles y los matorrales.

Y el que más fuerte trinaba era un zorzal que se había posado en un espino blanco, tan ruidoso que terminó despertando a Robin Hood, que dormía en la boca de su cueva, cerca del claro secreto del bosque de Sherwood.

—¡Cielo santo! —exclamó Robin al incorporarse, y se encontró con que sus hombres ya iban de aquí para allá por el claro del bosque y preparaban el desayuno—. He tenido un extraño sueño que me ha mantenido durmiendo. He soñado con dos hombres fuertes del bosque que luchaban contra mí, que me vencían, me reducían y me ataban. Entonces me azotaban y me quitaban mi arco… Confío en que este sueño no sea un mal presagio para mí ni para ninguno de nosotros en este día.

—Los sueños son tan ligeros —dijo Little John— que llegan como la brisa que sopla sobre la colina, que por ruidosa que pueda resultar por la noche, puede que ya no haya viento ninguno por la mañana.

—Sin embargo —dijo Robin—, sabemos que el corregidor de Nottingham ha estado reuniendo tropas y enviando espías por el bosque durante este último mes. Trama algo contra nosotros, tenlo por seguro.

—Y estamos listos para ello —respondió Little John—. Todos los senderos que llegan a este claro del bosque están preparados, y los hombres están de guardia día y noche.

—Pues que todos estén atentos desde este día —dijo Robin— y en guardia de manera especial. John, tú y yo nos marcharemos al bosque, a ver si tenemos la fortuna de dar con esos dos hombres de mi sueño.

Así partieron Robin Hood y Little John, y no habían recorrido ni media milla cuando vieron a un hombre vestido como un guardabosques, con la capucha que le ocultaba gran parte de la cara, que estaba apoyado en un árbol con un arco en la mano. En el costado llevaba daga y espada, y lucía un jubón de cuero de caballo.

—Quédate aquí a la sombra de este árbol, mi buen amigo —dijo Little John a Robin—, y yo iré a hablar con ese fornido guardabosques a ver si pretende hacernos algún daño.

Sin embargo, Robin respondió de manera mucho más cortante de lo habitual, tal vez alterado aún por su sueño o con un exceso de protección ante el esperado ataque del corregidor:

—No estoy acostumbrado a enviar por delante a mis hombres cuando nos enfrentamos a un peligro. Te anticipas demasiado, John, y se me ha pasado por la cabeza, incluso, hacerme una buena vara con una rama y darte una buena tunda tan solo para demostrarte que aún soy capaz de dar un par de buenos golpes.

Little John era también un hombre de temperamento airado, pero estaba acostumbrado a aquellos arranques ocasionales de Robin.

—Entonces, dejaré que seas tú quien compruebe si los sueños son veraces o no —le dijo—. Yo seguiré por el camino de Nottingham a ver si todo está tranquilo por allí.

Se marchó John conforme había dicho, y poco después ya iba silbando alegremente por los senderos del bosque y salió al frondoso camino de Nottingham.

No obstante, allí se le quitaron de repente las ganas de silbar, porque en la hierba a un lado del camino yacían muertos dos hombres con sendas flechas en el corazón, y bastó una mirada para que John viese que ambos eran compañeros proscritos y miembros de la banda de Robin. Estaba allí junto a aquellos hombres cuando oyó unos gritos. Will Scarlet salió corriendo al camino, huyendo para ponerse a salvo, y detrás de él toda una tropa de hombres del corregidor con varios de los soldados de sir Guy y dos o tres alguaciles forestales.

Uno de aquellos alguaciles, William Trent —al que John conocía bien por haberle dado una paliza con la vara larga—, se subió a un tronco, disparó una flecha, y Will Scarlet se precipitó al suelo de cabeza.

—¡William Trent, más te hubiera valido que te hubiesen cortado esa mano por la muñeca antes de haber disparado esa flecha! —gritó Little John.

Y no había terminado de decir aquello cuando vibró con un zumbido su arco, y el asesino de Will Scarlet cayó muerto al camino. Tan tremenda fue la fuerza con la que Little John tensó su arco a causa del dolor y la ira que la flecha atravesó a William Trent y dio muerte también a otro hombre que se encontraba detrás de él. Eso sí, la furia de aquella descarga obró también en contra del propio John, porque el arco se rompió en varios pedazos, y, antes de que pudiese desenvainar su espada, ya tenía encima a los hombres del corregidor y se vio atado de pies y manos.

El corregidor se aproximó a caballo y miró a John de arriba abajo.

—¡Aquí tenemos a uno de los peores granujas de todos ellos! —dijo exultante—. Amigo, vas a ir a rastras atado al extremo de una cuerda, por praderas y valles hasta Nottingham, ¡y allí te vamos a colgar en la colina del castillo!

—Si no fuera esa la voluntad de Dios —respondió Little John—, tal vez veáis burlados vuestros propósitos.

—Esta vez no hay escapatoria —le dijo el corregidor con una sonrisa funesta—, porque ¿qué podría hacer vuestra mísera banda de proscritos contra las siete veintenas de hombres que han salido en este día a limpiar el bosque de Sherwood de vuestra manada?

—Que el cielo proteja a mi buen amigo Robin Hood —dijo Little John, y se culpó amargamente por haberlo dejado solo a causa de unas palabras precipitadas.

Mientras tanto, Robin se había dirigido a hablar con aquel solitario guardabosques que lo estaba esperando bajo el árbol.

—Buenos días, buen hombre —dijo Robin con cortesía—. Por el magnífico arco que lleváis en la mano, entiendo que sois arquero, y de los buenos.

—Lo soy —respondió el desconocido con fuerte acento de los condados del oeste—, además de un forastero en estos lares que no es capaz de hallar su camino por estos bosques.

—Acompañadme, entonces —le dijo Robin—, y yo os guiaré en vuestro recorrido. ¿Qué hacéis aquí y adónde deseáis ir?

—Busco a un hombre al que llaman Robin Hood —dijo el desconocido—, al que de buen grado serviría y sería uno más de sus compañeros.

—Es sencillo eso que pedís —le aseguró Robin—. Venid conmigo y os llevaré a donde vive.

Caminaron por el bosque un rato, y el desconocido mantenía siempre la cabeza baja como si anduviese muy pensativo. En más de una ocasión pareció que se iba quedando rezagado, pero Robin siempre estaba atento para aflojar el paso y disculparse por sus prisas.

Y dijo entonces el desconocido:

—Mi buen señor, hagamos una pequeña pausa en este claro del bosque y descansemos.

—Encantado —respondió Robin—, pero, mientras estamos aquí, veamos lo buen arquero que sois.

—Bien pensado —dijo con entusiasmo el desconocido, que encordó su arco y colocó una flecha en la cuerda.

—¿A qué le disparamos? —preguntó Robin—. Aquel tocón de allá debe de estar a más de doscientos metros, y veo en él una mancha de liquen que servirá de blanco.

—¡Bah! —exclamó el desconocido en tono de burla—. ¿Eso es todo cuanto sabéis hacer los de Sherwood? Mirad, en el bosque de Pendle nos mofaríamos de un blanco tan sencillo.

Robin se sonrojó al oír aquello.

—Os pondré una diana de las de Sherwood —dijo enfadado—, de las que pocos hombres en el mundo podrían acertar ni desde cincuenta metros.

Dicho aquello, arrojó al suelo su arco y sus flechas, cruzó el claro con paso decidido y se detuvo para cortar una rama fina de un avellano que comenzó a descortezar con su cuchillo de caza.

—¡Robin Hood! —dijo a voces el desconocido cuando Robin estaba a unos doce metros… y su voz ya había cambiado: no quedaba en ella ningún rastro de acento.

Robin se dio la vuelta de inmediato al oír el sonido de aquella voz, pues la reconoció como la de Guy de Gisborne, aunque el desconocido no se hubiese quitado la capucha.

—Esta será la última ronda —dijo Guy con voz grave, y comenzó a tensar el arco muy despacio, con la punta de su flecha apuntando directamente al corazón de Robin.

—Tan cobarde como caballero perjuro y traidor desleal —dijo Robin en voz baja—. ¿No vais a enfrentaros a mí de forma justa, hombre a hombre y espada a espada? No hay en ello humillación ninguna: soy tan noble de

nacimiento como vos, bien lo sabéis, pero disparar con el arco a un hombre desarmado sí será una vergüenza… Amén de la condena posterior.

Sir Guy se enrojeció un tanto con aquellas palabras de Robin, puesto que los caballeros de noble cuna rara vez son capaces de ahogar la última llama del honor que les corresponde por nacimiento. Se limitó a decir:

—Cuando Robert de Locksley se convirtió en Robin Hood de Sherwood quedó fuera de las leyes de los hombres y traspasó todos los límites del honor. En unos instantes tocaré el cuerno, y con ese toque sabrá el corregidor que Robin Hood está muerto. Y a esas alturas también estarán muertos o cautivos ya la mitad de vuestros partidarios. Pero si queréis entregaros a mí ahora como prisionero, puedo prometeros un patíbulo en Nottingham.

—Entonces elijo una flecha en el bosque de Sherwood —dijo Robin—, ¡si es que sois capaz de clavármela en el corazón!

Se agachó ligeramente mientras hablaba y, acto seguido, con un gesto repentino, arrojó el cuchillo que aún tenía en la mano y se lanzó al suelo de cabeza para tumbarse, todo en el mismo movimiento.

La hoja del cuchillo destelló por los aires al tiempo que vibraba la cuerda del arco de sir Guy: la flecha voló sobre la cabeza de Robin y, cuando sir Guy levantó el brazo para protegerse del cuchillo, la hoja centelleante hizo un profundo corte en el arco, salió rebotado e hirió con un leve arañazo a sir Guy en la mejilla al pasar.

Un instante después, Robin ya estaba de nuevo en pie y con la espada en la mano. Cargó contra sir Guy, que tiró al suelo el arco inutilizado y desenvainó también la espada.

—Desde luego que está será la última ronda —exclamó Robin—, pero el combate ahora está equilibrado, ¡y que Dios defienda al justo!

Fueron el uno al encuentro del otro entre aspavientos y golpes con la espada que hacían saltar chispas.

No fue un combate muy largo. La espada de sir Guy acarició el cuello de Robin, que de inmediato descargó la suya con un grito y alcanzó a sir Guy en el costado… pero la hoja rebotó, y sir Guy apenas se tambaleó ligeramente.

—¡Una cota de malla! —exclamó Robin, que retrocedió a toda prisa para esquivar el golpe de sir Guy en respuesta, y se tropezó con la raíz de un árbol.

—¡Santa María, madre de Dios, intercede ahora por mí! —rezó Robin, que desvió la estocada que lanzó sir Guy en dirección a su cuerpo, y lo hizo con tan magnífico resultado que sir Guy dio un traspié y clavó su espada en el suelo.

En ese instante se salvó Robin, y en el momento siguiente alzó la espada e impactó un golpe de revés ascendente que hendió el hueso frontal de su oponente. Sir Guy de Gisborne se tambaleó de espaldas, la espada se le cayó de la mano y, con un grito terrible, se derrumbó al suelo y murió.

Robin permaneció en el sitio un rato, jadeando y observando el cadáver de su enemigo. Y dijo entonces con una expresión muy seria en el rostro:

—Aquí yace un hombre desleal y deshonrado, pero quizá en su muerte pueda hacer aún algún bien.

Dicho aquello, le cortó la cabeza a sir Guy, se quitó la capucha y envolvió la cabeza en ella. Acto seguido se puso el jubón de cuero de caballo de sir Guy y su capuchón grande de guardabosques. Por último, cogió el cornetín de la bolsa de sir Guy y lo hizo sonar largo y ruidoso.

De inmediato llegó una respuesta desde una distancia no muy lejana, Robin partió enseguida hacia aquel sonido y tan solo se detuvo para colgarse al hombro su propio arco y sus flechas.

El corregidor y el grueso de su tropa aún marchaban por las profundidades del bosque, y cada dos por tres se les iban uniendo grupos desperdigados que traían información sobre los guardias que se iban apostando para impedir que escaparan los proscritos.

Cuando el sonido del cuerno resonó entre los árboles, el corregidor estuvo a punto de caerse del caballo de pura alegría.

—¡Toque a difuntos! ¡Toque a difuntos! —exclamó—. ¡Escuchad eso! ¡El cuerno de sir Guy de Gisborne! Eso significa que ha matado a Robin Hood, ¡la mejor nueva que jamás he recibido! —dijo, y sacó su cornetín y lo tocó en respuesta.

Poco después, Robin apareció caminando con paso ligero por el bosque y cargado con la cabeza envuelta en la capucha ensangrentada.

—¡Por allí llega! —exclamó emocionado el corregidor—. Lo reconozco por su jubón de cuero de caballo, que se ha puesto para esconder la cota de malla de debajo. ¡Venid, mi buen sir Guy, venid y pedidme la recompensa que deseéis!

—No pido ninguna —dijo Robin, que mantuvo su rostro tan oscurecido como pudo e imitó la voz de sir Guy—, porque siempre he aborrecido a este hombre cuya cabeza os traigo, y la enemistad que había entre nosotros no podía tener más final que por medio de la muerte. Ahora bien, si acaso debéis complacerme, esto es lo que os solicito: así como he dado muerte al señor, entregadme al siervo para que le dé muerte como y cuando me plazca.

Robin se dio la vuelta rápidamente y señaló a Little John, que ahora yacía en el suelo atado con otros varios de los proscritos.

—Una elección disparatada cuando podríais haber dispuesto del oro con solo pedirlo —dijo el corregidor—, pero sea como decís, os lo entrego a vuestra merced. Ahí está ese hombre al que llaman Little John: vuestro es para que le deis muerte.

Cuando Little John oyó aquello, pensó que estaba soñando, y más aún cuando Robin se arrodilló a su lado cuchillo en mano y comenzó a cortar sus ataduras, susurrándole:

—¡Soy yo, Robin Hood! Cuando te hayas soltado, espera a que yo dé la orden y coge mi arco y mis flechas, que voy a dejar en la hierba a tu lado, y así por lo menos venderemos nuestra vida mucho más cara de lo que el corregidor se imagina ni en sueños.

Tras soltar a Little John, Robin se desplazó rápidamente al siguiente cautivo, y ya había cortado las ataduras de otros dos miembros de su compañía antes de que el corregidor se percatase de lo que estaba haciendo.

—¡No, no, sir Guy! —exclamó—. Os he concedido la vida de uno de ellos, no de tres.

—¡Aun así, me llevaré otra! —gritó Robin, que se quitó la capucha de sir Guy, se lanzó sobre el más cercano de los hombres del corregidor y en un instante lo había dejado ya muerto en el suelo y había cogido su espada, su arco y sus flechas.

—¡A mí, Little John! —gritó, y de inmediato se puso en pie Little John con una flecha en el arco y se situó junto a él.

—¡Es Robin Hood… o es el mismo demonio! ¡Acabad con él! —chilló el corregidor, que se cayó de espaldas del caballo justo a tiempo de esquivar una flecha que alcanzó en el cuello al hombre que se encontraba detrás de él.

Robin y John descargaron las flechas con rapidez y precisión, pero los enemigos eran demasiados, de manera que se vieron en la necesidad de tirar los arcos y defenderse con las espadas.

En un instante, Robin hizo una pausa en la lucha y, a costa de un infinito riesgo, sacó su cuerno, lo hizo sonar con un toque desgarrador y siguió combatiendo. Los otros dos proscritos recién liberados recogieron unas espadas que había junto a los hombres caídos a causa de sus flechas, y se unieron al combate con denuedo.

Por muy valientes que fueron en el combate, se habrían visto superados por simple cuestión de inferioridad numérica antes de que hubiese podido

llegar la ayuda de no haber sido por una interrupción tan repentina como inesperada.

Un caballero que lucía una armadura negra de la cabeza a los pies llegó por el camino a lomos de un gran corcel negro. En cuanto vio aquel tropel, se bajó el visor del yelmo y se acercó.

De forma repentina, descolgó un hacha enorme que llevaba colgada del pomo de la silla de montar, espoleó al caballo hasta colocarse en medio de los hombres del corregidor y gritó con una voz sonora:

—¿A qué viene esto, tantos contra tan pocos? ¡Atrás, malditos lobos! ¡No consentiré que semejante hueste se lleve por delante a cuatro hombres! ¡Atacad, hombres del bosque! ¡San Jorge, por Inglaterra!

Ante aquel ataque inesperado, muchos de los hombres del corregidor rompieron filas y huyeron, y el primero en hacerlo fue el propio corregidor, que había vuelto a montar a lomos de su caballo, le clavaba las espuelas y regresaba hacia Nottingham sano y salvo a excepción de una flecha que Little John consiguió plantarle en las posaderas en el momento en que doblaba un recodo para desaparecer de su vista.

El Caballero Negro tan solo se detuvo un instante para vociferar:

—¡Deteneos, perros sarnosos, u os llevaré a palos de vuelta a vuestra perrera!

Acto seguido salió al galope por el camino detrás del corregidor y aquellos de sus hombres que iban a caballo, y desapareció. Sin embargo, en aquel momento aparecieron por todas partes los hombres de Robin en respuesta al toque de cuerno, y el resto de la gran tropa del corregidor depuso las armas y se rindió o salió huyendo para ponerse a salvo.

—¿Dónde está Will Scarlet? —preguntó Robin de repente.

—He llegado demasiado tarde para salvarlo —respondió Little John lleno de tristeza—. Eso sí, antes de que me prendiesen he conseguido acabar con ese tal William Trent, el hombre que lo ha matado.

El gesto de Robin se oscureció.

—Trent —dijo—, ¿el capitán de los alguaciles forestales? Que ninguno de sus alguaciles sobreviva a este día. En cuanto a los hombres del corregidor, en su mayoría no son más que unos pobres siervos a los que ha obligado a servirle. Despojadlos a todos y dejadlos solo con la camisa, maniatadlos en la espalda y colgadles del cuello un ronzal y que regresen descalzos a Nottingham. Toma tú el mando aquí, Little John, que yo voy a perseguir a los alguaciles.

Allá se marchó Robin, corriendo ligero por aquel bosque del que conocía cada sendero y cada atajo, hasta que llegó a lo alto de la colina que descendía hacia Nottingham. Más abajo discurría el camino, y por él corrían huyendo varios de los hombres del corregidor. Robin los dejó pasar, pero en cuanto divisó a un grupo de alguaciles del bosque con su manto de paño verde de Kendal, gritó con voz potente:

—¡Alguaciles del bosque de Sherwood! Me cobro mi venganza tan solo de vosotros, porque en este día habéis asesinado a mi amigo Will Scarlet. Ahora corred hacia Nottingham: ¡tan solo hay una milla hasta las puertas! El que las cruce sobrevivirá, pero dispararé mientras estéis en el camino, ¡y las flechas de Robin Hood no yerran!

Los quince alguaciles se dieron la vuelta y dispararon a Robin, que se encontraba en la colina por encima de ellos, pero su miedo era tal que no lo alcanzaron con una sola de sus flechas. Entonces arrojaron los arcos y salieron huyendo a todo correr.

Robin sacó quince flechas de su aljaba y las dejó en la hierba, ante sí. Colocó la primera en el arco, lo tensó y disparó al último de los alguaciles, que se encontraba a muchos cientos de metros de él.

—¡Uno! —gritó cuando la flecha salió veloz, y el hombre cayó de bruces en el camino—. ¡Dos! —Y cayó muerto el siguiente.

Y así fue tensando el arco y disparando una flecha detrás de otra, y tan grande era su dolor y tan intensa su ira por la muerte de Will Scarlet, que cada una de aquellas flechas significó la muerte de un hombre, si bien el último en caer se encontraba ya a menos de un centenar de metros de las puertas de Nottingham. Sí, aunque la distancia que los separaba era de casi una milla, la última flecha zumbó con viento y alcanzó al hombre en la parte posterior del cuello: la distancia más larga que jamás hubiese disparado un hombre con un arco largo.

Poco después, la gente de Nottingham —que había contemplado aquella hazaña de Robin con el arco— salió temblorosa y atemorizada y recogió los quince cadáveres. Les dieron sepultura a uno tras otro, codo con codo, en el camposanto de la iglesia de San Miguel de Fox Lane junto a Nottingham; allí hallaron uno tras otro los huesos de seis de ellos hará unos doscientos años, y allí los volvieron a enterrar como testimonio del asombroso arquero que fue Robin Hood.

20
El cornetín de plata y el Caballero Negro

Grandes y afamadas hazañas de caballería,
las del campeón que retornó de Palestina;
aquella gran cruz que el hombro le cubría
por el combate perdió el color y vino raída.
Su escudo maltratado lucía una hendedura
por cada batalla librada en su aventura.

SIR WALTER SCOTT,
Ivanhoe (1802)

La noticia de una competición de arqueros siempre atraía a Robin Hood y lo hacía salir de Sherwood, por elevado que fuese el peligro, y no muchos días después de la muerte de Will Scarlet y la huida en desbandada del corregidor y sus hombres, Robin se marchó en dirección a Ashby-de-la-Zouche, en Leicestershire.

El príncipe Juan iba a celebrar allí un gran torneo, pero el peligro para Robin no era en este caso tan grande como en la ocasión en que ganó la flecha de plata en Delamere, ya que el príncipe Juan —aunque había aumentado mucho su poder— no fue aceptado como rey de Inglaterra de ninguna de las maneras. Corría el rumor de que Ricardo volvía a estar libre de su cautiverio austriaco… Corría incluso el rumor de que se encontraba en Inglaterra. Juan no se creía nada de aquello, pero su política era la de contentar a tantos de sus futuros súbditos como fuera posible: el torneo era tanto para sajones como para normandos, y Robin sabía que, fuera lo que fuese que pudiera suceder en secreto, el príncipe Juan jamás intentaría prenderlo en medio de una muchedumbre como la que se congregó en Ashby-de-la-Zouche.

Los principales eventos del torneo, por supuesto, eran para los caballeros. El primer día había una justa con lanza en la que los caballeros cargaban al galope el uno contra el otro con su armadura completa y trataban de descabalgar a su oponente. El vencedor de esta justa fue un caballero

desconocido, que al día siguiente encabezó uno de los bandos de una «batalla escenificada» que bien podría haberse vuelto muy real. El otro bando lo encabezaba sir Brian de Bois-Guilbert —que había terminado en segundo puesto en la justa—, y lo acompañaban diversos barones normandos, todos ellos bien conocidos por su crueldad y la opresión que ejercían… Todos ellos partidarios del príncipe Juan.

La batalla encarnizada duró toda la mañana, y no habría acabado nada bien para el caballero desconocido de no haber auxiliado a su bando el mismo Caballero Negro que de manera tan misteriosa había acudido en ayuda de Robin en Sherwood no tantos días atrás. El Caballero Negro no participó apenas en el combate hasta que su bando dio señales de ir a sufrir una derrota; entonces, su furia en la lucha y la poderosa fuerza de sus golpes entregaron la victoria de aquel día al caballero desconocido, que resultó ser un tal sir Wilfred de Ivanhoe, de ascendencia sajona y uno de los amigos más fieles del rey Ricardo. Sir Wilfred fue herido en el combate, y se desmayó en el instante en que la dama lady Rowena —a la que él mismo había elegido Reina del Torneo tras su victoria en la jornada previa— le colocaba la corona en la cabeza.

Cuando se lo llevaron para atenderlo, el príncipe Juan declaró que había llegado el momento del concurso de los arqueros.

En un principio se presentaron más de treinta paisanos, pero cuando reconocieron a Robin Hood entre los participantes que competirían por el premio, cerca de tres cuartas partes de aquellos hombres se retiraron.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el príncipe Juan, que estaba sentado en lo alto de la tribuna entre los señores y las damas que habían acudido a presenciar el torneo.

—Lo llaman Locksley —respondió el preboste de la liza.

—¡Locksley! —El príncipe Juan dio un respingo al oír aquel nombre, se inclinó y estudió al arquero con más detenimiento—. Eso pensaba —dijo entre dientes.

En aquel instante, Robin alzó la cabeza y cruzó la mirada con el príncipe. El regente hizo un gesto como si fuera a ordenar el arresto de Robin, pero uno de sus consejeros lo contuvo de inmediato.

—Escuchadme, Locksley… o como hayáis elegido haceros llamar ahora —dijo el príncipe Juan una vez recuperado un cierto temple.

Robin se dio la vuelta y se inclinó respetuoso ante el príncipe.

—¿Qué desea de mí vuestra alteza? —le preguntó.

—Os conozco, Robert Fitzooth… —comenzó a decir el príncipe con salivazos que se le escapaban de entre los dientes de pura ira reprimida.

—Mi nombre es Locksley, alteza, si no os importuna —interrumpió Robin con buenos modales.

—¡Sí me importuna! —le soltó el príncipe Juan—. Pero aun así, aquí estaréis a salvo, tal y como sin duda os habréis percatado ya antes de confiaros así en mi presencia.

Robin no ofreció contestación ninguna ante aquello, y la competición comenzó. Uno por uno, los arqueros fueron dando un paso al frente y disparando dos flechas de las cuales algunos fallaron hasta el punto incluso de no acertar en la diana, y solo dos alcanzaron el amarillo dorado, ambas lanzadas por un tal Hubert, capitán de los alguaciles forestales del real bosque de Needwood.

—Veamos, Locksley —dijo el príncipe Juan—, ¿vais a medir vuestra destreza con Hubert, o le cederéis el premio del cornetín de plata?

—No sé si merece la pena disparar a esa diana —respondió Robin—, pero voy a probar fortuna con una condición: que cuando haya disparado dos flechas a aquella diana de las que utiliza Hubert, él habrá de disparar una al blanco que yo elija, sea cual sea.

—Eso me parece justo —respondió el príncipe Juan—, y así se hará. Escuchadme bien, Hubert, si derrotáis a este fanfarrón, os llenaré ese cornetín de peniques de plata.

—Uno solo hace lo que puede —dijo Hubert impasible—, pero mi abuelo luchó con su buen arco en Hastings, y confío en no deshonrar su memoria.

—Fueron muchos los buenos arcos que lucharon en la colina de Senlac —respondió Robin, que mencionó la batalla por su nombre sajón—, pero fue uno solo el bando que descargó al azar sus flechas por los aires, y fue una de aquellas la que alcanzó al rey Harold en el ojo.

El príncipe Juan se puso rojo de ira ante aquella provocación:

—¡Bravucón insolente! —exclamó el príncipe—. Si no justificáis vuestras bravatas venciendo a Hubert, os despojaremos del verde de Lincoln y os azotaremos con la cuerda de un arco hasta expulsaros de la liza por fanfarrón y mentiroso.

—No es justa la competición que proponéis —dijo Robin—, pero aun así me jugaré la piel en ella… Vos disparáis primero, amigo Hubert.

Ante aquel apremio, Hubert tan solo aguardó a que situaran una nueva diana y disparó su flecha, que se clavó en el oro, pero un poco desviada hacia un lado.

—No habéis tenido en cuenta el viento, Hubert —dijo Robin—, porque, de lo contrario, ese tiro habría sido mejor.

Y mientras decía aquello, el propio Robin disparó una flecha y, aunque cualquiera diría que apenas se había molestado en mirar al blanco siquiera, alcanzó el oro un par de centímetros más cerca del punto blanco que la de Hubert.

—¡Santo cielo! —exclamó enfurecido el príncipe Juan—. Como permitáis que os derrote este bellaco traidor, os mereceréis el patíbulo.

—Aunque vuestra alteza me cuelgue —respondió Hubert con obstinación—, yo solo hago lo que puedo. No obstante, mi abuelo luchó con su buen arco…

—¡El demonio se lleve a vuestro abuelo! —lo interrumpió el príncipe Juan—. ¡Disparad, hombre, y haced vuestro mejor disparo o será peor para vos!

Aquello alentó a Hubert a colocar otra flecha en su cuerda y, al tener en cuenta esta vez la leve brisa, apuntó tan bien que la saeta impactó en el mismo centro de la diana.

—¡Hubert! ¡Hubert! —gritaron los espectadores, exultantes al ver el éxito de uno de los lugareños—. ¡Ha dado en el centro! ¡Hubert gana!

—¡Eso no lo podéis mejorar, Locksley! —se burló el príncipe Juan en tono insultante.

—Aun así, dejad que haga yo por él la muesca de su astil —respondió Robin, que hizo volar su flecha, esta vez con un poco más de cuidado, y partió en astillas la de su oponente y dio en el blanco.

—Y ahora, alteza —dijo Robin en voz baja sobre el grito ahogado del gentío en su asombro ante aquel tiro y mientras el príncipe Juan se mordisqueaba el bigote de ira sorda—, os pido permiso para colocar un blanco de los que utilizamos en Sherwood.

Dicho aquello, Robin se encaminó hacia el seto más cercano y regresó con una rama fina de sauce de unos dos metros de largo, perfectamente recta y no mucho más gruesa que el pulgar de un hombre. Se puso a descortezarla y, mientras tanto, insistió en que era un insulto pedirle a un magnífico arquero como Hubert que disparase a una diana del tamaño de un almiar en el campo de un granjero.

—Aun así —concluyó al dirigirse a clavar la rama en el suelo y regresar con el príncipe Juan—, del que alcance aquella vara a un centenar de metros diré que es un arquero digno de portar el arco y la aljaba ante cualquier rey, incluso ante nuestro buen Ricardo Corazón de León en persona.

—Mi abuelo luchó con su buen arco en la batalla de Hastings —exclamó Hubert indignado— y nadie le pidió jamás que disparase a un blanco como ese en toda su vida, y yo tampoco lo haré. No hay hombre vivo sobre la faz de la tierra que sea capaz de alcanzar semejante blanco, y si este hombre lo hace, dirá que es diablo en persona y de buen grado le cederé el premio a él.

—¡Perro medroso! —exclamó airado el príncipe Juan—. Muy bien, Locksley, partid esa ramita… ¡O por lo más sagrado que lo vais a lamentar!

—Haré lo que pueda —respondió Robin—. Como dice Hubert, no se puede hacer más.

Mientras decía aquello, tensó el arco, pero en esta ocasión observó su arma al detalle y cambió la cuerda después de considerar que los dos tiros anteriores la habían deshilachado ligeramente y había perdido su redondez. Entonces apuntó muy despacio y con mucho detenimiento, y disparó mientras el público contenía la respiración. La flecha partió la rama de sauce, y todos los asistentes irrumpieron en un aplauso estruendoso. Ni siquiera el príncipe Juan pudo abstenerse de decir:

—Muy bien, Locksley, habéis cumplido bien vuestros alardes. Aquí tenéis el cornetín de plata, y me atrevo a jurar que no ha de haber otro arquero en Inglaterra capaz de hacer lo que habéis hecho vos. Id en paz, pero recordad que he jurado cobrarme cierta venganza, y habrá de caer con todo su peso sobre el hombre al que concierne cualquiera que sea el nombre con el que se pueda disfrazar.

Robin hizo una reverencia en silencio, aceptó el cornetín, lo guardó en su morral y se perdió de inmediato entre la multitud.

El príncipe Juan, que ya se arrepentía de su generosidad, se volvió hacia sir Brian de Bois-Guilbert —que estaba sentado detrás del príncipe— y le dijo:

—¿Sabíais que aquel arquero fanfarrón no era otro que Robin Hood, el famoso proscrito del bosque de Sherwood?

—Ya lo sospechaba —respondió sir Brian—. ¿Es vuestro real deseo que vaya tras él y lo haga prisionero?

—No os prohíbo hacerlo —respondió el príncipe Juan con cuidado— y, ciertamente, preferiría que recibáis vos el precio que hay sobre la cabeza de Robin Hood antes que cualquier otro hombre a quien conozca…

Sir Brian no esperó más, abandonó la tribuna real, reunió a sus hombres y se marchó cabalgando hacia el interior del bosque.

Sin embargo, sir Brian no se marchó de Ashby-de-la-Zouche con tanta premura para capturar a Robin Hood. En otro lugar se habla de cómo Sir

Wilfred de Ivanhoe cayó prisionero de Bois-Guilbert en el castillo de Torquilstone, y que lo mismo le sucedió a la dama Rowena, de cómo Cedric el sajón escapó de allí después de haberse intercambiado la ropa con Wamba el bufón, de cómo fue que Robin Hood acudiese a su rescate con todos sus hombres y que el misterioso Caballero Negro saliera cabalgando del bosque una vez más en ayuda de todos ellos.

Después de la caída de aquel castillo, el Caballero Negro recorrió a caballo un pequeño tramo de regreso hacia el claro secreto del bosque con Robin y, al despedirse, le hizo la promesa de regresar.

—Y si sentís la amenaza de algún peligro, noble señor —añadió Robin—, siempre que os encontréis en Sherwood, sabed que, ya sea yo o ya sea cualquiera de mis hombres, acudiremos de inmediato en vuestra ayuda con que hagáis sonar nuestra llamada con el cornetín. Tocad tres veces así: *wa-sa-hoa*. ¡Probad a ver si sois capaz!

Cuando el Caballero Negro tocó la llamada, le dio las gracias a Robin Hood y se marchó a caballo por el bosque.

Y no pasó mucho tiempo antes de que tuviese necesidad de la ayuda de Robin, ya que el príncipe Juan, que sospechaba quién era aquel caballero, había enviado tras él al más leal de sus partidarios —el barón Fitzurse—, que partió de Ashby-de-la-Zouche con seis hombres para abordarlo en Sherwood y asesinarlo allí mismo.

Iba cabalgando el caballero entre los árboles con la única compañía del bufón Wamba cuando los traidores se acercaron silenciosos por ambos lados.

Fue Wamba el primero en percatarse de su presencia.

—Tenemos compañía, y es peligrosa —dijo el bufón.

—¿Cómo dices? —le preguntó el Caballero Negro.

—He visto el destello de una armadura detrás de los arbustos —respondió Wamba—. Y, si nuestros acompañantes fuesen gente honesta, habrían seguido por el camino en lugar de seguirnos a nosotros con sigilo.

—A fe mía que tus palabras son sabias —dijo el caballero y se cerró la visera del yelmo conforme hablaba.

Apenas había terminado de hacerlo cuando tres flechas salieron volando en el mismo instante desde aquel punto sospechoso entre los matorrales. Una de ellas rebotó en su yelmo, y las otras dos golpearon inofensivas contra el escudo.

Sin un solo instante de vacilación, el Caballero Negro clavó espuelas y cargó hacia el lugar del que procedían las flechas. Se encontró con seis o siete soldados que corrían hacia él con sus lanzas a toda velocidad. Tres de ellas

golpearon contra él y se hicieron astillas con las mismas y escasas consecuencias que si hubieran cargado con ellas contra una torre de acero. Fue como si en los ojos del Caballero Negro ardiese un fogonazo de ira incluso a través de la pequeña mirilla de la visera.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

Sin embargo, los hombres volvieron a cargar contra él por todos lados al grito de «¡Muerte al tirano!».

—¡Por san Jorge! ¿Tenemos aquí a unos traidores? —rugió el caballero, que cargó contra ellos y fue derribando a un hombre con cada golpe.

Cuando los que aún quedaban en pie hubieron retrocedido, un caballero de armadura completa salió de repente de entre los árboles, a la carga contra él, y dejó muerto a su caballo en el suelo.

En ese mismo momento, Wamba se llevó el cornetín a los labios y tocó la llamada que Robin Hood había enseñado al Caballero Negro en su presencia.

El caballero traidor cargó de nuevo en un esfuerzo por ensartar al Caballero Negro y dejarlo clavado en un árbol con su lanza, pero un afortunado golpe de la espada de Wamba los derribó a él y a su caballo. Aquel combate, tan encarnizado como desigual, se extendió durante un largo rato, y el Caballero Negro comenzaba a agotarse en su defensa de los ataques que recibía de varios sitios al mismo tiempo. De repente, una flecha centelleó en la luz del sol, y uno de sus atacantes cayó al suelo muerto. Un instante después apareció ante sus ojos un grupo de los proscritos encabezado por Robin Hood y el fraile Tuck y se ocupó del resto de los atacantes, que no tardaron en yacer muertos o heridos de muerte.

—Os lo agradezco, mi buen Robin de Locksley —dijo muy solemne el Caballero Negro—. Ahora, os ruego que retrocedáis un poco mientras hablo con este caballero que ha dirigido tan traicionero ataque contra mí.

Se inclinó sobre el barón Fitzurse y habló con él en voz baja durante un rato. Acto seguido, dado que no había sufrido herida alguna, le ordenó que se levantara y se marchase.

—Acompañadnos, mi buen caballero —le rogó Robin después de que el Caballero Negro le diese una vez más las gracias por una ayuda tan oportuna —. Os agasajaremos como es debido.

—No será esta vez, mi buen amigo, pero tened la seguridad de que no tardaré mucho en venir a buscaros —dijo el Caballero Negro, que se subió entonces a lomos del caballo de Wamba y se alejó despacio, con el bufón a pie, a su lado.

Robin se quedó mirándolo, sumido en sus pensamientos.

—Por Nuestra Señora —le dijo por fin al fraile Tuck—, tampoco me sorprendería en absoluto que aquel caballero no fuese otro que el mismísimo Ricardo Corazón de León.

21
Robin Hood y el peregrino alto

¡Ay, cuando retorne el rey!
Como el trino de los pájaros en abril
suena en mis oídos el regreso del rey.

ALFRED NOYES,
Robin Hood (1926)

Los rumores sobre el regreso de Ricardo corrían por doquier, y el príncipe Juan —lleno de ira, frustración y desilusiones— se retiró a Nottingham y se dedicó a tramar planes a la desesperada con su amigo y aliado el corregidor.

Algunos de sus partidarios fueron hasta allí a visitarlo, y entre ellos se encontraba el obispo de Hereford. Juan lo recibió con generosidad, le entregó una cierta cantidad de dinero y lo envió de vuelta a su ciudad para que organizara allí una revuelta contra el rey Ricardo.

—Mi señor —dijo el obispo—, viajo en una compañía reducida, y el camino que pasa por Sherwood está sembrado de proscritos. ¿No vive allí ese tal Robin Hood, cuya fama de ladrón tanto se menciona y se canta por todo el país? Mi señor, he de reclamaros la protección de una tropa de soldados que me acompañe.

—No —respondió Juan pensativo—. Cierto es que ese Robin Hood se vuelve más y más audaz, de manera que un grupo pequeño pasará desapercibido, mientras que uno grande sería atacado sin la menor duda. Y si el bandido os aborda, decidle que lleváis dinero para promover la causa del rey Ricardo: lo más probable es que os doble la cantidad que lleváis y os envíe de nuevo al camino. Ahora mismo, ese hombre está en abierta rebeldía contra mí.

Con aquella información, y muy temeroso, el obispo partió de Nottingham por el camino de Sherwood con su compañía de menos de una docena de hombres.

En cuanto se marchó, el príncipe Juan mandó preparar su caballo y, con un grupo escogido de entre sus partidarios más acérrimos, partió por senderos más secretos hacia el interior del bosque de Sherwood con la guía de un guardabosques, uno de los pocos que no habían caído cuando Robin Hood derribó a los quince alguaciles forestales tras la muerte de Will Scarlet.

En la colina que separaba Nottingham del lindero del bosque, un palmero de alta estatura estaba sentado a lomos de su caballo tan inmóvil como una estatua y observaba a todo aquel que iba y venía de la villa. Bajo su túnica de peregrino vestía camisa y perneras de cota de malla; bajo la capucha de palmero llevaba un casquete de acero, y en el costado portaba un espadón.

En aquel momento vino un hombre que llegó corriendo a toda prisa por el campo y habló brevemente al palmero. El peregrino lo escuchó, y su rostro adoptó una expresión grave. Le dijo unas palabras al mensajero, que lo saludó y regresó corriendo por donde había llegado.

Poco después, el obispo de Hereford y su pequeña cabalgata ascendieron la colina con ritmo lento; el peregrino salió entonces a su paso y le ofreció un humilde saludo.

—Mi señor —le dijo—, os ruego me permitáis cabalgar con vos por el bosque. He oído que hay proscritos por la zona, y en tan reverenda compañía como la vuestra me sentiría más seguro que si continuara solo.

—Sois bien recibido si deseáis acompañarnos, santo palmero —respondió el obispo—, aunque mucho me temo que será poca la protección que podrán ofreceros mis hombres en caso de que nos ataque Robin Hood.

Recorrieron los frondosos caminos del bosque y, hacia el mediodía, llegaron a un trecho largo y cubierto de hierba donde había escasos árboles desperdigados. Debajo de uno de aquellos árboles, no muy lejos del camino, había una media docena de hombres vestidos con el manto basto de los pastores que estaban desollando y descuartizando un ciervo recién cazado.

Con la tremenda indignación de quien se considera virtuoso, el obispo se acercó a caballo hasta ellos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —les preguntó—. ¿Y cómo os atrevéis a matar los venados del rey en contra de lo que dictan las leyes forestales?

—Somos pastores —respondió el cabecilla— y solemos quedarnos con nuestras ovejas en los pastos de Belvoir, pero hemos decidido que hoy nos vamos a divertir, así que hemos matado este espléndido ciervo para la cena.

—¡Seréis insolente! —se asombró el obispo—. La ley de la corona hará que lo lamentéis. Apresuraos y venid conmigo, que vais a presentaros ante el príncipe Juan, que suele colgar a los cazadores furtivos por su grave delito.

—¡Tened piedad, tened piedad! —exclamó el pastor—. ¡Os ruego vuestro perdón! Que arrebatar tantas vidas tan solo hará mal a un hombre de vuestra piadosa y reverenda profesión.

—¡Nada de piedad, nada de piedad! —respondió el obispo en imitación del pastor—. No hay piedad para los que son como vosotros, así que daos prisa, ¡y espero que el príncipe Juan os cuelgue a todos!

Entonces, el pastor sacó un cuerno de debajo de su manto y lo tocó tres veces.

Al tiempo que el obispo se quedaba sentado y boquiabierto a causa de la sorpresa y un temor creciente, el bosque se abrió a su alrededor y dio paso a unos arqueros fornidos de verde de Lincoln que acudieron corriendo, y los pastores se despojaron también de su manto y mostraron que también iban vestidos como hombres del bosque.

—¿Qué deseas, mi buen amigo? —preguntó Little John con una leve reverencia ante el cabecilla de los pastores.

—Aquí tenemos al obispo de Hereford —respondió Robin Hood mientras terminaba de desprenderse de su disfraz—. Propone colgarnos a todos, y no está dispuesto a apiadarse de nosotros.

—¡Pues córtale la cabeza y entiérralo bajo este mismo árbol! —dijo Little John.

—¡Oh, piedad, piedad! —gritó el obispo, que se cayó del caballo y se arrodilló ante Robin—. ¡Tened piedad de mí! De haber sabido que erais Robin Hood, me habría ido por otro lado.

—¡Nada de piedad, nada de piedad! —respondió Robin, y ahora era él quien imitaba al obispo—. Así que apresuraos y venid conmigo a mi morada. Little John, véndale los ojos, y haced lo mismo algunos de vosotros con sus acompañantes. Y coged el venado.

El peregrino alto, que había estado observando la escena, intervino entonces por primera vez.

—Buen Robin Hood —dijo—, no formo parte del grupo de este hombre, sino que cabalgaba con él por tener compañía. Aun así, no me puedo quedar aquí sentado mientras dais muerte a un obispo y no mover un dedo para ayudarle. He luchado en Tierra Santa con el rey Ricardo, y la Cruzada se hizo contra el infiel sarraceno y en defensa de la Santa Madre Iglesia.

—Buen palmero —contestó Robin con cortesía—, no tengo ninguna desavenencia con vos, y os invito a que nos acompañéis y probéis nuestra hospitalidad, y tened por seguro que no se hará sino justicia. Pero antes habéis de jurar por el Santo Sepulcro por el que habéis luchado que, si no os vendamos los ojos, jamás traicionaréis el secreto del camino que lleva a mi morada.

—Lo juro —respondió solemnemente el peregrino.

Y así partieron, con Robin a modo de escolta del caballo del obispo por un lado y Little John por el otro, «¡no vaya a ser que su reverencia se tope con ladrones!».

Mientras tanto, la doncella Marian se había quedado a solas en el claro secreto del bosque con la única compañía de Bettris, la esposa de George-a-Greene.

Se sentaron ante la entrada de la cueva y se pusieron a charlar y a amarrar las plumas grises de ganso al astil de las flechas mientras la mañana iba dando paso al mediodía.

—Robin estará pronto de regreso —dijo Marian—. Ha tenido noticia de que el obispo de Hereford iba a pasar por el bosque esta misma mañana, ¡así que podemos esperar invitados para la cena!

—¡Espero que paguen bien! —se rio Bettris—. Y espero que…

Se quedó callada de forma repentina y clavó la mirada en los helechos.

—¿Qué pasa, Bettris? —preguntó Marian.

—¡Me ha parecido ver un rostro allí, entre los helechos! —respondió Bettris—. ¡Sí, allí! ¡Todavía se mueven!

No había terminado de hablar cuando se abrió el matorral de helechos y salió el príncipe Juan al claro del bosque seguido de un pequeño grupo de soldados.

De inmediato, Marian susurró algo a Bettris —que se apresuró hacia el interior de la cueva— y se dio la vuelta sin miedo para enfrentarse al príncipe Juan.

—¡De manera que aquí tenemos a la tigresa en su guarida! —exclamó él —. Por fin, Marian, nos volvemos a encontrar después de todos estos años, y para no separarnos tan rápido como la última vez… Vamos, no tenéis escapatoria. Nuestros caballos aguardan detrás de las rocas con mi buen guardabosques, el que por fin ha dado con vos. Robin Hood está demasiado

atareado con el buen obispo de Hereford: ¡ya me he asegurado yo de eso antes de venir a buscaros!

Marian retrocedió rápidamente, cogió un cuerno que llevaba en el cinto y tocó el *wa-sa-hoa*. Acto seguido agarró la espada que le había traído Bettris y se puso a la defensiva.

—¡Atrás, bestia salvaje! —vociferó al príncipe Juan—. Seáis príncipe o no, esta espada os separa de mí, y sé utilizarla tanto como cualquier hombre, para defenderme hasta que llegue Robin.

—¡Rápido! —exclamó el príncipe Juan sus hombres—. ¡Atrapadla, y fuera de aquí enseguida! ¡Maldita sea vuestra parsimonia! Si la hubieseis capturado antes, no habría podido hacer sonar ese cuerno. Ahora, cada segundo en que nos retrasemos estaremos en peligro.

Dos de los soldados se echaron encima de Marian, que desarmó a uno de ellos con un rápido giro de la muñeca y, a continuación, tras unos instantes de maniobras desesperadas con el acero, dejó muerto al segundo en el suelo mientras Bettris tumbaba al primero de los atacantes con un golpe de garrote que parecería digno del mismísimo George-a-Greene.

Por experta luchadora que fuese con la espada, Marian no pudo resistir mucho tiempo contra cinco soldados, y, aunque hirió de gravedad a uno de ellos y le arrebató la espada de la mano a otro, finalmente se vio superada.

—¡Ya la tenemos! —exclamó exultante el príncipe Juan—. Venid rápido, hermosa mía, o tendremos a ese sabueso de Huntingdon pisándonos los talones y ladrando desesperado por su perra.

Con el fulgor del desprecio y la aversión en la mirada, Marian le propinó una buena bofetada al príncipe en la cara.

El príncipe soltó un juramento airado, levantó la mano abierta para responder y, en ese instante, una flecha le pasó zumbando entre los dedos pulgar e índice y le produjo un corte muy profundo. Si Robin no hubiese tenido que correr cerca de media milla tan ligero como un gamo de Sherwood para llegar hasta allí, la flecha habría atravesado la mano del príncipe… y después habría tenido que firmar la Carta Magna por poderes.

El príncipe Juan se dio la vuelta soltando maldiciones y se encontró con que Robin ya había cruzado la mitad del claro y llegaba espada en mano.

—¡Príncipe Juan! —gritó Robin—. ¡Debéis de estar cansado ya de batiros con mujeres, así que daos la vuelta y luchad conmigo en lugar de ella!

—¡A por él, los cuatro! —rugió el príncipe—. Es Robin Hood, el proscrito; hay una gran recompensa para el que lo mate. ¡Rápido, bellacos, que él solo es uno!

Los hombres cargaron contra Robin, que se protegió la espalda contra un roble y luchó como un poseso.

—¡Rodeadlo por detrás! —gritó el príncipe—. Yo no puedo dejar sola a la joven, ¡es peligrosa!

—¡Un discurso digno de un príncipe, sí señor! —se burló Robin, que tumbó a uno de aquellos hombres y se dio la vuelta con un salto hacia atrás y se enfrentó a los otros tres.

El príncipe Juan arrojó a Marian al suelo, desenvainó su espada y se fue acercando a Robin con sigilo a la espera de disponer de la oportunidad para asestarle una estocada por la espalda. Sin embargo, tenía los ojos tan clavados en su víctima que no reparó en la presencia de varias siluetas vestidas del verde de Lincoln que se dejaban caer silenciosas desde las rocas de detrás de la cueva. Un instante después lo prendieron y lo sujetaron con firmeza mientras los tres soldados supervivientes, al ver a los hombres de Robin, de pronto dieron media vuelta y salieron huyendo. No llegaron muy lejos: varias flechas volaron disparadas de entre los árboles a ambos lados y los derribaron muertos mucho antes de que alcanzaran el sendero secreto que salía del claro.

—No lo matéis; atadlo y metedlo en la cueva —dijo Robin a los hombres que sujetaban al príncipe Juan.

Acto seguido se volvió inquieto hacia Marian, pero la mujer se encontraba ya de pie, alterada pero indemne, en el momento en que Bettris salía de la cueva armada con unos arcos y flechas que llegaban demasiado tarde para ser de ayuda.

—Muy bien —dijo Robin una vez restaurado el orden y después de traer al claro del bosque al obispo de Hereford y a sus acompañantes y de dejarlos sentados en la hierba—. ¡Ahora sí que nos hemos ganado la cena! Venid y sentaos a mi mesa, mi señor obispo, y vos también, buen palmero, veamos qué tal andáis de apetito.

—Vivís bien aquí, amigo Robin Hood —dijo el peregrino palmero mientras observaba los preparativos de la cena.

—¡Pero nos ganamos el sustento! —sonrió Robin.

—Y aun así cazáis los venados del rey —apuntó el peregrino.

—En cuanto a eso —respondió Robin—, mantengo que no quebrantamos ninguna ley que sea justa, puesto que, como podéis ver vos mismo, ¡somos proscritos y estamos fuera de la ley! Aun así, sostengo que no nos proscribieron de manera legítima: fue obra del príncipe Juan y de su esbirro el corregidor de Nottingham. Aquí vivimos con la intención de corregir las injusticias: jamás hemos hecho daño a sabiendas a ningún hombre que fuera

honesto y fiel, sino solo a aquellos que robaban u oprimían a hombres inocentes, aunque lo hicieran respaldados por la ley, ni tampoco hemos hecho nada contrario a la honorabilidad de ninguna mujer. Me llaman el amigo de los pobres, porque le quito al rico para dárselo al pobre. Eso sí, jamás le he quitado nada a ningún caballero honesto ni a ningún clérigo digno que respete lo sagrado de sus votos e intente vivir conforme a las enseñanzas de Nuestro Señor. Jamás he hecho daño a los labriegos que trabajan la tierra ni a los pastores que atienden a sus rebaños, ni a ningún otro que se gane la vida de forma honesta con su trabajo o su pericia de artesano; sí he asaltado, empero, a todos aquellos clérigos, ya sean simples curas u obispos con su mitra y todo, que se dedican a oprimir a su grey, los que engañan, roban y mienten, los que buscan los placeres mundanos en contra de su sagrada vocación.

»Pero venid, mi buen maese peregrino, que nosotros somos al menos unos ladrones honorables, y no deshonraréis vuestra noble vocación por sentaros de buen grado a comer con nosotros. Es decir, siempre que no tengáis reparo en comer de los venados del rey.

—¿Reparo? —se echó a reír efusivamente el palmero—. ¡Pero si los veo como si fueran míos! Atacadlos con ganas, que estoy tan hambriento como si hubiese venido caminando desde Jerusalén… ¡y sediento también!

Cuando terminaron de comer, Robin se volvió hacia el obispo.

—Señor mío —dijo con expresión grave—, os habéis sentado a mi mesa en este día. Vamos, brindad con nosotros por el rey Ricardo y su pronto retorno… Después pagadnos y marchaos.

—De manera que sí cobráis por dar de comer, ¿es así? —dijo el peregrino —. ¡Y brindáis por el retorno del rey a pesar de ser unos proscritos!

—¡Al rey se lo debemos! —dijo Robin en respuesta únicamente a la segunda parte de la pregunta—. Al fin y al cabo, a él le tomamos prestada nuestra comida. Eso sí, jamás nos hemos olvidado ni podríamos olvidarnos, mientras resuena el eco de nuestro cuerno por el alegre bosque de Sherwood, de nuestro brindis de fidelidad por nuestro más regio señor… ¡Proscritos, por el rey!

—¡Por el rey, y por su regreso de la Cruzada! —exclamaron todos los presentes, que se pusieron en pie de un salto con la copa en la mano.

—Y ahora, señor obispo —dijo Robin cortante—, ¿lleváis dinero encima?

—Pero es poco —respondió nervioso el obispo—, ni doscientas monedas, siquiera. Y tampoco son mías: se las llevo a los que combaten en la lucha del rey contra los tiranos y usurpadores.

—Registradlo a él, a sus acompañantes y sus enseres —ordenó Robin.

Entonces se dio la vuelta hacia el palmero con una media sonrisa y le dijo:

—Mi buen señor, ¿lleváis dinero encima? Ahora que el rescate del rey se ha pagado ya, todo lo que recaudamos por esta vía va para los necesitados, los pobres, los oprimidos, para las viudas y los huérfanos.

—No sé qué tendré —dijo el peregrino—. A veces es mucho, a veces muy poco y a veces nada en absoluto, pero registradme y tomad todo cuanto encontréis… que ojalá fuese mucho más para bien de vuestro bondadoso corazón y de vuestra generosa mano.

—Entonces, ya que así decís —exclamó Robin—, no tocaré un solo penique, pero participaréis en nuestro juego de mamporros, ya que sois un hombre tan robusto y fornido. Aunque primero el obispo nos entretendrá bailando una giga, ya que veo que su dinero era mucho más de lo que él recordaba, ¡y tardaremos mucho en contarlo!

—¡No sé bailar! —protestó el obispo, que trató de parecer escandalizado, pero tan solo pareció estar atemorizadísimo.

—Algunos de vosotros —ordenó Robin—, pinchadle suavemente con vuestras flechas en las piernas. Dice que no sabe bailar, ¡pero creo que se refiere a que no tiene intención de hacerlo!

—¡No sé ni tengo intención de hacerlo! —gritó el obispo—. ¡Oh, tened cuidado, que tengo una variz en la pierna derecha, y si me pincháis ahí, podría morirme!

—Pues pinchadle en la otra pierna —dijo Robin con toda la calma del mundo—. ¡Vamos, bailad!

Y el obispo se vio obligado a remangarse los faldones y bailar una giga quisiera él o no, mientras todos los proscritos rugían con risotadas al ver aquella figura obesa tan cómica con la cara roja de ira, y hasta el palmero alto participó de la diversión.

—Basta, basta —dijo finalmente Robin entre jadeos—. Ya hemos tenido suficiente de este tipo de diversión. ¡Vamos ya con nuestro juego de mamporros!

—¿Cómo se juega? —preguntó el palmero, sonriente.

—Es bastante simple —dijo Robin—. Os ponéis en pie y recibís un mamporro de uno de nosotros, y si el otro no consigue tumbaros, entonces le arreáis vos otro mamporro en respuesta.

—Magnífico entretenimiento —dijo el palmero, que se remangó un antebrazo del que cualquier herrero se habría enorgullecido y dio un paso al frente.

—Vamos, Little John —dijo Robin—, demuéstrale a este buen campeón que no todos los hombres con temple se hallan en la Cruzada.

Little John se remangó el brazo, lo llevó hacia atrás y soltó un tremendo mamporro. Fue como si el peregrino apenas se hubiese percatado; entonces levantó él el brazo y envió a Little John a la hierba despatarrado.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó el fraile Tuck, que se remangó y mostró un brazo como un solomillo de ternera—. El nervio fibroso ha fallado, así que vamos a ver de qué es capaz el músculo bruto.

Dicho aquello, soltó semejante mamporro que bien podría haber tumbado a un buey. El palmero apenas se tambaleó allí de pie.

—¡Buen golpe, fraile! —dijo con una sonrisa, cargó el brazo con más potencia esta vez y envió al fraile al suelo de espaldas, donde permaneció jadeando y gritando para que le ayudaran a volver a ponerse en pie.

—¡Allá va el clérigo combativo! —dijo el palmero, que se sopló los nudillos—. ¿He pagado ya por mi cena, buen Robin Hood?

—El último golpe lo paga todo —respondió Robin, que dio un paso al frente él mismo—. Yo ya he tumbado al fraile en alguna ocasión y también he aguantado su mamporro, ¡pero vos me dais un miedo de muerte, fortachón!

El peregrino se preparó entonces para recibir el golpe, y Robin le atizó con todas sus fuerzas. El palmero se tambaleó de manera peligrosa sobre los talones, pero ni se cayó al suelo ni cedió terreno.

—¡Ahora me toca a mí, buen rey de los bosques! —dijo el peregrino, que envió a Robin Hood al suelo de un golpe como si de un bolo se tratase.

—¡Habéis podido con nosotros! —se rio Robin cuando volvió a ponerse en pie—. Por Nuestra Señora, sois el hombre más fuerte que jamás he conocido… Y decidme, buen palmero, ¿no os quitaríais ese hábito que vestís y vendríais a vivir aquí con nosotros, en el bosque?

—No puede ser —dijo el peregrino con un tono de tristeza en la voz—, puesto que he de ocuparme de asuntos del rey.

—Aquí nos ocupamos de los asuntos del rey, tal y como he tratado de mostraros —respondió Robin, pero el peregrino se limitó a negarlo con la cabeza y sonreír.

—¡Pues aquí tenemos a uno que se dedica a los asuntos del diablo! —exclamó Little John en aquel instante, y entregó a Robin una carta que acababa de arrancar del forro de la túnica del obispo.

Robin la leyó, y se le ensombreció el rostro.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. ¡Me inclino por colgaros ahora mismo del árbol más alto, señor obispo!

—¡Clemencia! —chilló el obispo, que se arrojó al suelo—. ¡No tuve elección! ¿Acaso no veis quién firma esa carta?

—Lo veo —respondió Robin—, y eso me recuerda que tenemos un prisionero, uno que se dedica a asaltar a mujeres cuando no hay ningún hombre cerca para protegerlas. ¡Tráelo ante nosotros, Little John!

Así, sacaron de la cueva al príncipe Juan y lo llevaron ante Robin. Cuando el palmero alto lo vio, dejó escapar una exclamación y, acto seguido, se retiró la capucha y dio un paso al frente para dar la cara ante el prisionero.

El príncipe Juan observó su rostro una sola vez y de inmediato se puso de un color cadavérico y cayó al suelo para postrarse de rodillas.

—¡Ricardo! —dijo en un grito ahogado—. ¡El rey Ricardo, mi hermano, que ha vuelto para castigarme!

—Soltadle las ataduras —ordenó el rey—. Y ahora márchate… rápido… ¡Y no peques más!

El príncipe Juan se puso en pie titubeante, tambaleándose y pálido como una mortaja. Le trajeron su caballo, se subió en él y se marchó al galope como alma que lleva el diablo.

Cuando quedó fuera de su vista, el rey Ricardo se dio la vuelta hacia Robin Hood, que se arrodilló ante él, un ejemplo que siguieron de inmediato todos los proscritos en cuanto corrió el susurro de «Es el rey».

—Perdonadme, mi señor —dijo Robin.

—Levantaos —dijo el rey, que puso en pie a Robin—. Levantaos, amigo mío. Os perdono de buen grado a vos y a todos los presentes… salvo a su ilustrísima de Hereford. Robin, puesto que se habla de vos y de vuestras hazañas por toda Inglaterra, ha llegado a mis oídos que la dama lady Marian ha seguido viviendo como una doncella hasta que yo, el rey, regresara para entregaros a vos su mano en matrimonio. ¿Es cierto esto?

—Lo es, mi señor —respondió Robin, y entonces llegó Marian junto a él y deslizó su mano en la de Robin.

—Siendo así, os la entrego aquí y ahora —dijo el rey—. Su ilustrísima de Hereford os unirá en sagrado matrimonio, y el fraile Tuck lo asistirá en la ceremonia, y esta buena obra servirá para limpiar lo que ya es pasado. Señor obispo, cumplid con vuestro oficio y regresad a vuestro hogar, y no participéis en más traiciones.

Y así se casaron Robin y Marian en el bosque de Sherwood, con la presencia de Ricardo Corazón de León, que entregó a la novia. Después de aquello se

marcharon triunfales camino de Nottingham encabezados todos ellos por Ricardo a caballo con Marian a su lado y Robin a continuación.

—Mi señor de Huntingdon —dijo Ricardo mientras iban a caballo—, en este día de hoy se os restituyen vuestras tierras y vuestros títulos… pero me llevaré a todos aquellos de entre vuestros últimos leales que estén dispuestos a servirme con fidelidad. Inglaterra tiene muchos enemigos, y necesitamos de brazos fuertes y de corazones honestos antes de que podamos disfrutar de la paz.

Entraron en la villa de Nottingham como una procesión triunfal tras una gran victoria. El labriego dejó su arado en el campo y corrió a ver el desfile, el herrero dejó sus hierros enfriar sobre el yunque, y los ancianos y los enfermos se levantaron de su lecho para renquear hasta la puerta y celebrar: «¡Viva el rey Ricardo! ¡El rey Ricardo y Robin Hood!».

El corregidor, sin embargo, huyó con toda premura, y nadie volvió a verlo por Nottingham mientras el rey Ricardo estuvo allí.

22
La venganza del rey Juan

Acudid todos a retirar la piedra
de las torres, las tumbas y los altares;
que Juan ya es el rey de Inglaterra,
y a lady Marian la acechan los males.

ALFRED NOYES,
Robin Hood (1926)

Con el regreso del rey Ricardo y el perdón para Robin Hood y para todos sus partidarios llegaron a su fin los grandiosos días en el bosque de Sherwood.

Robin y Marian llevaban una vida tranquila en Locksley, y allí permanecían con ellos apenas una docena de sus incondicionales de antaño, aunque entre ellos se encontraba Little John. El fraile Tuck también pasaba una gran parte de su tiempo con ellos, pero su verdadero hogar se encontraba de nuevo en la ermita de Copmanhurst.

El rey Ricardo no permaneció mucho tiempo en Inglaterra, sino que pronto volvió a marcharse a la guerra, esta vez para luchar por sus propias tierras en Normandía. Con él se marchó lo más selecto de entre los hombres de Robin para servir como soldados, y sus días en Sherwood pronto quedaron en el olvido o relegados tan solo al recuerdo de los cantos que ya entonaban los bardos sobre Robin Hood y sus alegres compañeros.

El príncipe Juan, que recibió el perdón por sus traicioneras prácticas contra el rey, no hizo intento alguno de importunar a Robin ni de renovar sus atenciones hacia Marian, sino que se dedicó a ir incrementando discretamente su poder y fue consiguiendo más y más partidarios, principalmente en el norte de Inglaterra. Entre aquellos se encontraba el corregidor de Nottingham, que retornó al poder sin hacer mucho ruido tras la marcha de Ricardo, aunque él también pareció haber olvidado y perdonado todo cuanto Robin había hecho en su contra.

Pasaron volando cinco felices años para Robin y Marian, que prestaban escasa atención a los rumores que comenzaban a correr de aquí para allá. Little John, sin embargo, tenía más en cuenta las cosas que sucedían y advirtió a Robin más de una vez.

—Ricardo lleva mucho tiempo fuera de Inglaterra —dijo Little John—, y Juan es un hombre que jamás olvida una afrenta ni la perdona. Además, recuerda que en caso de que Ricardo muriese, Juan sería el rey.

Robin se rio y se encogió de hombros.

—Ya recibí un perdón pleno y legítimo —dijo—. A Juan no se le ocurriría ni tampoco podría actuar en mi contra sin una causa por un delito nuevo, motivo que me he cuidado mucho de no darle desde que el rey Ricardo modificó tanto las leyes forestales.

—Corren rumores de que Ricardo ha muerto —continuó Little John—, rumores de guerras y revueltas, rumores de que el príncipe Juan está en Nottingham con nuestro viejo amigo el corregidor.

—¡Rumores! —exclamó Robin con impaciencia—. Vienes con toda clase de rumores, Little John… Ha habido ya tantísimos, y todos ellos eran falsos. Pues bien, hoy mismo iré a Nottingham y averiguaré la verdad: ya ha pasado un mes desde la última vez que fui a la iglesia, así que oiré misa.

—Entonces —dijo Little John—, llévate una buena compañía. Seis hombres armados, al menos, y deja aquí a otros seis que guarden a lady Marian.

Robin se echó a reír.

—Little John, sigues viviendo en nuestros antiguos días de Sherwood —le dijo—. Se te olvida que vuelvo a ser el conde de Huntingdon, aunque no fuese más que de nombre, ¡y sin duda se te olvida que soy el señor de Locksley, que ya no soy Robin Hood el proscrito!

—No se me olvida nada —dijo Little John con obstinación—. Lo único que sé es que huelo el peligro, y no te dejaré que vayas corriendo a su encuentro tú solo, si es que puedo evitarlo.

—¡Te lo ruego, querido Robin, haz lo que dice Little John! —suplicó Marian.

Aun así, Robin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Si hay realmente algún peligro —respondió—, será para amenazarte a ti más que a mí, si es que procede del príncipe Juan. Por tanto, todos nuestros hombres se han de quedar aquí para protegerte a ti, con Little John al mando.

Así, Robin besó a Marian, se ciñó la espada, montó a lomos de su caballo y partió hacia Nottingham.

En ese momento, Marian se volvió hacia Little John.

—¡Oh, John! —dijo entre sollozos—. ¡De repente siento miedo! Tal vez hayan sido tus palabras, pero de pronto me he sentido como si al partir Robin lo estuviera perdiendo. Ve tras él, Little John, pero no permitas que te vea: si amenaza el peligro, seguro que aún habrá muchos que apoyen a Robin Hood si su cuerno vuelve a sonar una vez más por el bosque de Sherwood.

Little John asintió, cogió su arco, se echó al hombro una aljaba de flechas y partió a pie por los senderos del bosque.

—¡Ay! —suspiró Marian, que observó la cómoda estancia en la que se encontraba y se asomó por la ventana para ver los cuidados jardines de Locksley Hall—. ¡Me temo que los días buenos llegan a su fin!

Robin entró silencioso en Nottingham y guardó su caballo en los establos de una posada. Entonces recorrió las calles a pie camino de la iglesia de Santa María, y en su recorrido tuvo la sensación de que había un cierto aire de suspense y expectación, pero no había señal alguna de que hubiese nada fuera de lo cotidiano.

—Haré algunas preguntas —se dijo al pasar hombro con hombro junto a un monje en las puertas de la iglesia.

A continuación se quitó de la cabeza todos los pensamientos mundanos al arrodillarse ante el altar mientras el sacerdote le ofrecía el sagrado sacramento.

Sin embargo, el monje que se había cruzado con él en la puerta se marchó corriendo a toda prisa a casa del corregidor.

—¡Levantaos, maese corregidor, levantaos! —exclamó—. ¡Robin Hood acaba de entrar en la iglesia de Santa María, ahora mismo, solo y desarmado!

—Venid conmigo —dijo ansioso el corregidor, y juntos se marcharon al castillo, donde Juan había llegado la noche antes.

—Robert de Locksley está en Nottingham, majestad —dijo el corregidor con una pronunciada reverencia—. No tiene noticia de la muerte de Ricardo, de lo contrario no estaría aquí.

—La noticia no es conocida en ninguna parte aún —dijo el rey Juan—, a menos que vos hayáis desobedecido mis órdenes y lo hayáis proclamado, algo que no hubiera querido yo que sucediese hasta mañana… Pero esta nueva es magnífica: id ahora mismo, maese corregidor, con tantos de mis hombres como consideréis necesario y traedlo aquí. No habéis de temer, porque todos mis hombres son mercenarios contratados en tierras extranjeras y obedecerán sin rechistar. Y mientras vos estáis fuera, yo me iré preparando para recibirlo.

Se marchó el corregidor con una docena de soldados y llegó a la iglesia de Santa María. Cuando Robin salió de misa con la mirada baja y el pensamiento aún ocupado en la bondad de Dios más que en la condición pecaminosa de los hombres, lo prendieron antes de que le diese tiempo siquiera de desenvainar la espada.

—¿Qué significa este ultraje, maese corregidor? —preguntó Robin indignado al reconocer a su enemigo de antaño—. Soy un hombre libre, y le debo lealtad tan solo al rey.

—Si vengo a buscaros es por orden del rey, mi señor de Huntingdon —respondió el corregidor, ansioso por evitar llamar la atención—. Ha venido en secreto a Nottingham y me ha ordenado que os lleve ante él, ya que ha oído acusaciones en vuestra contra, de las cuales os podréis exonerar, sin duda ninguna.

Así, Robin acudió de manera pacífica al castillo de Nottingham y siguió al corregidor en su ascenso por la empinada escalera de caracol de la torre. No obstante, al ver que no dejaban de subir más y más alto, comenzó a tener sus serias dudas.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó.

—Ante el rey —respondió el corregidor igual que antes.

—Estoy seguro de que no tiene su corte en lo más alto de una torreta —exclamó Robin.

—Olvidáis que ha venido aquí en secreto —respondió el corregidor con bastante prontitud.

Por fin llegaron a lo alto de la escalera y accedieron a una habitación de un cierto tamaño justo bajo el tejado. En un rincón había una puerta estrecha que daba paso a una cámara de dos metros de ancho con la forma de la cúspide de la torreta en el siguiente rincón, y había cuatro hombres con herramientas de mampostero que estaban tapiando la entrada.

—¡Volvemos a encontrarnos, Robin Hood! —dijo una voz cruel y suave.

—Si pretendéis perjudicarme de alguna manera, príncipe Juan, os pido que os contengáis —respondió Robin—. El rey Ricardo no os va a perdonar a la ligera una segunda vez si volvéis a caer en la traición.

El corregidor abofeteó a Robin en la cara.

—¡Cuidad esa lengua pérfida, bellaco! —exclamó exultante—. Ahora estáis hablando con el rey.

—¡El rey! —dijo Robin en un grito ahogado.

—Sí —respondió Juan—. Mi hermano Ricardo yace muerto en Normandía: no hace ni dos días que me trajeron la noticia, y la he mantenido

en secreto hasta ahora con el fin de atrapar más fácilmente a ciertos traidores como vos.

Robin observó a Juan con mirada firme durante un minuto; después apartó la mirada.

—Qué cruel y perversa venganza —dijo—. Me asombra que un rey pueda caer tan bajo o que pueda siquiera pensar que la búsqueda de esta venganza merezca la pena el pecado que mancillará su alma.

—Ah —dijo Juan—, pero cuando vos estéis muerto no habrá nadie que se interponga entre lady Marian y yo, tal y como hicisteis aquel día en el bosque de Sherwood. ¿Cuando estéis muerto? ¡Antes de eso! Pues ya veis lo clemente que soy: no vais a morir esta noche, no lo vamos a permitir ni yo ni tampoco nuestro buen amigo el corregidor. Ahora bien, allá podéis ver el lugar preparado para vos: allí, mi buen y justo proscrito, podréis arrodillaros y suplicar… vuestra muerte. Cuando esa puerta se termine de tapiar, bien cerrada por si acaso se produjera alguna contingencia, ni siquiera se volverá a oír jamás vuestra voz. ¿Una ventana? Cierto, hay una ventana, y si alguien le quitara ese barrote, por ahí cabría un hombre que se subiera hasta ahí para arrojarse a la muerte… Bien, no nos quedará más remedio que correr ese riesgo, pero permitid que os recuerde, mi piadoso amigo, que quitarse uno la propia vida es un pecado mortal. Así que arrojadlo ahí dentro. Eso es, atadlo a la argolla de la pared… Cuando consigáis desataros de ahí, amigo Robin, el cemento que os empareda ya habrá fraguado, ¡y yo estaré en Locksley con la encantadora Marian!

—¡Malvado! —jadeó Robin—. ¡Ay, pobre Inglaterra, regida por un monarca como vos!

Acto seguido, mientras Robin forcejeaba en vano con la cuerda que lo sujetaba a la argolla de la pared de aquella pequeña estancia de la torreta, los mamposteros tapiaron la puerta —no menos de un metro de piedra sólida— y, hasta que no quedó cegada hasta la última rendija, el rey Juan no dejó de provocar a Robin y alardear de cómo se iba a llevar a Marian de Locksley aquella misma noche.

A solas en la celda que probablemente iba a ser su tumba, ya más tranquilo, Robin comenzó a manipular con denuedo la cuerda que lo retenía, pero también con mayor atención, y cuando por fin se liberó de ella, lo primero en lo que pensó fue en la puerta. Sin embargo, un simple vistazo le dijo que no había esperanza ninguna de escapar por allí.

Así que centró su atención en la estrecha ventana y descubrió que el único barrote estaba un poco oxidado por la zona del medio, aunque se incrustaba con firmeza en la piedra tanto en la parte superior como en la inferior. Robin lo agarró por el centro, apoyó los pies en la pared e hizo toda la fuerza que pudo. Poco a poco, muy despacio, el hierro se fue doblando hasta que por fin se salió de su agujero, y Robin cayó de espaldas al suelo con el barrote encima.

Se puso en pie de inmediato y trepó al reducido hueco de la ventana para asomarse. Un sol de tormenta se ponía rojizo sobre Sherwood e iluminaba a Robin con sus rayos. Más abajo, el castillo se encontraba en la sombra; más abajo —tanto que se estremeció con solo mirar— se extendían los jardines del castillo, a treinta metros de él o más, y hasta allá no había más que piedra lisa.

La situación no parecía tener arreglo, pero Robin metió la mano en su morral, que no le habían quitado, y sacó el cornetín de plata que había ganado en Ashby-de-la-Zouche. Se asomó por la ventana, se llevó el cornetín a los labios e hizo sonar su conocido toque de llamada. Retrocedió de inmediato, no fuera a verle alguien del castillo, y aguzó el oído.

Un momento después, su llamada obtuvo una respuesta cercana, y por el tono supo que se trataba de Little John.

Robin se quitó la camisa, la ató al barrote de hierro, lo colgó de la ventana y se retiró de nuevo al interior de la celda para esperar con paciencia.

Cerca de una hora más tarde, cuando ya no había luz, una flecha entró de repente por la ventana y cayó en el suelo de piedra.

Robin la recogió enseguida y descubrió, tal y como esperaba, que tenía un hilo fino atado. Despacio y con sumo cuidado, fue tirando del hilo a través de la ventana, metros y más metros, hasta que aquel hilo le trajo el extremo de un cordel fino, atado a su vez a una cuerda del suficiente grosor para soportar su peso.

Rápidamente, ató la cuerda a la argolla de la pared y, acto seguido, tras una oración, deslizó primero los pies al exterior de la ventana y fue descendiendo muy despacio, cuidadoso, hasta el suelo, que tan abajo estaba.

Fue un descenso aterrador, ya que la cuerda era delgada y se balanceaba peligrosamente de un lado a otro. Además, él sabía que la cuerda se iba a deshilachar hasta romperse antes o después, en el punto donde rozaba tensa contra el áspero alféizar de la ventana de su celda. Y esto sucedió, en efecto, cuando Robin se encontraba a unos seis metros del suelo. Cayó y quedó allí tirado sin conocimiento durante un rato.

Cuando se recuperó, Little John estaba inclinado sobre él. Robin se puso en pie tambaleante, con las extremidades intactas, pero con un intenso dolor que apuntaba a algún daño interno provocado por la caída.

—Rápido, ven conmigo, querido amigo —susurró Little John—. Hay una salida secreta, y dos caballos nos esperan al otro lado de la muralla.

—¡Hemos de apresurarnos hacia Locksley! —jadeó Robin.

Little John asintió con la cabeza.

—Hace media hora que Juan y el corregidor salieron del castillo con veinte soldados —dijo—. He descubierto que estabas aquí gracias a Reynolde Greenleafe, que fue uno de los nuestros en Sherwood y ahora comanda la guardia del castillo. Él no sabía nada del asunto, pero le ha sacado la verdad a uno de esos forasteros que Juan se ha traído por el miedo que tiene a sus propios compatriotas. Reynolde también ha sabido que cabalgan hacia Locksley, y cuando se ha enterado de todo, me ha dejado entrar en su jardín y me ha mostrado la manera en que podríamos salir del castillo desapercibidos. Además, ha enviado un mensaje a Much, el dueño del molino que hay en el camino principal de Nottingham. Los caballos que nos aguardan son suyos.

Little John sostuvo a Robin y, juntos, recorrieron pasajes oscuros de aquí para allá y salieron del castillo, hacia el interior del bosque. Allí los esperaban los dos caballos, atados a un árbol, y no tuvieron más que montar y ponerse en marcha.

Aquel ocaso tormentoso se vio seguido de una ventolera con fuertes aguaceros, así que los jinetes fueron agachados sobre el cuello de sus monturas mientras cabalgaban por aquellos senderos que Robin conocía tan bien.

Llegaron a Locksley Hall antes que el rey Juan y sus hombres, pero tan solo por unos minutos.

—No podemos defender esta casa —jadeó Robin—. Mis honestos amigos, marchaos de inmediato. Marian, monta a caballo y márchate. El rey Juan y el corregidor están cerca, y vienen acompañados de más de veinte soldados.

Algunos de los hombres de Robin se marcharon tal y como él había ordenado, pero hubo otros que ensillaron sus caballos, buscaron sus armas y juraron que morirían al lado de Robin.

Diez minutos más tarde partieron a caballo en la noche: Robin Hood, Marian y Little John con cuatro de sus incondicionales. Sus enemigos habían rodeado la casa, y el brillo intermitente de la luna entre las nubes se reflejaba en armaduras y espadas desenvainadas.

—Cabalgad hacia el norte —les indicó Robin—, hacia el Gran Camino del Norte. Preparaos y cargad contra ellos al galope, es nuestra única esperanza.

La pequeña cabalgata clavó las espuelas en sus monturas y cargó contra sus atacantes, que se cerraron muy unidos para recibirlos. La luna lucía resplandeciente en ese momento, y Robin se encontró con el corregidor de Nottingham delante de él.

—¡Es el fantasma de Robin Hood! —chilló el corregidor, que se había puesto de un pálido verdoso a la luz de la luna.

En ese instante, Robin lo atravesó con la espada, y el corregidor cayó, se retorció en el suelo y murió.

Dos de los hombres de Robin cayeron también en el enfrentamiento, pero el resto del grupo consiguió pasar y se alejó al galope.

Se inició entonces una larga, muy larga, persecución en plena noche. Los hombres del rey apenas conseguían ganar terreno, pero Robin tampoco lograba deshacerse de ellos. En cierto momento, el caballo de Marian se enganchó una pata y quedó lisiado. Uno de los dos acompañantes de Robin que quedaban le cedió su caballo y, con una brevísima despedida, se adentró a pie por aquel bosque y desapareció.

Dos hombres del rey tomaron la delantera del resto y se acercaron de manera peligrosa. El otro acompañante de Robin, sin que él le diese ninguna orden, se dio la vuelta de pronto y cargó contra aquellos dos soldados, a los que dio muerte, pero cayó muerto a manos del resto de los mercenarios.

Hacia el amanecer, una vez conseguida una cierta ventaja de sus perseguidores, Robin se detuvo de repente en un sendero secundario.

—Una milla más adelante por este camino —dijo entre jadeos— está el convento de Kirkleys. John, tú te llevarás a Marian allí para que busque el refugio de la madre priora, que es una mujer santa y respetará el refugio sin quebrarlo ni siquiera por el rey.

—¡No iré sin ti! —exclamó Marian—. ¡Ven a refugiarte tú también, Robin!

—Tú podrás estar a salvo allí —dijo Robin—, pero yo no. Marian, ve allí si me amas. Y tú también, John: esta es mi última orden. Y si vivo, os buscaré allí, pero me temo que ya soy un hombre muerto. Esa caída al ceder la cuerda ha desgarrado algo en mis entrañas. No creo que sea capaz de dar más de un par de pasos, pero sí puedo darles una buena persecución a Juan y sus hombres. Un beso, mi dulce Marian, y un adiós… tal vez para siempre en este mundo.

Entonces se abrazaron y se besaron, y tras un breve instante Marian y Little John se alejaron a caballo camino de Kirkleys. Apenas habían desaparecido de su vista cuando aparecieron los primeros hombres del rey Juan y lo vieron.

Robin se agachó una vez más sobre el cuello de su caballo, clavó las espuelas y se marchó cabalgando hacia el amanecer.

23
La última aventura de Robin Hood

Y dijo Robin: a Scarborough iré
¡y un bravo pescador quizá seré!

Romance
El noble pescador

Cuando se separó de Marian y Little John, Robin Hood cabalgó hacia el norte tan solo un corta distancia y giró entonces hacia el este con la esperanza de despistar a sus perseguidores. Aun así, los hombres del rey Juan continuaban tras él y lo siguieron por los yermos páramos de Yorkshire hasta que descendieron las prolongadas pendientes hacia Scarborough y vieron asomar el sol de las grises aguas del mar.

El ruido de los cascos del caballo de Robin sobre los adoquines recorrió las calles de la pequeña villa de pescadores, saltó de su caballo ante la primera posada a la que llegó y descendió dando tumbos por una calle lateral en dirección al puerto. Sus perseguidores llegaron unos minutos más tarde, vieron su caballo y, en un instante, invadieron la posada tratando de encontrarlo.

Mientras tanto, entre los tambaleos por el dolor y agotamiento, Robin encontró una casa en el muelle donde arrendaban habitaciones a los marineros, y allí, la viuda que lo regentaba lo recibió con amabilidad y le puso delante un plato de comida.

—Soy un pescador pobre —le contó Robin en respuesta a sus preguntas— y vengo cruzando el país desde Helsby, en Cheshire… Me llamo Simon Lee… En el camino me he juntado con unos bandidos que me han robado todo lo que tenía y me han perseguido hasta este mismo lugar.

Robin descansó en casa de la viuda durante todo aquel día, y al atardecer salió a caminar por las calles apoyado en un bastón. No tardó en descubrir que había guardias en todas las puertas de la villa que detenían e interrogaban a todo aquel que entrara o saliese.

Robin se sentó en el muelle mirando al mar bajo la luz del crepúsculo y se preguntó qué hacer. Había varias personas a las que podría acudir para pedir ayuda, como sir Richard de Legh o Allin-a-Dale, pero sabía que los enviados del rey darían con él tarde o temprano, y entonces sus amigos sufrirían por haberle ofrecido refugio.

—Ni siquiera puedo escapar a Wakefield y trabajar con George-a-Greene —pensó Robin—, ni tampoco regresar a Sherwood como un pastor con Lionel y Eglamour, ni reunir una nueva compañía de proscritos…

Entristecido, Robin regresó a su alojamiento, y allí le aguardaba su vía de escape.

—Mi buen marinero Simon —dijo la viuda cuando le puso el plato de la cena—, me dices que no tienes más que dos monedas de oro y nada más en el mundo, y que buscas un trabajo, ¿no es así? ¿Por qué no trabajas para mí, y te prometo una buena paga? Tengo un barco de mi propiedad que es tan bueno como cualquiera de los que navegan por los mares. Mañana a primera hora zarpará de aquel muelle de allí, y le falta un marinero para completar la tripulación.

—Será un placer servirte —dijo Robin agradecido, y a la mañana siguiente subió a bordo del navío y se hizo a las aguas del Mar del Norte.

Navegaron durante varios días y, finalmente, echaron el ancla sobre unos bancos de arena mientras los pescadores preparaban sus redes y sus sedales y los echaban al mar, pero Robin, que no sabía nada de pesca, lanzó sus sedales sin cebo y no capturó ningún pez.

Entonces el capitán se burló de él.

—¡Pasará mucho tiempo antes de que le vaya bien en el mar a este pedazo de marino de agua dulce! —exclamó—. ¡Bueno, pues le puedo prometer que no tendrá parte de las ganancias cuando termine el viaje, porque no se ha ganado ni un solo penique!

—¡Pobre de mí! —dijo Robin—. Con que estuviese siquiera en los jardines de Plompton, podría traer un venado rojo bastante rápido. Aquí, hasta el último payaso se ríe de mí hasta la mofa porque no sé pescar, ¡pero si los tuviera yo a ellos en el bosque, poco bueno harían, lo garantizo!

Continuaron navegando durante muchos días después de aquello y, un día finalmente, Robin divisó un navío de guerra que se les venía encima.

—¡Pobre de mí! —fue ahora el capitán el que dijo aquello—. Aquí viene un barco de piratas franceses que pretende quitarnos todo el pescado y, quizá, vendernos como esclavos a todos nosotros o arrojarnos al mar. No nos

librarán a ninguno, pero ¿qué podemos hacer para escapar de ellos? ¡Nada, nada en absoluto! ¡Ay, qué aciago este día!

—¡No desesperes! —exclamó Robin—. Mi buen capitán, todo irá bien. ¡Dame mi arco y una buena aljaba de flechas, que seré yo quien no libre a uno solo de esos bandidos de mar!

—Guarda silencio, Simon, marino de agua dulce —le soltó el capitán—. No dices más que bravuconadas y alardes. ¡No perderíamos mucho si te tirara por la borda!

Sin embargo, al ver que ni el capitán ni nadie del resto de la tripulación daba muestra ninguna de ir a defenderse, Robin cogió su arco y, después de atarse al mástil para tener los pies bien firmes en el suelo, colocó una flecha en la cuerda, la disparó e hizo que el capitán pirata cayese muerto sobre el alcázar de su propio barco. A continuación, conforme ambos barcos se iban acercando más y más, Robin fue disparando una flecha detrás de otra, y con cada una de ellas caía algún hombre de la jarcia o daba con los huesos en la cubierta.

Los barcos se situaron entonces el uno junto al otro.

—¡Ahora, capitán! —gritó Robin, que se soltó del mástil—. Sígueme, y que me sigan los hombres, hasta el último de ellos. ¡Ese barco ya es nuestro, no hay nada que temer!

Y dicho aquello, abordó el navío pirata seguido de todos los pescadores, que superaron fácilmente a los pocos piratas que habían escapado de sus flechas.

Una vez finalizada la breve batalla y maniatados con seguridad los prisioneros, Robin y el capitán registraron su presa y hallaron más de doce mil libras en oro además de muchos otros tesoros.

—Santo cielo, mi buen Simon —dijo el capitán—. Te he juzgado terriblemente, y hace mal también todo aquel que se mofa de quien no sabe hacer lo que sí sabe hacer él, puesto que parece que siempre hay algo que ese otro sabrá hacer mejor. De no haber sido por ti y por tu pericia con el arco, todos nosotros habríamos caído prisioneros o estaríamos muertos a estas alturas, así que yo digo que todos estos tesoros te pertenecen.

—¿Cómo dices? —respondió Robin—. La mitad de todo ello pertenece por derecho a la buena viuda en cuyo barco navegamos, y a sus hijos huérfanos de padre. En cuanto a la otra mitad, compartámosla entre todos.

Aun así, el capitán seguía insistiendo en que era todo para él.

—Mi buen Simón Lee —dijo el capitán—, la viuda nos compensará bien, de eso estoy seguro, así que llévate el resto, que es tuyo con toda certeza.

Entonces Robin llenó de oro su bolsa y entregó el resto al capitán, diciendo:

—Buen señor, tan solo necesito lo que pueda llevar conmigo. Ahora, apresurémonos a regresar a Inglaterra con nuestra presa, y llévate el resto de mi parte a Scarborough y construid allí casas de beneficencia para los pobres. Pero, antes que nada, déjame en tierra en alguna bahía tranquila de la costa de Yorkshire, ya que tengo enemigos que podrían esperarme en Scarborough.

Así que navegaron de regreso a Inglaterra, y una noche echaron el ancla en la cala que desde entonces se ha conocido como la Bahía de Robin Hood.

—Adiós, bravo Simon Lee —dijo el capitán cuando Robin puso el pie en tierra con su arco y su aljaba al hombro y con una vara recia en las manos.

—Adiós, capitán —fue su respuesta—, y si alguien te pregunta por el pescador que no sabía pescar y que, sin embargo, se trajo a puerto una captura más cuantiosa que ningún otro en la tripulación, di que ese hombre no se llamaba Simon Lee, sino Robert de Huntingdon, ¡al que la gente llamaba Robin Hood!

Y dicho aquello, Robin se dio la vuelta y se marchó renqueando en la oscuridad mientras el capitán y los marinos se quedaban mirándolo, boquiabiertos.

24
La última flecha

Hombres del bosque, llorad y gemid,
apretad las manos en vuestro penar;
yace muerto vuestro señor Robin,
suspirad y no dejéis de cantar.

Su breviario y también su rosario,
su arco tenso y las flechas certeras,
su buena espada y su cruz sagrada
yacen entre las flores de primavera.

ANTHONY MUNDAY,
La muerte de Robert, conde de Huntingdon (1601)

En el convento de Kirkleys la priora dio la bienvenida a Marian y la refugió de inmediato, mientras Little John se alejaba a toda prisa y aguardaba en el bosque.

Varios días después, los hombres del rey Juan llegaron al convento con la exigencia de que Marian les fuera entregada.

Sin embargo, la priora se negó.

—La dama lady Marian se ha acogido al refugio de la iglesia —dijo ella—, y ni el mismo rey en persona puede ahora tocarla. No siento aprecio alguno por Robin Hood, pero si fuera él y no su esposa quien se arrodilla con una mano en el altar, sería intocable.

Y así respondía la priora a todos los mensajeros que llegaban, ya fuese para amenazarla, para suplicarle o con la intención de sobornarla.

Pero cuando aquellos hombres se marchaban, la superiora iba a hablar con Marian de forma insistente.

—Hija mía —decía la priora—, dicen ciertas noticias que Robin Hood está muerto. Además, aunque me mantendré firme con él hasta el final, es posible que el rey Juan os lleve de aquí por la fuerza. Pero si de una vez

hacéis voto de entregaros a Dios, tomáis los hábitos y os convertís en una de las hermanas de nuestra orden, entonces estaréis ciertamente a salvo. Aunque Juan fuese veinte veces rey, toda Inglaterra se alzaría y lo arrojaría del trono si violase la integridad de un convento y arrebatara a una monja del altar.

Así insistía la priora a Marian hasta que esta llegara a convencerse de que Robin estaba efectivamente muerto. Y de ser así, nada mejor pedía Marian que tomar los hábitos y pasar el resto de sus días orando al Señor y atendiendo a los enfermos.

No obstante, aparte de aquellos motivos que había dado para instar a Marian a hacerse monja, la madre priora tenía otros incentivos, puesto que sabía que Marian era heredera de todas las posesiones de Locksley, y a la muerte de Robin, si Marian se convertía en una de las hermanas de Kirkleys, todas las posesiones de la viuda pasarían a manos del convento.

Finalmente, la priora se salió con la suya, y Marian se ordenó religiosa, pero únicamente lo hizo después de que el rey Juan se presentara en el convento en persona y exigiese que se la entregaran. Entonces se disiparon las dudas de Marian, y Juan se dio media vuelta perplejo y furioso, porque, tal y como había dicho la priora, ni siquiera él se atrevía a sacar a la fuerza del convento a una monja, y no estaba aún en condiciones de desafiar al papa y su interdicto.

—Esto os digo, madre priora —dijo el rey antes de marcharse—. Este traidor y ladrón proscrito, Robin Hood, tal vez siga vivo: nadie lo ha visto durante muchos meses, pero no podré volver a darlo por muerto hasta que yo mismo o algún testigo de mi confianza haya visto su cuerpo yacer en su tumba. Si vive, ese hombre que es un enemigo de la Iglesia puede venir aquí y arrebataros a Marian, y escuchad bien mis palabras, si Marian os abandona para marcharse con Robin Hood, quemaré vuestro convento hasta los cimientos y os echaré a la intemperie a vos y a vuestra monjas para que os muráis de hambre.

Soltó una carcajada cruel y se alejó a caballo, y aun así la priora situó guardias por el convento y por todas sus tierras y propiedades, puesto que lo último que deseaba la superiora era el regreso de Robin Hood. Lo que la madre priora desconocía era que uno de los hermanos laicos que servían fuera de las puertas del convento era Little John.

Pasó mucho tiempo, y Robin Hood por fin regresó. Llegó apoyándose en un bastón, enfermo y avejentado a pesar de no tener muchos años más de los

cuarenta, porque nunca llegó a recuperarse de la caída cuando se rompió aquella cuerda al descender de la celda del rey Juan en Nottingham. Había cruzado el país renqueando y soportando el dolor hasta llegar a Kirkleys, de tal manera que fue enfermando rápidamente y debilitándose por el camino, y ahora llamaba con los nudillos a la puerta de la madre priora y le suplicaba su auxilio.

—Entrad, buen señor —dijo con gentileza la superiora del convento y lo condujo hasta la alcoba de huéspedes, una habitación en la planta baja con vistas hacia el bosque de Sherwood.

Allí acostó a Robin y le abrió una vena del brazo para sangrarlo, una práctica que en la época se consideraba una de las curas más fiables para toda enfermedad.

Robin se recuperó un poco y se incorporó en la cama.

—Mi buena madre priora —dijo Robin—, ¿puedo hablaros, entiendo, bajo el secreto de la confesión, sabiendo que nada de lo que os diga saldrá ni se oirá fuera de estas cuatro paredes?

—Contadme, hijo mío —respondió la priora—, y aparte de mí tan solo Dios oirá cuanto me digáis.

—Entonces —le dijo Robin—, sabed que soy Robert Fitzooth, antes conde de Huntingdon, y que me conocen como Robin Hood.

La priora se alteró de repente, pero no dijo nada, y Robin prosiguió:

—Mi buena madre priora, hace muchos meses que mi esposa Marian y yo huimos de Nottingham perseguidos por el rey Juan y sus hombres. Cuando supe que no podríamos escapar juntos, envié a Marian aquí a acogerse al refugio de la Iglesia mientras yo alejaba a nuestros perseguidores hacia Scarborough. Madre priora, ¿qué nueva podéis darme sobre mi esposa?

—Vino aquí —respondió la priora muy pálida y en voz baja—, y aquí permaneció durante una temporada. Entonces volvió a subirse al caballo y se marchó, creo que a vuestra casa de Locksley, para esperaros allí.

—¡Entonces he de ir en su busca! —exclamó Robin, que trató de levantarse de la cama.

—Cuando os encontréis mejor —dijo la priora—. Ahora dormid, y quizá mañana podáis viajar. Entonces os prestaré un caballo, y dos de mis hombres cabalgarán con vos.

Robin se recostó entonces en la cama y se durmió, pues se encontraba muy débil. En cuanto la priora tuvo la certeza de que él se había dormido ya, le aflojó el vendaje del brazo para que volviera a sangrar. Acto seguido se marchó sin hacer ruido y lo dejó allí.

Robin pasó todo el día en aquella cama, desangrándose poco a poco y camino de la muerte, y cuando comenzaron a alargarse las sombras se despertó y miró a su alrededor. Estaba ya tan débil que apenas podía moverse, pero vio que le habían aflojado el vendaje a propósito, y dedujo que lo había hecho la priora del convento.

Robin se levantó tambaleante de la cama y abrió la ventana. Apenas había una corta caída desde allí hasta el suelo, y más allá de los jardines vio el bosque, su bosque de Sherwood, que lo estaba llamado. Aun así, no se veía capaz siquiera de levantar una pierna para salir por el alféizar de la ventana.

Entonces pensó en su cornetín. Lo sacó de su morral con los dedos temblorosos, se lo llevó a los labios e hizo sonar aquel viejo toque del *wa-sa-hoa* por última vez.

En la distancia del bosque, Little John lo oyó.

—¡Eso era el cuerno de Robin! —exclamó—. ¡Y me temo que mi amigo y señor está cerca ya de la muerte, tan débil lo hace sonar!

Se apresuró hacia el convento acompañado de varios de los hermanos laicos, y cuando se encontró con que no le dejaban entrar, agarró un gran mazo y rompió la cerradura de toda puerta que se interponía en su camino.

Alguien más había oído aquel toque de cornetín. La monja Marian estaba arrodillada en la capilla rezando por el alma de su esposo fallecido cuando aquellas notas llegaron a sus oídos desde algún lugar muy cercano.

Se levantó de un salto con los ojos llenos de esperanza y de temor y siguió el eco de aquella llamada hasta que llegó a la alcoba de huéspedes y se encontró a Robin tumbado en la cama y exhausto.

—¡Oh, Robin, mi amor y mi señor! —exclamó Marian, y su esposo trató de abrazarla y atraerla hacia sí, pero no pudo.

—Marian —susurró—. ¡Me habían dicho que te marchaste a Locksley!

Entonces, Marian le contó brevemente cuanto había sucedido, y él le habló de sus aventuras.

—Hasta aquí he venido a morir —le dijo—, ¿y en qué otro lugar podía pedir morir sino en tus brazos?

A esas alturas, Little John había accedido en tromba a la estancia, y ahora lloraba de rodillas junto a Robin.

—Oh, mi amigo y mi señor —sollozaba—. ¡Concédeme un último favor! Esa malvada priora te ha traído la muerte y ha engañado a tu dama lady Marian. ¡Dame permiso para quemar el convento de Kirkleys y matar a esa pérfida mujer!

—No —respondió Robin—. Es un favor que no te voy a conceder. Jamás en mi vida hice daño a una mujer ni levanté la mano a doncella ninguna, así que tampoco se hará en mi muerte. No culpes a la priora, porque la muerte ya se cernía sobre mí, como bien sabía yo desde hace tiempo. Tráeme mi arco bien tenso y coloca una flecha gruesa en la cuerda, y allá donde caiga esa flecha, allí me enterraréis. Acomodadme la cabeza sobre una porción de hierba y colocadme otra bajo los pies, y depositad junto a mí ese arco encordado que tan dulce música me ha ofrecido en vida. Cubridme después con la verde hierba del bosque y colocad una lápida de piedra en mi cabecera para que todos los hombres sepan dónde yace enterrado Robin Hood de Sherwood.

De inmediato, y sumido en la amargura de su llanto, Little John puso el arco en manos de Robin y guio sus dedos hasta la flecha engarzada en la cuerda. Por última vez, Robin Hood tensó su arco del mejor tejo, y al hacerlo, fue como si las fuerzas acudiesen a él para que pudiera llevar la cuerda hasta su mismo rostro. Entonces disparó la flecha con tal potencia que voló bien lejos, más allá de los muros del convento, y cayó en un verde claro de las profundidades del bosque.

Robin Hood cayó entonces en los brazos de Little John, y Marian cerró los ojos y lloró por su señor y esposo muerto.

A la mañana siguiente, Little John buscó la flecha, y allá donde había caído cavó la tumba de Robin Hood con sus propias manos. Lo sepultó en su descanso eterno bajo aquel árbol del bosque verde y frondoso y en la cabecera colocó una lápida, y en ella, tras borrarse ya su primera inscripción, alguien grabó estas líneas:

Bajo esta pequeña lápida yace
Robert, conde de Huntingdon.
El mejor arquero jamás conocido,
Robin Hood, así llamado y así querido.
Proscritos como él y su alegre compaña,
no verá otra vez la isla de Gran Bretaña.

Epílogo
El rey Enrique y los ermitaños

Diría que al amanecer estos robles susurrarán
por siempre jamás el nombre de Robin Hood…
el vuestro, buen fraile, y el del querido Little John,
el nombre de Scarlet y también el de Much,
y allí seguirán como la hiedra en el bosque.
Algún día, tal vez de aquí a cien años,
un cazador que sueñe despierto o medio dormido
al paso de nuestras flechas sienta el zumbido
y llegue a oír el toque de un cuerno fantasmal.

TENNYSON,
Los hombres del bosque (1881)

Tras la muerte de Robin Hood, Marian continuó viviendo en el convento de Kirkleys, donde no tardó en convertirse en la madre priora bajo el nombre de Matilda, y fueron muchas las historias que se contaron sobre la bondad de aquella madre Matilda y de cómo estaba siempre dispuesta a auxiliar a los enfermos y los afligidos. Finalmente murió en la misma alcoba donde había fallecido Robin, y a su lado la enterraron, bajo aquel árbol del bosque verde y frondoso.

Little John, sin embargo, no permaneció en Kirkleys después de haber dado sepultura en aquella tumba a su amado amigo y señor. Durante unos años vivió en Irlanda, donde sus hazañas con el arco aún se recuerdan, y después regresó a Inglaterra y ya no se volvió a oír hablar de él, aunque su tumba aún se reconoce en Hathersage, en Derbyshire.

Cuenta una historia, sin embargo, que mucho después de la muerte del rey Juan, su hijo el rey Enrique III iba a cazar venados al bosque de Sherwood. Allí asustó al ciervo más hermoso que jamás haya intentado cazar un hombre, y lo persiguió tan rápido y tan lejos que comenzó a caer la noche, y el rey se

encontró con que se había separado de su séquito y se había perdido en las profundidades más frondosas del bosque.

Deambulando en busca de un lugar donde pasar la noche, llegó por fin a un sendero bien definido por el paso habitual. Lo siguió y se encontró ante una pequeña capilla junto a la que había una pequeña celda de un ermitaño. Había luz en la capilla, y, al entrar, el rey se encontró allí a dos ermitaños en sus rezos, dos hombres muy ancianos, uno mucho más alto de lo común, y el otro gordo y de anchas espaldas aun en la vejez.

Los dos ermitaños parecían resistirse mucho a alojar al hombre desorientado, y, cuando por fin le permitieron entrar en su celda, le ofrecieron un haz de paja sobre el que echarse y se lamentaron de no tener más cena que ofrecerle que pan y queso con el agua de un manantial cercano por única bebida.

—Seguramente —dijo el rey—, con todo el bosque a vuestro alrededor podríais permitiros algo mejor que esto, ¿no es así? Venga, decidme, ¿es que nunca tiráis con el arco cuando duermen los alguaciles forestales?

—Ay, somos pobres —dijo el ermitaño tan alto—, y me temo que tratáis de tendernos una trampa y forzarnos a confesar que hemos quebrantado las leyes forestales.

—Jamás delataría yo al hombre que me ofreciera esta noche una comida decente —dijo el rey—, ¡pues jamás me ha hecho mayor falta!

En ese momento se acordó el rey de la bota de buen vino añejo y fuerte que colgaba de su silla de montar, y, tras una cierta insistencia, el ermitaño gordinflón consintió beberlo con él y no tardó en ponerse bien contento.

Entonces una cosa llevó a la otra, los dos eremitas sacaron su propio vino y su cerveza, y la mesa no tardó en verse repleta de empanadas de venado y otros manjares de todo tipo.

—¿Y sois capaz de tensar un buen arco, señor cazador? —preguntó entonces el ermitaño alto, y cuando el rey respondió que sí, los tres hombres salieron a la luz del crepúsculo y pusieron a prueba su pericia disparando a una vara de sauce a treinta metros de distancia, pero tan solo el ermitaño alto fue capaz de partirla.

Más adelante, cuando se sentaron a beber, el rey exclamó:

—Jamás había visto semejante manejo del arco ni me habían agasajado tan bien en el bosque. Casi podría creerme que estuviéramos de vuelta en aquellos años del rey Ricardo Corazón de León, cuando en el bosque de Sherwood gobernaba el audaz Robin Hood, del que tanto hablan las canciones

y tantas historias se cuentan. ¿No conocéis vos ninguna historia de aquel rey de los proscritos, aquel noble príncipe de los ladrones?

En ese instante fue como si los dos ermitaños rejuvenecieran de golpe, y llegó la madrugada cuando aún se encontraban hablando a su huésped acerca de todo lo acaecido en Sherwood hacía ya tanto tiempo, unas aventuras que ellos mismos habían presenciado y en las que habían participado.

Con las primeras luces, el rey montó a lomos de su caballo una vez más (si bien un tanto inestable a causa de lo mucho que había bebido durante toda la noche) y se marchó en busca de su séquito. Pero antes de marcharse, se dio la vuelta hacia sus dos anfitriones y dijo:

—¡Reverendos ermitaños, si es que no lo he soñado, anoche mismo compartí mesa en el bosque de Sherwood con Little John y el fraile Tuck!

Cuando volvió a encontrar a sus cortesanos, el rey les contó su extraña aventura, y todos quedaron maravillados al oírla, pero por mucho y de manera muy concienzuda que lo buscaron, jamás fueron capaces de volver a hallar aquel camino que llevaba a la celda oculta en el bosque de Sherwood.



Roger Lancelyn Green (1918-1987) fue un biógrafo y escritor inglés interesado profundamente en los mitos y las leyendas, pasión que fue surgiendo durante sus años de estudio de Letras en la Universidad de Oxford. Allí adquirió grandes conocimientos de Grecia y su cultura y, más adelante, se fue enriqueciendo también de las obras de teatro clásicas y los mitos antiguos.

En 1946 comenzó a publicar textos con estas temáticas, desde biografías de sus autores de preferencia, hasta relatos para niños o libros reinterpretando sus leyendas tradicionales favoritas.

Además de su faceta de escritor, Green también actuó de forma profesional y formó parte de un círculo literario que giraba en torno a las figuras de C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien.